ANITA BLACKMON

EL ENIGMA DE LOS GATOS ASESINADOS

SIRUELA

Anita Blackmon

EL ENIGMA DE LOS GATOS ASESINADOS

Traducción del inglés
de Pablo González-Nuevo

Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

Índice
Cubierta
Portadilla
Capítulo 1
Capítulo 2

Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Notas
Créditos

Capítulo 1

No fue un desbocado afán de aventura desarrollado recientemente lo que me condujo hasta ese macabro y siniestro enredo en Mount Lebeau, por más que mi hijo adoptivo Stephen Lansing sugiera lo contrario. Tampoco es cierto, como Ella Trotter insiste en afirmar, que yo fuera corriendo hasta donde Cristo dio las tres voces solo por robarle el protagonismo. Tal como expliqué inútilmente cuando el tercer gato destripado apareció en mi cama, de haber imaginado la espantosa serie de acontecimientos que desde la misma tarde de mi llegada se apoderaron de aquel hotel de montaña como un miasma de muerte, habría preferido dejar que Ella se apañara sola con sus propios fantasmas.

De hecho, de no haber recibido la fantástica carta de Ella Trotter, ni siquiera me habría acercado jamás a ese lugar. Nuestra íntima amistad viene de lejos, aunque hace mucho tiempo que, al parecer, nos pusimos de acuerdo en no estar de acuerdo prácticamente en nada. Ambas somos lo que normalmente se conoce como mujeres resueltas, por decirlo con suavidad. De ahí que desde el momento en que leí la carta supe que algo sucedía, por más que ella se esforzara en hacerme pensar lo contrario.

A Ella le gusta ser siempre el centro de atención vaya donde vaya

y nunca me perdonó, así lo dijo, por haberla apartado deliberadamente de escena durante la serie de trágicos acontecimientos a los que la policía se refirió como los asesinatos del Hotel Richelieu. Solo Dios sabe por qué iba a envidiar nadie mi papel en semejante asunto, teniendo en cuenta que prácticamente me estrangularon en mi propia cama y estuvieron a punto de asesinarme no solo una, sino dos veces en sendos lugares igual de impropios. Sea como fuere, Ella se mostró muy ofendida por mi supuesta insistencia en acaparar toda la atención en aquella ocasión.

Durante los tres meses siguientes se mostró abiertamente distante conmigo y por primera vez en años no propuso llevar a cabo nuestra habitual escapada veraniega. En lugar de eso, desapareció sin decir ni una palabra, al menos a mí. Julio y agosto son meses tórridos en nuestra pequeña ciudad sureña, y poco menos que insoportables estando encerrada en el pequeño hotel residencial donde vivo. Es más, con mis hijos adoptivos, Stephen y Kathleen, disfrutando de su tardía luna de miel en el Caribe, me había quedado tirada y completamente sola, algo que Ella sin duda sabía.

Sin embargo, aunque teníamos por costumbre escoger juntas un destino vacacional cada verano (he de admitir que con bastantes discusiones) adonde escapar hasta que el tiempo refrescaba, el último día de junio Ella salió del hotel con su equipaje dándose aires y desapareció. Dadas las circunstancias no esperaba tener noticias suyas, excepto quizá la típica postal de recuerdo que, como Ella bien sabe, siempre me saca de quicio. No obstante, exactamente dos semanas después de su partida recibí la carta causante de todo.

No había nada extraordinario en su caligrafía, lo que fue más que suficiente para despertar mis sospechas. No es propio de Ella Trotter mostrarse evasiva, pero en esta ocasión se había tomado muchas molestias para relatar de manera absolutamente insustancial su estancia en el hotel Mount Lebeau, donde se alojaba. No había palabras tachadas, como sucedía siempre en sus misivas, ya que Ella es de las que sueltan lo primero que se les viene a la cabeza y piensan después. La carta era concienzudamente pulcra, casi impecable, y más legible que nada suyo que yo hubiera leído de su puño y letra. Tuve la certeza de que la había pasado a limpio, quizá varias veces, y eso bastó para ponerme en guardia. ¿Por qué Ella Trotter, precisamente Ella Trotter, se tomaría tantas molestias para contarme una versión expurgada de sus actividades?, me pregunté resoplando.

He de reconocer que no reparé inmediatamente en la posdata, situada en el reverso de la última página. Ella se había esforzado en hacerla parecer una ocurrencia de última hora, pero en cuanto la leí supe que era el verdadero motivo de toda la carta. No he jugado al *bridge* con Ella durante años para nada, y debería haber sabido que no

iba a poder utilizarme para sacarle las castañas del fuego, al menos sin que yo me diera cuenta. Si hubiera puesto la posdata entre signos de exclamación con tinta roja, no habría estado yo más segura de que Ella andaba metida en algo y había decidido mantenerme al margen.

«Por cierto, Adelaide», había escrito, «¿podrías enviarme ese libro sobre ocultismo, espiritismo, gurús o lo que quiera que sea, el que tienes en la estantería? Quiero demostrarle a una mujer que todo eso de que los muertos que vuelven para confraternizar con los vivos no son más que tonterías, como tú siempre has dicho».

Bueno, Ella discutiría hasta con san Pedro a las puertas del cielo, de modo que no había nada inusual en que quisiera demostrarle a alguien que se equivoca. Tampoco me sorprendió demasiado que me pidiera ese libro. Lo había comprado hacía unos cuantos años —creo que justo después de la guerra—, cuando un fervor espiritista se apoderó del país. No tengo ningún interés por enredar con lo que no pertenece a este mundo, en el supuesto caso de que tal cosa sea posible, algo que jamás me había planteado hasta que me enfrenté a los extraños e increíbles sucesos del hotel Mount Lebeau.

El libro en cuestión era una confusa, aunque ingeniosa, exposición de los trucos y artimañas utilizados por todos aquellos que se aprovechan de la credulidad del público con falsos mensajes del más allá. Contenía numerosos detalles acerca de cómo se escenifican tales engaños, incluyendo toda clase de tretas, desde la escritura automática hasta las voces de espíritus y las apariciones de ectoplasmas. Me sorprendió que Ella se acordara siquiera del libro. Hubo un tiempo en que llegué a interesarme bastante por el tema, pero Ella se había burlado de todo ello argumentando que solo un idiota se molestaría en poner en evidencia lo que solo los locos estarían dispuestos a creer. En cualquier caso, de repente deseaba tanto el libro como para haber olvidado sus burlas y escribir pidiéndomelo, echando a perder sus todos elaborados pretextos para restarle importancia añadiendo una simple frase en la posdata.

«Envíalo por correo aéreo, entrega especial, Adelaide», había escrito, y por primera vez había tachado una línea. De hecho, la había suprimido con notoria meticulosidad, aunque a base de insistencia logré entender las palabras «antes de que sea demasiado tarde».

Como tantas mujeres pudientes, Ella Trotter tiene fobia a gastar dinero innecesariamente. Sin embargo, aunque no iba a ganar demasiado tiempo por ello, había adjuntado en el sobre de su carta dinero más que suficiente para pagar el envío especial del libro por correo aéreo; y donde había tachado la última frase había una gran mancha de tinta, como si le hubiera temblado la mano. No puedo explicar cómo supe que Ella estaba terriblemente nerviosa cuando escribió esa posdata, pero así fue, del mismo modo que supe que

habría preferido caerse muerta antes de que yo lo sospechara.

Me adelanté a su reacción enviándole un telegrama para decir que le llevaba el libro personalmente y que nos veríamos a última hora del día siguiente. No me pilló por sorpresa su respuesta, donde insistía en que no era necesario que me tomara tantas molestias. Me limité a ignorar su telegrama. Como dice Stephen —y no seré yo quien lo contradiga—, no puedo culpar a nadie más que a mí misma por meterme en semejante embrollo; a mí misma y a la intuición de que Ella intentaba ocultarme algo.

Mi única defensa es que mi intuición no llegó lo bastante lejos en este caso. Pero huelga decir que no soy clarividente, y sigo manteniendo que de ningún modo habría podido prever la aparición del espíritu maligno que aparentemente había regresado desde la tumba para instalarse en otro cuerpo. Y aún hoy sigo sin entender cómo alguien esperaba que yo supiera que a Dora Canby le horrorizaban los abrelatas o que a Judy Oliver le faltaba un trozo de oreja.

El Hotel Lebeau está en el rincón más inaccesible del extremo noroeste del estado, en la cumbre que lleva el mismo nombre y que constituye el punto más elevado entre las montañas Cumberland y las Rocosas, o eso dice el folleto turístico. Hace unos veinte años el hotel tenía una considerable reputación como lugar de veraneo. Yo misma me alojé allí en una ocasión con mi padre inválido. El fresco aire montañoso era muy recomendable para la gente mayor y, los bebés en plena dentición. Por aquel entonces el hotel era nuevo, un lugar inmenso y laberíntico con enormes porches y terrazas y grandes salones de techos altos. Si no recuerdo mal, aquel año estaba al completo, aunque su dueño nunca tuvo la pretensión de que llegara a ponerse de moda.

Por lo que yo sabía, el hotel llevaba varios años sumido en una lenta, aunque constante, decadencia. Para empezar, no era fácil llegar hasta allí. Y además habían abierto un hotel más nuevo y moderno cerca del ferrocarril, y bendecido por el mismo aire saludable de la montaña. Me sorprendió saber que Ella había ido a Lebeau durante los meses de julio y agosto. Aunque después alguien me contó que el banco del cual ella es accionista mayoritaria se había visto obligado a tomar las riendas del lugar y estaba haciendo todo lo posible para convertir aquel viejo mastodonte en algo medianamente rentable.

Era muy típico de Ella velar por su dinero, incluso a costa de tener que sufrir algún que otro inconveniente. Ni por un instante dudé que nada más llegar habría exigido (y obtenido) una tarifa especial por ser accionista, y tampoco que haría todo lo posible para que el hotel volviese a dar beneficios. De cualquier manera, no me engañé pensando que se alegraría al verme. Y, para ser sincera, cuanto más

me acercaba a mi destino, más me arrepentía del impulso que me había llevado hasta allí.

Era un día exageradamente caluroso incluso para la estación, de esos que anuncian tormenta, lo cual no me importó demasiado hasta que me vi obligada a abandonar el vagón con aire acondicionado en Eggers Junction para instalarme en un sucio trenecito de cercanías que se detenía hasta en los más minúsculos apeaderos mientras ascendía tortuosamente hacia las montañas. Ya he dicho que Mount Lebeau se encuentra en uno de los rincones más inaccesibles del estado. No solo está fuera de la principal línea de ferrocarril, tampoco ninguna de las principales carreteras asfaltadas como Dios manda llega hasta allí.

«En esta era mecanizada eso no es muy diferente de estar muerto», recuerdo haber pensado enfadada, sudorosa y cubierta de ceniza, mientras miraba aburrida por la ventanilla el camino de tierra repleto de baches que discurría junto a las vías.

Carrolton, el lugar donde concluye el viaje en tren hacia Lebeau, es una tranquila villa rural a los pies de la montaña y separada de la misma por un río de cauce breve y traicionero. A mi modo de ver la localidad había cambiado a peor durante los veinte años transcurridos desde la última vez que la vi. Y tampoco me puso de mejor humor la aparición del vehículo a bordo del cual tendría que recorrer la última etapa del viaje. Era un autobús de aspecto dudoso con cuatro asientos largos y estrechos encajados en lo que en otro tiempo había sido el chasis de una berlina Ford. El conductor era un montañero desgarbado de nariz chata y rostro curtido, con pantalones vaqueros de color azul, que mascaba tabaco constantemente.

—¿Se supone que hemos de arriesgar el pellejo en este estrafalario artefacto para llegar al Hotel Lebeau? —le pregunté indignada.

Él cambió el bolo de tabaco de una mejilla a otra antes de dignarse a responder.

—Bueno, señora —dijo arrastrando las palabras—, sería una ascensión difícil para alguien con su constitución si tuviera que hacerla a pie.

Alguien soltó una risita y por primera vez me di cuenta de que no era la única pasajera con destino a Mount Lebeau. De pie, justo detrás de mí, había un joven larguirucho y ancho de hombros, con los ojos extraordinariamente azules. Fue la insolencia en la mirada de Chet Keith lo que me predispuso en su contra desde el principio; eso y el corte excesivamente atildado y fuera de lugar de su traje gris claro. Llevaba una corbata de color lavanda a juego con la camisa de aspecto igual de caro, y su cabello oscuro parecía haber sido pintado a brochazos sobre su gallarda cabeza. La mirada que le lancé debería

haber bastado para amilanarlo, pero, como no tardaría en averiguar, no era de esa clase de hombres.

—Puede que mi constitución sea objeto de mofa para algunos— respondí con brusquedad dirigiéndome al conductor, pero asegurándome de que mi voz se oía alta y clara—, pero eso solo es asunto mío o, para ser precisos, más bien dejó de serlo hace ya unos cuantos años.

El joven del pelo engominado sonrió.

—A mí no me mire —dijo—. Yo no tengo la culpa de que tengamos que subir literalmente al quinto pino.

No me molesté en responder. No tengo costumbre de entablar conversación con desconocidos, en especial cuando se trata de jóvenes arribistas y malhablados tan pagados de sí mismos como aquel. Mi única intención era ponerlo en su sitio de una vez por todas cuando me di la vuelta, con no poca arrogancia, para subir al autobús. Por desgracia, el efecto deseado se echó a perder, pues siendo tan estrecho el espacio entre los asientos, no tuve más remedio que ir entrando a trompicones y poniéndome cada vez más nerviosa hasta que la trabilla de mi falda se enganchó en el tirador de la desvencijada puerta, a resultas de lo cual me encontré en una posición por demás embarazosa, incapaz de avanzar o retroceder sin desgarrarme la falda.

—¡Agárrense todos! —exclamó el joven a mis espaldas.

El caso es que no pude hacer nada hasta que él me desenganchó empujándome desde atrás mientras subía. Para hacerle justicia, he de reconocer que lo consiguió con el mínimo esfuerzo, incluso con cierta elegancia. Y le habría dado las gracias si no lo hubiera echado a perder con otra risita, a la que enseguida se sumó el conductor del autobús. Le lancé una mirada que borró la sonrisa de su boca al instante.

—¿Hemos echado raíces aquí? —pregunté.

El bus se puso en marcha enseguida pegando una sacudida que hizo que se me cayera el sombrero sobre la frente. Cuando conseguí devolverlo a su posición original, junto con el flequillo de rizos postizos que acostumbro a llevar en público, ya nos alejábamos del pueblo. El conductor conversaba esporádicamente con el otro pasajero, pero yo no estaba de humor para charlas. Seguía haciendo un terrible bochorno y yo nunca había visto una puesta de sol tan deslumbrante. Una masa de nubes siniestras se agrupaba lentamente por el oeste y recuerdo haber pensado que no sería plato de gusto verse sorprendida por una tormenta en aquella solitaria carretera.

A unos tres kilómetros de Carrolton hay que atravesar el río Carol.

—Así que este es el famoso puente flotante —murmuró el joven sentado junto al conductor—. No me extraña que lo anuncien como el

puente de barcas más largo del mundo. —Se dio media vuelta y me miró esbozando una sonrisa—. Dudo que permitan nada parecido fuera de este estado.

Yo estaba furiosa. Por su acento, además de su aire de suficiencia, era sin duda del este del país, de Nueva York, pensé. Siempre me había indignado el modo en que los neoyorquinos miran por encima del hombro todo lo que hay al oeste del Hudson. El puente flotante sobre el río Carol es ridículo y preocupantemente inadecuado, tal como iba a tener ocasión de comprobar, Dios lo sabe, antes de que concluyera aquel espantoso asunto del Hotel Lebeau, pero yo no tenía intención de admitir nada semejante a esas alturas.

—Si su comentario va dirigido a mí —dije con frialdad—, yo no soy la responsable de este puente ni de ningún otro, aunque por lo que sé hace años que se utiliza y probablemente seguirá utilizándose sin que a nadie le importe lo que usted piense al respecto.

—Una ancianita encantadora —murmuró en voz baja dirigiéndose al conductor—, si a uno no le disgustan las tortugas caimán.

El conductor sacudió la cabeza.

—Este puente es seguro —dijo con cautela—, siempre que no vuelque.

—¿Volcar? —repetí algo abruptamente.

—Un puente de este tipo no es más que una barca flotante amarrada a ambas orillas —explicó—, y el Carol es como todos los ríos de montaña. Cuando se descontrola nada puede pararlo. Las tres o cuatro veces que ha ocurrido lo dejó hecho añicos.

—¡Vaya, menuda perspectiva! —exclamó Chet Keith con una sardónica sonrisa—. Se me ocurren un millar de sitios donde preferiría quedarme atrapado.

Lo observé con curiosidad y creo que cambió ligeramente de color cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando. Pensé que no era la clase de personaje que uno espera encontrarse de camino a Lebeau. Ese lugar nunca había sido un imán para los jóvenes, y a mi modo de ver este encajaba más en Times Square que en ningún otro escenario. Habría esperado encontrarme a alguien como él en Atlantic City o en Jones Beach completamente rodeado de muchachas bonitas vestidas con minúsculos trajes de baño, pero desde luego no en un hotel venido a menos perdido en las montañas y frecuentado por ancianos inválidos y niños de teta.

Me pareció que cambiaba de tema con sospechosa celeridad.

—¿Con qué hicieron el trazado de esta carretera? ¿Con un sacacorchos? —preguntó, y una casi imperceptible mueca de preocupación apareció en su rostro cuando el viejo autobús hizo un alarmante viraje en una curva cerrada.

—Con siete centavos de impuestos por galón de gasolina, al

menos podrían mantener las carreteras en un estado más decente —murmuré agarrándome al asiento con las dos manos y temiendo por mi vida mientras el vehículo avanzaba penosamente montaña arriba.

En ese momento, con un estridente pitido de advertencia, un coche largo y estrecho nos adelantó dejando a su paso una desagradable estela de polvo y guijarros.

—Que corra el que pueda, ¿eh? —murmuró Chet Keith.

El conductor meneó la cabeza.

—Lo alcanzaremos —dijo con lo que en aquel momento me pareció una infundada confianza.

Sin embargo, dos exiguas curvas más adelante en efecto alcanzamos al otro coche. Parecía tener dificultades para continuar. El chófer estaba maniobrando adelante y atrás, tan cerca del precipicio que sentí un escalofrío. Vi a un hombre alto y delgado sentado en la parte de atrás. Estaba enojado por el retraso y nos miró con furia mientras nos alejábamos. Oí a Chet Keith silbar suavemente.

—¡Ese era Thomas Canby! —exclamó.

Dudo que yo hubiera reconocido al magnate de la electricidad de no haber oído su nombre, aunque había coincidido con Thomas Canby y con su esposa hacía veinte años en el Hotel Lebeau, el verano que estuve allí con mi padre. Naturalmente, eso fue antes de que Canby se convirtiera en millonario. De hecho, por aquel entonces no era más que un operario de la compañía eléctrica local, una de las muchas que más tarde formarían parte de su inmensa corporación empresarial.

Recordé que él y su esposa estaban teniendo grandes dificultades a la hora de reunir el dinero necesario para que ella y el bebé pudieran pasar aquel verano en Lebeau. La niña estaba bastante enferma y los médicos le habían recomendado el aire de las montañas. Evidentemente no había vuelto a pensar en ello, pero recordé con claridad lo aterrada que estaba la señora Canby y cómo pasó día y noche velando a su bebé hasta que fue mejorando. Era una mujercita patética e insulsa, una de las mujeres más tímidas que he conocido. No lo había pensado antes, pero entonces me pregunté qué efecto habrían tenido en ella la inmensa fortuna amasada por su marido y su reputación a nivel nacional.

—Me sorprender ver a Canby camino de Lebeau —comenté sin darme cuenta de que estaba hablando en voz alta—. Creía que tenían una casa de verano en Southampton.

—Tienen un dúplex en Park Avenue, una casita en Asheville y un tipi de cuarenta habitaciones en Long Island. ¿Y qué? —respondió Chet Keith.

Lo miré frunciendo el ceño.

—La hija ya tendrá unos veinte años —murmuré, pensando de nuevo en voz alta.

Él me miró con extrañeza.

—¿No sabe que Gloria Canby murió el otoño pasado? —preguntó.

Tuve la sensación de que me observaba atentamente.

—¡Muerta! —exclamé—. Tan joven. ¡Qué calamidad!

—Es posible —dijo él con un inesperado y desagradable tono de voz.

Le lancé una cáustica mirada.

—¿No será usted uno de esos bolcheviques que envidian todo lo que poseen los capitalistas, incluso a sus hijos inocentes? —pregunté en tono imperioso.

Él se encogió de hombros.

—Gracias a Dios, esa sarna ya no me pica —respondió—, y dudo que nadie envidiara a Thomas Canby por su hija.

En ese momento el largo coche color granate del magnate volvió a adelantarnos dejando a su paso otra airada lluvia de grava.

—Al parecer el señor Thomas Canby tiene prisa —comenté secamente.

Chet Keith asintió, y de repente contuvo un juramento. El automóvil que iba varios metros por delante se había detenido tan abruptamente que nuestro conductor no tuvo más remedio que pisar a fondo el freno para no chocar con él. Durante unos instantes ambos coches oscilaron peligrosamente en el borde del terraplén y sentí como si mi estómago acabara de dar una voltereta de campana.

—¡Pero qué demonios! —exclamó Chet Keith—. Disculpe —murmuró mirándome con indiferencia mientras bajaba del bus.

El chófer de Canby, un hombre nervudo y musculoso vestido de uniforme, también bajó de un salto de su vehículo. Pronto se unió a ellos el conductor del bus. Los tres parecían estar observando atentamente algo más adelante, al otro lado de la cerrada curva. Pude ver a Thomas Canby alargando su delgado cuello desde el asiento trasero de la limusina. Supongo que dieron por hecho que yo carecía por completo de curiosidad, porque Chet Keith me miró con impaciencia mientras yo salía a trompicones del autobús y me dirigía hacia ellos.

—No merece la pena que venga —dijo con innecesaria rudeza—. No es más que un pedrusco en la carretera.

—Eso ya lo veo —respondí bruscamente.

Había una roca en la parte interior de la curva que parecía haber rodado en línea recta por la ladera de la montaña desde justo encima, donde se podía ver un socavón con tierra y grava removidas.

—La quitaremos de ahí en un santiamén —murmuró el chófer—, si me echa usted una mano, amigo.

Miró al conductor del autobús, que se estaba rascando la cabeza.

—Es gracioso; ¿qué habrá hecho caer esa roca? —murmuró.

Chet Keith volvió a encogerse de hombros.

—Lo gracioso habría sido que nos cayera encima al tomar esa curva —dijo.

Sentí un escalofrío y aparté la mirada del precipicio que se abría a nuestros pies.

—¿Es que no se toman precauciones contra eventualidades como esta? —pregunté.

El conductor del autobús seguía rascándose la cabeza.

—Eso es lo curioso del asunto —respondió—, que sí lo hacen.

El magnate de la electricidad habló por primera vez.

—¿No puedes apartar esa roca, Jay? —preguntó malhumorado.

El chófer se tocó la gorra.

—Míreme —dijo.

Él y el conductor del autobús pusieron manos a la obra y entre jadeos y con un considerable esfuerzo consiguieron apartar la roca hasta la orilla de la carretera. Chet Keith no los ayudó. En lugar de eso trepó por la ladera de la montaña y desde arriba observó con el ceño fruncido el agujero que había dejado la roca al caer. Seguía allí cuando el coche granate continuó su camino. El conductor del autobús ya estaba de nuevo al volante e hizo sonar varias veces la bocina para atraer nuestra atención. Yo tampoco había vuelto al autobús. Estaba observando a Keith, que se sobresaltó al ver que yo lo miraba.

—La empujaría el viento —dijo dedicándome lo que me pareció una mirada taimada.

—No ha habido viento en toda la tarde —respondí.

Él frunció el ceño y trató de guardar en su bolsillo algo que acababa de coger de un montículo de hierba aplastada a sus pies.

—Los accidentes ocurren —murmuró.

—Yo no lo llamaría accidente si han utilizado un cortafrío para excavar esa roca —dije resoplando.

Él me miró como si le hubiera gustado retorcerme el cuello allí mismo, pero sacó el objeto que había intentado guardar discretamente en el bolsillo. Era un cortafrío con fragmentos de grava y tierra pegados en un lado.

—Probablemente llevaba semanas ahí tirado —comentó con actitud desafiante.

—Por eso está todo oxidado —respondí con evidente sarcasmo.

El cortafrío no estaba en absoluto oxidado. Parecía completamente nuevo.

—A usted no se le escapa nada, ¿verdad? —dijo Keith.

Esta vez fui yo quien se agacho para coger algo de un montoncito de hierba aplastada en la ladera de la montaña.

—La verdad es que no —respondí, y habría guardado mi hallazgo sin decir nada más, pero él me sujetó la muñeca y lo miró.

—¡Una mujer! —exclamó.

Yo asentí.

—Eso parece.

El objeto que tenía en la mano era una horquilla, una horquilla barata de plástico color ámbar.

—Vaya —dijo suavemente, y después sonrió—. ¿Se le ocurre alguien en el Hotel Lebeau que quisiera acabar con su vida de esa manera?

Pensé en Ella y negué con la cabeza.

—No me parece del todo descabellado pensar que me quisieran quitar de en medio con hiedra venenosa. —Volví a mirar el precipicio desde donde estábamos y reprimí otro escalofrío—, pero no de esta manera.

—Tampoco estaba esperando una recepción con una banda de música —admitió con su arrogante sonrisa—. Pero, como usted dice, el asesinato ya es harina de otro costal.

Contuve el aliento.

—¡Asesinato!

Él me miró fijamente.

—La verdadera cuestión aquí es: ¿quién intentó enviar a Thomas Canby a ver al Todopoderoso antes de tiempo?

Hice lo posible por sofocar un grito, aunque él ya iba camino del autobús, y sintiendo que me flaqueaban las piernas, lo seguí.

Capítulo 2

Nunca olvidaré el instante en que vi por primera ver el Hotel Lebeau aquella tarde. La tormenta que se estaba fraguando lentamente hacía las veces de un lúgubre telón tras el inmenso edificio, en el que veinte años de negligencia habían dejado huellas más que evidentes. Se habían tomado la molestia de reparar las columnas de la amplia terraza delantera. Habían desbrozado el terreno más cercano al edificio, pero aún abundaban los setos descuidados, en algunos casos tan altos que ensombrecían los cristales inferiores de los grandes ventanales de la primera planta. Había demasiados pinos escuálidos alrededor del hotel. Como era de esperar, del lugar emanaba un fuerte olor a humedad, pensé, sin duda debido a la escasez de sol. Y recordé entonces que a tanta altitud sobre el nivel del mar las nubes tenían la costumbre de aparecer de repente con el menor pretexto.

—Lo raro es que los huéspedes no se marchen de aquí con el reuma aún peor —murmuré tratando de salir del autobús.

Chet Keith sonrió.

—Sí que resulta algo siniestro —comentó, y luego añadió en un tono que pretendía resultar jocoso—: el escenario perfecto para un asesinato.

Yo había conseguido engancharme la falda una vez más y oí cómo se rasgaba ligeramente cuando intenté soltarme, de modo que no estaba del mejor humor.

—¿Qué piensa hacer con ese cortafrío? —pregunté.

—¿Qué voy a hacer?

—Supongo que la policía también tiene jurisdicción en este remoto lugar.

Él cambió de color.

—Supongo que tiene razón —respondió lentamente—. Habría que dar parte de lo que vimos. Al menos a Thomas Canby.

—Eso pienso yo —repliqué, y contemplé con un ligero estremecimiento el cielo negro a nuestras espaldas.

—Aunque es posible que estemos exagerando las cosas —dijo él.

Lo miré fijamente, pero él se había dado la vuelta y caminaba detrás del conductor del autobús, que ya se dirigía a la entrada del establecimiento cargado con nuestro equipaje. El vestíbulo de entrada o el gran salón, como lo llamaban en el Hotel Lebeau, es una estancia enorme como un granero, con altos techos y paredes de un color verde desvaído, junto a las cuales los sillones de madera de roble y los sofás de cuero desperdigados aquí y allá parecen algo perdidos. A la derecha, nada más entrar, está el mostrador de recepción: un armatoste de madera de nogal de considerable altura tras el cual hay numerosos casilleros para las llaves de las habitaciones y el correo de los clientes. En un extremo del mostrador hay una vitrina que hace las veces de estanco y quiosco. Junto al otro está la puerta del comedor. Frente a la recepción se encuentra la entrada a los salones gemelos. Y al final del vestíbulo, una sola puerta conduce a un pasillo largo desde el cual se accede a varias habitaciones para huéspedes que ocupan toda la parte trasera del edificio, que solo dispone de dos plantas abiertas al público.

Una joven rubia aguardaba tras el anticuado libro de registro, que empujó hacia nosotros sin disimular su aburrimiento. A pesar de su hastiada actitud, al instante se mostró interesada en el joven caballero que permitió galantemente que yo me registrara en primer lugar. Vi cómo lo observaba bajo sus largas pestañas. Y di por hecho que el señor Chet Keith también se había dado cuenta. Me parecía la clase de joven acostumbrado a levantar pasiones entre las mujeres. Encendió un cigarrillo con actitud de excesiva indiferencia y paseó su mirada por las insolentes curvas de la muchacha.

—Mujeriego —murmuré entre dientes, habiendo vivido en hoteles el tiempo suficiente para reconocer al instante la clase de personajes

que aborrezco.

Tampoco pasé por alto el gesto zalamero con que aceptaba el bolígrafo que le ofrecía la joven después de que yo lo dejara sobre el mostrador. Sin embargo, al leer el nombre que había escrito en el registro, la mujer centró su atención en mí.

—Oh, señorita Adams, la señora Trotter me pidió que avisara en cuanto llegara usted —dijo alegremente—. La llamaré por teléfono mientras Jake la acompaña al piso de arriba. Estoy segura de que a ambas les complacerá saber que hemos podido darles habitaciones contiguas.

Yo no estaba tan segura mientras seguía al botones de color entrado en años hacia las escaleras del fondo del vestíbulo. Si hay algo de lo que el Hotel Lebeau no puede vanagloriarse es de tener ascensores, de modo que me esperaba una ardua ascensión hasta la segunda planta. Desde hace muchos años me veo obligada a convivir con la artritis y no me hacía ninguna gracia la perspectiva de tener que enfrentarme a aquellos escalones varias veces al día.

—Supuse que podría tener una habitación en la planta baja —comenté.

Jake meneó la cabeza canosa.

—Toda la primera planta está reservada, señora.

—¿Reservada? —protesté—. No tenía ni idea de que el hotel estuviera completo.

—No es eso señora. El hotel no está lleno, pero la planta baja está reservada para… —de repente me miró de un modo extraño— la señora Canby y sus actividades.

—¡Sus actividades! —repetí bruscamente—. Por todos los santos, ¿a qué se refiere?

Pero Jake era capaz de contener su lengua cuando la ocasión lo requería.

—Hemos llegado, señora —dijo como si no me hubiera oído, y me cedió el paso a una amplia habitación pintada de un verde bilioso en la parte trasera de la segunda planta.

Se apresuró a dejar el equipaje a mi lado y salió con tanta prisa que, presa de un repentino impulso, me fui corriendo tras él hasta las escaleras. Tenía intención de exigirle una explicación, pero al llegar al rellano miré hacia abajo justo a tiempo para ver al señor Chet Keith darle una palmadita bajo la barbilla a la joven de la recepción al tiempo que conseguía robarle un beso.

—Ya suponía que era de los rápidos —murmuré para mis adentros—. ¡Repugnante truhán!

En ese momento alzó la vista y me vio mirándolo, pero en lugar de mostrarse mínimamente avergonzado tuvo la audacia de guiñarme un ojo; una nueva muestra de frivolidad a la que respondí con un

bufido de desdén. No obstante, la sonrisa desapareció de sus labios casi inmediatamente cuando miró detrás de mí, y su joven e insolente cara se tiñó de un oscuro color rojo.

Yo me di la vuelta y miré sobre mi hombro. Había una muchacha de pie justo a mi lado, aunque no la había oído acercarse. Era una chica esbelta y de aspecto bastante frágil, con el pelo rubio claro atado en una coleta que le caía sobre su nuca; el rostro ovalado y flaco, dominado por una boca de expresión melancólica y dos enormes ojos grises. Tenía unas marcadas ojeras y apretó un puño contra su costado al ver al joven del vestíbulo.

Al instante siguiente había desaparecido, y pasillo adelante se abrió una puerta y oí la voz de Ella Trotter:

—¡Adelaide! ¡Gracias a Dios que has venido!

Antes de que pudiera recuperarme de mi asombro. Ella apareció en el rellano y me cogió del brazo. Por la vehemencia con que me agarró y me arrastró hacia su habitación se habría dicho que mi llegada había constituido poco menos que una respuesta a sus plegarias. Su inesperado recibimiento me pilló tan desprevenida que solo pude mirarla embobada, y ella tuvo la delicadeza de ruborizarse.

—Nunca me había alegrado tanto de ver a alguien —dijo.

Me erguí en toda mi estatura, que no es poca.

—Pues te tomaste bastantes molestias para impedir que viniera —empecé a decir altivamente.

—Eso fue ayer —me interrumpió Ella, y después volvió a agarrarme con fuerza del brazo y miró por encima de su hombro—. ¿Qué ha sido eso? —susurró.

—A mí me ha parecido el gañido de un gato —repliqué bruscamente, y no pude evitar preguntarme si Ella no estaría empezando a hacerse vieja.

Se había puesto tan pálida que pensé que se iba a desmayar.

—¡Un gato! ¡Oh, Adelaide! —gritó, y se dejó caer en una silla como si sus piernas no pudieran sujetarla.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé enfadada—. Pero ¿qué te ha dado? Como si nunca hubieras oído chillar a un gato callejero.

Ella estaba temblando y vi una fina hilera de perlas de sudor en su labio superior.

—Han encontrado dos gatos en dos días —dijo casi sin aliento—. ¡Muertos!

—¿Y qué tiene eso de raro? —pregunté con impaciencia.

—No lo entiendes, Adelaide —balbuceó Ella—. Estaban… los habían destripado.

En ese momento se oyeron los primeros truenos y me sorprendí aferrándome al brazo de Ella con tanta fuerza como ella se había agarrado a mí hacía un instante.

—Bueno —dije tratando de quitarme de encima el extraño escalofrío que me recorría la espalda—, yo diría que los gatos se pelean a zarpazos constantemente.

Ella estaba susurrando y algo en su manera de mirar por encima de mi hombro me puso nerviosa.

—No había ningún indicio de zarpazos —respondió—. Estaban… Los habían cortado, Adelaide. Los rajaron con un cuchillo y los dejaron morir agonizando de esa manera.

Su voz se quebró al pronunciar la última palabra y por segunda vez pensé que se iba a desmayar. Entonces cogí una silla y me senté frente a ella.

—Será mejor que me lo cuentes todo desde el principio —dije.

Nada evidenciaba mejor el estado al que había quedado reducida Ella que la docilidad con que aceptó mi sugerencia. Por norma general basta darle cualquier consejo para que haga justo lo contrario.

—¿Qué sabes de Thomas Canby y de su esposa? —preguntó con voz aún trémula.

—Sé lo mismo que todo el mundo —respondí abruptamente—. Que Thomas Canby empezó sin nada y amasó una fortuna.

—¿Sabías que su única hija murió el año pasado?

—Eso he oído esta tarde. Era muy joven para morir.

Ella se estremeció.

—No es solo que muriera, Adelaide.

Yo la miré fijamente.

—No es propio de ti andarte por las ramas, Ella —dije—. Por amor de Dios, ¿qué sucede?

—Ojalá lo supiera —respondió Ella tragando saliva como quien contiene un sollozo—. En cualquier caso, Gloria Canby se suicidó, Adelaide.

—¡Se suicidó! —exclamé—. ¡Una jovencita con toda la vida por delante!

—Se cortó las venas a la altura de las muñecas con una cuchilla de afeitar.

—¡Cielo santo!

—Estaba prácticamente muerta cuando la encontraron.

—Debe de haber sido terrible para su madre —murmuré—. Recuerdo su dedicación hacia la niña cuando se alojaron aquí, en el Hotel Lebeau, hace veinte años.

Ella me miró de un modo que me sobresaltó.

—Dicen que la devoción de Dora Canby por su hija era casi una obsesión —susurró mirando de nuevo por encima de mi hombro, aunque la puerta estaba cerrada.

—¿Qué te preocupa, Ella? —pregunté en tono autoritario.

Sus labios temblaban literalmente.

—Los muertos no vuelven, ¿verdad, Adelaide?

—¡Estás loca! —exclamé.

—Empiezo a pensar que sí —dijo Ella cansada, y entonces se levantó, se acercó a la cómoda, sacó un periódico doblado de uno de sus cajones y me lo entregó.

—Me lo consiguió un viejo vendedor de periódicos —explicó—. Se publicó tras la muerte de Gloria Canby.

El titular ocupaba todo el ancho de la página. «GLORIA CANBY, HIJA DEL MAGNATE DE LA ELECTRICIDAD, SE SUICIDA», anunciaba. Había una fotografía borrosa, como en la mayoría de los recortes de periódico, pero sus rasgos se apreciaban bastante bien.

—¡No hace ni cinco minutos que vi a esa joven en la escalera! —grité agradecida por estar sentada.

Ella sacudió la cabeza.

—Esa era Sheila Kelly.

—¿Sheila Kelly?

—El parecido es notable —respondió Ella—, pero eso no es lo más extraño del asunto.

—Déjate de acertijos, Ella Trotter —dije con tanta severidad como pude.

—Lo más espantoso —susurró Ella— es que Sheila Kelly se parece más ahora a esa terrible muchacha que hace una semana, más que esta mañana incluso.

—¿Qué terrible muchacha?

Ella inspiró profundamente.

—Gloria Canby era una persona muy desagradable, Adelaide. Al parecer, nunca fue normal —se estremeció—. Dicen incluso que cuando era niña solía arrancarles las alas a las mariposas y clavarles alfileres a los cachorros solo para… para verlos sufrir. Y una vez, cuando solo tenía diez años, destripó a un gatito.

Resonó otro trueno, tan cerca que pegué un respingo. Ella se inclinó para acercarse más a mí y de nuevo bajó la voz. Tuve que agacharme para oírla.

—Gloria Canby se mató porque su padre estaba a punto de ingresarla en un psiquiátrico, o eso pensaba ella —susurró.

—¡Un psiquiátrico!

—Ella… intentó matarlo.

—¡A su propio padre!

—Intentó envenenarlo, o eso dicen, aunque se hizo todo lo posible para silenciarlo.

—¡Esa chica estaba loca!

—Por supuesto —respondió Ella—. Por eso iba a encerrarla su padre.

—¿Pero antes de que pudiera hacerlo ella se mató?

De repente me sorprendí mirando por encima de mi hombro, como si fuera contagioso.

—¡Pobre Dora Canby! —dije suspirando.

—Pero justo ahí está el problema —continuó Ella—. Dora Canby nunca se dio cuenta de que la muchacha no estaba… no estaba bien. Al parecer se negaba a ver todas las evidencias. Ya sabes lo testarudamente idiotas y ciegas que suelen ser las madres permisivas con hijas problemáticas.

—Lo sé —admití sombríamente, pensando en más de una situación parecida que había tenido ocasión de presenciar.

—Supongo que su marido la protegió de la verdad en la medida de lo posible —siguió diciendo Ella—, lo cual hace aún más terrible la actual situación.

—¿Cuál es la actual situación, Ella? —pregunté con aspereza—. ¿Cuándo vas a dejar de balbucear?

—Creo que fue pura casualidad que Sheila Kelly y el profesor se cruzaran en el camino de Dora Canby —murmuró Ella sin prestarme atención—, o puede que no.

—¿Qué profesor? ¿Y quién es Sheila Kelly? —pregunté malhumorada.

—El profesor Thaddeus Matthews es un fraude de la peor ralea, de eso estoy convencida, el resto puedes imaginarlo tú misma —replicó Ella—. Dice ser un espiritista, un médium que transmite mensajes del más allá y esa clase de cosas. Basta verlo para saber que el único espíritu que conoce es el del licor. Y eso es lo que lo hace todo tanto más inexplicable.

—¿A qué todo te refieres, Ella? —pregunté tratando de ser paciente, un don que he de reconocer que nunca me ha sobrado.

—Ya te lo he dicho —respondió Ella, aunque no lo había hecho—. El profesor ha estado celebrando sesiones de espiritismo para Dora Canby. La chica, Sheila Kelly, es su secuaz, su médium o como quieras llamarla. El objetivo era ponerse en contacto con la hija muerta de Dora Canby, como puedes suponer.

Yo hice una mueca.

—Si no recuerdo mal a la señora Canby, parece la víctima perfecta para esa clase de estupideces.

Ella pareció aliviada.

—Es todo una estupidez. No puede ser otra cosa —dijo como si intentara convencerse a sí misma.

—Los muertos no regresan —dije ásperamente.

De repente cayó un relámpago, tan brillante que casi me cegó. Y la luz de la lámpara parpadeó violentamente sobre nuestras cabezas. Ella volvió a agarrarme el brazo.

—Ni siquiera un espíritu loco y perverso como Gloria Canby

puede regresar para seguir haciendo maldades —susurró—. ¡Ni puedo ni quiero creerlo!

Yo la miré con incredulidad.

—¿Qué clase de paparruchas son esas? ¡Por supuesto que no pueden volver!

—Tú no has estado en esas sesiones, Adelaide. Te digo que hay algo. El aspecto de esa muchacha, cómo ha cambiado, incluso durante la semana que hace que la conozco… ¡y además lo de los gatos!

—¿Intentas decirme que…?

Ella me interrumpió.

—La chica está aterrada. Ayer por la tarde sufrió un ataque de histeria cuando encontró un canario en su habitación.

—¿Un canario?

—El canario de Dora Canby. Lo había estrangulado.

—¡Estrangulado! —gemí empezando a sentirme como un loro amaestrado.

—En vida de Gloria Canby —dijo Ella con voz temblorosa—, la señora Canby nunca se atrevió a tener ningún pájaro como mascota. Verás, su hija… tenía la manía de estrujarles el cuello.

Hice lo posible por aferrarme a mi cordura al tiempo que cogía a Ella por la muñeca izquierda.

—¿Qué tratas de decirme exactamente, Ella? —pregunté con la mayor seriedad—. ¿Que ese profesor charlatán y su secuaz, como la llamaste, han conseguido traer desde la tumba el infeliz espíritu de Gloria Canby?

Mi actitud tuvo un efecto benéfico en Ella, que de nuevo inspiró profundamente y por primera vez desde que había llegado me pareció ella misma.

—Es ridículo —dijo.

—¡Por supuesto!

—Evidentemente, no es más que un truco barato para sacarle dinero a Dora Canby.

—Eso es lo que parece —comenté, indignada.

—Prácticamente está manteniendo al profesor y a la muchacha.

—¡Esa mujer deber de haber perdido la razón!

—Oh, sin duda —asintió Ella, y luego frunció el ceño—. Aun así… —Otra vez estaba mirando por encima de su hombro, y afuera había empezado a llover a cántaros y aullaba un viento salvaje—. Yo estaba dispuesta a reírme de todo el asunto, Adelaide —dijo temblorosa—, pero ya ves que no me río.

Se aferró a mi brazo.

—Te digo que esa chica está aterrorizada y a veces también el profesor, o eso me ha parecido. Creo que empezaron con el clásico repertorio de trucos para la ocasión y entonces, entonces… —Se

detuvo y me miró fijamente—. ¿Has oído decir alguna vez que los suicidas no pueden descansar en sus tumbas, Adelaide? —susurró.

—¡Y ahora también me dirás que crees en los vampiros! —respondí con mofa.

Ella se puso blanca.

—Ayer maté a un murciélago en esta misma habitación —anunció con voz sepulcral.

Me limité a mirarla sin pestañear.

—Sé que estoy hablando como una idiota —confesó—, pero… Supongamos, Adelaide, que ese profesor y la chica hubieran planeado aprovecharse de la credulidad de Dora Canby y entonces algo fuera de su control se aprovechara de su pretensión de traer de vuelta a la tierra el espíritu de Gloria Canby, y ahora… son incapaces de controlar la fuerza que han liberado.

—Si yo diera pábulo a algo semejante, sería más estúpida que Dora Canby —respondí levantándome rápidamente de la silla—. Los muertos no regresan, Ella. Métete eso en la cabeza. No sé qué está sucediendo en este mohoso caserón, pero, sea lo que sea, no es obra de los muertos vivientes, de eso sí puedes estar segura.

Yo estaba pensando en el cortafrío que Chet Keith había encontrado esa tarde en la ladera de la montaña y en la horquilla anaranjada que había justo al lado.

Ella me dio unas palmaditas en el brazo.

—No sabes cuánto me alegra que estés aquí —dijo con voz ronca.

Lo cierto es que me emocionó, y con lo mal que se me da expresar mis emociones más delicadas, estaba pensando qué decir cuando empezaron a aporrear la puerta.

—¡Señora Trotter! ¡Señora Trotter! —gritaron con voz nerviosa—. ¡Déjeme entrar!

—Es Judy Oliver, la sobrina de la señora Canby —murmuró Ella, y abrió la puerta.

Cuando la joven entró estaba demasiado alterada para reparar en mi presencia. Era una muchacha menuda y delgada, de pelo negro corto con flequillo y ojos marrones, que en esos momentos me parecieron enormes.

—¡El tío Thomas estuvo a punto de morir esta tarde! —gritó casi sin aliento—. De no ser porque Jay se ha visto obligado a reducir la velocidad para adelantar al autobús, su coche habría caído por el precipicio. Oh, señora Trotter, ¿qué significa todo esto? ¿Qué puede ser?

A la muchacha le castañeteaban los dientes y por segunda vez Ella se acercó dando tumbos a una silla y se sentó. Yo miré fijamente a una y después a la otra, y Ella hizo un débil gesto en mi dirección.

—Judy, esta es mi amiga Adelaide Adams —dijo, y la joven se

volvió abruptamente hacia mí tratando de recuperar el aliento.

—¿La que iba a traer el libro? —balbuceó.

Yo asentí y Judy Oliver intentó calmarse de nuevo.

—Tiene que haber alguna explicación —dijo tartamudeando.

Parecía necesitar desesperadamente que alguien la tranquilizara.

—Por supuesto que hay una explicación —dije, aunque no tenía la menor idea de cuál podía ser.

Ella inspiró profundamente.

—Verás, Adelaide, la noche pasada, cuando Sheila Kelly entró en trance dijo… ella dijo…

Su voz se fue apagando y Judy Oliver tomó el relevo.

—¡Fue horrible! —susurró—. Parecía Gloria, hablaba como ella. Podría haber jurado que era Gloria, y ella… dijo que no podía descansar porque el tío Thomas seguía vivo. Dijo que no descansaría en paz en su tumba mientras él estuviera vivo.

—Y supongo que Gloria Canby llevaba el pelo largo y usaba horquillas color ámbar —comenté sarcásticamente.

Judy Oliver me miró con expresión asustada.

—Sí, así es. ¿Cómo lo ha sabido?

Traté de responder, pero de repente me faltó el aliento, y para mi alivio alguien al otro lado de la puerta llamó a Judy.

—Es Jeff —dijo ella sonrojándose encantada—. Siempre jugamos una partida al banco ruso antes de cenar.

Salió a toda prisa y yo miré a Ella encogiéndome de hombros.

—Una mujer es incapaz de pronunciar el nombre del hombre al que ama sin delatarse —dije.

Ella me miró con extrañeza.

—Jeff Wayne es el prometido de Gloria Canby, no el de Judy.

—Querrás decir que era su prometido. La chica está muerta.

—¿Tú crees? —murmuró Ella en un tono de voz que no me gustó.

Me puse de pie con impaciencia.

—Me voy a mi habitación —dije—. Acabo de recordar que la puerta ha estado abierta todo este tiempo. Esto es lo que ocurre por tomarse en serio semejantes tonterías. Es impropio de tu edad, Ella.

Ella levantó la cabeza altivamente.

—Tampoco esperaba que te interesara ninguna de mis teorías —replicó con aspereza—. Nunca estás contenta a menos que lleves la razón, Adelaide.

Me sentí mejor; estaba mucho más acostumbrada a escuchar las recriminaciones de Ella que a verla llorar en mi hombro.

—Te veré a la hora de la cena —respondí bruscamente.

—No te preocupes por mí —comentó Ella, y cogiendo su bolso de costura del que rara vez se desprendía, aunque yo nunca la había visto terminar nada de lo que empezaba, empezó a tejer con teatral

despreocupación.

La puerta de mi habitación estaba entreabierta, tal como yo la había dejado, y mi equipaje apilado en el centro de la estancia, donde Jake lo había colocado en el suelo. Recuerdo haber refunfuñado irritada para mis adentros al ver que ponía mi neceser boca abajo, aunque solo se cayó el estuche de pañuelos. Yo había dejado el libro sobre espiritismo encima del neceser. Fue entonces cuando me di cuenta de que el libro ya no estaba. Tampoco lo encontré en ninguna de las demás bolsas, y por primera vez se me ocurrió pensar que quizá, después de todo, habían dejado aquella roca en mitad de la carretera para Thomas Canby.

—No seas idiota —me reprendí a mí misma, enfadada—. Eres peor que Ella.

No me cansaré de decir que no me asusté al ver el murciélago agarrado a la pared justo encima de mi hombro. Simplemente no me gustan los murciélagos. Son bichos feos y viscosos. Al contrario de lo que Ella Trotter insiste en decir todavía hoy, no perdí el control ni empecé a darme de cabezazos contra las paredes. Simplemente me limité a golpear a la repelente criatura con un cepillo para el pelo. De pura casualidad se puso a volar delante de mi cara, por lo que tuve que agacharme y me aticé a mí misma en la sien. Como es natural grité, y en ese momento alguien detrás de mí abrió bruscamente la puerta de la habitación y el murciélago salió volando como una flecha.

—Por el amor de Dios, señorita Adams —murmuró una sarcástica voz—. ¿Está usted bailando alguna danza de guerra o qué demonios sucede?

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que estaba saltando de un lado a otro, blandiendo febrilmente el cepillo con una mano en todas direcciones y sujetándome las faldas con la otra.

—Joven —respondí con frialdad mirando a Chet Keith—, había un murciélago en mi habitación.

—¿Un murciélago? —murmuró con suavidad mientras se agachaba para recoger algo del suelo.

Era una horquilla de color ámbar.

Capítulo 3

El comedor del Hotel Mount Lebeau estaba insuficientemente iluminado y desde luego era demasiado grande para el puñado de gente indecisa que entró a cenar aquella tormentosa noche de julio. Había una interminable procesión de mesas vacías que parecían

alejarse de la que ocupábamos Ella y yo en dirección a los rincones más sombríos de la estancia. Quizá fuera un efecto de la enorme lámpara central, que tenía una pantalla verde, pero me dio la sensación de que todo el mundo, incluida Ella, parecía cansado. En cualquier caso, ninguno de los demás comensales estaba de humor para conversar. Y al mirar a mi alrededor pensé que nunca había visto un grupo de gente tan abatida.

Como había reconocido Jake, el botones que me acompañó a la habitación, que también hacía las veces de portero, el hotel distaba mucho de estar completo y, gracias a Ella, pude identificar enseguida a los invitados de la mesa de al lado. A la muchacha, Judy, ya la había conocido, pero no a Jeff Wayne, el muchacho que había estado comprometido con su prima. Era un joven de aspecto pulcro, con el pelo rubio e ingenuos ojos azules, pensé, aunque tenía una expresión cansada, como si padeciera de los nervios, lo que me pareció absurdo para su edad. Miraba fijamente su plato y me di cuenta de que apenas comía nada. En un momento dado, cuando Judy le habló, él se sobresaltó violentamente y derramó el café de su taza.

Ella me dedicó lo que pretendía ser una elocuente mirada.

—Ese muchacho está embrujado —susurró.

—No seas tonta —repliqué.

Ella apretó los labios.

—Judy siempre está intentando traerlo de vuelta… de alguna parte.

—«Los hombres mueren… mas no de amor» —cité[1] con cierta aspereza—. Me atrevería a decir que el muy bobo es lo bastante joven para tomarse en serio el papel de amante abandonado.

—No exactamente —dijo Ella—. Al parecer no estaba enamorado de Gloria Canby, al menos, al final, ya no. Le tenía miedo. Y, en mi opinión, se lo sigue teniendo.

—¡Sandeces! —exclamé, y entonces se me ocurrió algo que me puso la piel de gallina.

Judy Oliver estaba hablando y se le acercó ligeramente, colocando su mano sobre la de Jeff Wayne, que a su vez la tenía apoyada al borde de la mesa. Vi cómo sus dedos apretaban los de ella un instante, y entonces me pareció que se echaba a temblar y que miraba por encima de su hombro. De repente soltó la mano de Judy, como si algo le hubiera hecho daño, y su rostro se puso lívido de repente bajo la tenue luz verdosa de la enorme lámpara.

—¿Lo ves? —murmuró Ella a mi lado.

Era evidente que el muchacho tenía miedo, eso no pude negarlo. En aquel gesto espontáneo, antes de que volviera a bajar la vista, tuve ocasión de ver en sus ojos el terror y algo más, horror incluso.

—Y supongo que esos de ahí —dije siguiendo su mirada— son el

profesor y su ayudante.

Ella asintió. Fingiendo contemplar la lluvia que azotaba los cristales de las ventanas, observé con atención al profesor Thaddeus Matthews. Parecía exactamente lo que era, un charlatán de primera categoría. Era habitual ver a hombres como él en teatrillos ambulantes por todo el país antes de que desapareciera el vodevil. Un anciano alto y rollizo de colgante papada, nariz grande y venosa y protuberantes ojos negros bajo una mata de pelo negro grasiento, evidentemente teñido. Llevaba un traje negro pasado de moda, camisa de cuello alto desmontable y corbata de lazo. Tenía una actitud pomposa, algo malhumorada e inequívocamente taimada, pero en la mano derecha lucía un hermoso cabujón de rubí engastado en un enorme y anticuado vástago de oro.

Ella vio cómo lo miraba.

—Un regalo de la señora Canby —explicó encogiéndose de hombros.

—Parece que la cosecha ha sido más que buena —respondí contemplando el collar de cuentas verdes que llevaba Sheila Kelly alrededor del cuello.

Al igual que el profesor, iba pobremente vestida. No había duda de que el vestido de noche blanco de gasa que llevaba formaba parte de su atrezo en los escenarios. Parecía gastado, como si hubiera costado muy poco dinero cuando era nuevo y desde entonces hubiera pasado por demasiados baúles de vestuario. Sin embargo, el collar de jade que adornaba su garganta era auténtico, habría apostado mi vida por ello.

Ella asintió.

—Sin duda Thomas Canby consideró que debía ver con sus propios ojos lo que estaba sucediendo aquí.

—¿Por eso ha venido? —pregunté sin dejar de observar a la joven Kelly.

Igual que Jeff Wayne, se limitaba a juguetear con la comida sin apenas probar bocado, y también su rostro estaba pálido y ojeroso.

—Por supuesto que vino por eso —replicó Ella—. Por eso están todos aquí.

—¿Todos?

Ella gesticuló con impaciencia señalando a las demás personas que estaban sentadas a la mesa con Judy Oliver y el joven Wayne.

—Son los herederos naturales de Dora Canby, sus sobrinos. Obviamente no quieren que todos esos millones acaben en manos de un timador barato y de su ayudante.

—Puede que la señora Canby sea idiota, pero dudo que lo sea tanto —dije—, incluso aunque el profesor la haya convencido de que pueden traerle mensajes del más allá.

—No lo entiendes —respondió Ella—. Dora Canby no cree que le estén entregando mensajes del más allá. Cree que Gloria Canby ha vuelto a la vida en el cuerpo de Sheila Kelly.

Yo hice una mueca, pero la protesta que estaba a punto de hacer quedó interrumpida por una exclamación de la atractiva joven sentada junto a Jeff Wayne.

—¡Hogan! —gritó con lo que me pareció auténtico asombro.

Un hombre acababa de entrar en el salón. Un joven apuesto y bien parecido, de rostro inexpresivo y mirada extremadamente sofisticada.

—Hola a todos —murmuró caminando directamente hacia Lila Atwood.

Incluso en aquel momento me fijé en qué extraordinaria pareja hacían. Hogan Brewster, moreno y elegante, y Lila Atwood, con el pelo negro con visos azulados cortado a lo *garçon* y esos brillantes ojos oscuros dominando el rostro sobre una boca pequeña, aunque sensual, de labios muy rojos.

—Querido —murmuró—, ¿cómo nos has encontrado?

Él esbozó una sonrisa.

—Puse a los sabuesos a seguir el rastro —respondió—. ¿Cómo estás, Allan?

Por un instante pensé que Allan Atwood iba a golpear al otro hombre, y después pareció llevar a cabo un terrible esfuerzo para contenerse.

—Estoy bien —dijo entre dientes—. ¿Has cenado? ¿Quieres unirte a nosotros?

—Que si quiero, dice —exclamó el otro riendo mientras cogía una silla—. ¿Estás chiflado? Menuda pesadilla he vivido conduciendo hasta aquí con esta tormenta. Una docena de veces pensé que la diñaba.

—¿Sí? —murmuró el marido de Lila Atwood.

No dijo «No ha habido tanta suerte», aunque por su expresión era obvio que lo estaba pensando. Y cuando miré a Ella asintió.

—El eterno triángulo amoroso —dijo—. La aventura ha sido un escándalo del dominio público desde hace meses.

Comentó algunos detalles sobre el tema mientras yo observaba disimuladamente a Allan, que, con poco éxito, intentaba actuar como si no fuera consciente del atrevimiento con el que Hogan flirteaba con Lila delante de las mismísimas narices de su marido. Según Ella, Dora Canby había tenido dos hermanas y las dos estaban muertas. Judy Oliver y su hermano Patrick eran los hijos de la pequeña, y Allan Atwood, el único hijo de la mayor. Hacía ya un buen puñado de años que Thomas Canby mantenía a la sobrina y los sobrinos de su mujer, o eso saqué en conclusión. En cualquier caso, les había proporcionado

un hogar y los había educado, y había dado empleo en su negocio a los muchachos ofreciéndoles puestos de poca importancia.

—Alguno de esos puestos de quinto o sexto vicepresidente con los que los hombres acaudalados se hacen cargo de sus parásitos inútiles —explicó Ella.

Había algo de inútil en el rostro de Allan Atwood, pensé, aunque no por ello dejaba de poseer un vago atractivo. Tenía rasgos armoniosos y marcados, cabello castaño algo ondulado y un profundo hoyuelo en la barbilla, pero daba la impresión de ser demasiado dúctil, como si pudiera venirse abajo enseguida ante la presión. Incluso los movimientos de sus cuidadas manos resultaban inseguros y sus ojos grises estaban ligeramente enrojecidos.

En su esposa, por el contrario, no había nada impreciso. Había sido una belleza famosa, o eso comentó Ella, y su actitud era la de una mujer acostumbrada a llamar la atención por su aspecto. Pertenecía a una ilustre familia de Maryland, una de esas ramas aristocráticas que, a pesar de ir a menos en lo financiero, consiguen mantener su estatus social. Ella me contó que al parecer era una excelente jinete, y no me costó imaginar a Lila Atwood con su espalda erguida y sus largos miembros saltando a lomos de un purasangre una valla de un metro y medio de altura sin parpadear.

—Supongo que el único caballo que su marido es capaz de montar es uno de madera en un tiovivo —murmuré mirando fijamente a Allan, que se había derramado un vaso de agua sobre el regazo y se puso colorado como un tomate cuando todo el mundo, especialmente Hogan Brewster, empezó a reírse de su torpeza.

Ella asintió.

—Es un auténtico genio a la hora de tropezar con sus propios pies. Da pena verlo. Según Judy siempre ha sido así, torpe y cohibido, pero ha ido a peor desde que se casó. Es un inútil en todo aquello en lo que destaca su mujer. Ella y Hogan Brewster.

—Lo llaman mala coordinación en realidad —murmuré—. Se supone que es fruto de un desorden nervioso, como la tartamudez.

—Judy me contó que Allan pisó la cola del vestido de novia de Lila en el altar y, metafóricamente hablando, el pobre diablo ha seguido haciéndolo desde entonces.

—Supongo que ella se casaría con él por su dinero —aventuré.

—Por el dinero de Thomas Canby —me corrigió Ella, y después frunció el ceño—. Lo que nadie puede entender es por qué no se divorcia de él ahora que ha aparecido Brewster. Es millonario por derecho propio, aficionado al polo en Long Island, y dicen que tampoco le falta temperamento artístico. Pinta tan bien como esquía y pilota su propio aeroplano. Él y Lila parecen hechos el uno para el otro.

Yo levanté las cejas.

—Quizá él no sea de los que se casan —dije—. No todos los hombres apuestos que corren tras una mujer casada y atractiva están ansiosos por llevarla a Reno.

—Sospecho que tienes razón —respondió Ella—. Aunque Judy piensa que el señor Hogan Brewster está, como ella dice, «realmente embelesado» con Lila.

Observé con atención a la mujer de Allan Atwood. Ella estaba secando con delicadeza la chaqueta salpicada de agua, usando su propia servilleta y sonriéndole.

—No es nada —murmuró ella—. Ni siquiera se nota, cariño.

Su tono de voz me recordó al que usan las madres cuando le besan una pupita a su bebé mientras lo arrullan. «No pasa nada, mami te curará». Y creo que él también se dio cuenta, porque de repente volvió a ruborizarse y le apartó la mano enfadado.

—¡Para! —gritó casi violentamente.

La joven apretó los labios.

—Ella siempre se muestra amable con su marido —dijo—, eso no se le puede negar. Pero parece que lo saca de quicio.

Yo estaba observando otra vez a la mujer de Allan Atwood. Hogan Brewster se había inclinado hacia ella y le murmuró algo al oído, algo sin duda halagador, a juzgar por el brillo que había en sus ojos negros. Vi cómo ella se ruborizaba y alzaba la vista hacia él lanzándole una mirada abiertamente hostil. Él pareció algo sorprendido, aunque se recuperó al instante.

—Al menos no trata a Brewster como si fuera un niño, un chiquillo torpe e inútil al que se ve obligada a cuidar —murmuré.

Ella me miró sorprendida de repente.

—Lila actúa como si se sintiera obligada a levantar del suelo a su marido y limpiarle la nariz una docena de veces al día.

—¿Cuánto tiempo llevan casados? —pregunté.

—Algo más de un año. Y, también según Judy, Brewster ha frecuentado el grupo familiar casi desde el principio.

—No me extraña que Allan parezca un poco harto —dije—. ¿Se puede saber por qué no hace algo? ¿Echar a ese tipo, impedir que se acerque a su mujer o darle de bofetadas?

—Quizá ese sea el motivo por el que su mujer lo considera un imbécil. Parece que lo está pidiendo a gritos.

—Y entonces, ¿por qué no lo abandona? —pregunté con impaciencia.

—Ya te he dicho que es justo eso lo que ni yo ni nadie puede entender —respondió Ella.

En ese momento, un joven entró danzando en el comedor y, saludando atropelladamente a todos los comensales de la mesa, se

sentó entre Judy Oliver y Allan Atwood. Tendría unos veinticuatro años y me recordó a un cachorro de perro salchicha aún sin adiestrar. Tenía el pelo castaño y desgreñado, ojos marrones e inquietos y una exagerada sonrisa. No pude evitar pensar en el proverbial elefante en una cristalería mientras le daba unas palmaditas en la espalda a Allan y al mismo tiempo saludaba a Hogan con evidente efusividad.

—¡Me sorprende encontrarte en este vertedero infestado de polillas, Hoge! —dijo canturreando—. Por Dios, Lila, me has costado cinco dólares. Le aposté a Judy que ni siquiera tu hermoso rostro bastaría para alejar a este hombre de los clubes nocturnos y todo lo demás.

Su hermana Judy debió de darle una patada en la espinilla, porque el muchacho hizo una mueca y no pudo contener un «¡Ay!», pero Lila ni se inmutó.

—No se te ocurriría enviarle un telegrama a Hogan diciéndole que estábamos aquí, ¿verdad, querido?

Como la mayoría de la gente joven, llamaba a todo el mundo «querido», pero me pareció que miraba con dureza a Patrick Oliver, y tuve la impresión de que a él le pilló a contrapié aquella actitud, aunque enseguida recuperó la compostura desplegando su exuberante sonrisa.

—¿Quién, yo? —preguntó—. ¿Es que todo lo que sucede aquí va a ser culpa mía?

Lila se encogió de hombros.

—No sé qué decirte, querido, y debo recordarte que no has respondido a mi pregunta.

Brewster se inclinó un poco hacia delante en la mesa y observó atentamente el círculo de rostros a su alrededor.

—Lo cierto es que recibí un telegrama que decía adónde habíais huido —dijo.

Lila frunció el ceño.

—¿Un telegrama?

Patrick Oliver se rio de forma poco agradable.

—Parece que has acertado en lo del telegrama, Lila. Si es que lo has adivinado.

Allan miraba a su mujer y se mordía los labios.

—Yo no telegrafié a Hogan, Pat, si eso es lo que insinúas —dijo Lila sin inmutarse—. Pensaba que estábamos todos de acuerdo en que lo mejor era mantener todo este asunto… dentro del ámbito familiar en la medida de lo posible.

—¡Por Dios, claro que sí! —respondió Allan con voz ahogada.

Brewster lo miró con cierto desdén.

—De modo que está sucediendo algo raro —dijo.

—¡Raro! —murmuró Judy acercándose más a Jeff Wayne.

Lila se volvió de repente hacia Brewster.

—¿Por qué crees que está pasando algo raro?

Él sonrió, pero entrecerró sus ojos negros y vi que estaba observándolos a todos.

—Verás, el telegrama —explicó en tono apacible— estaba firmado por «Gloria».

—Oh, no —susurró Jeff Wayne.

Judy puso una mano sobre la suya y de nuevo él la apartó con brusquedad.

—Al parecer alguien lo considera gracioso, Hogan. Una especie de broma —dijo ella titubeante—. Enviarte un telegrama y firmar con el nombre de Gloria.

Su hermano Patrick se rio escandalosamente, y me hizo pensar en un chiquillo que va silbando de camino al dentista.

—Seguro, alguien quiso hacerse el gracioso —replicó.

—¡Gracioso! —exclamó Judy abatida.

Brewster estaba mirando a Atwood.

—Lo curioso del caso —dijo suavemente— es que habría jurado que nadie excepto yo sabía que Gloria solía llamarme Figura.

Tuve la sensación de que todo el mundo en la mesa contenía la respiración. Entonces Sheila Kelly se levantó de la silla y atravesó lentamente la sala, con su cara con forma de corazón tan pálida como la muerte y las manos extendidas como si se estuviera abriendo paso a tientas entre la niebla.

—¿Aún sigues buscando problemas, Figura? —susurró la joven con una voz que me sobresaltó, una voz burlona y desafiante que no parecía tener nada que ver con el pálido y trágico rostro y el rictus mustio y melancólico de su boca.

Hogan Brewster la miró como si estuviera hipnotizado y entonces apareció el profesor Thaddeus Matthews y agarró del brazo a la muchacha.

—¡Sheila! —gritó bruscamente—. ¡Sheila!

Ella se sobresaltó y sacudió las manos mirando asustada a su alrededor y salió corriendo del comedor perseguida por el profesor, que tropezó y estuvo a punto de chocar con el marco de la puerta.

—¿Quién diablos era esa? —preguntó Hogan Brewster.

—Esa —dijo Patrick Oliver con una fea sonrisa— es la actriz de vodevil que yo mismo le presenté a nuestra tía Dora en un momento cuando menos desafortunado.

Capítulo 4

Fue Allan Atwood quien se percató de repente de que cada palabra que decían se podía escuchar desde nuestra mesa, aunque a los demás no parecía importarles.

—¿Es necesario que todo el mundo esté al corriente de nuestros asuntos? —preguntó mirando enfadado hacia nuestra mesa.

Después del comentario Lila cambió deliberadamente de tema y los demás hicieron lo mismo, aunque ninguno de ellos se molestó en bajar la voz. Ni Thomas Canby ni su esposa estaban esa noche en el comedor. Ella me explicó que la señora Canby solía comer a solas en una pequeña sala de estar contigua a su *suite*. Al parecer, aunque gozaba de buena salud, Dora Canby vivía bastante apartada del mundo.

—Es la persona más retraída que he conocido —declaró Ella—. Se diría que padece alguna clase de fobia social.

Yo asentí.

—Recuerdo lo extraordinariamente tímida que era incluso de joven.

Esa era la razón por la que la mujer de Thomas Canby había escogido el Hotel Lebeau, según me explicó Ella. Al parecer, siempre que fuera humanamente posible, la señora Canby evitaba todo con tacto con la sociedad y se resistía a pasar el verano en su casa de Long Island. Le desagradaba la gente joven de la que siempre se rodeaba Patrick Oliver. Y menos aún le gustaba el grupo de jóvenes casados al que pertenecían Allan Atwood y su esposa. Le disgustaba especialmente Hogan Brewster, aunque, por curioso que parezca, según Ella, el resentimiento de la señora Canby en ese caso no iba dirigido a Lila, como sería de esperar, sino a Allan.

—Al parecer a la señora Canby le indigna que su sobrino no haga nada al respecto —dijo Ella.

En cualquier caso, acompañada de su sobrina Judy Oliver, Dora Canby había abandonado Southampton para recluirse en el Hotel Lebeau.

—No debe de haber sido nada fácil para Judy —murmuré observando el enorme comedor casi vacío con sus sombríos rincones.

Tal como había imaginado, a excepción de los Canby y nosotras, los únicos huéspedes del hotel eran inválidos y madres ansiosas con bebés enfermos.

Ella apretó los labios.

—Por lo que he podido ver, Judy se gana con creces su sustento en la familia Canby.

—Los parientes pobres suelen hacerlo —comenté.

—Nunca le permiten a la señora Canby ir sola a ningún lado. Es de esas personas ineptas que siempre se las arreglan para coger el tren equivocado.

De modo que la señora Canby y su sobrina se habían alojado en el Hotel Lebeau dispuestas a aburrirse soberanamente. Entonces Patrick Oliver se había detenido allí, camino de México o de algún otro lugar, para pasar algunos días con su tía. Fue Patrick quien descubrió el pequeño teatro en Carrolton y decidió que a su tía y a Judy les sentaría bien un paseo en coche hasta allí para asistir a alguna representación.

—Eso fue hace dos semanas —dijo Ella con expresión lúgubre—. El profesor estaba en plena actuación con su numerito psíquico. Según tengo entendido, lleva años recorriendo pueblucho con el mismo número sin gracia y pasado de moda. Pero esta vez, como se suele decir, encontró un filón de oro. Esa primera tarde recibió un mensaje para Dora Canby.

—¿De su hija Gloria?

—Cómo no. La mujer insistió en volver al día siguiente y el siguiente también. Después hizo que el profesor y su ayudante se instalaran aquí. Está pagando todos sus gastos y celebran una sesión de espiritismo cada noche en el salón.

—¿Para la señora Canby?

—Todo el mundo está invitado —dijo Ella—, pero te sorprendería saber la cantidad de huéspedes que no han vuelto por segunda vez.

—No me sorprendería en absoluto —respondí hoscamente—. En primer lugar, cualquier persona con un mínimo de sentido común se aburriría hasta la extenuación con semejante espectáculo, y en segundo lugar, esa gente tiene toda la pinta de estar en la cama a las nueve en punto.

Ella me miró con expresión irónica.

—No sé qué te parecerá la sesión de esta noche, Adelaide, pero estoy segura de que no te aburrirás.

—Yo no estaría tan segura de que esta noche vaya a haber ninguna actuación —repliqué—. Estoy segura de que tienes razón. Thomas Canby vino hasta aquí para poner fin a este asunto.

—Si puede —murmuró Ella.

No recuerdo gran cosa del multimillonario, excepto que resultaba tan difícil hablar con él como con su mujer. No obstante, aun habiendo transcurrido veinte años, tuve la certeza de que en su caso el problema no era la timidez. Simplemente era de esas personas con una sola idea. A juzgar por todo lo que había leído acerca de él, en algún momento de su vida había trazado una línea absolutamente recta decidido a no cambiar jamás de dirección.

—Me cuesta imaginarlo permitiendo que nada ni nadie le impida hacer su santa voluntad —dije—. Mucho menos tratándose de un fraude evidente como el que ha tramado este profesor de pacotilla.

Aparentemente Ella no estaba de acuerdo conmigo.

—También los otros pensaron que podían ponerle fin, pero no pudieron.

Se estaba refiriendo a Lila Atwood, a su marido y a Jeff Wayne, quien, según Ella, había abandonado Long Island a toda prisa en cuanto llegó a sus oídos lo que estaba sucediendo.

—Supongo que el joven Wayne vino para aprovechar el viaje y de paso ver a Judy Oliver —murmuré sarcásticamente.

Ella menó la cabeza.

—Oh, no. Lo que le interesa, igual que a los demás, es no perder su parte del pastel.

—¿Y el pastel es la fortuna de Thomas Canby?

—La señora Canby considera a Jeff uno más de la familia, igual que si se hubiera casado con su hija Gloria, de modo que él también tiene derecho a una sexta o séptima vicepresidencia en la compañía de Thomas.

Hay algo desalentador en la expectativa de heredar mucho dinero, o incluso una suma modesta, como yo misma tuve ocasión de comprobar. Dejar pasar el tiempo para ocupar el lugar del difunto cambia a las personas. En mi caso todo el asunto acabó resultándome repulsivo.

—Si la pobre Dora Canby disfruta mínimamente con el numerito del profesor y sus mensajes procedentes del otro mundo, ¿por qué impedírselo? —pregunté—. Por lo que he oído, muy poco más ha podido darle el dinero de su marido. Y aunque estuviera malgastando unos pocos dólares con unos actores de vodevil de baja estofa, quedarían muchos más para repartir entre sus queridos sobrinos y sobrinas. ¡Demasiados, de hecho! Les vendría bien a todos salir al mundo y buscarse la vida para variar.

—¡Sin la menor duda! —asintió Ella enfáticamente—. Pero la gente no renuncia sin pelear a su parte de una herencia millonaria.

—Eso no te lo discuto —respondí arisca—, pero, de todas formas, el dinero no es de la señora Canby. Es de su marido, y dudo que nadie crea ni por un momento que a él lo van a engañar con un fraudulento espectáculo de espiritismo.

—Cuando él muera, todo el dinero será de su mujer.

—Incluso así, todo parece indicar que él la sobrevivirá.

—Pero ¿es que no lo ves? —exclamó Ella—. Por eso están todos tan nerviosos. La noche pasada esa muchacha dijo que Thomas Canby no llegaría vivo al final de esta semana.

Debería haberle hablado a Ella en aquel momento del cortafrío que Chet Keith había encontrado esa tarde. No sé por qué no lo hice, a menos que se debiera a que había decidido no tomarme demasiado en serio aquel asunto, y no soy de las que cambian de opinión con facilidad. En cualquier caso, me limité a mirar a Ella con desdén y,

murmurando «¡Sandeces!», me levanté y salí del comedor.

Ella no me siguió inmediatamente. Un anciano de aspecto delicado la detuvo para pedirle consejo sobre su tendencia a sufrir sudores fríos después de comer. A sabiendas de que a Ella le apasiona decirle a la gente lo que debe hacer, seguí atravesando el vestíbulo en dirección a la entrada principal y me detuve un momento a contemplar la lluvia que el viento arrojaba contra los cristales.

—Quizá le interese saber —murmuró una voz a mis espaldas— que el señor Thomas Canby me considera un periodista fisgón al que más le valdría apartar las narices de sus asuntos.

Me di la vuelta bruscamente y Chet Keith estaba justo detrás de mí, sonriendo como un gato siamés. Recuerdo haber pensado una vez más que era un hombre demasiado guapo y terriblemente pagado de sí mismo.

—Entonces, ¿se lo ha contado? —pregunté.

Él me miró irónicamente.

—¿No estábamos los dos de acuerdo en que era mi deber poner sobre aviso al caballero? En cuanto a lo de haber recibido una metafórica patada en el trasero por las molestias, permítame asegurarle que no es la primera vez y muy posiblemente no será la última.

—¿Es usted periodista? —pregunté en tono autoritario.

Él sonrió.

—Si no lo soy, estoy cobrando a cambio de nada.

—¿Y se puede saber qué lo ha traído hasta aquí? —pregunté frunciendo el ceño.

—Eso es exactamente lo que quiso saber el señor Thomas Canby —respondió riendo— y a usted le responderé lo mismo. Lo crea o no, no he venido hasta aquí por mi salud, sino por el paisaje.

—Eso no responde a mi pregunta de por qué ha venido.

—No es usted de las que se rinden fácilmente, ¿verdad? —preguntó, y cuando me vio resoplar esbozó otra afable sonrisa—. «No es lo mío razonar, sino vencer o morir» —dijo citando a Tennyson—. En otras palabras, alguien le sopló a mi editor que estaba sucediendo algo en este estrafalario lugar y aquí estoy.

—¿Que estaba sucediendo algo?

—Thomas Canby siempre es noticia. ¿Ya ha conocido usted al profesor?

—He conocido al profesor —admití cortante— y también a la chica.

Lo miré fijamente y me pareció que hacía una mueca de incomodidad.

—Los dos desaparecerán por la mañana. Thomas Canby lo prometió delante de mí.

—¡Pues que les vaya bien! —murmuré.

Él se encogió de hombros.

—Oh, no sé qué decirle —respondió él—. Si a la señora Canby le hacen ilusión los trucos de ese viejo charlatán, ¿qué hay de malo en ello? Por lo que he podido oír, poco más tiene en la vida.

Estaba repitiendo lo que yo misma le había dicho a Ella minutos antes, pero no estaba dispuesta a darle la razón tan fácilmente.

—¡Los dos tendrían que estar en la cárcel! —grité indignada—. ¡Engañando a una pobre criatura devastada por el dolor y aprovechándose deliberadamente de su pena y su credulidad!

Chet Keith me miró con curiosidad.

—Quizá sea esa la razón por la que Thomas Canby le ha dicho al *sheriff* que venga.

—¡El *sheriff*!

—Me he enterado por la joven de la centralita.

Recordé entonces que le había visto flirtear con la muchacha de recepción. Él debió recordar que yo había presenciado la escena, porque me sonrió.

—En mi profesión no conviene desaprovechar ninguna potencial fuente de información —dijo alegremente—. La chica se llama Maurine Smith, ¿qué le parece? Y me dijo que no hace ni media hora, Thomas Canby se puso en contacto con los representantes de la ley y el orden, que en este agujero dejado de la mano de Dios se reducen al todopoderoso *sheriff*.

—¡Quiere que arresten al profesor y a su ayudante!

—Por otra parte —siguió diciendo Chet Keith sin cambiar de tono —, puede que el señor Thomas Canby quedara más impresionado de lo que me pareció al ver el cortafrío que le enseñé como Prueba A.

Yo contuve el aliento.

—¡También cree que atentaron contra su vida!

—Es evidente que ha valorado dicha posibilidad —murmuró Chet Keith—, pero, a mi modo de ver, el caballero no armó demasiado revuelo por ello.

A mis espaldas se escuchó el gemido agónico del viento. Sentí un escalofrío y miré por encima de mi hombro.

—No envidio al *sheriff* por tener que subir por esa carretera en mitad de esta tormenta —dije.

Chet Keith sonrió lúgubremente.

—Según mi fuente de información, el *sheriff* se negó a venir, pero Thomas Canby insistió. Parecía convencido de que no convenía esperar a mañana.

—Esto no me gusta —murmuré.

La frívola sonrisa se esfumó del sardónico rostro de Chet Keith tan rápidamente como había aparecido.

—A mí tampoco —dijo él con seriedad.

Y entonces apareció Ella. Miró con curiosidad a mi acompañante y esperó a que se lo presentara, pero yo eché a andar y Ella me siguió visiblemente apesadumbrada.

—¿Quién era ese joven? —preguntó antes de que nos alejáramos lo suficiente para que no nos oyera—. Es tan guapo que podría ser una estrella de cine.

—Y lo bastante engreído para dar por hecho que cada mujer que se cruza en su camino piensa lo mismo.

En el viejo espejo detrás del mostrador de recepción vi a Chet Keith sonreír como si disfrutara de mi comentario, lo que desde luego no era mi intención.

—La sesión de espiritismo empieza dentro de diez minutos —murmuró Ella—. Deberíamos ir al salón para poder escoger sitio.

Yo fruncí el ceño. Ella era un genio organizando a la gente y no hay nada que me desagrade más que ser mangoneada como una marioneta. Por pura perversidad me negué a aceptar su sugerencia.

—Ve tú delante si quieres y elige nuestros asientos —dije fríamente—. Tengo que subir un momento a la habitación.

—Haz lo que quieras, como de costumbre —respondió Ella, y siguió caminando hacia una mujer menuda de pelo gris acero y ojos pequeños como los de un perro pequinés.

La lluvia había empeorado mi artritis y, mientras subía penosamente las empinadas escaleras, me maldije a mí misma por ser una idiota obstinada. El largo pasillo de la segunda planta estaba penosamente iluminado y el eco de mis pasos resonó de forma exagerada mientras caminaba hacia mi puerta. Ni la mitad de las habitaciones de ambos lados estaban ocupadas y a esa hora tuve la sensación de que la planta superior del hotel me pertenecía exclusivamente, pues solo se oía el aullido del viento y el continuo y melancólico rumor de la lluvia.

Por algún motivo irracional me resistía a cerrar la puerta de la habitación a mis espaldas, pero al encender la luz no descubrí nada que pudiera justificar los nervios que me embargaban. No había murciélagos en la pared y durante mi ausencia no había desaparecido nada más. Sin embargo, tampoco sentí el menor deseo de permanecer allí, y después de coger mi chal de ganchillo para protegerme el cuello, pues como era de esperar la humedad empezaba a afectar a mis bronquios, me dirigí de nuevo a la puerta. Tenía la mano en el pomo cuando oí la voz al otro lado del tabique.

—¡No puedo seguir con esto! ¡No lo haré! —gritaba.

Era una voz de mujer y estaba desesperada. El hombre no parecía menos desesperado y su voz también temblaba.

—Debe hacerlo —dijo.

—¡No puede imaginar lo horrible que es! —gimió ella.

—Ahora ya es demasiado tarde para pensar en eso —insistió él.

Segundos después oí cómo se abría la puerta siguiente a la mía y me asomé al pasillo. Patrick Oliver pasó tan cerca de mí que podría haber extendido la mano para tocar la mía de no haber apagado yo la luz para que no me viera. Observé cómo se apresuraba escaleras abajo poniendo buen cuidado en no hacer ruido, como si no quisiera que nadie lo oyera. No me di cuenta de que tenía compañía hasta que Chet Keith me habló desde su propia habitación también a oscuras, justo al otro lado del pasillo.

—¿Y qué opina de eso, señorita Adams? —preguntó sin levantar la voz.

Yo me sobresalté.

—¿De qué? —pregunté enfadada, pues no me gusta que me pillen cuando estoy fisgoneando.

Él cruzó el pasillo hasta mi habitación.

—¿Quién es su vecina?

Yo sacudí la cabeza.

—No lo sé, aunque hay una puerta que comunica las dos habitaciones. ¡Lo que me faltaba! Ay, voy a estornudar. Sabía que iba a coger frío en este granero repleto de corrientes.

—No se atreva a estornudar —me espetó Chet Keith, y sin la menor cortesía me hizo entrar de nuevo a mi habitación y empujó suavemente la puerta hasta dejar tan solo una rendija a través de la cual apenas se podía ver el pasillo.

—Joven, da usted demasiadas cosas por sentadas —dije altivamente—. Solo porque está bien provisto de eso que la actual generación se aviene a llamar encanto no crea que va a poder manejarme a su antojo. Esta es la segunda vez que entra en mi habitación de la manera menos ceremoniosa. Le agradecería que saliera de inmediato y se quedara fuera.

—Oh, por amor de Dios, cállese ya, vieja quisquillosa —exclamó el señor Chet Keith.

De pura rabia no fui capaz de pronunciar palabra, y en ese instante me di cuenta de que la puerta de la habitación siguiente a la mía había vuelto a abrirse y alguien caminaba lentamente por el pasillo hacia nosotros. El pasillo esta escasamente iluminado, pero aguardamos al arropo de la más completa oscuridad y ambos pudimos verla con claridad. La cara larga y demacrada, los ojos grises rodeados de profundas ojeras, el moño de pelo rubio claro recogido en la nuca, sobre su esbelto cuello.

—¡Es Sheila Kelly! —susurré—. La ayudante del profesor.

—¡Y hablaba con el joven Oliver, el sobrino de Thomas Canby! —exclamó Chet Keith.

—La chica le decía que no podía continuar, pero él respondió que debía hacerlo. Dijo que era demasiado tarde para echarse atrás.

Chet Keith me miró fijamente y esta vez fue él quien dijo:

—Esto no me gusta. No me gusta nada.

Capítulo 5

Incluso en condiciones óptimas los salones gemelos del Hotel Lebeau, dos enormes y cavernosas salas separadas entre sí por puertas correderas que rara vez se cierran, distan mucho de ser acogedores. Una terrible alfombra verde viste todo a lo largo los suelos de ambas estancias, con deslucidos sofás dispersos aquí y allá e incómodas sillas tapizadas con desvaída felpa roja. Esa noche, con la lluvia azotando salvajemente los cristales de los altos ventanales y el viento aullando alrededor de la cima de la montaña como una manada de hienas frustradas, la gente se reunió en el rincón más cercano, dejando en evidencia una tendencia a agruparse en rebaño como ovejas asustadas. Ni siquiera el fuego que ardía con desgana en la chimenea abierta conseguía mitigar la sensación de pesadumbre que lo invadía todo, y enseguida me asaltó la sensación de que todo el mundo había adquirido la misma costumbre de Ella de mirar con inquietud por encima del hombro.

Ella estaba sentada con la mujer menuda del pelo rizado gris acero y ojos de botón que me había recordado a un perrito pequinés. Al parecer su apellido era Parrish, señora Frances Parrish, aunque Ella insistía en llamarla Fannie, lo que le molestaba visiblemente. Me dio la sensación de que le parecía mal que Ella me hubiera reservado otro sitio a su lado. No obstante, las dos continuaron con su conversación como si yo no hubiera llegado. No tardé en darme cuenta de que ni un terremoto ni cualquier otro desastre de la naturaleza habría podido detener la cháchara de Fannie Parrish.

—Nada, absolutamente nada excepto que siempre he querido ver en persona a Thomas Canby, me habría hecho asistir a otra de estas espantosas sesiones de espiritismo —dijo con afectación. Era la clase de mujer incapaz de decir nada sin enfatizarlo—. Sin embargo, considero mi deber, mi deber ineludible por respeto a la memoria de mi pobre Theo, olvidarme de mí misma. Nadie podrá decir que he dejado a un lado mis deberes para con mi marido.

—Fannie es viuda, Adelaide —comentó Ella.

—Frances —la corrigió la señora Parrish, y continuó hablando—: Theo siempre decía que lo mío no eran los negocios, pero también que así era como yo le gustaba. Muchos hombres prefieren a las mujeres

guapas e inofensivas, ¿no le parece, señorita Adams?

No respondí. Estaba observando al profesor Matthews mientras colocaba sillas alrededor de una pequeña mesa redonda, sobre la cual había puesto una lámpara de salón con una deslucida pantalla de seda de color rojo. También él miraba de cuando en cuando por encima de su hombro, y tuve la clara impresión de que solo estaba matando el tiempo a la espera de la llegada de Dora Canby y su marido. Sheila Kelly estaba sentada sin hacer nada en una esquina del salón, mirando sus manos blancas y delgadas que reposaban en su regazo con los dedos entrelazados. Lila Atwood y Hogan Brewster hablaban en susurros sobre la cabeza de su marido, mientras este miraba fijamente el suelo. Tras él, Judy y su hermano parecían enzarzados en una discusión. Jeff Wayne estaba de pie, algo apartado y con el ceño fruncido. Junto a la entrada del salón vi a Chet Keith fumando un cigarrillo con aire meditabundo y observando a Sheila Kelly, o eso me pareció, aunque era evidente que intentaba disimularlo. Más cerca de nosotras, una madre nerviosa conversaba en voz baja con un anciano caballero de aspecto dispéptico. Al parecer, ningún otro huésped del hotel iba a asistir a la sesión.

Me di cuenta entonces de que Fannie Parrish seguía parloteando.

—Theo querría que yo estuviera aquí —anunció dogmáticamente —, aunque solo fuera para demostrarle a Thomas Canby que, a pesar de sus esfuerzos para arruinar a mi marido, Theo se marchó dejándome con el porvenir asegurado.

Ella se encargó de aclararme las cosas una vez más.

—Theo Parrish fue uno de los hombres a los que Thomas Canby se llevó por delante en su ascensión a la cima del mundo.

Supongo que ningún hombre acumula una gran fortuna sin granjearse enemistades. Es necesaria cierta provisión de crueldad, y por lo que yo había oído Thomas Canby nunca había vacilado a la hora de aprovechar cualquier ventaja sobre hombres más débiles.

—No, no soy yo la única con buenos motivos para estar resentida con el marido de Dora Canby —declaró Fannie Parrish—. El problema, como solía decir Theo, es que soy incapaz de guardarle rencor a nadie. Después de todo, aunque Theo nunca llegó a ser un poderoso hombre de negocios como Thomas Canby, al menos tenía sangre en las venas.

Ella interpretó para mí esta afirmación un tanto críptica.

—Según Fannie, el señor Canby no es un hombre de carne y hueso —explicó—. Dice que no es más que una máquina de hacer dinero.

—No me extraña que su pobre esposa viva completamente perdida —exclamó la señora Parrish indignada—. ¡Ese hombre es inhumano!

Y, en efecto, había algo extremadamente frío y calculador en el

hombre que entraba en esos momentos en la habitación. Aunque Fannie Parrish me exasperaba no tuve más remedio que estar de acuerdo con ella en que Thomas Canby debía de tener cinta de teletipo en lugar de sangre corriendo por sus venas. De joven era alto y delgado. Ahora estaba terriblemente demacrado y el escaso y despeinado cabello que aún cubría su cabeza se había vuelto completamente gris. Yo nunca había visto una boca de expresión más lúgubre ni una mirada más penetrante.

Para mi sorpresa, Dora Canby había cambiado muy poco en veinte años. Aún tenía el mismo cabello castaño claro, inapropiadamente ahuecado con rizador, ojos azules de mirada miope y labios ligeramente caídos que le daban una expresión triste. No me cabe duda de que su ropa era cara, pero en conjunto tenía el mismo aspecto desaliñado que aquel verano en que su marido las había pasado canutas para encontrar el dinero necesario para pagarle su estancia con el bebé enfermo en el hotel. Recuerdo haber pensado entonces que la mujer parecía destrozada, como si la vida fuera demasiado para ella. Al parecer las cosas no habían ido a mejor. Su sobrina Judy se apresuró a ofrecerle una silla y su sobrino Patrick colocó un pequeño escabel a sus pies. Tanto el profesor como Lila Atwood trataron de mostrarse solícitos para que Dora Canby se pusiera cómoda. El único que no le prestó la menor atención fue su marido, que permaneció impávido e inmóvil hasta todo estuvo preparado.

—¿Lo ven? —murmuró Fannie Parrish—, no tiene un ápice de simpatía que malgastar en esa pobrecita ni en nadie más.

—Mira al profesor —me susurró Ella.

Bajo la atenta e imperturbable mirada de Canby, el profesor Thaddeus Matthews hacía todo lo posible por quedar bien dadas las circunstancias, aunque sin demasiado éxito. Tenía el labio superior perlado de sudor y su voz de natural estentórea le traicionaba ocasionalmente con algún que otro gañido cuando menos desconcertante.

—¿Sabían ustedes que el profesor intentó suspender la sesión de esta noche? —comentó Fannie Parrish.

Considerando que esa mujer nunca dejaba de hablar para escuchar, pronto descubrí con sorpresa que también era capaz de recabar una asombrosa cantidad de información.

—Pero Thomas Canby no se lo permitió —dijo ella—. Me cuesta imaginar que permita que alguien se entrometa en su vida, ¿no creen?

—Por supuesto, él sabe que todo esto es una farsa —murmuré—, aunque me atrevería a decir que es consciente de que no conseguirá convencer a su mujer a menos que descubra a los farsantes en plena actuación.

—¡No estará usted insinuando que no cree en estos fenómenos, señorita Adams! —protestó Fannie Parrish.

—Soy incapaz de imaginar siquiera que alguien con dos dedos de frente pueda tragarse semejante engañifa —sentencié.

Ella se encogió de hombros.

—No pensarás lo mismo cuando esto termine, Adelaide.

—¡No seas absurda, Ella Trotter! —protesté enfadada—. Sabes perfectamente que investigué el fraude del espiritismo hace años, cuando hacía furor por todo el país. Estoy familiarizada con todas y una cada una de sus artimañas, desde los ectoplasmas hasta la escritura automática. Me atrevería a decir ahora mismo que soy capaz de anticipar cada uno de los movimientos del profesor sin necesidad de haberlo visto en acción.

—¡No me diga! —exclamó Fannie Parrish mirándome con los ojos muy abiertos—. Seguro que es maravilloso poder ser tan rotunda, aunque, como solía decir mi pobre Theo, eso también espanta a los hombres, ¿no cree?

Esto último lo dijo con la complaciente condescendencia con que incluso las mujeres más infelizmente casadas acostumbran a tratar a las solteras. Nada me irrita más y por lo general tiendo a levantar la voz cuando me enfado.

—Siempre me he resistido a creer que solo las idiotas de nacimiento son capaces de echarle el lazo a un hombre —respondí—, aunque después de haber observado escrupulosamente a varias casadas que he conocido me pregunto si se puede explicar de otra manera.

—Bien dicho, señorita Adams. No se deje amilanar.

Chet Keith había ocupado una silla justo detrás de mí y se inclinó hacia delante como si tuviera intención de decir algo más, pero la señorita Maurine Smith, que acababa de llegar, al parecer bastante apurada, se instaló a su lado.

—Pensaba que no podría venir —anunció—, pero en el último minuto el viejo French se ofreció a sustituirme detrás del mostrador.

Hasta ese momento no me había enterado de que el capitán Bill French seguía regentando el hotel y me sorprendió oír que se referían a él como un viejo. El verano que pasé en Mount Lebeau el capitán French era un hombre elegante y gallardo que gozaba de una gran consideración entre las huéspedes. Durante la guerra hispano-estadounidense había adquirido el rango de capitán, que lucía junto a su atractivo bigote negro con tanto orgullo como si llevara un par de condecoraciones. Dejé escapar un suspiro. Supuse que para una joven de la edad de la señorita Smith haber pasado de los cuarenta equivale a tener un pie en la tumba, y no pude evitar fijarme, con cierta consternación, en la efusiva mirada que le dedicó al señor Chet Keith.

—Bien está lo que bien acaba —murmuró él apartándose ligeramente.

Ella le sonrió casi embelesada.

—Gracias a Dios que está usted aquí para cogerme la mano si me asusto —dijo inocentemente—. La única vez que asistí a una de estas sesiones me quedé paralizada, literalmente paralizada.

—¡No me diga! —murmuró el señor Keith moviéndose inquieto en su asiento.

Y pensé que, como a la mayoría de los mujeriegos, seguramente no le resultaría fácil poner fin a los flirteos que empezaba por una u otra razón. Tampoco pasé por alto cómo miraba a través de sus largas pestañas la abatida figura sentada con la cabeza rubia inclinada y las pálidas manos entrelazadas en el otro extremo de la sala. Pero si Sheila Kelly era consciente de que él (o cualquier otra persona de la habitación) la estaba mirando, no dio ninguna muestra de ello.

—Si es usted tan amable de cerrar las puertas, comenzaremos— murmuró el profesor Matthews dirigiéndose a Patrick Oliver.

El joven Oliver atravesó la sala pavoneándose y haciendo muecas y cerró las puertas de acceso al vestíbulo y al pasillo. Y para mi sorpresa también las trancó por dentro.

—Es absolutamente necesario —explicó ceremoniosamente el profesor— tener la más estricta privacidad en un experimento de esta naturaleza. Los que han fallecido son extremadamente sensibles a la presencia de elementos hostiles.

—No sabía que los espectros requerían tantas contemplaciones — comentó Patrick Oliver en un tono que pretendía resultar jocoso, aunque a mí me pareció que estaba tan nervioso como el profesor.

—Esa clase de comentarios resultan especialmente hostiles para las fuerzas que intentaremos invocar —dijo el profesor Matthews con pomposa dignidad.

—¡Vaya! —exclamó Patrick Oliver toscamente.

—Por el amor de Dios —murmuró Jeff Wayne con voz torturada —, deja de hacer teatro. ¿Es que no te das cuenta de que nadie está de humor para tus payasadas?

Finalmente fue una mirada de reproche de su tía (o eso me pareció) lo que hizo que Patrick Oliver se sometiera; eso y la mano que su hermana posó imperiosamente en su hombro.

—Deben comprender —continuó el profesor mirando con preocupación el rostro impávido de Thomas Canby— que es imposible garantizar resultados en un experimento como este. Lo único que podemos hacer es poner manos a la obra y esperar lo mejor.

Volvió a mirar a Thomas Canby con expresión casi suplicante.

—El viejo canalla daría cualquier cosa por librarse de esta — murmuró Chet Keith detrás de mí—, pero lo tiene crudo. Canby

crucificaría a su propia madre antes de ceder un ápice.

Yo pensé más o menos lo mismo mientras observaba el rostro impasible del millonario, con la boca tan tensa como una trampa para ratones y la fulgurante mirada de un basilisco.

Cuanto más hablaba el profesor, más le temblaba la voz.

—El hecho de que durante las dos pasadas semanas hayamos obtenido un notable éxito en nuestros esfuerzos por atravesar la línea divisoria entre lo terrenal y lo, eh, lo espiritual, no implica necesariamente que vaya a suceder lo mismo esta noche y que consigamos rasgar el velo entre lo visible y lo intangible.

—Desde luego, este hombre es nefasto —murmuré—. Incluso su cháchara resulta anticuada.

—¿Verdad que sí? —susurró Chet Keith detrás de mí.

—Al menos podría haber pensado en algo más novedoso o inteligente—comenté.

—Eso es lo que hace que todo resulte más impresionante —replicó Ella abruptamente—. Si algo le falta al profesor es precisamente inteligencia.

Tenía razón. No había nada insólito en el profesor Matthews. Como él mismo había explicado con voz ronca y vacilante, no tenía la menor idea de lo que iba a suceder.

—No pretendo convencer a nadie, y nunca lo he hecho —insistió el profesor con otra dramática mirada a Thomas Canby—, de que poseo poderes psíquicos de ninguna clase. Mi único don es el de liberar dichos poderes en otros, siempre y cuando esas personas sean susceptibles a mi, eh, influencia.

Continuó explicando con el mismo patetismo que Sheila Kelly poseía auténticos poderes psíquicos que, no obstante, era incapaz de liberar por su propia voluntad. Para liberar su psique era necesario, dijo el profesor, inducirle un trance hipnótico.

—Es peor de lo que había pensado —murmuré—. ¿Cómo es posible que Dora Canby se haya dejado convencer por semejante charlatanismo? ¡Hipnotismo, nada menos!

—Espera —susurró Ella.

Mientras humedecía sus gruesos labios, el profesor estaba diciendo algo sobre Ojitos Azules, que al parecer era el control de Sheila Kelly. Al menos todo parecía indicar que hasta hacía muy poco Ojitos Azules había sido la voz mediante la cual Sheila Kelly se comunicaba con el mundo espiritual.

—No está de mi mano prever si ese… otro ente se manifestará esta noche —dijo el profesor acelerando su monólogo de repente, de tal modo que me costó entender todas sus palabras—, o si se negará a hacerlo. Ni yo ni nadie lo puede saber. —Inspiró profundamente y concluyó declamando una cita con voz temblorosa—: «Hay más cosas

en el Cielo y en la Tierra, Horacio, que todas las que pueda soñar tu filosofía».

—Todos los espiritistas conocidos recurren tarde o temprano a esa frase —dije con desdén.

—Sin embargo —murmuró Chet Keith—, creo que por primera vez en la accidentada carrera del profesor ha citado a Shakespeare con auténtica convicción.

Yo asentí, observando cómo temblaba la ictérica mano del profesor al apagar la lámpara del centro del salón, dejando como única fuente de iluminación la lamparita con pantalla de seda roja, que proyectó una espeluznante y fantasmagórica sombra en torno a la pequeña mesa redonda sobre la cual reposaba. No era necesario añadir nada más a la extraña atmósfera, pensé moviéndome inquieta en mi asiento. Ahora estábamos todos sentados formando un círculo que se interrumpía únicamente en un punto de la mesa. El profesor le indicó a la chica que ocupara una silla dispuesta justo delante mientras él mismo se colocaba frente a ella.

—¿Está preparada? —preguntó con voz hueca.

La muchacha separó ligeramente los labios, pero de su boca no salió ningún sonido. Finalmente, tras un penoso silencio, ella asintió. Había algo casi convulsivo en su manera de moverse. El profesor inspiró profundamente y entonces empezó a agitar las manos ante los ojos de ella, murmurando suavemente, aunque en tono autoritario.

—Duerme. Pronto estarás dormida. No te resistas al sueño. Duerme —repetía una y otra vez.

Me dio la impresión de que la muchacha estaba luchando contra el monótono embrujo de su voz. Tenía los puños apretados sobre los brazos de la silla. Bajo el fantasmal fulgor rojo de la lámpara su rostro parecía haber sido cincelado a base de ángulos agudos, como si además estuviera apretando los dientes, pero sus ojos ya empezaban a adormecerse.

—Duerme —coreaba el profesor—. Debes dejarte ir y dormir.

Aunque no había dejado a un lado mi escepticismo ni por un instante, he de reconocer que había algo horrible en la empalagosa voz que caía una y otra vez sobre la tensa figura de la muchacha. El viento y el hipnótico rumor de la lluvia parecían haberse aliado con el oficiante, como si los mismos elementos de la naturaleza hubieran decidido conspirar para arrebatarle a la joven su autodominio. Me di cuenta de que también yo estaba apretando los puños sobre los brazos de mi silla y, cuando casi inmediatamente el delgado cuerpo de Sheila Kelly pareció relajarse de repente y sus ojos quedaron helados, me estremecí.

—Está hipnotizada —susurró Ella.

Yo no me había preparado para creer que el profesor poseyera

auténticos poderes hipnóticos o que nada en él fuera genuino. Estaba convencida de que era un farsante en el más amplio sentido de la palabra, pero no había previsto nada tan realista como el modo en que la muchacha se desplomó inerte en la silla.

—¿Puedes hablarnos? —preguntó el profesor—. ¿La presencia está aquí?

Sheila Kelly gemía con suavidad y retorcía las manos. Finalmente empezó a hablar con voz aguda y aflautada, una voz infantil.

—Tengo un mensaje, tengo un mensaje —dijo con un estridente sonsonete.

—Es Ojitos Azules —murmuró el profesor aliviado, o eso me pareció.

—Theo te envía su amor —canturreó Sheila Kelly—. Theo dice que no debes sufrir. Theo no quiere que su Mariposita esté triste.

—¿Hay alguien aquí para quien ese mensaje signifique algo? —preguntó el profesor Matthews con inconfundible autocomplacencia.

—¡Sí! ¡Oh, sí! —gritó Fannie Parrish, jadeante, y me lanzó una mirada de reproche—. ¿No es maravilloso? Theo siempre me llamaba Mariposita. ¡Ya no podrá poner en duda que este fenómeno es auténtico!

Yo me encogí de hombros. Esa era la clase de mensaje que estaba esperando. Empecé a desprenderme del sentimiento de horror que había llegado a envolverme. Que la llamaran Mariposita quizá pudiera convencer a Fannie Parrish de que el mensaje procedía del otro mundo, pero yo estaba segura de que cinco minutos después de su llegada al Hotel Lebeau todo el mundo sabría ya cómo la llamaba su pobre y querido Theo.

—¿Puede Ojitos Azules decirnos alguna cosa más? —invocó el profesor.

Sheila Kelly volvió a gemir.

—Alguien llamado Catherine tiene un mensaje para Margaret —anunció la voz infantil.

El profesor miró nuevamente el círculo de rostros a su alrededor.

—¿Hay alguien llamado Margaret que haya querido a una Catherine que ahora habita el mundo de los espíritus?

La joven madre ansiosa se inclinó hacia delante, pálida y temblorosa.

—Yo me llamo Margaret y Catherine, mi madre, falleció.

—No debes preocuparte, Margaret —canturreó Ojitos Azules—. El bebé se pondrá bien.

—¿No es maravilloso? —exclamó aliviada Fannie Parrish.

Yo levanté las cejas mirando a Ella.

—¡La misma historia de siempre! —dije entre dientes.

Ella asintió.

—Espera —volvió a decir.

Ojitos Azules tenía un mensaje para alguien llamado James. El anciano caballero de aspecto dispéptico admitió que se llamaba James y que su hermano Peter había muerto, aunque no pareció demasiado impresionado cuando Ojitos Azules le advirtió que James no le recomendaba seguir adelante con su plan de viajar al Caribe en su actual estado de salud.

—He comentado con varias personas en este lugar, entre ellas la señora Parrish, que mi hermano Peter falleció la pasada primavera —dijo secamente—, y supongo que cualquier que tenga ojos puede ver que mi salud no es la adecuada para afrontar esa clase de viaje.

Descubrí aliviada que había recuperado por completo mi cínica actitud con respecto a todo aquel asunto. Había asistido a suficientes sesiones de espiritismo para reconocer el estereotipado formato de esos mensajes. Y estaba segura de que procedían del cerebro del profesor Matthews. No obstante, era imposible saber hasta qué punto estaba implicada también la muchacha. Por otra parte, empezaba a aceptar la posibilidad de que realmente estuviera sumida en alguna clase de trance hipnótico.

El profesor estaba hablando otra vez.

—¿Tiene Ojitos Azules algo más que decirnos? —preguntó jugueteando nerviosamente con su corbata.

Sheila Kelly se incorporó de repente en su silla.

—Al infierno Ojitos Azules —dijo claramente.

Dora Canby dejó escapar un ahogado gemido.

—¡Gloria! ¡Mi Gloria!

Sheila Kelly la miró.

—No seas más idiota que de costumbre, madre —dijo.

La voz descarada y desafiante poseía una dureza burlona y perversa que resultaba indescriptiblemente estremecedora. Vi Thomas Canby palidecer y encogerse en su asiento en cuanto Sheila Kelly se volvió hacia él.

—Tú me asesinaste —le dijo—. Te crees Dios porque tú mismo has hecho del dinero un dios y puedes comprar y vender las almas de la gente. Así que me mataste, pero no puedo descansar en mi tumba. Y nunca descansaré en ella mientras tú vivas.

La joven se había puesto de pie. Y allí estaba meciéndose ligeramente mientras le plantaba cara a Thomas Canby. Una muchacha delgada y etérea con un arrugado vestido de noche blanco, sujetando contra su pecho un gran pañuelo de gasa. Incluso en la penumbra imperante en el salón, iluminado únicamente por la lámpara de pantalla roja y el fuego moribundo, pude ver sus mejillas arrebatadas y la horrible mirada en sus ojos mientras recorrían lentamente el círculo de rostros lívidos alrededor de la mesa.

—Todos lo odiáis —dijo—, igual que me odiabais a mí. Pero ninguno de vosotros tiene agallas para plantarle cara. Incluso tú, madre, le habrías permitido encerrarme. Pero no consiguió alejarme lo suficiente. Ni siquiera dos metros bajo tierra fueron suficientes.

Se rio de un modo espantoso y sentí un escalofrío cuando algo me rozó de repente el empeine. Durante un instante aterrador pensé que se trataba de un gusano que habría salido con ella de la tumba. Entonces vi que no era más que el alargador eléctrico que conectaba la lámpara roja a la toma de corriente de la pared y que recorría la mitad del salón desde la mesa donde reposaba.

Sheila Kelly estaba mirando otra vez a Thomas Canby, encogido de miedo en su silla.

—¡Tú destruiste mi alma! —gritó—. Me condenaste a vagar eternamente sin poder encontrar la paz. ¡Pero ya no seguiré vagando sola!

Su voz se elevó hasta convertirse en un chillido y se me erizó el vello de la nuca. Detrás de mí oí a Chet Keith sofocar un grito. Ella agarró mi mano con fuerza. Entonces las luces se apagaron y casi al instante se escuchó un horripilante gemido que a veces todavía resuena en mis oídos. Durante un instante pensé que todos nos habíamos quedado helados en nuestros asientos. Tengo la seguridad de que seguía allí sentada, petrificada de horror, cuando Chet Keith encendió de repente la lámpara del techo. Pero ni siquiera entonces conseguí moverme. Y dudo que nadie más pudiera hacerlo, ni siquiera respirar. La muchacha, Sheila Kelly, se había derrumbado y yacía inmóvil en el centro de la habitación. Y en su silla Thomas Canby se balanceaba lentamente de izquierda a derecha con un espantoso tajo en la garganta del que la sangre manaba a borbotones como de un funesto manantial.

Capítulo 6

A pesar de la cantidad de veces que he pensado en ello, incluso ahora me resulta difícil decir con exactitud qué sucedió en los terribles diez minutos después de que se encendiera la luz y viéramos a Thomas Canby jadeando en plena agonía, incapaz de hablar porque le habían cortado el cuello de oreja a oreja, aunque con una terrible desesperación en sus ojos hundidos, mientras sus manos delgadas y exangües arañaban el aire inútilmente como dos garras.

Tengo recuerdos confusos de Judy Oliver ocultando la cara contra el hombro de Jeff Wayne y de él estrechándola entre sus brazos. De Dora Canby allí sentada en un estado de animación suspendida,

mirando fijamente no al hombre agonizante a su lado, sino a la inerte figura que yacía a sus pies en el suelo. Recuerdo a Lila Atwood agarrando a su marido por la manga de la chaqueta y obligándolo a darse la vuelta para que no viera a su tío. A Hogan Brewster por una vez en su vida enfrentándose a algo ante lo que no podía responder con frivolidad. A Patrick Oliver aferrándose al respaldo de su silla y susurrando una y otra vez «¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!». Al profesor Matthews, más viejo y hundido de repente, tapándose la cara con una mano temblorosa.

A mi lado Fannie Parrish había perdido el control y estaba en pleno ataque de histeria. Ella se había quedado completamente rígida. Detrás de mí, la señorita Maurine Smith se desahogaba con una serie de gritos bastante parecidos a los balidos de una oveja atrapada en una sebe. La joven madre trataba de convencer al anciano dispéptico para que no mirara mientras él le aseguraba que no tenía intención de hacerlo, aunque era incapaz de apartar la vista del tajo color carmesí en la garganta de Thomas Canby, que se agrandaba más y más a medida que la vida se le escapaba del cuerpo y la cabeza se iba inclinando hacia atrás sobre el respaldo de la silla.

Chet Keith seguía de pie junto a la puerta con la mano en el interruptor de la luz. Nunca he visto nada tan penetrante como sus ojos mientras nos observaba a todos.

—¡No lo toque! —dijo bruscamente cuando Patrick Oliver dio un paso indeciso hacia el fallecido.

—Pero ¿no deberíamos hacer algo? —preguntó Lila Atwood con apenas un levísimo temblor alterando su hermosa voz—. Quizá él… puede que no esté muerto.

Chet Keith la miró fijamente.

—Está completamente muerto —replicó—. No cabe la menor duda.

Observé el rostro ceniciento reclinado sobre el respaldo de la silla. No, no se podía hacer nada por Thomas Canby.

—Las autoridades querrán que lo dejemos todo exactamente como está ahora —siguió diciendo Chet Keith en tono crispado—. Al fin y al cabo, esto es un asesinato.

—¡Asesinato! —susurró Sheila Kelly.

Se había puesto de pie penosamente. Estaba temblando, pero nadie se acercó a ayudarla. Todo el mundo la miraba con indisimulado horror. Levantó una mano como si quisiera protegerse de nuestras hostiles miradas o posiblemente para no tener que contemplar la inerte figura de la silla.

—Yo no lo maté —susurró.

La muchacha miró angustiada a su alrededor.

—Yo no lo maté —repitió con voz apagada, y empezó a romper

en pedazos el pañuelo que tenía en la mano, como si de repente se hubiera sentido impelida a hacer algo, cualquier cosa. Tuve la impresión de que su mirada se demoraba en el profesor Matthews más que en ninguno de nosotros, pero él no la miró. Estaba temblando. Y parecía incapaz de parar.

De repente Fannie Parrish se levantó de la silla.

—¡Yo me marcho a mi habitación!

Chet Keith negó con la cabeza.

—Nadie puede salir de aquí hasta que llegue la policía.

—¡No puedo! ¡Y no me quedaré en este horrible lugar! —gritó Fannie.

—Yo creo que sí —murmuró el señor Chet Keith apoyando sus anchas espaldas contra la puerta.

—¡Voy a vomitar! —chilló Fannie cada vez más pálida.

—¡Qué disparate! —exclamé enfadada—. No vomitará. Aquí no hay ningún cuarto de baño donde pueda hacerlo.

Fannie tragó saliva abruptamente, pero volvió a sentarse y Chet Keith me miró agradecido. Al parecer, igual que yo, él conocía la psicología femenina lo suficiente para saber que una mujer como Fannie Parrish jamás se pondría en evidencia públicamente. Y cuando la señorita Maurine Smith hizo amago de desmayarse en sus brazos, él la sostuvo con elegancia y la dejó sobre uno de los incómodos sofás rojos donde inmediatamente se recuperó, aunque aún parecía terriblemente disgustada.

Alguien estaba aporreando la puerta.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó la voz—. ¿Qué ha pasado?

Chet Keith frunció el ceño mientras abría el cerrojo. Tuve la impresión de que habría querido posponer la interrupción, pero era inevitable. No era fácil detener a un hombre como el capitán Bill French cuando tenía un deber que cumplir, y además era el gerente del Hotel Mount Lebeau. El hecho de que también fuera un veterano de la guerra del 98 no impidió que se pusiera tan pálido como Fannie en cuanto vio la espantosa figura en el otro extremo de la habitación.

—Por Dios santo, ¿qué ha sucedido? —volvió a gritar.

Chet Keith se encogió de hombros.

—Yo diría que es bastante evidente —dijo con frialdad—. Uno de sus huéspedes ha sido asesinado.

—¡Asesinado! —balbuceó el capitán French, y me di cuenta de que la señorita Smith estaba en lo cierto. El apuesto viudo de veinte años atrás se había convertido en un viejo barrigón con peluquín.

Por primera vez Dora Canby habló.

—Son mis tijeras —dijo con el rostro desencajado—. Lo han asesinado con la mitad de mis tijeras.

Hasta ese momento yo había estado demasiado alterada para identificar aquel objeto, cuya empuñadura aún sobresalía de la garganta de Thomas Canby, pero sin duda era una de las hojas de unas tijeras. El mango tenía ligero baño de oro y forma de ave, probablemente un cisne, aunque faltaba la otra mitad.

—Son las tijeras de tía Dora —susurró Judy Oliver.

Dio un paso adelante, pero de nuevo Chet Keith fue más rápido.

—No lo toque —dijo bruscamente—. Ya se lo he advertido. No se puede tocar nada.

Jeff Wayne miró con acritud la cabeza inclinada de Sheila Kelly.

—¿Qué más da? —preguntó—. El caso está abierto y cerrado. Ella —dijo con odio— lo asesinó. Todos lo vimos.

Yo lo miré contrariada.

—¿Puede usted ver en la oscuridad, señor Wayne? —pregunté sin andarme por las ramas.

—¿En la oscuridad? No, por supuesto que no, pero todos escuchamos lo que decía. Todos sabemos que ella lo mató.

—Yo no lo hice —susurró Sheila Kelly.

Chet Keith la miró.

—Todo la señala a usted —dijo secamente—. Le aconsejo que no diga nada hasta que lleguen las autoridades.

Ella lo miró dubitativa, como si no le comprendiera, pero hizo lo que le decía.

Como era de esperar, fue Allan Atwood el primero en perder la compostura.

—¡No tiene ningún derecho a retenernos aquí con una asesina! —chilló—. Espere usted al *sheriff* si quiere. Yo voy a salir.

—No —dijo Chet Keith, y acto seguido preguntó—: ¿Así que ya sabía que su tío había llamado al *sheriff*?

Allan Atwood se puso muy pálido de repente.

—Usted… usted dijo que el *sheriff* estaba de camino —tartamudeó.

Chet Keith meneó la cabeza de un lado a otro.

—Yo no he mencionado al *sheriff*.

—Lo que Allan quiere decir —respondió rápidamente Lila Atwood — es que todos sabíamos que el tío Thomas había hecho venir al *sheriff*.

Chet Keith la miró fijamente, pero ella no parecía nerviosa en absoluto.

—¿Sabía usted que su tío había llamado a las autoridades? —le preguntó de repente a Judy Oliver.

Ella sacudió la cabeza, y con una sonrisa Lila Atwood corrigió su declaración anterior.

—Quizá debí decir que cualquiera de nosotros pudo oírlo

mientras telefoneaba. Fue justo antes de la cena y estábamos todos en la sala de estar de tía Dora.

—Entiendo —murmuró Chet Keith.

El capitán French se dio cuenta de repente de que no había vuelto a intervenir desde su aparición.

—El señor Keith tiene razón —dijo—. Deben permanecer todos aquí hasta que lleguen las autoridades —y, retorciéndose nerviosamente las puntas de los bigotes, añadió—: aunque sabe Dios que todo está bastante claro.

Dora Canby salió al fin de la apatía en que parecía haberse sumido.

—Él intentó encerrarla —dijo—. Si Gloria no hubiera muerto, su padre la habría encerrado en un manicomio. —Extendió ambas manos hacia Sheila Kelly con un gesto de apasionada ternura—. Él arruinó tu vida, cariño, igual que arruinó la mía. Tenías que matarlo, ¿verdad? Mamá sabe que tenías que hacerlo.

—¡No! ¡Oh, por favor, no! —chilló Sheila Kelly desesperada.

Judy Oliver sollozó una vez.

—¡Esto es demasiado horrible! ¡No puedo soportarlo!

Se dio la vuelta con los ojos cerrados, y de nuevo iba a ocultar la cabeza en el hombro de Jeff Wayne, pero en ese momento él se hizo a un lado y miró a Sheila Kelly.

—Lo que me gustaría saber —preguntó con voz ahogada— es dónde está la otra mitad de las tijeras.

Allan Atwood extendió las manos coléricamente.

—¡Supongo que la ha reservado para acabar con el resto de nosotros! —chilló—. ¡Ella nos odiaba a todos! ¡Tanto como lo odiaba a él!

Hogan Brewster sonrió.

—¿No fuiste tú, Allan, quien le dijo a Thomas Canby que su hija le había puesto arsénico en la sopa?

—¡Eso no es cierto! —gritó Allan Atwood furioso—. Solo le dije que había visto a Gloria coger un poco de herbicida del cobertizo del jardinero.

—Gloria había cogido el herbicida para matar a un ratón del ático que la ponía nerviosa correteando de un lado para otro —murmuró Dora Canby—. Tú misma me lo dijiste, ¿verdad, cariño? —preguntó a Sheila Kelly.

La muchacha la miró con auténtica desesperación.

—Por favor, señora Canby… —titubeó.

De repente el profesor volvió a la vida.

—¡Todo esto es culpa tuya! —gritó agitando el puño en dirección a la muchacha—. No podías dejar las cosas como estaban. ¿Te das cuenta de que los dos iremos a la silla eléctrica por lo que ha sucedido

esta noche?

—No lo entiendo —susurró el joven Patrick Oliver.

El profesor le dirigió una malévola mirada.

—Aunque alguien más podría acompañarnos —dijo.

Allan Atwood se rio desagradablemente.

—Pat, tú preocúpate de que la otra mitad de las tijeras no acabe en tu garganta. Si no recuerdo mal, nuestra prima Gloria también te la tenía jurada. Creo que por algo relacionado con la oreja de Judy.

—¡Gloria no tenía intención de cortarle la oreja a Judy con el abrelatas! —exclamó Dora Canby estremeciéndose—. Aquello fue un accidente, ¿no es así, cariño? —le preguntó a Sheila Kelly.

La muchacha tembló de pies a cabeza, aunque esta vez no protestó, y Patrick Oliver la miró con dureza.

—Seguro que fue un accidente —dijo—, pero si yo no llego a empujarla en ese momento, le habría sacado el ojo a Judy.

Dora Canby le dirigió una mirada de reproche.

—Gloria creía que Judy le había arrebatado el corazón de Jeff.

Jeff apretó los puños de repente.

—Gloria estaba equivocada —dijo mirando fijamente a Sheila Kelly—. Gloria es la única mujer a la que he amado y podré amar.

Judy Oliver contuvo el aliento como si él acabara de golpearla, pero Dora Canby sonrió a la joven y después a Jeff.

—Lo sé, lo sé, mi niño —dijo ella suavemente—. Tú perteneces a Gloria, ¿no es verdad, cariño? —preguntó dirigiéndose de nuevo a Sheila Kelly.

La muchacha extendió los brazos con un gesto de desesperación.

—¡Haga que pare! —grito—. ¿No puede hacer que pare?

Se dirigía a Chet Keith, pero yo fui incapaz de callarme.

—Está usted completamente equivocada, señora Canby —dije—. Sea lo que sea, esta muchacha no es la reencarnación de su hija Gloria. Ha sido usted víctima de una broma cruel. Lo muertos no regresan.

—Exacto —dijo Chet Keith.

—Usted es el periodista al que mi marido amenazó con echar montaña abajo, ¿verdad? —murmuró Dora Canby—. Pobre Thomas, siempre estaba amenazando con darle la patada a alguien. Primero a Patrick, porque siempre estaba endeudado. Luego a Judy, por intentar robarle a Gloria a su amado. Después a Allan, porque no era capaz de impedir que su esposa nos arrastrara de escándalo en escándalo. Y por último a usted, señor Keith. ¿No es así? Pero Thomas ya no podrá amenazar a nadie más. Gloria se ha vengado, ¿no es verdad, cariño?

—¡Oh, Dios! —susurró Sheila Kelly.

No puedo explicar qué me impulsó a defender a la muchacha, a menos que fuera porque estaba completamente sola.

—¡Si ella mató a Thomas Canby, lo hizo únicamente porque estaba hipnotizada! —exclamé, y señalé dramáticamente al profesor Matthews—. ¡Hipnotizada por él!

Para mi espanto, el profesor rompió a llorar.

—¡Ves lo que has hecho! —gritó agitando de nuevo el puño ante la cara de Sheila Kelly—. ¡Te digo que acabaremos los dos en la silla eléctrica!

Era horrible verlo convertido en un objeto lloriqueante, y me acobardé. Pero a Hogan Brewster parecía divertirle el espectáculo.

—Eso equivale prácticamente a una confesión —dijo.

—¿Es eso lo que piensa? —dijo Chet Keith arrastrando las palabras—. ¿Y por qué lo hicieron?

—Es más que evidente —respondió Allan Atwood rápidamente—. Tenían a tía Dora comiendo de la palma de su mano. Estaba dispuesta a gastar una fortuna en ellos, pero el tío Thomas iba a despacharlos sin contemplaciones. Y por eso lo mataron.

—¿Y de qué va a servirles una fortuna si acaban en la silla eléctrica? —preguntó Chet Keith.

—Oh, pero nunca enviarán a mi Gloria a la silla —murmuró Dora Canby—. No se puede electrocutar a alguien que ya está muerto.

—De cualquier modo —intervine—, la chica estaba hipnotizada. No era responsable de sus actos. Todos podemos confirmarlo.

Hogan Brewster dirigió una mirada triunfante a Chet Keith.

—Contrate a buen abogado para plantear esa defensa con un buen pellizco del dinero de los Canby y ningún fiscal llegará muy lejos con sus acusaciones —dijo.

El profesor estaba sollozando de nuevo.

—Dirán que lo hice yo. Dirán que yo la obligué a hacerlo.

—Por supuesto que lo hizo usted —sentenció Chet Keith.

Y entonces llegó el *sheriff* acompañado por sus dos ayudantes.

Más tarde me contaron que el *sheriff* Tom Latham estaba desempeñando su tercer mandato, y que cuando se trataba de rastrear en las montañas o de poner fin a una pelea en alguna verbena, posiblemente era un agente de la ley más que eficaz, y también lo eran Butch Newby y Mart Butler, sus dos ayudantes, versiones ligeramente menos fornidas del ya talludo *sheriff*. No me costó imaginármelo abriéndose paso vigorosamente a base de mamporros en plena batalla campal y en general velando por la paz en una pequeña comunidad rural. Sin embargo, a la hora de encarar el complicado y siniestro enredo que les aguardaba en el Hotel Mount Lebeau aquella tormentosa noche de julio me pareció que aquellos tres no daban la talla en absoluto. Y peor aún, ni siquiera eran conscientes de ello.

De nuevo fue Chet Keith quien tomó la iniciativa y puso al *sheriff* Latham en antecedentes con una breve y sucinta crónica de lo

ocurrido. El *sheriff* lo interrumpió una sola vez y solo para enviar a uno de sus secuaces a llamar por teléfono al juez de instrucción. Al parecer la lluvia amenazaba con convertirse en un peligroso chaparrón y el *sheriff* estaba preocupado por la integridad del puente sobre el río Carol.

—Lo único que nos faltaba para rematar este desastre —murmuré dirigiéndome a Ella— era que el río arrastrara ese puente flotante.

El *sheriff* Latham me miró con severidad frunciendo el ceño.

—No permitiré ningún cuchicheo —dijo.

Yo levanté la barbilla con actitud soberbia y Chet Keith sonrió mientras continuaba su relato. Supongo que era su experiencia como reportero lo que le permitió exponer los hechos con la mayor brevedad y sin omitir ningún detalle esencial.

—¿Tienen algo más que añadir? —preguntó finalmente el *sheriff* Latham, escrutándonos a todos con el ceño fruncido.

Nadie dijo nada y el *sheriff* Latham observó a Sheila Kelly en silencio un momento mientras se mordisqueaba su grueso labio inferior.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó—. Su verdadero nombre, no su nombre artístico.

Ella se sonrojó.

—Mi verdadero nombre es Kelly, Sheila Kelly.

El *sheriff* señaló con el dedo pulgar al profesor Thaddeus Matthews.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando con el viejo?

—Seis meses, puede que un poco más —respondió ella en voz baja.

—¿A qué se dedicaba antes de unirse a su numerito?

—A pasar hambre.

—¿Eh?

—Llevaba casi un año sin trabajar —dijo cansada.

—¿Y antes de eso?

—Pregúnteselo a él —respondió señalando a Chet Keith con un encogimiento de hombros.

Me pareció que Keith daba un respingo cuando el *sheriff* se volvió hacia él.

—¿Conocía usted a esta mujer antes de llegar aquí? —preguntó el *sheriff*.

—Sí.

—¿Y por qué no lo ha dicho? —preguntó el *sheriff* en tono autoritario.

La característica despreocupación del señor Chet Keith hizo aguas de repente, pero no tardó en intentar recuperar su actitud indiferente.

—Estaba esperando el momento oportuno —respondió con ligereza.

—No me diga —replicó el *sheriff*—. ¿Dónde conoció usted a esta mujer y qué sabe de ella?

Chet Keith dudó de repente, pero Sheila Kelly hizo un pequeño gesto como si lo liberara de la responsabilidad.

—Da igual, puedes contárselo —dijo—. Dudo que nada pueda empeorar mi situación.

—Era bailarina en un club nocturno de Chicago. La policía hizo una redada en el local y yo cubrí la historia para mi periódico.

—De modo que era bailarina —comentó el *sheriff* en tono mordaz.

—Tenía que comer —respondió Sheila Kelly.

—Eso fue lo que me dijo entonces —comentó Chet Keith—. Y por eso el juez la dejó marchar solo con una advertencia.

El rostro rubicundo del *sheriff* se ensombreció.

—¿Y después se enredó usted con este falso espiritista?

La joven miró al profesor, ojerosa y exhausta.

—No era más que una actuación, solo una actuación hasta que… Quiero decir que no hacíamos daño a nadie con los mensajes, o eso decía él —balbuceó—. Mucha gente se sentía reconfortada al escucharlos.

—Estaban haciendo dinero con falsedades, por decirlo con suavidad.

Ella se sonrojó penosamente.

—Nadie nos había dado nunca dinero hasta…

De repente se detuvo y miró otra vez al profesor.

—¿Intenta decirnos —intervine— que hasta que conocieron a Dora Canby lo suyo era un simple espectáculo de teatro ambulante?

—Sí.

El *sheriff* se me quedó mirando.

—No creo haber pedido su colaboración, señora —dijo, y después volvió a dirigirse a la muchacha, entrecerrando sus ojos turbios y pequeños—. Los números de vodevil no acaban con gente asesinada —le espetó.

Los labios de la joven empezaron a temblar.

—No —susurró.

Una vez más, a pesar de la mirada del *sheriff*, decidí intervenir.

—Según usted el profesor decía que los mensajes eran inofensivos. ¿Cuál es su opinión?

Sus manos pálidas y delgadas se retorcían en su regazo.

—No lo sé.

El *sheriff* irguió sus fornidos hombros.

—¿Intenta decir entonces que estaba usted realmente hipnotizada? —preguntó.

—Sí.

—¿De modo que esa es su historia? —preguntó con sorprendente sarcasmo—. Que estaba hipnotizada y no es consciente de lo que hacía cuando asesinó a este hombre.

Ella se levantó de repente con los ojos desorbitados.

—¡Yo no lo maté! ¡No lo hice!

—¿Cree que estaba hipnotizada? —dijo el *sheriff* con desdén—. ¿Y dice que no sabe qué sucedió mientras estaba en trance?

Ella temblaba de la cabeza a los pies.

—No es posible recordar lo que haces durante un trance hipnótico a menos que hayas recibido órdenes expresas de hacerlo, pero yo… ¡yo no lo maté! ¡No pude haberlo hecho!

—Ah, ¿no? —murmuró el *sheriff* Latham, intercambiando miradas de complicidad con el más joven de sus dos ayudantes, el que se llamaba Butch, por obvias razones en mi opinión.[2]

La actitud desafiante de la joven se vino abajo.

—Yo no lo maté —repitió, abatida.

—Sí —dijo el *sheriff* Latham —, usted lo mató, hermana. Ustedes dos vieron la ocasión de sacar tajada de por vida aprovechándose de esa pobre mujer, pero su marido iba a desvelar su fraude, de modo que lo asesinaron.

Mejor habría sido mantener la boca cerrada, pero no lo hice.

—Es un hecho científicamente demostrado, *sheriff* Latham —dije —, que los sujetos hipnotizados no responden ante sugestiones que no casan con sus principios morales.

El *sheriff* me miró fijamente otra vez y no soy de las que aceptan de buen grado esa clase de faltas de respeto, de modo que seguí hablando bastante acalorada.

—Tengo un libro que lo explica todo sobre el hipnotismo —dije, y después me detuve abruptamente—. Por desgracia lo he extraviado temporalmente, pero no deja lugar a dudas en ese sentido. El sujeto de la hipnosis no puede ser obligado a llevar a cabo acciones que violan su inherente sentido de lo que está bien y lo que está mal.

Vi a Chet Keith fruncir el ceño y Ella me miró de un modo curioso. Al parecer, con el revuelo de mi llegada, Ella, había decidido ignorar el libro, que había sido mi excusa para ir a verla, si bien yo desconocía el por qué. No obstante, supe por su expresión que estaba pensando que era impropio de mí extraviar cualquier cosa y no haber dicho nada al respecto.

El *sheriff* seguía mirándome con evidente antipatía.

—No le he pedido consejo, señora —repitió—, pero ya que parece decidida a entrometerse en este asunto me gustaría aclararle que, aunque vivamos en el quinto pino, como quien dice, no nacimos ayer, ¿eh, Butch?, y no es tan fácil engañarnos.

Huelga decir que aquel hombre me sacaba de mis casillas.

—Ya veo que no tiene demasiada fe en mi teoría de que es imposible que el profesor pudiera inducir a esta joven al asesinato o a cometer cualquier otro crimen después de hipnotizarla.

Chet Keith gruñó a mis espaldas.

—Santo cielo —susurró—, ¿es que quiere ponerle en bandeja al profesor una coartada?

El *sheriff* me miró con acritud.

—Su teoría me inspira poca confianza —declaró—, pero menos aún creo en el hipnotismo y en todas esas paparruchas.

—Que les quede claro, Lathe —murmuró Butch.

—Sin embargo —intervino Chet Keith—, el hipnotismo es un fenómeno científicamente demostrado y la chica estaba hipnotizada, lo crea usted o no.

El *sheriff* Latham hizo una mueca de escepticismo.

—Puede decorarlo cuanto quiera —dijo—, pero ella mató a un hombre con la ayuda del profesor y voy a detenerlos a los dos por asesinato.

Miré involuntariamente a Thaddeus Matthews, que para mi sorpresa había recuperado la compostura y estaba sonriendo. Vi cómo Chet Keith lo observaba con el ceño fruncido.

—¿Va usted a detener a Sheila Kelly y al profesor sin seguir investigando? —preguntó el periodista.

El *sheriff* asintió.

—No necesito investigar lo que ha pasado porque está más claro que el agua.

Sheila Kelly estaba lívida y pensé que iba a desmayarse, pero Dora Canby se acercó a ella y puso una mano en su brazo.

—No va a sucederte nada, Gloria —dijo la señora Canby.

La muchacha se apartó bruscamente y se tapó los ojos con una mano.

El *sheriff* Latham se acercó a Butch.

—Hazte cargo de los dos —dijo—. Quiero bajar de esta montaña mientras aún podamos.

Pero ya era demasiado tarde. En ese momento el capitán French volvió a entrar a toda prisa en el salón con los bigotes erizados de excitación.

—¡El puente ha desaparecido! —exclamó—. El juez Timmons acaba de llamar desde la gasolinera carretera abajo. La riada lo arrastró justo después de que él pasara.

—¡Gracias a Dios! —oí decir a Chet Keith con toda claridad.

Capítulo 7

De modo que ahí estábamos, aislados en la cima de una montaña con un hombre muerto, dos personas acusadas de su asesinato y ninguna oportunidad de marcharnos hasta que arreglaran el puente de barcas, que, según el capitán French, flotaba en esos momentos a toda velocidad corriente abajo por el río Carol convertido en un torrente.

—De todos modos, el departamento de carreteras se está ocupando de ello —dijo.

Mi amiga Ella resopló.

—Signifique lo que signifique eso —comentó.

—Seguro que son más eficientes de lo que han demostrado ser hasta ahora el *sheriff* Latham y sus dos catetos —repliqué con acritud.

El *sheriff* se había hecho cargo de la situación con cierto exceso de celo, y creo que le agradaba la idea de pasar uno o dos días de ocio forzoso como huésped del hotel. En cualquier caso, requisó dos de las mejores habitaciones de la casa para él y sus hombres; dos habitaciones justo enfrente de las que ocupaban Sheila Kelly y el profesor.

—Debo ir a echar un vistazo a los prisioneros —explicó el *sheriff*.

Chet Keith me miró alzando una ceja.

—Eso la sitúa justo en primera fila, señorita Adams.

Yo asentí, aunque, a decir verdad, no me pareció del todo inconveniente estar cerca de esos tres fornidos defensores de la ley. Hasta el momento la forma de actuar del *sheriff* no me había inspirado el menor respeto y menos aún la capacidad cerebral demostrada por sus dos musculosos ayudantes, pero los tres parecían lo bastante valientes, osados y carentes de imaginación como para saber reaccionar debidamente si las cosas se ponían feas. De modo que, mientras me dirigía a mi habitación poco antes de la medianoche, me resultó tranquilizador pensar que estarían justo al otro lado del pasillo.

Seguía lloviendo torrencialmente, y puedo afirmar que nunca había estado en un lugar tan repleto de extraños ruidos y crujidos como aquel viejo edificio. Como dijo Ella, que había decidido acompañarme como si aborreciera la mera posibilidad de quedarse sola, a cada paso creías haber oído algo a tus espaldas, pero cuando te dabas la vuelta no había nada. Supongo que, aunque no quisiéramos admitirlo, todos éramos penosamente conscientes de esa figura que había quedado encerrada bajo llave en el salón trasero del hotel cubierta por una sábana, tras la llegada del juez de instrucción que llevó a cabo un interrogatorio que solo se podría describir como una mera formalidad.

El juez también se alojó en el hotel, ya que no tenía más remedio.

Por lo que oí, tenían previsto realizar una especie de vista preliminar del caso a la mañana siguiente. Un simple trámite administrativo, insistió el *sheriff* Latham, pues en su opinión el caso estaba más que claro. Entretanto, el cadáver de Thomas Canby descansaría en paz sobre uno de los espantosos sofás rojos de ese deprimente salón de la planta baja, donde nadie podría entrar hasta nuevo aviso.

—¡Como si alguien quisiera volver a entrar en ese horrible lugar! —exclamé con un escalofrío.

Y Ella asintió.

—¿Sabes, Adelaide? Creo que ese atractivo periodista está enamorado de Sheila Kelly.

Yo había pensado lo mismo, pero por algún motivo siempre decido llevarle la contraria a Ella.

—¡No seas absurda! —protesté—. Es de los que se ponen a flirtear a la primera de cambio.

—Pues yo creo que es bastante dulce —murmuró Ella.

—¡Dulce! —exclamé—. Es un joven advenedizo y engreído. Yo diría que incluso demasiado atractivo para su propio bien, pero de dulce no tiene nada.

—Da lo mismo —insistió Ella, que en cuanto algo se le mete en la cabeza es terca como una mula—, está decidido a sacarla de este embrollo.

Yo fruncí el ceño.

—Me temo que no le resultará fácil.

Ella me miró fijamente.

—¿Estás de su lado?

—No estoy del lado de nadie —respondí irritada.

Ella no pareció demasiado impresionada por mi vehemencia. Siempre conseguía sacarme de quicio dando a entender que ladro más que muerdo.

—Por supuesto, podrá contar con todo el dinero de Dora Canby para su causa —dijo dedicándome una elocuente mirada—. Supongo que eres consciente de que ahora todo el dinero es suyo, Adelaide.

Ella se cree muy ingeniosa y se precia bastante de sus ocurrencias, aunque yo tengo por norma no hacerle mucho caso, pero en esta ocasión me pareció que había dado en el blanco.

—¿Y qué? —repliqué.

—No puedo dejar de pensar en el canario estrangulado, Adelaide, y en los dos gatos que aparecieron destripados.

—¿Aún pretendes convencerme de que el espíritu de Gloria Canby ha conseguido apoderarse de algún modo del cuerpo de Sheila Kelly? —pregunté con impaciencia.

—Tú no estuviste en las otras sesiones —dijo Ella con terquedad —. Al principio no pasó nada fuera de lo corriente. Ya oíste esta noche

a Ojitos Azules. Todos sus mensajes eran así cuando empezaron, tan inofensivos como la leche recién ordeñada. Ojitos Azules tenía un mensaje para la querida madre de Gloria. La madre de Gloria no tenía por qué estar triste. Gloria era muy muy feliz en el mundo de los espíritus… esa clase de cosas. Si todo hubiera seguido por ese camino, no me habría preocupado. Por favor, Adelaide, concédeme al menos un mínimo de inteligencia, por más que te cueste.

Yo estaba escuchando los sollozos apagados de la muchacha procedentes del otro lado del tabique y me limité a encogerme de hombros.

—Pero yo sigo convencida —insistió Ella— de que la primera vez que esta nueva personalidad sacó de escena por la fuerza a Ojitos Azules, el profesor Matthews se quedó atónito. Fue exactamente como si Charlie McCarthy hubiera vuelto a la vida de repente para darle de patadas a Eddie Bergen[3].

—La chica estaba en una especie de trance, de eso no hay duda —declaré—. Dije que estaba dispuesta a jurarlo y lo haré.

Ella no me estaba prestando atención.

—El profesor es más retorcido que un pretzel —dijo—. Creo que estaría dispuesto a cualquier bajeza con tal de conseguir dinero. Pero no al asesinato. Dudo que tenga redaños, y menos aún el ingenio necesario para urdir una trama tan compleja como esta.

—Esa sí que es buena —comenté con acritud—. No crees que el profesor haya empujado a Sheila Kelly al asesinato, pero sí que ella asesinó a Thomas Canby mientras estaba momentáneamente bajo el embrujo de su hija muerta, y basas tu ridícula teoría en la aparición de dos gatos destripados y un canario estrangulado.

Ella levantó la cabeza con actitud orgullosa.

—Puedes hacer que suene tan ridículo como quieras, Adelaide, pero algo controla a esa chica y es algo demoníaco.

—¡Paparruchas!

—Tú misma la viste esta noche en el comedor. ¿Crees que sabía lo que hacía cuando habló con Hogan Brewster? ¿Crees que recuerda una sola palabra de su diatriba contra Thomas Canby? Y lo mismo podría decir acerca de lo que sucedió cuando volvió en sí ayer por la tarde en su habitación con el canario muerto entre las manos.

—Ah, entonces debe de ser un fantasma —dije con evidente desdén.

Ella bajó la vista, enfadada.

—A estas alturas ya debería saber que es inútil discutir contigo. Gracias a Dios, yo al menos siempre tengo una actitud más abierta.

—Demasiado abierta —repliqué—, considerando las tonterías que dices.

En ese momento salió de la habitación haciendo aspavientos, y

minutos después oí que su puerta se cerraba de un trompazo. De repente me sentí terriblemente cansada, aunque mientras me preparaba para ir a la cama me di cuenta de que en toda mi vida había estado tan despierta ni menos ansiosa por quedarme a solas con mis pensamientos, y escuché el llanto desconsolado que llegaba desde la habitación contigua. Cuando oí que llamaban a la puerta, tuve la certeza de que se trataba de Ella, que, como de costumbre, volvía para decir la última palabra. No volví a colocarme el flequillo de rizos postizos que siempre llevo en público, pues Ella no se fija en mis defectos físicos del mismo modo que yo suelo obviar los de ella. Sin embargo, al abrir la puerta me encontré con otra persona.

—Tiene que ayudarme, señorita Adams —dijo Chet Keith apartándome para entrar en la habitación.

—Joven… —empecé a decir con mi actitud más intimidante (que por lo general no resulta en absoluto risible), pero él no se mostró intimidado ni avergonzado.

—Ya sé que la llamé tortuga caimán y vieja quisquillosa —replicó con una sonrisa pretendidamente encantadora—, pero no se me ocurre nada y necesito que alguien con la cabeza en su sitio me eche una mano.

Durante un segundo me pareció admirable lo bien que comprendía la psicología femenina.

—Una muestra más de su talento para lidiar con las mujeres —comenté sin demasiada convicción—. No obstante, estoy dispuesta a escuchar lo que tiene que decir, aunque no le prometo nada más.

Lejos de desanimarse por mi fría recepción a su dramática petición, tuvo la insolencia de pasar inmediatamente a la ofensiva.

—¡Por todos los santos —exclamó—, deje de intentar esconder ese postizo o lo que quiera que sea! ¿Cree que he sido reportero durante diez años sin saber que la mayoría de las mujeres ocultan sus secretos de belleza por las noches en los cajones de la cómoda?

Fue unas de las escasísimas ocasiones en mi vida en que no supe qué responder, aunque no me cabe duda de que mi mirada fue más que elocuente cuando lancé mis rizos falsos a un rincón donde él no pudiera verlos.

—Perdóneme —dijo él con la expresión de un chiquillo avergonzado.

—Supongo que su madre era no era amiga de la disciplina —dije en tono más tranquilo.

De nuevo sonrió de forma irresistible.

—No recuerdo a mi madre, señorita Adams. Crecí como las malas hierbas, vendiendo periódicos en Nueva York. Luego fui chico de los recados para un gran diario. Ascendí, si quiere llamarlo de esa manera, a reportero para un tabloide, y luego me contrataron como

redactor en un periódico de Chicago. Puede que no sea una carrera ejemplar, poca cosa, pero es la mía. Lo que estoy intentando asumir es que hasta ahora nunca me había visto obligado a pedir ayuda a nadie. Hasta ahora.

Tenía la cara roja. Imaginé, con la certeza de que eso era precisamente lo que quería de mí, que el señor Chet Keith había sido un lobo solitario durante toda su vida y que cualquier otra cosa iba contra sus principios. También me di cuenta de que estaba sucumbiendo a su encanto y él lo sabía.

—¿Qué quiere de mí exactamente? —pregunté.

—Que me ayude a hablar con la chica de al lado —respondió abruptamente.

Por segunda vez su audacia me dejó sin palabras, pero él fingió no darse cuenta.

—Mañana por la mañana será la vista preliminar —dijo— y debo hablar antes con ella.

—Si no entendí mal, el *sheriff* ordenó mantener a la chica y al profesor completamente incomunicados —respondí mirándolo con severidad—. Y a menos que mis ojos me hayan jugado una mala pasada hay un agente en el pasillo para asegurarse de ello.

—Dudo que sus ojos la engañen muy a menudo —dijo él con su frívola, aunque conciliadora, sonrisa.

—¿Está sugiriendo que lo ayude a cometer un delito? —pregunté.

Él sonrió.

—¿Qué es un delito de nada entre amigos?

—Dejando a un lado que no somos amigos —respondí, altivamente—, da la casualidad de que soy una ciudadana respetuosa de la ley. Y, además, la puerta que hay entre mi habitación y la de esa desgraciada muchacha está cerrada. Lo he comprobado.

—No me cabe duda —dijo el señor Chet Keith.

Entonces sacó de su bolsillo un objeto alargado y de aspecto siniestro que reconocí instintivamente como una llave maestra, aunque nunca había visto una.

—Nunca se sabe cuándo va a hacer falta una de estas en mi negocio —murmuró, y se dirigió hacia la puerta que comunicaba mi habitación con la de Sheila Kelly.

—¿De verdad está sugiriendo que le ayude a hablar con esa chica desobedeciendo las órdenes del *sheriff*?

Él hizo una mueca que pretendía pasar por una sonrisa.

—¡Vaya que sí! —respondió, y procedió a introducir la llave en la cerradura.

—Por supuesto es usted consciente —dije seriamente— de que tengo el deber de informar al *sheriff* Latham antes de que esto continúe.

—Claro, pero no lo hará. Vamos.

—¿Vamos? —titubeé.

—Le he dicho que necesito ayuda —dijo—. Ella no querrá verme a solas.

Yo lo miré fijamente y él sonrió apesadumbrado.

—Desgraciadamente, cuando la conocí hace algunos meses, la señorita Sheila Kelly se llevó la errónea impresión de que en mi presencia ninguna mujer está a salvo de toda clase de proposiciones deshonestas.

—¿De modo que usted intentó seducirla en aquella ocasión, cuando la detuvieron? —sugerí.

—Ya que quiere saberlo —dijo—, lo hice y ella me rechazó como nunca no lo había hecho nadie.

—Supongo que pensó que una bailarina de abanico a la que acababan de arrestar durante una redada en un club nocturno sería presa fácil —comenté en tono de mofa.

De nuevo apoyó la mano en la puerta, pero una vez más lo detuve.

—¿Cómo piensa explicarle al ayudante del *sheriff*, que está ahí afuera en el pasillo, su prolongada estancia en mi habitación? —pregunté.

Él sonrió.

—¿No se lo he dicho? Se supone que la estoy entrevistando para un artículo del dominical titulado «Cómo vivir sola y ser feliz» —respondió con insolencia, y aprovechó la ventaja que le proporcionó mi agraviada reacción para abrir la puerta de la habitación de Sheila Kelly.

La muchacha estaba acostada boca abajo transversalmente en la cama. Aún llevaba puesto el zarrapastroso vestido de noche blanco y tenía los ojos enrojecidos de llorar, pero se levantó de un salto cuando entré en su cuarto y se me quedó mirando aterrada. Para mi alivio no había ninguna puerta entre su habitación y la del profesor. Eso fue lo primero que confirmé. El espacio disponible estaba ocupado por dos cuartos de baño, como sucedía con la pared que separaba mi cuarto del de Ella.

En cierto modo me sorprendió que Chet Keith no hubiera entrado detrás de mí, dando muestras de cierta timidez por primera vez desde que le había conocido.

—Si no está vestida. dígale que se ponga algo enseguida —me dijo desde el otro lado de la puerta.

La chica se sonrojó.

—¿Qué quieres? —preguntó en tono perentorio.

—Hablar contigo, por supuesto —respondió él aparentemente enfadado—. Ven aquí para que el ayudante del *sheriff* no pueda

oírnos.

—No hay nada que decir —protestó ella con acritud—. Ya no quiero saber nada.

—Siempre has sido demasiado testaruda y hasta ahora eso no te ha hecho ningún bien —replicó él.

—¿Porque no caí rendida con tu numerito? —replicó ella.

—¿De veras vamos a empezar con eso otra vez? —preguntó él—. Creía que el día que me rechazaste los dos nos habíamos puesto de acuerdo en que yo era un canalla. ¿No podemos dejarlo así?

—Te vi esta noche besando a esa chica del mostrador nada más entrar en el hotel —dijo ella.

—Claro —reconoció él frunciendo el ceño—, ya he dicho que soy un canalla.

Yo miré nerviosa hacia la puerta.

—¿No creen que sería mejor continuar esta discusión en mi habitación?

No me apetecía en absoluto que el ayudante del *sheriff* Latham me pillara hablando con la prisionera a sus espaldas. Sheila Kelly me miró.

—¿Es usted la amiga de la señora Trotter? —preguntó—. ¿La que iba a traer el libro?

—¿De modo que sabían eso? —murmuré mirándola fijamente—. Al parecer todo el mundo lo sabía.

—La señora Trotter se lo dijo a la señora Parrish —respondió la chica, como si eso fuera suficiente explicación. Y para mí lo era.

—Afortunadamente, aunque el libro ha desaparecido, tengo toda la información en mi cabeza.

Solo más tarde me di cuenta de lo peligroso que había sido admitir aquello y de lo cerca que había estado de firmar mi sentencia de muerte. Podría haber sido diferente si Chet Keith no hubiera estado demasiado ocupado arreándonos hacia la otra habitación y hubiera escuchado aquella breve conversación entre Sheila Kelly y yo. Por otra parte, probablemente nada habría podido detener al pérfido espíritu que estaba actuando en el Hotel Lebeau, no hasta que hubiera jugado su última y trágica mano.

—Bien —murmuró la chica—, ya tienes lo que querías. ¿Qué hacemos ahora?

Me pareció que el joven Chet Keith tenía serias dificultades para responder a la pregunta, aunque posiblemente fuera la truculenta mirada que la muchacha le dedicó lo que le hizo perder pie durante un instante.

—¿En qué diablos estabas pensando para meterte en este embrollo? —preguntó él.

—Te lo he dicho. Me moría de hambre. Tenía que trabajar y… el

profesor no es mala persona.

—¡Lo dejaste hipnotizarte! ¡Debías de estar loca!

—No, solo estaba hambrienta y desesperada. Te sorprendería lo que incluso tú llegarías a hacer si no hubieras comido en tres días.

—También yo he estado hambriento y desesperado —dijo él sombríamente.

—Y al principio la hipnosis no formaba parte de nuestro acuerdo —continuó ella.

Él la miró fijamente.

—Ah, ¿no?

—Cuando empecé se suponía que todo lo relacionado con el hipnotismo era una farsa, parte del timo, ya sabes. Yo solo… solo tenía que fingir estar en trance. No sé cuándo cambiaron las cosas. Ni siquiera sé cuándo me di cuenta de que ya no estaba fingiendo.

—¡El viejo bastardo! —gruñó Chet Keith.

Yo asentí.

—Cuando empiezan siempre hacen creer al sujeto que están fingiendo la hipnosis para acabar con su posible resistencia a la sugestión mental —expliqué—, o eso me han contado.

Los ojos de la muchacha me parecieron de repente curiosamente inexpresivos.

—Al principio estaba horrorizada. Creo —dijo pasándose una mano por la frente con expresión confundida— que amenacé con dejarlo, pero como ve no lo hice. Últimamente ya no me preocupaba tanto. Al final una se acostumbra a casi todo. Creo que decidí que sería más fácil que tratar de fingir el trance. Es como quedarse dormida, ¿sabe?, y despertarse cansada y débil, pero sin tener que preocuparse por haber actuado bien o mal.

Chet Keith me miró. Tuve la certeza de que los dos habíamos pensado lo mismo. La muchacha se había dejado manipular por el profesor. Le había permitido controlar poco a poco su voluntad y ahora no podría librarse de su influencia aunque lo intentara. Peor aún, o eso me pareció, le habían arrebatado incluso el deseo de intentarlo.

—Y entonces —dijo Chet Keith con voz tensa— nuestra amiga Dora Canby entró en escena.

Ella se puso lívida.

—Sí.

—¿Sabías que ella se encontraba entre el público esa primera tarde?

Ella negó con la cabeza.

—Nunca había oído su nombre hasta que el profesor me dijo que veníamos aquí para celebrar varias sesiones para ella.

Él la miraba intensamente.

—Sin embargo, Ojitos Azules transmitió un mensaje de Gloria para su madre ese primer día.

Ella se sonrojó.

—El profesor era Ojitos Azules —dijo ella en tono ligeramente desafiante—. Nunca recuerdo lo que digo estando en trance.

—¿Seguro que no?

Ella lo miró angustiada.

—¡Pero yo no maté a Thomas Canby! ¡Es imposible!

—¿El profesor te sugería las cosas que hacías o decías durante un trance? —pregunté rápidamente.

Ella dudó.

—Fue así hasta…

—Continúa, ¿hasta qué? —preguntó Chet Keith con voz estridente.

Ella miró por encima de su hombro.

—Estoy segura de que el profesor no sabía lo del canario —susurró ella.

Él la miró contrariado.

—¿Qué canario?

—El canario de Dora Canby —respondió la muchacha sofocada—. El profesor nunca me habría sugerido nada semejante. Puede que sea un viejo taimado, pero no es violento. Ha sido honesto conmigo. Quiero decir, amable y considerado, casi paternal. Y a él… le gustan los pájaros.

Chet Keith frunció el ceño.

—¿Qué le pasó al canario de Dora Canby?

Ella se estremeció.

—Lo ahogaron.

—¿Lo ahogaron?

—Desperté en mi habitación. Me sentía fatigada y débil, igual que después de salir de un trance, aunque se suponía que no había estado hipnotizada. Yo tenía… tenía el canario en mis manos y lo había… ¡estaba muerto!

Su voz se convirtió en un gemido y yo sentí un escalofrío.

Chet Keith se inclinó hacia delante y apoyó una mano sobre sus dedos temblorosos.

—Tranquila —dijo con una amabilidad que de no haber estado presente me habría parecido imposible en él—. ¿Se suponía que no habías entrado en trance?

—No.

—¿Te había pasado antes o se repitió después? ¿Perder la consciencia de ese modo en horas de oficina?

—Nunca hasta… estos últimos días.

—¿Pero había sucedido antes?

—Sí —respondió ella con el rostro contraído por el miedo.

—¿Recuperar la consciencia sin ser capaz de recordar lo que habías hecho durante un periodo de tiempo?

—Sí.

Ella lo miró fijamente y la expresión de sus ojos era terrible.

—Eso es lo que lo hace aún más espantoso —gritó—. Simplemente me despierto y no sé, no sé cómo he llegado a donde estoy ni qué he estado haciendo.

—¿Esta tarde, por ejemplo? —pregunté.

Ella me miró y vi el pánico en sus ojos.

—Sí —respondió ella.

—¿Dónde estaba usted al despertar? —le pregunté impaciente.

—Montaña abajo —susurró ella—, en la carretera donde Thomas Canby estuvo a punto de morir. Y tenía las manos manchadas de tierra, como si hubiera estado escarbando en el suelo.

Estoy segura de que me oyó sofocar un gemido, pero ni un solo músculo se movió en el rostro de Chet Keith.

—Y después, esta noche en el comedor —continuó perdiendo el control—. Yo estaba cenando tranquilamente y de repente, sin saber cómo, me di cuenta de que estaba en el otro extremo de la habitación y el profesor me estaba zarandeando.

—¿Sí? —dijo Chet Keith con suavidad.

—Había un hombre allí al que no había visto nunca, pero el profesor dijo que lo llamé por su nombre.

—Ese hombre era Hogan Brewster —expliqué—. Lo llamaste figura. Al parecer Gloria Canby solía llamarlo de esa manera.

—¿Y cómo lo sabía yo? —gritó retorciéndose las manos—. ¿Cómo podía saberlo?

—Es posible que el profesor lo averiguara, igual que todo lo demás, para darle más verosimilitud a su actuación —murmuró Chet Keith haciendo una mueca.

—Pero el profesor estaba furioso conmigo —protestó Sheila Kelly.

—Y Hogan Brewster parecía seguro de que nadie sabía ese apodo excepto él y Gloria Canby —añadí, aunque al instante me arrepentí de haberlo hecho, pues la muchacha se vino abajo por completo.

—Te dije que ya no quería saber nada de esto —gritó mirando a Chet Keith—. Nada puede salvarme.

—Basta —dijo él bruscamente—. No tenemos tiempo para ataques de histeria.

—Pero ¿es que no lo ves? —preguntó entre sollozos—. Es cierto, ¡lo que cree Dora Canby es cierto!

Él la agarró por ambas muñecas.

—¡Silencio!

Pero ella ya no escuchaba.

—Yo lo maté —exclamó en un tono de voz que me horrorizó—. O quizá lo mató Gloria Canby usando mis manos, igual que ahogó al canario. Se ha apoderado de mí, de mi cuerpo y de mi alma. ¡Oh, Dios!

—Tienes que controlarte —dijo Chet Keith muy serio—. No puedes creer todo eso.

—Hablé con su voz —susurró—, todos lo dicen. Cuando llegamos aquí me enseñaron una foto suya e incluso encontré cierto parecido. Ella era rubia y muy delgada. Pero me parezco más a ella hoy que hace una semana, o incluso que ayer.

—Escúchame —dijo Chet Keith—. Métete esto en la cabeza y no lo olvides por nada del mundo los muertos no regresan. Ni siquiera alguien tan diabólico como Gloria Canby puede volver desde la tumba para torturar a los vivos.

Ella parecía ajena a todo salvo a sus atormentados pensamientos.

—Esta mañana me desperté muy temprano —susurró—. No sabía cómo había llegado allí, pero estaba en la sala de estar de Dora Canby y tenía algo en la mano.

—¿Sí?

—Eran… sus tijeras, las tijeras con un cisne de alas desplegadas como empuñadura.

De nuevo sofoqué un gemido. Sin embargo, Chet Keith siguió hablando sin inmutarse.

—¿Tenías las tijeras? —dijo en tono sosegado—. ¿Qué hiciste con ellas?

—No lo sé.

Él no le quitaba la vista de encima.

—¿No lo sabes? —preguntó.

—Un rato después estaba de nuevo en el piso de arriba, en la cama —susurró—. Y no volví a pensar en las tijeras hasta que… hasta que vi a Thomas Canby muerto.

Ella inspiró profundamente y se puso de pie.

—Es inútil —dijo la muchacha—. ¿Es que no ves que es inútil?

—¡Para nada! —gritó Chet Keith.

Pero ella pasó a nuestro lado sin mirarnos en dirección a su habitación, y un minuto después la oí cerrar el pestillo de su lado de la puerta.

Capítulo 8

Sé por experiencia que la mejor defensa es un buen ataque, de modo que cuando acompañé a Chet Keith hasta la puerta de mi

habitación esa noche le lancé una mirada de lo más intimidante a Butch, el ayudante del *sheriff*, que estaba sentado en una silla de espaldas a la pared con el sombrero inclinado sobre un ojo.

—Si era usted a quien oí roncando hace un minuto —dije con severidad—, no creo que sea necesario informar esta vez al *sheriff*, pero que no se repita.

Fue un tiro a ciegas y estoy segura de que Chet Keith se dio cuenta, pues me pareció que sofocaba una carcajada fingiendo aclararse la garganta. En cualquier caso, creo que di en el blanco, pues el ayudante del *sheriff* se puso muy colorado y la expresión cínica y socarrona con que nos estaba mirando se esfumó de repente.

—El *sheriff* no dijo en ningún momento que no pudiera echar una cabezadita de un par de minutos —se apresuró a responder malhumorado—, mientras nadie salga de esas dos habitaciones sin que yo lo sepa.

Señaló la puerta de la habitación de Sheila Kelly y la del profesor al otro lado. La silla del ayudante estaba colocada a medio camino entre ambas y él parecía convencido de que de ese modo tenía cubiertos todos los posibles flancos. Huelga decir que no quise desengañarlo, y tampoco Chet Keith, aunque me dedicó una curiosa mirada.

—¿Por qué no pasa el resto de la noche con su amiga la señora Trotter? —me preguntó de repente.

Me quedé mirándole.

—No sea bobo —repliqué—. ¿Por qué razón iba a hacer tal cosa?

Él no dijo nada, y solo al volver a entrar en la habitación se me ocurrió que quizá la presencia del ayudante del *sheriff* en el pasillo no fuera suficiente protección para mí. Yo había oído a Sheila Kelly cerrar bruscamente el pestillo de su lado de la puerta entre nuestros cuartos pero, aunque se podían ver los orificios de los tornillos (indicio de que en efecto había habido un pestillo en el mío), ahora no había nada. Traté de recordar si Chet Keith había vuelto a cerrar con su llave maestra después de que la chica se marchara, y decidí que no. Durante un instante me pareció imposible pasar la noche en esa habitación sin nada que me protegiera de un hipotético ataque de Sheila Kelly aparte de ese pestillo en su lado de la puerta. Incluso sopesé qué opciones tenía a mi alcance para poner remedio a la situación, pero mi sentido común no tardó en volver a imponerse.

—No se puede hipnotizar a la gente para que haga cosas que van contra sus principios y los muertos no vuelven a la vida —me dije entre dientes.

Una letanía a la que seguiría aferrándome con todas mis fuerzas durante las terribles veinticuatro horas siguientes.

Le había llevado la contraria a Ella, cuando me acusó defender a

Sheila Kelly, y ni siquiera ahora sabría decir por qué era incapaz de imaginar, contra toda evidencia, que fuera una asesina. Quizá se debiera a la pésima impresión que me había causado el *sheriff*. Como dice Ella, siempre tengo que llevar la voz cantante, y allí todo el mundo, excepto Chet Keith, parecía decidido a colgarle el muerto a Sheila Kelly. En parte, creo, se debía a que la muchacha parecía tan indefensa y desesperada que me resultaba imposible aceptar su culpabilidad. Me resultaba mucho más creíble que el profesor Thaddeus Matthews hubiera utilizado la impía influencia que había llegado a adquirir sobre la mente de la muchacha para convertirla en la principal sospechosa, siendo él el verdadero asesino.

—¡Ella es la víctima de ese canalla sin escrúpulos! —murmuré.

En cualquier caso, dadas las circunstancias no tendría más remedio que hacer valer mis convicciones, de modo que no traté de encontrar a Chet Keith para que volviera con su llave maestra. En lugar de eso me fui tranquilamente a la cama y permanecí largo tiempo acostada sin poder conciliar el sueño escuchando los furtivos crujidos del viejo edificio, incapaz de cerrar los ojos sin ver el espantoso tajo en el cuello de Thomas Canby y recordando que la otra mitad de aquellas afiladas tijeras doradas no había aparecido.

Habría podido jurar que no había pegado ojo en toda la noche, aunque al parecer me equivocaba, pues a la mañana siguiente me despertó mi reloj de viaje que había colocado en la mesita de noche. Había dejado de llover, pero no se veía el sol por ninguna parte. Era uno de esos días deprimentes que me hizo recordar mi anterior estancia en el Hotel Lebeau, cuando las nubes descendían sobre la montaña y una húmeda neblina gris se colaba por las ventanas, aunque ahora parecía aún más fría y deprimente.

Incluso al calzarme tuve la sensación de que mis zapatos estaban húmedos y el cuello blanco de lino de mi vestido negro de punto estaba tan lacio y deslucido como las toallas baratas del cuarto de baño que ocupaba una esquina de mi dormitorio. En la habitación de Ella había uno parecido. Y por eso, como he señalado, no había una puerta entre nuestros cuartos. Mientras me lavaba los dientes la oí quejarse de que, como de costumbre, no había agua caliente. Desde mi cuarto de baño era imposible escuchar cualquier movimiento del otro lado del tabique, aunque oí claramente a Sheila Kelly cuando el ayudante del *sheriff* llamó a su puerta y le preguntó qué quería para desayunar.

—Nada —respondió en voz baja y abatida—. No tengo hambre.

—Como quiera, señorita —fue la respuesta.

Asomé la cabeza al pasillo.

—Por supuesto que quiere desayunar —dije enfadada—. Tráigale una jarra de café caliente, una tostada con mantequilla y un huevo.

El agente Butch me miró como si quisiera decirme que me metiera en mis asuntos, pero se lo pensó mejor cuando lo miré con severidad frunciendo el ceño.

—Ya has oído el pedido, George —le dijo al botones que me había acompañado a mi habitación la noche anterior.

El botones se llamaba Jake, pero parecía dispuesto a responder a lo que le dijeran. De hecho, salió pitando al instante como si estuviera encantado de desaparecer.

Butch sonrió.

—Tiene miedo de que le pille el fantasma.

—¿El fantasma?

Hizo un gesto con el hombro señalando la puerta de Sheila Kelly.

—A los suyos no les gustan los espíritus. Dudo que nadie pueda convencer a George de que esa muchacha no está poseída por un vampiro. Dice que la ha visto más de una vez vagando de aquí para allá con la forma de un gran murciélago.

—¡Tonterías!

—Claro, pero Jake jura que la vio, o mejor dicho al murciélago, revoloteando sobre un gato al que habían hecho pedazos. Y dice que ella era la única persona que estaba en esta planta al día siguiente cuando otro gato bajó dando tumbos por las escaleras con las tripas colgando.

Sentí nauseas, pero intenté convencerme de que era porque aún no había desayunado.

—¿No creerá semejante despropósito? —pregunté bruscamente.

Butch se encogió de hombros con cara de aburrimiento.

—No —respondió—, cuando entierras a los muertos se quedan bajo tierra. Esa muchacha es una asesina, de eso no hay duda. Y lo ha hecho para sacar una buena tajada de ese pastel.

—¿Y qué me dice del profesor? —pregunté indignada.

—El *sheriff* y yo pensamos que no es más que su marioneta.

—Me atrevería a decir que es exactamente al contrario —declaré altanera.

Butch me miró con expresión cínica y burlona.

—¿Quiere decir que el hipnotismo y esa clase de cosas son reales? —preguntó.

—Claro que son reales.

Butch dejó escapar una risa nerviosa.

—Es curioso que cuanta más educación tiene la gente, más fácilmente se acaban tragando todas clase de estupideces —dijo muy satisfecho de sí mismo—. Pero aunque el *sheriff*, Matt Butler, el juez Timmons y yo no vayamos por ahí alardeando de ser licenciados tampoco es fácil pegárnosla. De hecho es imposible. Sabemos que esa chica mató a Canby y sabemos que era consciente de lo que estaba

haciendo mientras lo hacía. Y el *sheriff* Latham no va a pensar de otra manera por mucha cháchara que le suelte sobre la hipnosis o sobre la supuesta venganza de una muerta.

Me di cuenta de que hacer cambiar de opinión al testarudo ayudante del *sheriff* sería como darse de cabezazos contra una pared. Me sentí algo abatida mientras caminaba lentamente por el pasillo y tuve la sensación de que a Chet Keith le pasaba lo mismo cuando me topé con él en el vestíbulo, aunque me dedicó una alegre sonrisa y su voz me pareció bastante jovial.

—Bonita mañana, ¿verdad?, si a uno no le importa tener las nubes justo encima.

Yo asentí.

—¿Hay noticias del puente? —pregunté.

—Creo que han conseguido acorralarlo en alguna parte, río abajo. Ahora el problema es volver a llevarlo hasta donde estaba.

Fannie Parrish, que parecía más que nunca un perrillo faldero desgreñado de ojos pequeños y llorosos, se unió a la conversación.

—¡Es terrible, sin duda terrible, que tengamos que permanecer en este espantoso lugar! —exclamó mirando por encima de su hombro—. He oído gente que vagaba de un lado para otro toda la noche. No pude ni cerrar los ojos. Tenía la horrible sensación de que si lo hacía me despertaría con la garganta cortada de oreja a oreja.

El capitán Bill French, que estaba detrás del mostrador de recepción, la miró con preocupación.

—Puede estar segura de que no corre ningún peligro, señora Parrish —dijo. Supongo que estaba pensando en el duro golpe que todo esto supondría para su negocio—. Con los asesinos bajo llave y las autoridades en guardia nada les sucederá a los huéspedes de esta casa.

—¡Con las autoridades en guardia, dice! —chilló Fannie—. ¡Como si eso fuera a servir de algo! Dígame, ¿de qué sirven las cerraduras contra un hombre como el profesor? Si puede despertar a los muertos, también será capaz de atravesar puertas y todo lo que se le ponga por delante.

—¡Qué disparate! —exclamé enfadada—. ¡El profesor no puede despertar a los muertos!

Fannie no me prestó la menor atención.

—¿No existe algún modo de salir de esta horrible montaña sin atravesar el río?

El capitán French suspiró.

—Le aseguro que no hay ningún motivo por el que los huéspedes del hotel tengan que preocuparse —respondió con escasa convicción.

Mi amiga Ella me tocó el brazo.

—Pues a mí me parece que el capitán French no está tan

tranquilo como intenta aparentar.

—Como es natural, le angustia pensar que este lugar vaya a quedarse vacío en plena temporada de verano, y sabe que en cuanto se abra la carretera el éxodo será generalizado —respondí—, gracias, entre otras cosas, a las alarmas de tu amiga, la señora Parrish.

Ella me miró fijamente.

—Fannie Parrish es una bobalicona, pero tiene razón en una cosa —dijo en voz baja—. Las precauciones del *sheriff* no impidieron que todo el mundo circulara a su antojo por el hotel la noche pasada.

Sentí una punzada de culpabilidad al pensar de repente que Ella estaba al corriente de la visita de Sheila Kelly a mi habitación.

—¿A qué te refieres? —tartamudeé.

—No me trago que el profesor Matthews tenga poderes sobrenaturales —dijo Ella—. Ni por un momento lo he creído, Adelaide, pienses lo que pienses. Pero alguien o algo visitó al profesor la noche pasada a pesar del *sheriff* y de las puertas cerradas.

—¡Alguien visitó al profesor!

—Yo tampoco podía dormir —explico Ella—. Me pareció oír murmullos —continuó mirándome con desconfianza—. Por cierto, ¿estabas hablando con alguien en tu habitación ayer por la noche, Adelaide?

No intenté mentirle, me limité a evadir la pregunta.

—¿Adónde pretendes llegar, Ella? —pregunté con considerable arrogancia.

—Me pareció que había gente hablando —repitió Ella con el ceño fruncido—, así que me asomé al pasillo. El ayudante del *sheriff* estaba profundamente dormido. ¡Vaya un modo de hacer guardia! Decidí despertarlo para decirle lo que pensaba sobre semejante negligencia. Después de todo pagamos impuestos para que nos protejan. Pero cuando me disponía a hablar, vi una sombra pasillo adelante. Al menos durante un instante pensé que era una sombra.

Entonces hizo una pausa.

—¡Continúa! —exclamé impaciente.

—Estaba ante la puerta del profesor.

—¿Sí?

—No podría jurarlo, pero me pareció que pasaba a través de la puerta cerrada, Adelaide.

—¿¡Cómo has dicho!?

—Pero estoy segura de que sucedió así —concluyó Ella.

—¡Qué ridiculez!

—Tú siempre mofándote de todo y de todos —dijo Ella con desgana—, pero no puedes negar que en este lugar han ocurrido y siguen ocurriendo cosas muy extrañas.

—¡Como esa sombra que viste en el pasillo! —dije hurgando en la

herida—. Con una luz tan tenue es fácil ver sombras y toda clase de cosas.

—Pero es que luego la sombra se dirigió a las escaleras.

—Imaginaciones tuyas —repliqué enfadada.

—Y parecía… —dijo Ella con voz temblorosa—. Era exactamente igual que un enorme murciélago.

—¿Te estás burlando de mí o qué? —pregunté imperiosa.

—No —respondió Ella vacilante, y curiosamente me impresionó más ese pequeño detalle que todo lo que había dicho hasta entonces. No es propio de Ella Trotter amilanarse de esa manera—. No me estoy burlando de ti, Adelaide. Aquello parecía un murciélago completamente negro y desproporcionado, un enorme murciélago con las alas plegadas. Y avanzaba hacia las escaleras sin hacer el menor ruido.

Yo estaba convencida de que su imaginación le había jugado a Ella una mala pasada, aunque no pude evitar preguntarme en ese momento si Chet Keith sería la única persona del hotel que tenía una llave maestra.

—Supongo que despertaste al ayudante del *sheriff* y le hiciste investigar lo ocurrido —dije.

Ella me miró con actitud desafiante.

—No hice nada parecido, puesto que no soy una metomentodo de nacimiento como alguna persona que podría nombrar. En vez de eso cerré mi puerta con llave, volví a acostarme y, por si te sirve de consuelo, metí la cabeza bajo las sábanas y allí me quedé.

Debí de mirarla con excesiva dureza porque de repente se calmó.

—Supongo que tú habrías salido corriendo detrás de esa cosa para perseguirla hasta su guarida —dijo en un evidente intento por limar asperezas.

—Si alguien habla con los prisioneros a sus espaldas, el *sheriff* tiene derecho a saberlo —declaré vacilante.

Ella meneó la cabeza.

—He cambiado de idea —dijo—. Cuando te pedí el libro, Adelaide, mi intención era exponer la farsa del profesor y así se lo expliqué a Fannie Parrish. En otras palabras, quería intervenir de alguna manera en lo que quisiera que estuviera ocurriendo en este miserable lugar. Sin embargo —continuó temblorosa y mirándome fijamente—, eso fue antes de que esa cosa infernal que mutila gatos vagabundos, estrangula canarios y degüella gente poseyera a Sheila Kelly.

—Debes saber, Ella —repliqué frunciendo el ceño—, que no llegué aquí con el libro. O al menos no pude encontrarlo en mi equipaje.

—¡Gracias a Dios! —gritó Ella, y después me miró con seriedad—.

Conozco tu tendencia a meterte donde no te llaman, Adelaide, pero te insto a que sigas mi consejo esta vez. Olvídate de este demoníaco asunto, igual que pretendo hacer yo de ahora en adelante.

Dicho lo cual caminó delante de mí en dirección al comedor, cuyas puertas acababa de abrir el capitán French. El cielo seguía encapotado sobre la montaña acentuando la melancolía generalizada, por lo que la habitación estaba iluminada nuevamente por la gran lampara de pantalla verde y los huéspedes que entraban lentamente a desayunar de uno en uno o en parejas parecían incluso más demacrados y ojerosos que la noche anterior. Al parecer, nadie quería estar solo. Vi a Fannie Parrish invitar a su mesa a la joven madre que había asistido a la sesión de espiritismo, y poco después se unió a ellas el anciano de aspecto dispéptico que había recibido el mensaje de su hermano Peter.

Ella me miró haciendo una mueca y volvió a hablar tras unos minutos en silencio.

—La vista preliminar se celebrará a primera hora de esta mañana y Fannie está nerviosísima —dijo.

Me ahorró el esfuerzo de responder la repentina aparición de Judy Oliver, que en ese momento entró en el comedor y vino hacia nosotras.

—¿Les importa si me siento con ustedes? —preguntó algo sofocada.

Yo levanté las cejas. Hasta ese momento no había parecido ninguno de los Canby, excepto Jeff Wayne, que se había sentado solo y fingía estar absorto en la lectura del periódico, aunque por supuesto esa mañana no había llegado la prensa y tuve la certeza de que únicamente utilizaba las arrugadas hojas del diario a modo de escudo para taparse la cara.

—Esta mañana no me siento capaz de estar sola —dijo Judy.

No miró a Jeff Wayne, y la única muestra que él dio de haberse percatado de su presencia fue un involuntario temblor en la mano con que sostenía el periódico.

—Siéntese, faltaría más —respondió Ella cordialmente, mirándome desafiante.

A Ella y a mí raramente nos cae bien la misma gente, pero me limité a alzar las cejas otra vez y para mi sorpresa Judy Oliver se sonrojó.

—Jeff y yo no hemos discutido ni nada —declaró con fingida ligereza, o eso me pareció—. Es solo que… —tomó aire y volvió a empezar—. Verán, nunca hemos estado… Quiero decir que fue un error pensar que nosotros… que estábamos enamorados.

Yo la miré con curiosidad. La joven ni siquiera podía pronunciar el nombre del muchacho sin tartamudear. Tampoco era capaz de

mirarlo a los ojos y su mano buscó inconscientemente el minúsculo trocito de oreja que le habían cortado.

—Jeff estaba enamorado de Gloria —dijo de repente—. Y aún lo está.

—Eso le oí decir la otra noche —comenté, seca.

Ella me miró.

—¡Y es cierto!

—Pero usted no lo creía hasta ayer por la noche —dije—, y su prima Gloria murió sin creerlo.

Su rostro menudo y puntiagudo se arrugó como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—No tiene usted derecho a juzgar a la gente por lo que Gloria Canby pensaba o decía —exclamó—. Era una persona horrible —le temblaban los labios—. Sé que no se debe hablar mal de los muertos, pero Gloria… Era tres años mayor que yo. Tenía dieciséis cuando murió nuestro padre y Patrick y yo fuimos a vivir con tía Dora. No teníamos un solo céntimo ni un sitio adónde ir y Gloria se aseguró de que jamás olvidáramos que vivíamos de su caridad.

Sentí que me ablandaba de repente y Ella debió darse cuenta, porque me miró con expresión triunfante. Me di cuenta de que ya había oído antes todo aquello.

—Yo tenía que llevar la ropa vieja de Gloria —continuó Judy con evidente amargura—. Tía Dora me habría comprado cosas nuevas y el tío Thomas no era cicatero, siempre y cuando él tuviera la última palabra, pero Gloria me envidiaba por todo, incluso por mis… mis amigos. Cogía una rabieta cada vez que me veía con un lazo nuevo en el pelo, y si parecía que a la gente le gustaba, entonces se ponía furiosa e iba contando por ahí toda clase de historias horribles sobre mí para espantarlos. Decía que yo era una pequeña chivata, que no se podía confiar en mí porque a la mínima oportunidad les robaría el monedero a sus espaldas… o a sus novios.

—La gente no suele dejarse engañar por esa clase de calumnias —comenté—. Por lo general, si conocen a una persona sacan sus propias conclusiones.

—El problema era que nadie me conocía bien —dijo Judy—. No tardé en convertirme en una especie de acompañante de tía Dora. Exceptuando a la gente que nos visitaba a menudo o que vivía con nosotros, nadie me conocía en absoluto.

—¿Jeff Wayne solía frecuentar la casa después de comprometerse con su prima? —sugerí con lo que consideré un exquisito tacto.

Judy hizo una mueca de angustia.

—Sí —respondió—, Jeff estaba a menudo por allí.

—¿Y él se puso de su parte contra Gloria?

Ella se ruborizó.

—Sí, lo hizo —reconoció, y luego añadió rápidamente—, pero no porque se hubiera enamorado de mí, como Gloria pensaba. No era eso para nada. Él solo… solo… ¡Ella era horrible conmigo! —sentenció apasionadamente—. Jeff lo sabe y también Allan y Lila. Cualquiera de la familia le dirá que Gloria adoraba atormentar a toda clase de criaturas. A los animales y a… a la gente, cualquier cosa con tal de hacer sufrir.

—¿Todos ustedes la odiaban? —me aventuré a decir.

—¡Sí! —gritó—. ¿Cómo habríamos podido evitarlo? Éramos sus parientes pobres y a ella le encantaba humillarnos. Nada le gustaba más que provocarnos hasta sacarnos de quicio. Le divertía porque estábamos indefensos.

—¿Indefensos? —repetí—. A mi modo de ver hay muchas cosas que podrían haber hecho.

Ella meneó la cabeza.

—No —dijo—. De veras estábamos indefensos.

—Podrían haber recurrido a su tía —sugerí.

—Gloria siempre conseguía convencer a tía Dora de que lo negro era blanco.

—O a su tío —insistí.

Ella volvió a sacudir la cabeza con vehemencia.

—Era inútil acudir al tío Thomas con tus problemas. Igual que tratar de ganarse la simpatía o la comprensión de una calculadora.

—También podrían haberse marchado de casa —repliqué sin más.

—Pero ya se lo he dicho —protestó ella—. No teníamos dinero, excepto lo que el tío Thomas decidía darnos.

—Podrían haber buscado trabajo. Otra gente con parientes ricos lo ha hecho —señalé con cierta irritación.

—¿Cree que no lo intentamos? —gritó—. Todos lo intentamos. Patrick odia ser auditor en la compañía del tío Thomas. A Patrick no se le dan los números. Él deseaba hacerse aviador y creo que habría sido muy bueno, pero el tío Thomas decidió que tenía que ser contable. No estaba dispuesto a pagarle otros estudios, de modo que Patrick suspendió y suspendió hasta que finalmente terminó a duras penas la universidad y desde entonces ha seguido a trompicones, aunque sea vicepresidente. Dice que es un completo inútil en la oficina e incluso lo ha dejado en varias ocasiones, pero ya sabe lo difícil que ha sido encontrar trabajo desde el crac del 29. Y después de todo el tío Thomas era un hombre rico. Cada vez que Patrick probaba suerte en otro sitio la gente le decía que por qué no le daba trabajo su tío. Y lo mismo le decían a Allan —dijo con una amarga sonrisa—. ¿Sabía usted que hoy en día no es posible conseguir ninguna subvención estatal mientras algún miembro de su familia pueda prestarle ayuda?

—Creo haber oído algo al respecto —reconocí.

—Allan odia ser un figurín en la oficina del tío —dijo Judy—. Allan quería escribir. Incluso huyó en una ocasión y empezó una novela, pero se topó con una epidemia de escarlatina. Allan siempre ha tenido mala suerte. Se puso muy enfermo y alguien avisó al tío Thomas, que por supuesto obligó a Allan a volver a casa. Gloria encontró la novela y la quemó, pero no sin antes haber memorizado algunos fragmentos que solía recitar muerta de risa delante de la gente. Eran bastante chapuceros, o al menos ella hacía que lo parecieran. De cualquier modo, aquello supuso el fin de las aspiraciones de Allan de convertirse en escritor, y luego por supuesto conoció a Lila y ella se casó con él por el dinero del tío, y después de eso no tuvo más remedio que apechugar.

Yo miré por encima de su cabeza. Allan Atwood y su mujer entraban en ese momento en el comedor. Él estaba muy pálido y ojeroso, pero la bella Lila era la persona con mejor aspecto que yo había visto en toda la mañana.

Fruncí el ceño.

—Me parece un poco inverosímil que Lila Atwood se casara con su primo por los millones de Thomas Canby. Si no me equivoco, toda la herencia será para su viuda. No hay ninguna certeza de que Allan vaya a recibir mucho dinero. Y cuando se casaron, con Gloria Canby aún viva, las probabilidades de que Allan Atwood llegara a heredar la fortuna de su tío eran incluso menores.

—Ah, por lo que veo usted no lo sabía —respondió Judy como si fuera algo del dominio público, algo que sin duda sucedía en su círculo de allegados—. La familia de Lila estaba arruinada. Su padre había firmado un pagaré o algo así que no pudo abonar. Estaba en un serio aprieto. Creo que incluso habría podido ir a la cárcel. El tío Thomas saldó su deuda.

Yo la miré horrorizada.

—¿Quiere decir que prácticamente compró a Lila para su sobrino?

—Esa chica… dijo la verdad ayer por la noche —respondió Judy con voz ahogada—: al tío Thomas le gustaba jugar a ser Dios. Pero era terriblemente pobre cuando nació. Una vez me contó que durante toda una semana no tuvo nada que comer salvo nabos crudos. Supongo que fue entonces cuando se convenció de que lo único que importa es el dinero. En cualquier caso, esa es la razón por la que saldó el pagaré del padre de Lila. Verán, a pesar de todos los millones del tío los Canby nunca causaron sensación en sociedad. Esa clase de cosas se le dan fatal a tía Dora y Gloria fue expulsada de tres escuelas de élite, nada menos. Una vez por azotar a un caballo purasangre hasta hacerlo sangrar cuando intentaban enseñarla a montar. Otra por hacerle algo horrible, nunca supe qué, a un pobre profesor de francés que intentó

castigarla por colar palabras obscenas en sus traducciones. En fin, aunque el tío, se gastó una fortuna en su puesta de largo, Gloria nunca llegó a hacerse un sitio entre lo más selecto de la alta sociedad, y Lila fue como un regalo del cielo para él.

—¿Quiere decir que llegaron a presentarla formalmente en sociedad?

—Sí —respondió Judy—. Después de casarse con Allan, gente de las mejores familias empezó a llamarnos y a invitarnos a los lugares más selectos, así que supongo que en cierto modo el tío Thomas tenía razón. Realmente parece que todo es posible cuando tienes suficiente dinero.

Ella sonrió con amargura y yo me incliné ligeramente hacia delante.

—Sheila Kelly tenía razón en algo más la pasada noche, ¿verdad? —pregunté.

La pequeña mano de Judy se crispó sobre el borde de la mesa.

—¿Qué quiere decir?

—Todos ustedes odiaban a Thomas Canby —dije.

Su cara se puso completamente lívida.

—Sí —respondió al fin—, lo odiábamos con toda nuestra alma.

Capítulo 9

En cuanto el *sheriff* Latham nos hizo entrar en el terrible salón de la primera planta del Hotel Lebeau, resultó evidente que para él aquella vista preliminar era una mera formalidad. Por primera vez las puertas correderas estaban cerradas, por lo que no tuvimos que volver a contemplar el cadáver de Thomas Canby tendido en el sofá rojo en una esquina de la segunda sala, si bien los miembros del jurado entraron a ver el cuerpo al comienzo del procedimiento y después regresaron a sus asientos con aspecto ligeramente mareado. Creo que todos respiramos algo aliviados cuando Butch, el ayudante del *sheriff*, volvió a cerrar las puertas.

El juez de instrucción, un mustio ancianito llamado Timmons, doctor Riley Timmons, había tenido serias dificultades para reunir al jurado a resultas de la desaparición del puente. No obstante, había un viejo de aspecto demacrado que al parecer cazaba y ponía trampas por la montaña y vivía todo el año en un cobertizo detrás del hotel, un joven que se encargaba de la gasolinera asociada al hotel y un par de huéspedes de la casa, ancianos que simplemente habrían deseado estar en cualquier otro lugar, además del propio capitán Bill French.

—Esto es poco más que una mera formalidad —explicó el *sheriff*.

El juez Timmons asintió y Chet Keith y yo nos miramos con el ceño fruncido. Era obvio para ambos que el juez de instrucción no era más que el eco del *sheriff*.

—Lo único de tienen que hacer —explicó el *sheriff* Latham dirigiéndose al jurado— es decidir con base en los hechos cómo encontró la muerte este hombre y, en su opinión, quién lo mató. Entonces será responsabilidad de un gran jurado presentar su acusación.

Ningún miembro del jurado pareció alegrarse al escuchar sus palabras, menos aun cuando Sheila Kelly entró en la habitación custodiada por Martin Butler. Sin duda la joven era consciente de que todo el mundo la miraba, pero no levantó la cabeza mientras el ayudante del *sheriff* la acompañaba hasta la mesa donde el juez estaba sentado a la izquierda del *sheriff* Latham. Su lánguida figura era la imagen de la más pura desesperación. Al contrario que el profesor, que entró en la sala escoltado por el agente Butch. La noche anterior habría jurado que el profesor Thaddeus Matthews estaba al borde del colapso, pero ahora parecía haber recuperado las ganas de vivir. Sin duda estaba más alegre y la mirada que nos dedicó rebosaba confianza. De hecho, rayaba la insolencia.

—¿Por qué estará tan contento? —murmuré dirigiéndome a Chet Keith, que estaba sentado justo detrás de mí.

—Si lo supiéramos estaríamos mucho más cerca de la verdad —respondió.

Los dos nos inclinamos ligeramente hacia delante para ver mejor a Dora Canby, que entraba en ese momento cogida del brazo de Judy. No sé exactamente qué esperaba, pero me sorprendió el buen aspecto que tenía la viuda de Thomas Canby esa mañana; casi como si también ella hubiera vuelto a nacer. Aunque su sobrino Peter se apresuró a ofrecerle un cojín y un chal de punto color gris, y su otro sobrino Allan hizo ademán de sujetarla del brazo, ella caminó con notable firmeza hasta sentarse junto a Lila Atwood. Si la señora Canby había derramado alguna lágrima por su marido durante la noche pasada, en su rostro no había ningún efecto visible.

—A mí tuvieron que llevarme prácticamente en parihuelas al funeral del pobre Theo —dijo Fannie Parrish en un sibilante susurro —, pero ella no parece demasiado apenada por Thomas Canby. Nadie lo está.

Mi amiga Ella, sentada entre Fannie y yo, apretó los labios.

—Es una pena que las mortajas no lleven bolsillos para que pudiera llevarse con él todo su dinero.

Aunque compartía su opinión, no dije nada. Estaba mirando a Dora Canby mientras intentaba sonreír a Sheila Kelly. Creo que la señora Canby se habría acercado a la muchacha y hablado con ella,

pero Lila Atwood posó su mano sobre el brazo de la mujer, reteniéndola.

—Es mejor que no lo hagas, tía Dora —dijo suavemente—. ¿No ves que está a punto de derrumbarse?

—A Gloria jamás la habrían intimidado —protestó Dora Canby.

Finalmente se reclinó en el respaldo de la silla y Jeff Wayne, sentado tras ella, se pasó una mano temblorosa por la frente. Observé que Judy ponía buen cuidado en ignorarlo mientras él evitaba en todo momento su mirada, y lo mismo hacía Allan Atwood rehuyendo la de su mujer. Hogan Brewster, por otra parte, acercó su silla a la de Lila y le susurró algo al oído, supongo que alguna frivolidad, pues él estaba sonriendo, aunque ella no respondió.

El juez dio unos contundentes golpecitos con su maza para indicar que la vista estaba a punto de comenzar y con expresión nerviosa llamó al *sheriff* Latham al improvisado estrado. Con más vehemencia que corrección gramatical, el *sheriff* contó cómo el fallecido había exigido su presencia en el Hotel Lebeau. Dijo que Thomas Canby había insistido bastante exaltado en ver a los agentes esa misma noche.

—Estaba decidido a librarse de ese timador y de la muchacha —explicó el *sheriff* Latham con una sombría mirada que el profesor sostuvo con sorprendente aplomo.

—Espere un momento —intervino Chet Keith—. ¿El señor Canby le dijo explícitamente que requería su presencia aquí para arrestar al profesor Matthews y a la señorita Kelly?

El *sheriff* Latham miró al entrometido alzando las cejas sin que el joven se inmutara lo más mínimo, o eso me pareció.

—No está usted en el estrado de los testigos —dijo— y no tiene ningún derecho a intervenir de ese modo.

Yo me puse muy erguida en mi silla.

—*Sheriff* Latham —dije en tono de reproche—, tenía la impresión de que esta vista era estrictamente informal. Pero si va a insistir en ponerse técnico, hay varios aspectos sobre los que podría llamar su atención.

—Buena chica —susurró Chet Keith detrás de mí.

El juez Timmons se aclaró la garganta, nervioso.

—Reconozco que no estamos siendo demasiado estrictos, procedimentalmente hablando.

—Pero quieren descubrir la verdad —repliqué—, ¿o no?

Miré fijamente al *sheriff* Latham, que se apresuró a intervenir.

—Por supuesto que queremos la verdad —declaró en tono beligerante.

—Muy bien —murmuró Chet Keith—. Entonces, ¿va a responder mi pregunta?

El rubicundo *sheriff* estaba visiblemente irritado. No le gustaba el

modo en que la situación se le estaba yendo de las manos, pero tampoco sabía qué hacer para evitarlo. Era cierto, como yo misma había señalado metiendo el dedo en la llaga, que si decidía encarar la investigación acogiéndose estrictamente al procedimiento, había varios aspectos que estaba ignorando.

—No sé si el señor Canby llegó a decir de manera explícita que quería que requería mi presencia aquí para arrestar al profesor Matthews y a Sheila Kelly —admitió—, pero en vista de lo que ha sucedido es bastante evidente.

—De hecho —continuó Chet Keith—, ¿no es cierto que Thomas Canby ni siquiera llegó a decirle lo que quería de usted?

El *sheriff* se movió incómodo en la silla.

—Bueno, la verdad es que no fue muy concreto.

Vi a la señorita Maurine Smith suspirar aliviada. Se había sentado lo más cerca posible de Chet Keith y supongo que temía que la llamaran a testificar por la conversación telefónica que había oído (o escuchado subrepticiamente) y que después le había contado a Chet Keith.

—Creo que solo a la luz de lo que sucedió después llegó usted a la conclusión de que Thomas Canby le había pedido sacar del hotel al profesor y a la señorita Kelly, *sheriff* Latham —dije con severidad.

El *sheriff* me miró claramente contrariado.

—Y si no era eso lo que quería, ¿qué era? —preguntó haciendo gala de una exasperación cada vez mayor.

Chet Keith sonrió con picardía y tuve la impresión de que no le interesaba especialmente la cuestión que había sacado a relucir. Me pareció que solo quería importunar al *sheriff* para poder empujarlo hasta una posición en la que él también tuviera ocasión intervenir en la investigación. Si ese era su objetivo, desde luego habíamos tenido éxito. Y en vista de la actitud de Latham disfruté especialmente aprovechando la ventaja.

—¿No es posible que el señor Canby quisiera verlo a causa del atentado contra su vida que tuvo lugar ayer por la tarde? —pregunté —. ¿O no estaba usted al corriente de lo ocurrido?

—Claro que estaba al corriente —respondió el *sheriff* malhumorado—. No estoy sordo, y dudo que haya algo de lo sucedido aquí durante el último mes que no me hayan contado ya.

Miró deliberadamente a Fannie Parrish y recordé que ella lo había acorralado durante un buen rato la noche pasada y otra vez por la mañana.

—Entonces, por lo que ha averiguado hasta el momento —dije— es posible que la llamada del señor Canby para hacerlo venir hasta aquí no tuviera nada que ver con el profesor Matthews y la señorita Kelly.

Mi tono era deliberadamente provocador pero, aunque me di cuenta de que el *sheriff* Latham estaba a punto de seguirme el juego, consiguió recordar con visible esfuerzo que estaba en el estrado de los testigos y, supuestamente, en pleno testimonio.

—Este no es momento ni lugar para discutir sobre eso, señora —respondió frunciendo el ceño—. Como iba diciendo, Canby me llamó y vine con mis dos ayudantes.

Entonces procedió a relatar de forma prolija, aunque bastante precisa, todo lo sucedido desde su llegada al hotel, con el descubrimiento de la tragedia.

—Era bastante evidente lo que había sucedido —dijo con acritud —. La chica mató a Canby. Tenía a su esposa comiendo de su mano y Canby iba a ponerle fin a eso, de modo que le cortó el cuello.

—De ponernos técnicos —murmuré en tono extremadamente cívico—, me vería obligada a recordarle que no es su deber dar su opinión sobre el caso al jurado, sino proporcionar pruebas que la sustenten.

El *sheriff* me miró como si yo fuera una abeja que acabara de descubrir debajo de su camisa.

—¡Aportaré las pruebas, no se preocupe! —gruñó volviendo a sentarse junto al juez instructor y procediendo a manipular al hombrecillo como si fuera una marioneta a cuyos hilos solo tenía acceso el *sheriff* Latham.

Aunque a mi modo de ver era innecesario, todos los que habían estado presentes durante la trágica sesión de espiritismo tuvieron que dar testimonio de lo ocurrido. Todas las declaraciones fueron sorprendentemente parecidas. Ninguna difería en los aspectos principales.

—Una absoluta pérdida de tiempo —murmuré.

—Desde luego —admitió Chet Keith—, pero el *sheriff* no es idiota. Conoce el valor de la acumulación de pruebas.

Miró significativamente al jurado y después a la muchacha del vestido negro barato, allí sentada con la cabeza inclinada hacia delante y las manos entrelazadas sobre el regazo. Yo dejé escapar un suspiro. Era evidente que nuestro paso por el estrado había empeorado las cosas para Sheila Kelly. Después de todo, ¿qué podíamos hacer salvo decir una y otra vez que, mientras representaba supuestamente el personaje de su hija muerta, ella había amenazado violentamente a Thomas Canby antes de que se apagara la luz, y cuando volvió a encenderse él estaba muerto?

Aunque el juez de instrucción no le había hecho ninguna pregunta al respecto, durante su declaración en el estrado Chet Keith había sacado a relucir la lamparilla del salón.

—Supongo que el *sheriff* habrá comprobado por qué razón se

apagó en el momento clave —dijo.

El modo en que se ruborizó el atezado rostro del *sheriff* Latham fue prueba suficiente de que no había hecho nada semejante.

—No veo qué importancia tiene que se apagara la lámpara —protestó.

—Pues yo creo que tiene una gran importancia —respondí rápidamente, incapaz por naturaleza de estar de acuerdo con nada de lo que decía ese hombre.

Chet Keith asintió.

—El enchufe fue arrancado de la toma de corriente, *sheriff*, como sin duda vería usted cuando lo examinó.

La expresión del *sheriff* Latham dejó en evidencia que no lo había visto.

—La lámpara había sido conectada con un largo cable alargador que llegaba hasta la toma en el extremo de la sala —continuó el reportero—. El enchufe encaja con excesiva holgura en la toma de corriente y el más leve tirón basta para arrancarlo. Imagino que está de acuerdo conmigo en esto, profesor.

El profesor Matthews se sobresaltó al oír que se dirigían al él y tiró nerviosamente de su corbata de lazo negra.

—¿Qué decía? —preguntó.

—Decía —murmuró Chet Keith— que la lámpara colocada sobre la mesa durante la sesión estaba conectada a una toma de corriente situada en el otro lado de la habitación con un enchufe que encajaba en la misma con excesiva holgura.

El profesor tragó saliva dos veces antes de responder.

—Creo recordar que así era —dijo.

—No veo qué importancia tiene eso —volvió a decir el *sheriff*—. Tal como yo recuerdo la escena, el cable estaba al alcance tanto del profesor como de la chica. Cualquiera de los dos pudo haberle dado un tirón con el pie sin esfuerzo.

—Cualquiera de los dos o todos los que estaban sentados a la derecha del círculo —añadió Chet Keith hábilmente.

Yo me sobresalté al recordar que durante la diatriba de Sheila Kelly la noche pasada había sentido algo arrastrándose contra mi tobillo, y al bajar la vista me había dado cuenta de que solo era el cable de la lámpara.

—¿A la derecha del círculo? —repitió el *sheriff* frunciendo el ceño.

—El cable salía por la derecha de la mesa redonda hacia el otro lado de la habitación —explicó Chet Keith.

—¿Pero todos estábamos en ese lado! —exclamó Judy Oliver, y después apretó los labios y abrió los ojos exageradamente con expresión afligida.

Chet Keith empezó a contarlos a todos con los dedos.

—Sí, señorita Oliver —dijo—. Usted, su tía, sus primos y sus amigos, el señor Wayne, el señor Brewster y la señorita Adelaide Adams estaban sentados de tal manera que cualquiera podría haber arrancado el enchufe dando un tirón con el pie al cable de la lámpara.

—¿Está intentado sugerir que Judy y Allan y… y el resto de nosotros tuvimos algo que ver con lo ocurrido? —bramó Pat Oliver—. De ser así, permítame advertirle que no lo permitiremos.

Chet Keith sonrió.

—Veamos —dijo pensativo—. Fue usted quien presentó al profesor Matthews a su tía, ¿verdad?

El muchacho se desinfló de repente, igual que un neumático al pincharse con un clavo en la carretera.

—Yo llevé a tía Dora al teatro de Carrolton donde actuaba el profesor, si a eso se refiere —dijo malhumorado—. Pensé que se divertiría.

—¿Sí?

—En aquel momento yo… no sabía que había un falso espiritista en cartel —murmuró el chico.

Yo me incliné hacia delante y le miré fijamente.

—Entonces, en su opinión, ¿el profesor es un farsante?

—¡Claro que es un farsante! —gritó Patrick Oliver desafiante.

Desvié la mirada hacia el profesor Matthews, que sonreía afablemente.

—Cuando sugirió a su hermana y a su tía ir al teatro a Carrolton —continuó Chet Keith—, ¿no sabía que el espectáculo del profesor formaba parte del programa?

—No suele haber números de vodevil en los teatros de pueblo donde ahora solo se proyectan películas —replicó el muchacho hoscamente.

—No era esa mi pregunta —murmuró Chet Keith—. Le he preguntado si sabía que el espectáculo del profesor formaba parte del programa.

—Y le he dicho que no —declaró el chico enfadado.

—¿Está completamente seguro?

—Claro que estoy seguro —respondió Patrick Oliver en tono agresivo.

Vi cómo su hermana se acercaba más a él con la mirada aterrada.

—Según tengo entendido, llegó usted al Hotel Lebeau la mañana del mismo día que llevó a su hermana y a su tía a ver el espectáculo en Carrolton —murmuró Chet Keith.

—¿Y qué? —replicó Patrick Oliver.

—¿Cuándo llegó usted a Carrolton?

—Acaba de decirlo —murmuró Oliver—. La mañana del mismo

día que llevé a tía Dora a ese maldito lugar.

—¿Quiere decir que vino directamente al hotel después de llegar en el tren? —preguntó Chet Keith—. Antes de que se comprometa, señor Oliver, quizá debería advertirle de que, aunque estamos temporalmente atrapados aquí, el teléfono sigue funcionando.

Solo más tarde me di cuenta de hasta qué punto, a pesar de que estábamos físicamente aislados en Mount Lebeau, Chet Keith había sacado partido de las líneas de comunicación que aún estaban operativas. Era posible ponerse en contacto con el mundo exterior telefónicamente y, por lo tanto, también por telégrafo, de ser necesario.

—Por varias razones —continuó el reportero—, Oliver, consideré oportuno comprobar sus movimientos, y el principal motivo fue la visita que hizo a la segunda planta del hotel ayer noche.

El muchacho palideció de repente.

—No sé de qué habla —dijo en un vano intento de recuperar su bravuconería—. Yo no estuve anoche en la segunda planta.

—No le servirán de nada las evasivas —dije con acritud—. Yo lo vi con mis propios ojos.

Patrick Oliver se mordió el labio inferior y me miró frunciendo el ceño con enfado, como si le hubiera gustado retorcerme el pescuezo.

—¡Vieja cotorra entrometida! —murmuró.

Chet Keith sonrió.

—¿Insiste en afirmar que vino usted directamente al hotel nada más llegar a Carrolton, Oliver?

—¡Oiga! —interrumpió de repente Jeff Wayne furioso—. ¿Quién está al mando aquí? —dijo mirando con enfado al *sheriff* Latham—. ¿Va a seguir usted ahí sentado como un bobo mientras este reportero con ínfulas y esa vieja arpía solterona dirigen la investigación según su conveniencia?

Vi cómo Judy Oliver lo miraba con apasionado agradecimiento antes de desviar la vista hacia otro lado. Supongo que debería haberme ofendido por los epítetos que me acababan de dedicar, pero no era la primera vez que aludían a mi persona de esa manera, de modo que no permití que me afectara; al contrario.

—El *sheriff* Latham está tan ansioso como yo por descubrir la verdad, ¿no es así, *sheriff*? —murmuré esbozando una irónica sonrisa.

El *sheriff* abrió su gran boca igual que un pez en busca de aire, pero Chet Keith no le dio oportunidad de decir nada.

—Quizá prefiera explicarle al juez de instrucción por qué se niega a admitir que pasó la noche en Carrolton antes de presentarse en el hotel, señor Oliver.

—Está usted loco —protestó Patrick Oliver.

—En absoluto —respondió Chet Keith muy cordialmente—. Igual

que la señorita Adams, soy un apasionado defensor de la verdad, y usted está mintiendo. Miente en todo este asunto.

—No dice más que disparates —murmuró el joven mordiéndose los labios.

—Llegó usted a Carrolton en tren ya tarde. Me tomé la molestia de averiguarlo —murmuró Chet Keith—. El último autobús del día había salido hacia el hotel. Se registró con su propio nombre en la Casa Carrolton. Aparentemente en ese momento no tenía ningún motivo para ocultar su presencia allí. He hablado por teléfono con el recepcionista del hotel y lo recuerda claramente. Usted le preguntó qué se podía hacer en un pueblo tan pequeño después de las nueve de la noche y el recepcionista le recomendó el cine local.

—¿Y qué si lo hizo? —preguntó Patrick Oliver furioso—. Eso no demuestra que yo haya ido a ese maldito espectáculo.

—No —admitió Chet Keith—, y desafortunadamente, la chica de la taquilla y el acomodador no pudieron confirmar su asistencia.

—¡Claro! —exclamó casi rabioso el joven Oliver—. ¡Porque no estuve allí!

—Entonces, ¿tampoco llamó después al profesor a la pensión barata donde se alojaban él y Sheila Kelly y le pidió que se reuniera con usted en la plaza del pueblo?

—¡No sé de qué está hablando!

Chet Keith se volvió hacia el profesor.

—La noche antes de que Dora Canby apareciera por primera vez entre su público, ¿lo llamaron por teléfono poco después de regresar a su alojamiento desde el teatro? Al menos eso fue lo que me contó por teléfono esta mañana la propietaria. Lo oyó citarse con alguien en la plaza del pueblo en diez minutos. ¿Me equivoco?

La imponente voz del profesor resonó sorprendentemente serena en el salón.

—La casera me avisó de que me llamaban por teléfono la noche en cuestión —dijo— y en efecto me cité con una persona a la hora que usted ha dicho por… eh, una cuestión de negocios.

Patrick Oliver le miraba con el ceño fruncido, pero el profesor no se inmutó y se limitó a sonreír con benevolencia.

—De hecho —continuó—, la persona con quien me cité era el señor Patrick Oliver.

—¡Traidor rastrero! —gritó Patrick dejando escapar un gemido.

Su hermana le apretó el brazo y miró desafiante a Chet Keith que, a su vez, pensé, la observó con lástima.

—De modo, Oliver —murmuró—, que no tuvo nada de accidental que usted llevara a Dora Canby a este lugar.

Patrick Oliver pareció derrumbarse por completo en el acto.

—Está bien, está bien —gritó con voz atormentada—. Había visto

antes al profesor y le encargué una actuación para tía Dora. ¿Y qué?

—¡Patrick! —gimió Judy.

De repente Jeff Wayne se puso a su lado.

—¡Cállate, Patrick! —gritó con rudeza—. Este tipo no tiene ningún derecho a hacerte preguntas.

El *sheriff* miró a Chet Keith.

—Se supone que debe prestar declaración en el estrado de los testigos, no someter al tercer grado a gente inocente —protestó con voz estentórea.

Eso ya me pareció demasiado.

—¿Cómo puede estar seguro de que todas estas personas son inocentes? —pregunté en tono imperioso—. Todos los miembros de la familia de Thomas Canby, incluida su propia esposa, lo odiaban. Pregúnteselo si no me cree. Todos ellos tenían algo que ganar con su muerte y todos ellos tuvieron una oportunidad tan buena como Sheila Kelly para asesinarlo ayer por la noche.

—¡Esta mujer está loca! —protestó Jeff Wayne—. La chica mató a Canby. Todos lo vimos.

—¿A oscuras? —murmuró Chet Keith.

Allan Atwood se había puesto de pie con el rostro congestionado de ira.

—¡Intentan manipularnos, *sheriff*! —gritó vacilante—. Puede que ninguno de nosotros quisiera al tío Thomas, pero no somos asesinos. Puede preguntárselo a cualquiera de los que estaban aquí. ¡La chica lo mató!

Fue entonces cuando tuve uno de mis ataques de lucidez.

—En mi opinión, si todo este asunto hubiera sido dirigido debidamente —exclamé indignada—, no habría lugar a dudas. Si Sheila Kelly le cortó el cuello a Thomas Canby, sus huellas dactilares tendrían que estar en la empuñadura de las tijeras. Sin embargo —añadí lanzándole una mirada fulminante al *sheriff* Latham—, no creo que a usted se le haya ocurrido buscarlas.

El *sheriff* respondió a mi hostil mirada con una expresión de curiosidad.

—Puede que no sea un brillante detective de novela —dijo, con gran dignidad—, pero, por más que algunos piensen lo contrario, no soy ningún novato. Examinamos las tijeras en busca de huellas dactilares. Butch hizo un curso por correspondencia en esa clase de cosas.

Decidida a creer en la inocencia de Sheila Kelly, he de reconocer que sufrí una gran decepción. No obstante, Chet Keith demostró una fortaleza que hizo que me avergonzara de mí misma.

—Pero no encontraron las huellas de Sheila Kelly en la tijera, ¿verdad, *sheriff*? —dijo en un tono casi apacible.

—No —admitió el *sheriff* Latham—, no había ninguna huella.

—¿Y eso no le parece significativo? —pregunté.

—¿Significativo en qué sentido? —preguntó el *sheriff* bruscamente.

—Todo este asunto fue concebido para causar la impresión de que Sheila Kelly asesinó a Thomas Canby sumida en una especie de trance —dijo Chet Keith—. Si eso fuera cierto, sus huellas tendrían que estar en las tijeras, tal como señaló la señorita Adams.

Por primera vez el *sheriff* pareció desconcertado.

—Ella lo mató, no hay duda —murmuró empecinado.

—¿Sin dejar ninguna marca en el arma? —comenté cáusticamente.

Fannie Parrish dejó escapar un débil gemido.

—Una mano muerta no deja huellas —declaró, dando muestras de histeria.

Dora Canby asintió.

—No —dijo con expresión perpleja—, los muertos no tienen huellas dactilares.

El *sheriff* me recordó a un toro acorralado.

—Yo no creo en esas cosas —respondió—, ni tampoco en todo eso de los trances. La chica sabía lo que hacía y le cortó el cuello a Canby.

El profesor sonreía con aire satisfecho.

—Si Sheila Kelly mató a Canby —añadí—, hay dos detalles que no podemos ignorar. ¿Por qué la habitación tuvo que quedar a oscuras en el momento clave y por qué no están sus huellas en las tijeras?

Y entonces, por segunda vez, Jeff Wayne intervino en la discusión con un tono de voz agresivo.

—Ella tenía un pañuelo en la mano —dijo—. Sujetó las tijeras con el pañuelo.

Yo suspiré. Lo había olvidado por completo hasta que lo mencionó, pero recordé claramente entonces el gran pañuelo de gasa que Sheila tenía en la mano y que hizo pedazos tras la muerte de Thomas Canby.

—¡Es cierto, ella tenía un pañuelo! —exclamó Fannie Parrish—. ¡Uno de esos grandes pañuelos de gasa tan caros! Recuerdo haber pensado que seguramente se lo habría regalado la señora Canby.

—Es cierto, le di un pañuelo a Gloria. ¿No es verdad, cariño? —murmuró Dora Canby afectuosamente.

La chica se estremeció, pero no levantó la cabeza.

—Ella lo rompió antes de que llegara el *sheriff* —continuó Jeff Wayne—. Yo vi como lo hacía pedazos.

Y también lo vimos los demás.

—¡Eso es! —exclamó el *sheriff* recuperando su aplomo—. Usó el pañuelo para sujetar las tijeras sin dejar sus huellas dactilares y

después lo rompió para engañarme. Seguramente tenía manchas de sangre.

—¡No! —gritó Sheila Kelly con la voz rota—. Juro que no había… que no tenía ninguna mancha.

El *sheriff* Latham se inclinó hacia delante hasta que su rostro estuvo muy cerca del de ella.

—¿Dónde están ahora? ¿Qué hizo con los pedazos? —preguntó en tono imperioso.

—Yo los… los quemé —susurró ella.

—¿Los quemó?

—Los eché al fuego ahí mismo, antes de que me llevaran arriba.

El *sheriff* Latham esbozó una sonrisa mirando a Chet Keith.

—¡Ahí lo tiene! —gritó—. Si fuera inocente, ¿por qué iba a destruir pruebas?

—Nada indica que el pañuelo fuera una prueba —respondió el reportero.

—Y entonces, ¿por qué lo hizo desaparecer? —preguntó el *sheriff* casi con regocijo.

—Si el pañuelo estaba roto, ¿para qué guardarlo? —dije, con brusquedad.

—Eso cree, ¿verdad? —replicó el *sheriff* sarcásticamente, e hizo un guiño al jurado—. Sin embargo, para un hombre sensato, para hombres sencillos y sensatos como nosotros, está muy claro que la muchacha se libró del pañuelo porque temía dejar que cayera en manos de las autoridades.

Sheila Kelly miró a Chet Keith.

—Sabía que era inútil —dijo con desesperación.

—No hables —replicó él con rudeza.

Me pareció que giraba los hombros hacia atrás como quien se despereza antes de levantar un peso, pero su voz era del todo tranquila cuando se dirigió de nuevo al juez.

—Ella no mató a Canby —dijo—. Puedo demostrarlo.

Todos los presentes contuvieron la respiración y vi que una chispa de esperanza iluminaba la mirada de Sheila Kelly mientras él hablaba.

—Usted también es médico, juez Timmons, y al igual que el jurado, ha tenido ocasión de ver al fallecido. Thomas Canby murió por que le seccionaron una arteria carótida, ¿no es verdad?

—Cierto, así es —respondió el *sheriff* malhumorado—, aunque ni yo ni el jurado tenemos por qué saber ese nombre. Canby murió porque le cortaron el cuello.

—La arteria carótida izquierda, juez Timmons —insistió Chet Keith.

El juez Timmons lo miró sorprendido.

—Sí, fue la carótida izquierda —admitió.

—Sheila Kelly es zurda, juez Timmons —añadió Chet Keith.

—¿Y qué? —preguntó el *sheriff* en tono irascible.

Chet Keith sacó de repente una pluma estilográfica de su bolsillo.

—Coja esto con la mano izquierda, *sheriff* Latham, póngase frente a mí y haga los movimientos necesarios para cortarme el cuello.

—¿Adónde quiere llegar con esta memez? —protestó el *sheriff* enfadado.

No obstante, cogió la estilográfica y fingió atacar a Chet Keith tal como este le había indicado. Arremetió contra él un par de veces y una curiosa expresión apareció en su cara.

—¿Lo entiende ahora, *sheriff*? —preguntó el reportero en tono tranquilo—A Thomas Canby le cortaron el cuello de izquierda a derecha. Una persona zurda sería incapaz de infligir esa herida.

El *sheriff* hizo un torpe intento de simular un tajo en la garganta de Chet Keith según sus indicaciones sin cambiar la estilográfica a su mano derecha.

—No se puede hacer, *sheriff* —dijo el reportero con la mirada radiante.

Sheila Kelly estaba temblando, pero la chispa de esperanza que había visto aparecer en su mirada era ahora una llamarada.

—Se podría hacer estando detrás de él —musitó el *sheriff* Latham, que no estaba dispuesto a abandonar su posición sin plantar batalla.

—¡Pero según el testimonio de todos los presentes en la habitación, Sheila Kelly estaba justo delante de Canby! —dije triunfante.

—De todas formas —murmuró el *sheriff*— no tenemos ninguna prueba de que la chica sea zurda.

—Soy zurda, *sheriff* —exclamó Sheila Kelly dejando escapar un leve sollozo—. ¡Gracias a Dios!

Al ver la súbita alegría que iluminaba su cara se me hizo un nudo en la garganta. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo bonita que sería si estuviera menos demacrada.

—Creo que no será difícil demostrar que Sheila Kelly es zurda —dijo Chet Keith sonriendo a la muchacha—. Mucha gente la habrá visto usar la mano izquierda desde que llegó al hotel.

Siempre se podía confiar en Fannie Parrish para obtener toda clase de información.

—Ella escribe con la mano izquierda, ¡yo la he visto! —exclamó entusiasmada.

—Por supuesto —comentó Ella con aire dubitativo—, muchas personas zurdas son ambidiestras —frunció el ceño mirando al *sheriff* —. Por si no lo sabe, eso significa que son capaces de usar cualquier mano si es necesario.

El *sheriff* estaba dispuesto a aferrarse a un clavo ardiendo con tal

de no ceder.

—Eso es —respondió mirando a Sheila Kelly—. Ella es ambi… ambi… puede usar una mano o la otra si quiere.

—Gloria nació zurda como yo —declaró Dora Canby—, pero Thomas nunca pudo soportar verme usar la mano equivocada. Bueno, casi todo lo que yo hacía le resultaba molesto e irritante. De modo que insistió en enseñar a Gloria a escribir con la mano derecha. Pero ella puede usar ambas manos igual de bien, ¿verdad, cariño? —preguntó a Sheila Kelly.

—¡No! ¡Oh, por favor, no! —susurró la muchacha.

—La oreja herida de Judy es la izquierda —comentó Jeff Wayne vacilante.

—A esos gatos —dijo Allan Atwood, elevando la voz— los rajaron de izquierda a derecha. Yo los examiné.

El brillo había abandonado el rostro de Sheila Kelly, y de repente la vi tan pálida que me asusté.

—Es inútil —volvió a decir mirando desesperada a Chet Keith.

—¡Silencio! —gritó él bruscamente, y clavó su mirada en el profesor—. Como espiritista es usted un fraude y lo admite —sentenció en tono ominoso.

El profesor se ruborizó ligeramente, pero ni por un instante perdió la compostura.

—Es cierto que, eh, los mensajes que le sugería a Sheila Kelly no procedían del otro mundo.

—¡Oh! —gimió Fannie Parrish—. ¡Viejo farsante!

Al profesor parecía divertirle la situación.

—Como es habitual en esta clase de, eh, demostraciones —explicó lentamente—, recabé información con antelación.

—¿Cómo podía saber usted que mi pobre y querido Theo me llamaba su Mariposita? —protestó Fannie indignada.

El profesor ignoró su interrupción.

—Naturalmente, me refiero a los mensajes de Ojitos Azules —añadió—. Sobre la otra trágica personalidad que se manifestó durante mis sesiones niego toda responsabilidad.

Chet Keith frunció el ceño.

—Lo niega, ¿verdad?

—Rotundamente.

—Bien por usted si así consigue salirse con la suya —repliqué—. Pero no puede negar que ha estado manipulando la mente de esta muchacha durante meses, sometiéndola a trances hipnóticos, socavando su capacidad de resistirse a su control. ¿No es cierto, profesor Matthews, que esa clase de procedimientos sistemáticos terminan por anular la capacidad de resistencia de la víctima a la sugestión mental?

El profesor sonrió sin fingir su buen humor.

—Es muy cierto, señorita Adams, que la segunda o la tercera vez resulta más fácil hipnotizar al que nosotros, los científicos, preferimos denominar sujeto, y no víctima, del experimento.

—¡Científicos! —explotó Chet Keith con la expresión de un chiquillo furioso y disgustado—. ¡Maldito farsante!

El profesor sonrió con desdén.

—Me temo que sus emociones están distorsionando los hechos del caso, señor Keith —murmuró con repulsiva benevolencia—. Como dije, es cierto que una vez que el sujeto se ha habituado a la hipnosis, ofrece muy poca resistencia a la sugestión mental, siempre y cuando dicha sugestión no entre en conflicto con sus convicciones morales. Si no les importa, lo repetiré para hacer énfasis. Siempre y cuando dicha sugestión no entre en conflicto con sus convicciones morales.

—¿Esa es toda su defensa? —preguntó Chet Keith.

El profesor sonrió mirándole con expresión petulante.

—Sin duda.

—¿Lo que pretende decir entonces es que de ningún modo habría podido obligar a Sheila Kelly a asesinar a Thomas Canby durante un trance hipnótico? —pregunté en tono imperioso, a pesar de mi impotencia.

—Y la ciencia me respaldará en dicha afirmación.

Hogan Brewster dejó escapar una carcajada desprovista de alegría.

—Si sueltan a un buen abogado defensor con esa teoría, no habrá quien los pare.

El profesor Matthews le sonrió amablemente.

—Nunca me sentarán en la silla eléctrica —dijo.

Chet Keith enrojeció de repente.

—Hay otras maneras de morir —dijo.

El profesor pareció desconcertado por primera vez.

—¿Me está amenazando?

—Me limito a recordarle que la otra mitad de esas tijeras aún no ha aparecido —respondió Chet Keith.

El profesor volvió a sonreír.

—Le aseguro que no la encontrarán si me registran, señor Keith.

—Por alguna razón parece sentirse a salvo —dijo Chet Keith—. De todas formas, usted sabe algo y voy a averiguarlo.

—¿Eso cree? —murmuró con una mueca de desdén.

—Lo sé —dijo el reportero—. Es usted un cobarde más blando que la mantequilla y empezará a derretirse en cuanto las cosas de calienten.

—No puede intimidarme, señor Keith —replicó el profesor, pero su cara decía lo contrario.

—Será pan comido dejarlo en evidencia, profesor Matthews.

Me pareció que el profesor miraba aterrado a su alrededor, pero no podría asegurarlo, pues se recuperó al instante.

—Se lo he dicho, no puede intimidarme —volvió a decir.

—Por Dios santo, hombre, lo estoy poniendo sobre aviso —exclamó Chet Keith subiendo el tono—. Su único salvavidas es soltar la verdad mientras pueda.

El profesor apeló al *sheriff* Latham.

—¿Es que va a permitir que este hombre aproveche su posición en el estrado para intimidar a otros testigos? —preguntó visiblemente azorado.

El *sheriff* Latham reaccionó al instante.

—Salga de ahí de una vez —dijo increpando a Chet Keith—. A partir de ahora se mantendrá al margen de este asunto. —Y luego se volvió hacia mí—. Y lo mismo vale para usted, señora.

—No esté tan seguro —murmuró Chet Keith con ligereza.

No obstante, volvió a ocupar su asiento detrás de mí y tuve la impresión de que su actitud desenfadada era una mera pose. Y al parecer Sheila Kelly pensaba lo mismo, pues se hundió en su silla con la cara mortalmente pálida.

—¡Se ha desmayado! —susurró Maurine Smith.

Pero se equivocaba. Sheila Kelly no se había desmayado. Se estaba poniendo de pie penosamente. Sus ojos tenían una expresión aturdida. Extendió una mano como si estuviera tanteando a ciegas a través de la niebla, pero no había el menor indicio de vaguedad o indecisión cuando la voz salió de sus labios exangües.

—Pensabais que estaba muerta —dijo—. Todos me odiabais y creíais que había desaparecido del mapa para siempre. Pero encontré el modo de regresar. ¡Malditos seáis, aquí estoy de nuevo!

—¡Gloria! —gritó Dora Canby extendiendo los brazos temblorosos, pero la muchacha estaba en el centro de la habitación mirando fijamente a Judy Oliver.

—¡Tú, pequeña chivata traidora! —dijo, y echó una mano hacia atrás.

Pretendía golpear a la otra chica en la cara. Nadie pasó por alto que esa era su intención. Y fue Jeff Wayne quien, con el rostro lívido, tiró con fuerza de Judy para apartarla de su atacante mientras Chet Keith cruzaba de un salto la habitación y agarraba el brazo de Sheila Kelly justo a tiempo de impedirlo.

—¡Sheila, por el amor de Dios! —gritó.

La sacudió con violencia, tanto que ella dejó escapar un grito y lo miró a la cara patéticamente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó jadeante.

Judy Oliver sollozaba aferrándose al brazo de Jeff Wayne.

—¡Quería matarme! —gimió.

—No deberías flirtear con el novio de Gloria a sus espaldas, Judy —dijo Dora Canby en tono irascible.

Sheila Kelly temblaba de pies a cabeza.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntar.

—Ha estado a punto de atacar a esa joven —dijo el *sheriff* algo alterado.

—Intentaste golpear a Judy, tú… tú… —la voz de Jeff Wayne se fue apagando como si no se sintiera capaz de continuar.

Fue Allan Atwood quien consiguió llamar la atención del *sheriff* en tono casi increpante.

—¡Usó la mano derecha! —exclamó—. ¿Se ha fijado? Iba a golpearla con la mano derecha.

De hecho, era el brazo derecho de Sheila Kelly el que aun sujetaba Chet Keith. Lo soltó al instante, pero inútilmente. Todos los presentes la habíamos visto apartar la mano derecha y no íbamos a olvidarlo.

—La muchacha no sabía lo que hacía —tartamudeé con el corazón en un puño.

Los ojos de la Sheila Kelly se abrieron desmesuradamente en su rostro demacrado hasta que de repente parecieron hundirse en sus cuencas.

—Yo lo maté —dijo—. ¡Debo haberlo matado!

—Sin duda lo hizo —dijo el *sheriff* Latham.

Capítulo 10

El veredicto del jurado no fue ninguna sorpresa. Incluso antes del arrebato de Sheila Kelly el resultado era obvio. Y tras la confesión, inevitable. Se concluyó que la muerte de Thomas Canby fue consecuencia de una herida en la garganta provocada con una sola hoja de unas tijeras empuñadas por Sheila Kelly, y se recomendó que tanto ella como el profesor Matthews permanecieran bajo custodia a la espera de ulteriores medidas del gran jurado local.

—Sin embargo, ya no estoy tan seguro de que el profesor haya tenido algo que ver—dijo el *sheriff* a regañadientes.

La vista preliminar había sido aplazada tras la interrupción. Los prisioneros quedaron detenidos bajo vigilancia en sus habitaciones. Sheila Kelly en un estado de absoluta desesperación, o esa fue mi impresión; y el profesor aparentemente tranquilo, aunque bastante pensativo. Los demás nos reunimos en el vestíbulo, a la espera de la apertura del comedor para el almuerzo, si bien dudo que ninguno de

nosotros tuviera demasiado apetito. Yo desde luego no lo tenía. No podía dejar de pensar en el trágico rostro de la muchacha.

—¿Cómo puede ser usted tan lerdo? —le pregunté indignada al *sheriff*—. Es absolutamente obvio para cualquiera con un mínimo de perspicacia que la chica es una víctima.

Él me sonrió con indulgencia.

—Yo no sé nada sobre perspicacia, pero para mí está clarísimo que todo ese asunto de la hipnosis es una pérdida de tiempo de principio a fin. En primer lugar, el hipnotismo no existe. En segundo lugar, la chica lleva seis meses o más viviendo de esa actuación. ¿Por qué no iba a dársele bien a estas alturas?

Chet Keith, que llevaba unos minutos de pie ante la ventana contemplando de mal humor las nubes de lluvia que reposaban como un manto de niebla sobre el paisaje, se dio la vuelta y miró al *sheriff* con el ceño fruncido.

—¿De veras cree que la chica estaba actuando durante la vista? —preguntó con incredulidad.

El *sheriff* Latham asintió.

—Sí, desde luego que actuaba. Me parece que, como dijo el señor Brewster, tiene la esperanza de que la señora Canby le consiga un buen abogado. Y tengo la impresión de que la señorita Kelly ha oído hablar a menudo de los alegatos de locura.

—De modo que ella se incriminó solo para poder montar después un hábil numerito —dijo Chet Keith con voz cansada.

—¿Que se incriminó? ¿Se refiere a la confesión? Eso más bien se lo sacamos a la fuerza.

—Me refiero a cómo usó la mano derecha —replicó Chet Keith.

El *sheriff* esbozó una sonrisa engreída.

—Me parece que es lo que apuntó la señora Trotter, que la chica es ambi… ambi…

—¡Ambidiestra, por el amor de Dios! —exclamé enfadada.

—Me parece —continuó el *sheriff* absolutamente imperturbable— que estaba tan concentrada actuando que olvidó que se suponía que solo debía usar la mano izquierda. Me parece que por eso se vino abajo por completo al final y soltó la verdad.

—¡Usted y sus «me parece»! —estalló Chet Keith perdiendo del todo la paciencia.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver —comenté con acritud, y me dirigí al comedor.

Para mi disgusto, Fannie Parrish estaba con Ella en mi mesa.

—¿No es terrible? —preguntó Fannie mientras yo sacaba la silla y tomaba asiento rezongando—. ¡Quiero decir, que una chica tan joven sea una asesina!

Decidí ignorarla, pero Ella no me iba a permitir hacer lo mismo

en su caso.

—Creo, Adelaide, que a estas alturas incluso tú tendrás que admitir que aquí está sucediendo algo muy extraño—dijo con severidad—. Algo que no puedes ignorar como de costumbre.

Dejé escapar un suspiro.

—No, nadie puede ignorar un asesinato.

—Es evidente que la chica estaba en una especie de trance.

—En eso estamos de acuerdo.

Fannie Parrish nos miró desconcertada.

—Pero el profesor Matthews admitió que era un fraude. Él… dijo que ninguno de sus mensajes del otro mundo era auténtico.

Ella se encogió de hombros con impaciencia.

—Pues yo he estado en todas las sesiones, y cuando la personalidad de Gloria espantó de escena a Ojitos Azules por primera vez, nadie pareció más estupefacto que el profesor Matthews; estupefacto y, en mi opinión, petrificado de miedo.

—Esta mañana durante la vista preliminar parecía de todo menos petrificado —protesté.

Ella frunció el ceño.

—De todas formas —dijo testaruda—, él no es responsable de lo que hace Sheila Kelly cuando está poseída por… por el espíritu maligno de Gloria Canby.

Los ojos de Fannie Parrish de abrieron desproporcionadamente, horrorizados.

—Santo Dios, señora Trotter, ¿de veras cree esa joven muerta regresa y toma posesión de Sheila Kelly?

—Dora Canby lo cree —respondió Ella— y también Jeff Wayne. ¿No se ha fijado en cómo mira a Sheila Kelly?

—Él la odia y le tiene miedo —dijo Fannie, a la que nunca se le escapaba nada—. Pero ¿no nos sucede a todos lo mismo? —preguntó estremeciéndose.

—¡Si al menos arreglaran ese dichoso puente! —gruñó Ella—. Antes de que ocurra algo más.

Yo la mire fijamente.

—¡Cálmate, Ella! —exclamé enfadada—. ¿Por qué iba a ocurrir algo más?

—Thomas Canby no era la única persona a la que Gloria odiaba —respondió Ella solemnemente.

—La chica está muerta —dije.

Ella se limitó a alzar las cejas.

—¿Sabías que tenía una aventura con Hogan Brewster cuando Lila Atwood entró en escena? —preguntó.

—No —repliqué irritada—, no me interesan los chismorreos.

—A todo el mundo le interesan los chismorreos —comentó Ella

secamente—. Por lo general, cuanto más lo niegan, más les interesan. Y tú no eres una excepción, Adelaide.

Me encogí de hombros, de modo que Ella continuó con actitud petulante.

—Estaba comprometida con Jeff Wayne y tenía intención de casarse con él, pero eso no le impidió seguir mariposeando.

—Oí una terrible discusión entre Lila Atwood y su marido ayer por la tarde —comentó Fannie—. Al menos él estaba discutiendo. Ella nunca le replica, ¿no se han fijado?

Ella frunció el ceño.

—Según Judy, nunca se han llevado bien. Desde el principio han estado a matar, o al menos él. Todo lo que hace ella le parece mal.

—Por eso estaban discutiendo —anunció Fannie ansiosa por continuar—. Él decía que ella había hecho un trato con su tío Thomas y era libre de mantenerlo hasta el final, pero no podía impedir que él los odiara a los dos.

No habíamos oído llegar por detrás a Lila Atwood y las tres nos sobresaltamos al oír su voz sensual. Estaba sonriendo y de nuevo pensé que era una mujer muy hermosa, dotada de más gracia y elegancia que nadie que yo hubiera conocido.

—No debe tomarse en serio todo lo que dice mi marido, señora Parrish —murmuró—. Allan es terriblemente impetuoso, el pobrecillo.

No podíamos saber cuánto tiempo había estado oyéndonos hablar y disfruté viendo a Fannie Parrish encogiéndose en su silla como si quisiera desaparecer ante la oscura y sosegada mirada de Lila Atwood. Debería haber dejado las cosas como estaban, pero va contra mi naturaleza rehuir los desafíos y además no estaba dispuesta a permitir que Lila Atwood me hiciera callar.

—De modo que su marido nunca perdonó a su tío por haber organizado el matrimonio entre ustedes dos —dije—, y me atrevería a decir que tampoco usted perdonó nunca a Thomas Canby.

Nuestras miradas chocaron, pero yo me mantuve firme y para mi sorpresa vi que la hermosa boca de Lila Atwood temblaba ligeramente cuando volvió a hablar.

—Yo odiaba al tío Thomas, ya que parece decidida a averiguarlo —dijo—. Pero no, como usted parece imaginar, por organizar mi matrimonio con Allan.

Entonces vaciló y me vi obligada a azuzarla un poco.

—¿No?

Ella me lanzó una mirada de reproche.

—Soy una mujer capaz de aceptar las cosas tal como vienen, señorita Adams. Me educaron de esa manera, ¿sabe?, no para acobardarme y lloriquear por menudencias. Thomas Canby y yo llegamos a un acuerdo, es cierto. Él fue completamente franco y

directo conmigo y eso nunca se lo recriminé. Lo que nunca le pude perdonar…

La joven hizo una nueva pausa y por segunda vez la empujé sutilmente a continuar.

—¿Sí?

—Él me engañó —dijo haciendo una mueca.

—¿La engañó?

Ella hizo un gesto con los hombros que la hizo parecer una chiquilla desvalida.

—Me hizo creer que Allan estaba al corriente de la transacción.

Miró al otro lado de la habitación, donde Allan estaba sentado a la misma mesa con Hogan Brewster y Patrick Oliver. Brewster le sonrió y la invitó a acercarse con un gesto de la mano, pero el joven Atwood se limitó a fruncir el ceño.

—¿Su marido no supo hasta más tarde que la boda era el resultado de un acuerdo económico entre usted y su tío? —pregunté.

Al fin debió ocurrírsele que yo no tenía derecho a inmiscuirme en sus asuntos privados. Por otra parte, Lila Atwood parecía una persona sobradamente capaz de guardar sus secretos. Así que imagino que si la joven se había dejado llevar de esa manera contándome tantas cosas, se debió a lo que mi hijo adoptivo Stephen denomina mis poderes de sugestión.

—Si no le importa, señorita Adams —comentó esbozando una serena sonrisa—, me guardaré el resto de mis secretos familiares.

Se disponía a marcharse cuando Ella la detuvo.

—Fue Gloria Canby quien se lo contó a Allan justo después de que ustedes se casaran, ¿verdad?

Lila Atwood se puso lívida de repente.

—Sí —respondió—, Gloria se lo dijo. La casa estaba repleta de invitados de la boda y yo aún llevaba el velo de novia. Gloria pensó que era divertido. No dejaba de reír.

—Pero a usted no le pareció gracioso —dije.

Ella me miró.

—No —respondió—. No me hizo ninguna gracia.

Y entonces dio media vuelta y se alejó. Hogan Brewster saltó de su asiento para ofrecerle una silla. Su marido no se movió. Ni siquiera levantó la vista cuando ella se sentó a su lado y le habló con ese tono exageradamente amable que parecía reservar solo para él.

—¿Ya te duele menos la cabeza, querido? —preguntó ella—. ¿Te has tomado una aspirina?

—Por el amor de Dios —gritó Allan Atwood hoscamente—, ¿no puedes dejarme en paz?

Fannie Parrish asintió.

—Eso era lo que decía una y otra vez ayer —explicó—. «¿No

puedes dejarme en paz? Eso es lo único que te he pedido siempre, que me dejes en paz». Resulta bastante patético, ¿no?

—Sí —respondí sin más, aunque tuve la impresión de no nos referíamos a lo mismo.

Judy Oliver no se presentó en el comedor a la hora del almuerzo y la señora Parrish nos explicó que había ido a comer con su tía, en la sala de estar reservada para la señora Canby. Chet Keith tampoco apareció, y cuando regresé al vestíbulo seguía mirando por la ventana con expresión absorta.

Ella me dio un codazo.

—Te dije que estaba enamorado de la joven Kelly.

—Ha estado flirteando con Maurine Smith desde que llegó aquí —protestó Fannie.

—Qué suerte tiene de ser omnisciente —refunfuñé mirándola de reojo.

—Eh, sí —admitió Fannie dubitativa—. En cualquier caso, ella dice que es un joven fascinante, y sé que el muchacho se ha pasado horas junto a su centralita. Ahora que me acuerdo —añadió correteando de repente hacia el capitán French, que contemplaba el día por la ventana con expresión lúgubre—, ¿qué se sabe acerca del puente?

Dudo que transcurrieran más de diez minutos sin que alguien se plantara delante del capitán French para hacerle esa pregunta. Con razón parecía hastiado.

—Según tengo entendido, la comisión de carreteras espera haber colocado el puente y reanudado el servicio mañana por la mañana —dijo.

Fannie dejó escapar un gemidito de decepción.

—¡No antes de mañana por la mañana! ¡Ay, señor! ¿Quiere decir que tendremos que soportar otra horrible noche encerrados en este lugar temiendo por nuestras vidas?

—Le puedo asegurar, señora Parrish —dijo el capitán French, igual que había estado haciendo con el resto de sus aterrados huéspedes durante las últimas doce horas—, que no hay peligro. Los agentes tienen la situación bajo control.

Como supe después gracias a Chet Keith, no solo el *sheriff* y sus dos ayudantes se habían hecho cargo de la vigilancia de los prisioneros. Según Jeff Wayne, no era suficiente tener a alguien apostado en el pasillo delante de la habitación de Sheila Kelly. Al parecer había señalado, y no le faltaba razón, que la habitación tenía ventanas además de puertas, por lo que él mismo se ofreció a hacer guardia bajo las ventanas de Sheila Kelly.

—Puede verlo usted misma si quiere —murmuró Chet Keith haciendo una mueca—. Está paseando de un lado a otro bajo la llovizna como el joven idiota y quijotesco que es.

—¿Ha empezado a lloviznar? —dije—. ¡Maravilloso!

—¿Verdad que sí? Justo lo que faltaba para rematar el escenario.

Se estremeció de repente y lo miré fijamente. Parecía tan inquieto como Ella, algo sin duda nuevo en él.

—¿Por qué quijotesco? —pregunté con curiosidad.

Su mente estaba muy lejos de allí, pues se sobresaltó y después sonrió melancólicamente.

—¿Se refiere al joven Wayne? Estoy seguro de que ya sabe usted qué le preocupa —yo sacudí la cabeza y él soltó una carcajada—. Tiene un miedo atroz a que Judy Oliver sea la próxima víctima.

Yo le miré asombrada.

—¡La próxima víctima!

—Gloria Canby odiaba a Judy —respondió él.

Apenas podía dar crédito a lo que acababa de oír.

—No esperaba que usted llegara a tragarse toda esa parafernalia sobrenatural —dije con severidad.

—Me limito a explicarle lo que al parecer cree el joven Wayne —replicó sin más—. Está enamorado de Judy Oliver.

—Y por eso la evita, ¿verdad? —comenté con la intención de resultar irónica.

—Naturalmente —dijo Chet Keith—. Él tiene miedo. ¿No se ha fijado en cómo mira a Sheila?

Tartamudeó ligeramente al pronunciar el nombre y me miró con expresión de total abatimiento.

—¿Qué demonios está sucediendo aquí, señorita Adams? —preguntó con voz ahogada.

—¿Ya ha intentado usted poner en evidencia al profesor, tal como dijo?

Sus ojos azules brillaron súbitamente.

—¿Cree que ella mató a Canby bajo la influencia del profesor?

—No sé qué creer —confesé abatida.

Y no era yo la única, tal como descubrí cuando me acerqué a los demás huéspedes. Habían vuelto a cerrar las puertas del salón donde yacía el cadáver de Thomas Canby. En el vestíbulo no imperaba un ambiente confortable, ni mucho menos alegre aquella tarde plomiza, con la lluvia repiqueteando contra los cristales de los grandes ventanales y la humedad que lo impregnaba todo. Sin embargo, nadie parecía dispuesto a irse a su habitación. Los huéspedes merodeaban desconsoladamente por la gran estancia en grupos de dos o tres personas, hablando en voz baja o mirando el suelo, impasibles. Me llevó poco tiempo confirmar lo que me había propuesto. La opinión generalizada era que Sheila Kelly había asesinado a Thomas Canby. No obstante, ahí terminaba el consenso.

Unos pocos, sobre todo los hombres, coincidían con el *sheriff* en que la muchacha era una taimada vividora. Estaban convencidos de que se había lanzado a una aventura desesperada en busca de la fortuna de Dora Canby, y no tenían demasiada fe en la teoría de que estuviera en trance bajo la influencia del profesor ni de que lo hubiera estado en algún momento. Hacían hincapié en que el profesor era a todas luces un farsante. Decían que la muchacha era una astuta y talentosa actriz, y ¿por qué no? Después de todo llevaba años trabajando en los más diversos escenarios. Y el hecho de que hubiera sido detenida durante una redada en un club nocturno tampoco jugaba a su favor.

—No es más que una manzana podrida —comentaban a coro, con esa superioridad masculina que tanto me molesta.

—Fue absuelta —dije enfadada.

—Eso dice el reportero —me recordaron—, que está decidido a sacarla a toda costa de este embrollo. Supongo que también espera sacar tajada de los millones de los Canby.

Otros estaban igual de seguros de que Sheila Kelly era la culpable del golpe fatal, aunque se negaban rotundamente a absolver al profesor del cargo de complicidad. Opinaban que Sheila Kelly no estaba actuando cuando entró en el supuesto trance. Decían que la

muchacha no podía estar fingiendo durante su extraordinaria exhibición en la *séance*. Admitían la posible existencia de un retorcido plan para «acceder» a la fortuna de los Canby, pero de ser cierto el profesor era el manipulador y Sheila Kelly su marioneta. Lo que, desde mi punto de vista, no era descabellado.

El tercer grupo, que incluía a Ella, si bien ella declinó participar en el debate general, insistía en que Sheila Kelly era la asesina de Thomas Canby, pero matizando que el profesor no tenía nada que ver. Decían que la joven actuaba bajo la influencia del espíritu maligno y vengativo de Gloria Canby. Con el alma en vilo, susurraban acerca de otros sucesos sobrenaturales de los que habían oído hablar, ocurrencias en las que los muertos regresaban para contactar con los vivos, por lo general con aterradores resultados.

—¡En mi vida había escuchado semejantes tonterías! —protesté indignada—. ¿Alguna vez ha visto usted un fantasma? ¿O usted? ¿O usted? ¡Por supuesto que no! ¡En todo caso habrán oído hablar de alguien que afirma haberlo hecho!

Una oronda anciana sentada en una silla de ruedas decidió que debía hacerme entrar en razón.

—Muchos fenómenos de esta naturaleza han sido avalados por testigos irreprochables, señorita Adams.

Yo solté un bufido.

—Ver es creer —repliqué.

Mi amiga Ella me miró con gran hostilidad.

—Yo en tu lugar no tentaría demasiado al destino, Adelaide —dijo—. Después de todo, tienes la habitación contigua a la de esa chica.

—No me da miedo que el fantasma de Gloria Canby atraviese la puerta y me corte el cuello, Ella, si a eso te refieres.

Ella se encogió de hombros.

—He notado que no has ido a la habitación para tu siesta de todas las tardes.

Lo cierto es que no tenía intención de hacerlo por varias razones, pero Ella siempre consigue provocarme para hacer ciertas cosas.

—Iré enseguida —anuncié con la mayor arrogancia posible, antes de echar yo misma a perder dicho efecto añadiendo—: De todas formas, la puerta entre mi habitación y la de Sheila Kelly está cerrada con pestillo.

—Como si los pestillos y las cerraduras supusieran alguna diferencia para los no muertos —exclamó Fannie Parrish dramáticamente—. No me quedaría a solas en esa habitación ni por… por… —hizo una pausa incapaz de pensar en algo lo bastante exagerado, y terminó en tono desafiante—: No me quedaría sola en ningún rincón de este espantoso lugar y pienso dormir aquí mismo en

este diván.

La mujer de la silla de ruedas miró por encima de su hombro con inquietud.

—Dudo que ninguna de nosotras quiera estar sola mientras esa chica esté aquí —dijo.

Entonces perdí la paciencia.

—¿Para qué iba a molestarse con nosotras? —pregunté—. Eso suponiendo que haya matado a Canby. No le hemos hecho ningún daño y no sacará nada en limpio atacándonos. Creo que todas ustedes están exagerando con este asunto.

Ella frunció el ceño.

—El canario de Dora Canby tampoco le había hecho daño a nadie —dijo—, y sabe Dios que ahogarlo fue un acto completamente inútil y gratuito, pero alguien lo hizo.

Fannie Parrish bajó la voz hasta hablar en susurros.

—Gloria Canby era una persona cruel por naturaleza —dijo—. ¿Sabían que ahogó al cachorro de Jeff Wayne? Le metió la cabeza bajo el agua hasta que murió. Se lo había regalado su madre, su último regalo antes de morir. Lo quería mucho… al perro, quiero decir.

Me erguí de hombros y contuve un respingo.

—La muchacha está muerta —dije.

Pretendía sonar convincente, pero no debí conseguirlo, pues Fannie Parrish continuó por la misma senda.

—Todo es culpa del profesor —dijo—, aunque no creo que su intención fuera acabar así. En cualquier caso, consiguió rasgar el velo.

—¿A qué velo se refiere, por el amor de Dios? —pregunté con impaciencia.

—No es más que lo que dijo usted —insistió Fannie—. El profesor ha estado doblegando durante meses la resistencia de Sheila Kelly a su sugestión mental, preparándola para que la otra pudiera poseerla.

—¡Tonterías! —protesté, y di media vuelta.

No sabía que Ella me había seguido hasta que posó su mano en mi brazo justo al llegar al pie de las escaleras. Yo estaba más nerviosa de lo que creía, pues me sobresalté violentamente y sentí que me ponía muy roja.

—¿Qué pretendes acechando a la gente de esa manera? —pregunté enfadada.

Por una vez en su vida, Ella no se hizo la ofendida.

—No vayas sola a esa habitación, Adelaide —dijo con tanta seriedad que me consiguió emocionarme—. Te digo que no es seguro.

—¡Qué disparate!

—Fannie Parrish tiene razón. El profesor ha estado jugando con fuerzas que no puede controlar y ha liberado al mal en este lugar.

—¡Qué ridiculez!

—No quiero ni imaginarte ahí arriba, en la habitación contigua a la de esa desgraciada chiquilla.

Ella y yo nos queremos a nuestra manera, pero no tenemos por costumbre hacer gala de nuestro afecto, y a las dos nos incomodó la excesivamente evidente preocupación de Ella. Tanto o más inepta que ella a la hora de hacer gala de mis emociones, me limité a darle unas torpes palmaditas en el brazo.

—Olvidas que hay un ayudante del *sheriff* haciendo guardia en el pasillo, por no mencionar al joven rebelde Jeff Wayne vigilando bajo las ventanas —comenté—. Estaré bien.

Mi voz sonó un tanto huraña y Ella suspiró.

—Hazlo, por el amor de Dios, Adelaide, mantén esa puerta cerrada.

La miré fijamente y volví a preguntarme si era posible que Ella hubiera escuchado las voces en mi habitación la noche pasada.

—No seas boba —dije—. Por supuesto que cerraré la puerta.

Tardé un buen rato en subir las escaleras y no solamente por culpa de mi rodilla artrítica. Tenía la extrañísima sensación de que algo tiraba de mí hacia atrás y me dije a mí misma que todo era culpa de Ella. Hasta que me lo recordó había olvidado que la puerta que comunicaba mi habitación con la de Sheila Kelly no estaba cerrada con llave, sino con un pestillo, y únicamente de su lado. Butch distaba mucho de inspirarme confianza. Sin embargo, me alegró verlo allí reclinado en su silla contra la puerta de Sheila Kelly.

Levantó una ceja al reconocerme.

—Cualquier pensaría que se ha extendido la peste por toda esta planta, a juzgar por cómo la evita todo el mundo —dijo.

Me dio la impresión de que tampoco él estaba demasiado cómodo allí instalado. En cualquier caso, parecía tener ganas de conversación, aunque lo corté enseguida por la sencilla razón de que, en efecto, en esos momentos habría preferido quedarme charlando con él en el pasillo a entrar en mi habitación, pero soy de esas personas que aborrecen dejarse llevar por sus debilidades. Pensé que Butch me miraba algo melancólicamente cuando me vio agarrar el pomo de mi puerta y girarlo con decisión.

A pesar de las mofas de Ella, sigo insistiendo en que fue la presencia del gato callejero en mi habitación, y no la de Sheila Kelly, lo que me hizo chillar.

—A muchas personas les horrorizan los gatos —le he dicho un montón de veces.

—Nunca me había parecido que tú fueras una de ellas.

Desgraciadamente era cierto. Nunca he sentido esa extraña aversión que algunas personas aseguran sentir al ver un gato. Sin embargo, cuando esa tarde entré en la lóbrega y escasamente

iluminada habitación de la segunda planta del Mount Lebeau y vi al flaco gato callejero de ojos verdes con el lomo erizado y bufándome desde el alfeizar de la ventana, he de reconocer que me asusté.

—¿Qué sucede? —gritó el ayudante del *sheriff* al otro lado de la puerta—. ¿Qué ocurre, señorita Adams?

Tragué saliva con fuerza.

Sheila Kelly estaba de pie en el centro de la habitación, mirándome, con los nudillos apretados contra sus labios temblorosos y la puerta de la habitación abierta a sus espaldas.

—Nada —respondí tras una larga pausa—. Nada en absoluto. Yo no… solo he tropezado con el borde de la alfombra.

Oí al ayudante del *sheriff* murmurar algo sospechosamente parecido a: «¡Dichosas mujeres, chifladas e histéricas!», y después volvió a alejarse lentamente por el pasillo hasta su silla.

—¡Que Dios la bendiga! —susurró Sheila Kelly y, dejándose caer en una silla, se tapó la cara con las manos temblorosas.

Capítulo 11

Por supuesto, tendría que haber echado al gato de mi habitación inmediatamente. Había varias cosas que debería haber hecho al descubrir allí a Sheila Kelly, como por ejemplo informar de su presencia al ayudante Butch o al propio *sheriff*. No obstante, había tomado una decisión y tenía que aceptar las consecuencias, o eso pensé en ese momento. Aunque de haber imaginado que… Pero ahora es demasiado tarde para preguntarse si, de no haberle mentido al ayudante del *sheriff* y de haber abierto la puerta para que inspeccionara mi habitación, podría haber cambiado los espantosos acontecimientos que tuvieron lugar.

Mentí, y eso no se puede cambiar, y no eché a Sheila Kelly ni al gato. En cuanto me recuperé de la impresión inicial, los dos me inspiraron la misma lástima. Como he dicho, era un ejemplar de gato callejero muy flaco y de aspecto miserable. Se le mercaban las costillas bajo el sarnoso pelaje. Estaba muy sucio y empapado y se había herido una pezuña, de modo que cojeaba ligeramente. Como todos los callejeros, se mostraba embarazosamente agradecido ante la menor atención.

—Ven, gatito, gatito —murmuré tratando de tranquilizarnos a mí y a Sheila Kelly.

Don Gato no necesitó más invitaciones. Supongo que hacía mucho tiempo que nadie lo trataba con amabilidad y frotándose contra mis tobillos empezó a ronronear con fuerza.

—Parece que este motor funciona perfectamente —dije, y me dejé caer en una silla.

El gato saltó al instante en mi regazo y, sin dejar de ronronear, se estiró cómodamente antes de acurrucarse como si tuviera intención de quedarse allí a pasar el invierno.

Sheila Kelly me miró con los labios temblorosos.

—Tenía que hablar con usted, tenía que hablar con alguien —susurró.

Me di cuenta al instante de que estaba a punto de derrumbarse. Supongo que ese fue el verdadero motivo por el que le mentí a Butch. La chica parecía tan desesperada y hundida como si no tuviera ni un amigo en el mundo, igual que el gato.

—Quizá tiene miedo de mí —dijo—. A lo mejor le asusta estar a solas conmigo.

No puedo describir el horror que consiguió expresar con aquellas palabras. Me di cuenta de que mientras acariciaba al gato mi mano temblaba visiblemente. Intenté disimular, pero ella lo había visto.

—Lo hice yo —dijo—. ¡Maté a un hombre! ¡Le corté el cuello! ¡Oh, Dios!

Por más que me repugnara reconocerlo, igual que los demás, yo tenía la certidumbre de haber llegado gradualmente a la conclusión de que Sheila Kelly era culpable, a pesar de lo que pensara al respecto la noche pasada. Sin embargo, al estar cara a cara con ella me parecía imposible. «No es una asesina», recuerdo haber pensado con vehemencia. Me incliné ligeramente hacia delante y el gato se retorció y volvió a acomodarse a mi nueva postura después de dedicarme una mirada de reproche.

—El profesor está detrás de todo esto —dije—. ¡Tiene que ser él!

Ella contuvo la respiración.

—¡Si pudiera creerlo!

Yo hablé lo más severamente que pude.

—Los muertos no regresan. Recuerde lo que le dijo Chet Keith. Los muertos no vuelven para torturar a los vivos.

La muchacha tenía más coraje del que había imaginado.

—Y tampoco se puede hipnotizar a una persona para que cometa un asesinato contra su voluntad —me recordó ella en voz baja—. ¿No lo ve? ¡Eso es lo que me está volviendo loca! Incluso aunque hubiera querido, el profesor no pudo obligarme a cortarle el cuello a Thomas Canby estando en trance. Hay algo, algo más en mí, señorita Adams, ¡y es algo horrible!

Se levantó viento y algo crujió a mis espaldas.

—No creo en fantasmas —declaré bruscamente.

Sin embargo, no podía dejar de mirar por encima del hombro, y Sheila Kelly lo vio y sonrió con amargura.

—¿No hay algún pasaje en la Biblia donde se maldice a los que juegan con lo desconocido? —preguntó.

—Supongo que se refiere al incidente con la bruja de Endor —tartamudeé.

—Eso es lo que hemos hecho el profesor y yo —dijo estremeciéndose—. Yo lo dejé manipular mi mente para llevar a cabo un vulgar fraude y ahora… —se pasó una mano temblorosa por la frente—. Ahora mi mente ya no me pertenece. Hemos derribado las barreras y ella… ella viene y se apodera de mí cuando quiere. ¡Cuando quiere! —repitió violentamente, y su voz se quebró en un gemido que hizo que el gato se revolviera incómodo sobre mi regazo con el pelaje del cuello erizado.

—¡Esas cosas no son posibles! —respondí algo frenéticamente—. Usted le ha permitido al profesor jugar con su mente. Le ha permitido quebrar su resistencia a la sugestión mental, a su sugestión. Pero sea lo que se lo que ha tomado posesión de su mente no es sobrenatural. Como le dijo Chet Keith, debe usted aferrarse a eso hasta el final.

—Pero yo maté a Thomas Canby —susurró—. Todos ustedes estaban allí y saben que le maté. Y esta mañana… esta mañana habría atacado a Judy Oliver si Chet no me lo hubiera impedido.

—Hay una gran diferencia entre abofetear a una joven y asesinar a un hombre —dije lentamente—. Y sobre lo de la noche pasada, la habitación estaba completamente a oscuras. Lo único de lo que podemos saber a ciencia cierta los que estábamos allí es que le dedicó toda clase de improperios a Thomas Canby antes de que las luces se apagaran.

De nuevo la joven respiró hondo.

—No había manchas de sangre en el pañuelo, señorita Adams, se lo juro —susurró.

Me rompió el corazón ver cómo se aferraba con desesperación a la más frágil esperanza. Y tuve la sensación de que yo misma me vendría abajo si no conseguía encontrar algún modo de tranquilizar a aquella pobre y consternada criatura.

—Se lo explicaré de otra manera —dije tanteando el camino mientras avanzaba—. Usted misma dijo que el profesor era un charlatán. Y al menos antes de conocer a Dora Canby sus intenciones eran cuestionables, pero no criminales.

—Sí —respondió haciendo una mueca.

—No obstante, hasta entonces no se había enfrentado a la tentación de varios millones de dólares.

Ella esbozó una sonrisa irónica.

—Hasta que conocimos a Dora Canby no había ningún dinero en juego. Excepto lo que ganábamos con ese número de vodevil de tercera, quiero decir.

—Exacto —murmuré.

Por curioso que parezca, el mero hecho de verbalizarlos me ayudó a aclarar mis pensamientos y continué con mucha más confianza.

—El profesor no sería el primer criminal de poca monta que pierde la cabeza al ver la posibilidad de echarle el guante a una gran cantidad de dinero.

—Quiere decir que cree que él… —meneó la cabeza—. Está científicamente demostrado, señorita Adams, que no se puede utilizar la hipnosis para obligar al sujeto a cometer un asesinato contra su voluntad —repitió con voz desesperada.

—¡No hay evidencias de que usted cometiera el asesinato! —grité abruptamente—. Según las pruebas, cualquiera de los que estábamos en la habitación cerca del cable de corriente de la lámpara, incluida yo, pudo haber aprovechado la oscuridad y su perorata contra Thomas Canby para asesinarlo.

Ella me miró fijamente.

—¿Cree que el profesor me tendió una trampa? —susurró.

—Nada le impedía organizarlo todo para convertirla usted en el centro de atención mientras él mismo cometía el asesinato.

—¡Oh! —exclamó, y sus ojos brillaron de repente.

—Han ido empujándola muy astutamente hasta una posición en la que no solo ha llegado a confesar el asesinato, sino a creérselo —dije—. Pero en mi opinión no hay ninguna evidencia real de que haya hecho nada, excepto comportarse como Gloria Canby.

Ella inspiró profundamente, como si estuviera a punto de sollozar.

—El profesor ha estado rezando en su habitación toda la tarde —susurró—. Lo he oído a través del tabique del cuarto de baño, rezaba pidiendo consejo. Solo eso, una y otra vez.

Resulta casi milagroso hasta qué punto puede uno llegar a engañarse al verse contra la espada y la pared.

—¡Eso no es más que sentimiento de culpa! —exclamé—. Mató a Canby y como el cobarde que es ahora teme por su alma inmortal.

Ella se estremeció.

—Lo sé, porque yo también he estado rezando.

Se levantó, temblorosa, de la silla y me sonrió débilmente.

—Me ha ayudado mucho, señorita Adams —dijo vacilante.

Yo le estreché la mano.

—Debe usted ser fuerte. Aún no ha sido condenada por ningún crimen y finalmente —traté de aferrarme al viejo dicho— la verdad saldrá a la luz.

—Que Dios la bendiga —volvió a decir aferrando mi mano con fuerza, y caminó hacia su habitación con paso más firme de lo que me habría parecido posible diez minutos antes.

Me pasé la mano por los ojos y el gato, que había saltado al suelo

cuando me puse de pie, maulló con suavidad. Me siguió pisándome los talones cuando caminé hasta la ventana y miré al exterior. La llovizna se había convertido en una fría y copiosa lluvia y el viento empezaba a aullar sobre los tejados del edificio, pero el joven Jeff Wayne seguía abajo haciendo guardia, encorvado bajo un grueso chubasquero negro que seguramente le habría pedido prestado a alguien, pues le quedaba excesivamente grande.

Miré el reloj. Era demasiado temprano para vestirse para la cena. Demasiado temprano para volver a bajar al vestíbulo, a menos que quisiera que Ella creyera que aborrecía estar sola en aquella habitación. Me costaba pensar. Después de todo la noche pasada había dormido muy poco, el día había sido cuando menos estresante y tampoco era ya ninguna jovencita. Ni siquiera me sentía capaz de cerrar los ojos. Sin embargo, me pareció una buena idea tumbarme unos minutos para intentar relajarme. Me sorprendió lo cómoda que me sentí en la cama, pues los colchones de los hoteles nunca son gran cosa.

Recuerdo que el gato saltó a mi lado y dio varias vueltas antes de acurrucarse contra mi espalda como una tupida bola de pelo gris. Después de todo, no tengo por costumbre compartir cama con gatos callejeros, aunque resultaba reconfortante tenerlo allí con su fuerte ronroneo, dándome calor. Recuerdo haber pensado algo abatida que era mejor que estar sola en aquella habitación lúgubre y oscura, con la lluvia golpeando los cristales y el viento aullando como un alma en pena.

No recuerdo nada más hasta que me desperté y me incorporé en la cama, con todos los músculos de mi cuerpo tensos de terror. No sabía qué me había despertado, no sabía por qué estaba literalmente muda de miedo. Tan solo permanecí allí sentada, con la sangre cuajándose en mis venas de puro horror y mirando fijamente los rectángulos grises que eran las ventanas de la habitación, sumida ahora en la más profunda oscuridad a causa de la lluvia y la noche inminente.

Entonces, cerca de mí, una puerta se cerró con extremo sigilo.

No me cansaré de repetir que me planté delante del interruptor de la luz de un solo salto, aunque Ella insista en decir que algo así es imposible para una persona de mi edad y mi constitución. En cualquier caso, no había pasado ni un minuto desde que oí cerrarse la puerta hasta que encendí las luces con la mano temblorosa. La repentina iluminación me cegó durante un instante. Después mis ojos se adaptaron y pude ver aquella cosa espantosa a los pies de mi cama.

No estaba del todo muerto, aunque lo habían destripado por completo. Lo miré fijamente con las cuerdas vocales paralizadas de terror, y sus ojos verdes y exhaustos se clavaron en mí en muda agonía

mientras la sarnosa cola gris cortaba el aire de arriba abajo y una de sus patas se agitaba mecánicamente. Incluso hizo un último y frenético intento de arrastrarse hacia mí antes de sufrir un último y mortal espasmo. Fue entonces cuando empecé a gritar y ya no pude parar.

Teóricamente el ayudante Butch tendría que haber sido el primero en llegar hasta mí, pero, como supe más tarde, antes apuntaló su silla contra la puerta de Sheila Kelly, por lo que fue precisamente Ella quien acudió a rescatarme y, tras entrar a trompicones en la habitación como si acabara de salir disparada de una escopeta, empezó a sacudirme violentamente tratando de hacerme reaccionar, antes de coger la jarra de agua de la mesita de noche y dejarme empapada. Yo aún seguía farfullando cuando Chet Keith chocó con Butch Newby y el *sheriff* Latham en la entrada de mi habitación. Detrás de ellos vi a Fannie Parrish, con sus rizos de color gris acero de punta a causa del susto y agarrándose al capitán Bill French, que se mordisqueaba frenéticamente los bigotes.

—¡Santo Dios, señorita Adams! —exclamó Chet Keith conteniendo una sonrisa al ver cómo me caía el agua por la cara desde el mechón de rizos postizos de la frente, que se había llevado la peor parte del remojón de Ella.

—Pensábamos que le habían cortado el cuello —dijo Fannie Parrish con una risita nerviosa.

—¿Qué se proponía? —preguntó el *sheriff* airado—. ¡Menudo susto nos ha dado!

Esta vez oí perfectamente el comentario de Butch. «¡Dichosas mujeres histéricas!». Es necesario explicar que todos estaban tan pendientes de mí que todavía no habían reparado en la horripilante figura que yacía a los pies de mi cama. Supongo que su preocupación debería haberme hecho sentir halagada, especialmente en el caso de Ella, que parecía mucho más perturbada que yo y aún sostenía la jarra de agua con la evidente intención de utilizarla contra quien fuera necesario.

—Baja ya esa cosa —le espeté enfadada—. ¿No estás satisfecha con haberme dejado empapada?

Para mi consternación Ella rompió a llorar.

—Fui yo quien te arrastró hasta aquí y si algo te sucediera, Adelaide, jamás me lo perdonaría.

—Bueno, bueno —murmuré dándole unas palmaditas en el brazo y sintiéndome como una completa estúpida—. Siento decepcionar a todo el mundo, pero estoy bien.

Para mi alivio Ella recuperó la compostura al instante.

—Y entonces, por el amor de Dios, ¿se puede saber qué pretendías asustándome de esta manera, Adelaide Adams?

Respiré hondo y señalé hacia la cama, me temo que algo melodramáticamente. Creo que fue Chet Keith el primero que paso a mi lado rozándome y se quedó mirando el cadáver con la cara tan blanca como el papel. Después todo el mundo entró en tropel en la habitación para ver al gato callejero muerto. Ese fue el motivo por el que después fui incapaz de saber con certeza quién estaba allí y quién no y cuándo. Recuerdo a Lila Atwood y su rostro inexpresivo, a excepción del asco evidente en su mirada; a Judy Oliver, aferrándose al brazo de su hermano aunque mirando a Jeff Wayne, que había llegado corriendo desde el exterior del edificio y parecía cansado y aterido de frío; a Allan Atwood, que se detuvo un instante en el umbral antes de dejar pasar al juez Timmons; y a Patrick Oliver, con unas marcadas ojeras bajo sus cándidos ojos azules, explicando que su tía Dora lo había enviado al piso de arriba para averiguar qué había pasado. Incluso la mujer de la silla de ruedas se había negado a quedarse sola en el vestíbulo y había logrado llegar renqueante hasta la segunda planta, apoyándose en la señorita Maurine Smith con un brazo y con el otro en Jake el botones, cuyo rostro moreno estaba blanco de miedo, y se negó incluso a mirar hacia mi cama.

Todo el mundo seguía haciéndome preguntas. ¿Cómo había sucedido, qué estaba haciendo el gato en mi habitación y por qué no sabía qué había ocurrido? Creo que debí explicarles individual y colectivamente una docena de veces o más que sabía tan poco como ellos. Cualquiera habría podido pensar que yo había planeado deliberadamente aquella escena para meterle el miedo en el cuerpo a Fannie Parrish y a algunos otros huéspedes del hotel.

—No sé de dónde salió el gato —repetí cansada—. Ya estaba aquí cuando llegué a mi habitación. Tenía frío y estaba mojado y… —en ese momento noté que me estaba a enfadando— simplemente dejé que se quedara.

—¡Menuda ocurrencia! —protestó Ella mirándome fijamente.

—En ese momento me pareció una buena idea —respondí sin convicción.

Hogan Brewster, que había ocupado el lugar de Allan Atwood en la puerta, me sonrió.

—Supongo que no habrá empezado a andar en sueños, ¿verdad, señorita Adams?

—Yo no he torturado al pobre animal, señor Brewster, si a eso se refiere —dije estremeciéndome.

Seguía mirándome con su sardónica sonrisa.

—Es algo extraño, ¿no cree?, que estuviera encerrada aquí sola con la bestia cuando sucedió. Quiero decir, que había un guardia en el pasillo y Jeff estaba vigilando bajo las ventanas, ¿verdad?

El joven Wayne enrojeció enfadado.

—Sí.

El ayudante del *sheriff* parecía algo desconcertado.

—Yo estaba sentado en el pasillo, pero dudo que nadie hubiera podido salir de esta habitación sin que yo lo oyera.

Miré a Chet Keith a los ojos y supe que había recordado que la noche pasada no había vuelto a cerrar con llave la puerta que conectaba mi habitación con la de Sheila Kelly.

El *sheriff* Latham se rascó la cabeza y me miró muy fijamente.

—¿Dice que justo después de despertar oyó cerrarse una puerta, señorita Adams?

Yo asentí y de nuevo mi mirada se encontró con la de Chet Keith.

—¿La puerta del pasillo? —insistió el *sheriff*.

—¿Qué otra puerta podría ser? —pregunté con brusquedad—. ¿O acaso cree que tengo a alguien escondido en el cuarto de baño?

Eso sirvió de distracción. El *sheriff* y Butch atravesaron rápidamente la habitación e inspeccionaron el baño. Los dos parecían preocupados y algo abatidos al salir.

—No pudo ser la puerta que comunica con la habitación contigua —dijo Chet Keith con su expresión más insulsa— porque está cerrada.

Cogió la manilla y la sacudió vigorosamente.

—Es más, la llave está de este lado —anunció.

Creo que debí de parpadear, pero Chet Keith me miró sin inmutarse. Había una llave en la cerradura que no estaba cuando logré distraer al *sheriff* y a su ayudante para que entraran en el baño.

—¡Como si las cerraduras significaran algo para esa chica! —gritó Fannie Parrish mirando muy concentrada el tabique que mediaba entre mi habitación y la de Sheila Kelly—. ¡Como he dicho antes —repitió enfáticamente—, ninguno de nosotros estará a salvo! ¡Ni uno solo! ¡Mientras el desgraciado espíritu de Gloria Canby siga vagando por esta casa!

El *sheriff* Latham tenía una expresión perpleja.

—No me creo todas esas paparruchas sobrenaturales —replicó empecinado—. Si esa chica mató al gato, salió por una puerta igual que lo haría cualquier otra persona.

Miró fijamente a Butch, que se puso muy rojo.

—No digo que no saliera nadie de la habitación de la señorita Adams —dijo molesto—. Ya le dije que estaba de espaldas y quizá eché un par de cabezaditas.

—No sería la primera vez que se duerme estando de servicio —comenté resoplando.

—Eso no tiene importancia —continuó el ayudante del *sheriff*, acusando el hostigamiento, pero sin ceder ni un ápice de terreno—. Estoy seguro de que Sheila Kelly no salió al pasillo.

—Cuando ese hombre está dormido, se podría tocar la trompeta

junto a su oído sin despertarlo —comentó Ella indignada.

—Ah, ¿sí? —replicó Butch—. Es posible, pero tuve la silla apoyada contra la puerta de Kelly durante más de una hora, y si cree que iba a poder mover esa silla con mis noventa kilos encima sin despertarme, señora, entonces hasta el hipnotismo y los encantamientos me parecerían posibles.

—Lo raro —intervino Fannie Parrish— es que todo este escándalo no haya despertado a la muchacha.

El *sheriff* miró hacia la puerta con el ceño fruncido.

—Veremos qué tiene que decir al respecto.

—La puerta está trancada de su lado —comenté rápidamente.

Hogan Brewster me miró con fingido enojo.

—¿Cómo lo sabe, señorita Adams?

Se le daba bien ponerme nerviosa.

—Da la casualidad de que la oí cerrar el pestillo —respondí, consciente de la mirada del *sheriff*.

—Los tabiques entre estas habitaciones no son precisamente a prueba de ruidos —intervino Ella con sospechosa celeridad—. Desde mi cuarto de baño puedo oír a Adelaide cada vez que se lava las manos.

El *sheriff* volvió a mirar fijamente a Butch.

—Tienes la llave la habitación de la señorita Kelly. Ve y abre esta puerta desde ese lado. Quiero ver su cara cuando vea al gato.

Butch asintió y salió inmediatamente. Recuerdo haber contenido la respiración. Me horrorizaba tener que mirar a los ojos a Sheila Kelly, verla entrar en la habitación ante la mirada de todos para contemplar aquella cosa inerte y ensangrentada sobre mi cama. Me fijé en que Chet Keith apretaba los puños y tuve la impresión de que también él contenía la respiración. Sin embargo, el *sheriff* aún tendría que esperar para mantener la deseada entrevista con Sheila Kelly, pues Butch reapareció abruptamente en la puerta de mi habitación. Parecía que acabara de recibir un puñetazo en la mandíbula.

—Algo va mal —dijo con voz ronca.

—¡De qué diablos hablas! —exclamó el *sheriff* dando un paso hacia él.

El ayudante vaciló un instante.

—La puerta del profesor está abierta —gruñó.

Todos debimos mirarlo con incredulidad, porque él siguió hablando con vehemencia.

—La llave sigue en mi bolsillo —dijo— pero su puerta está abierta del todo y… y… —tragó saliva—. Hay un pequeño reguero de sangre que llega casi hasta el pasillo.

Hubo un nuevo periodo de confusión durante el cual no estoy segura de cuáles fueron los movimientos de la gente, ni siquiera los

míos. Recuerdo vagamente que todos salieron de forma atropellada, igual que un rato antes habían entrado en mi habitación. Recuerdo a Ella en el pasillo agarrándose con fuerza a mi brazo y tragando saliva con dificultad cuando miró por encima de mi hombro la figura tendida en el suelo al otro lado de la puerta. Recuerdo claramente los dientes de Fannie Parrish castañeteando junto a mi oreja, y a Judy Oliver rompiendo a sollozar con fuerza mientras Jeff Wayne le cogía la mano y acercándola a su mejilla le decía que no se asustara, pues él la protegería con su vida. Recuerdo a Chet Keith murmurando una y otra vez «¡Dios! ¡Santo Dios! Pero se lo advertí». Y jamás podré olvidar cómo, tras un instante de indecisión, el *sheriff* Latham entraba en la habitación y arrodillándose junto al cuerpo murmuraba: «¡Está muerto! ¡Está completamente tieso!».

Como si hiciera falta decir algo después de que todos hubiésemos visto el rostro lívido y contorsionado del profesor Thaddeus Matthews, cuya boca parecía sonreír sobre la empuñadura dorada de la tijera que sobresalía del tajo rojo y chorreante de su garganta.

Capítulo 12

—Desde el principio se ha negado usted a aceptar cualquier elemento sobrenatural en todo este asunto, *sheriff* —seguía repitiendo Chet Keith—. Desde el principio ha insistido en abordar la situación desde el sentido común y puedo entender su punto de vista, pero no se puede estar con Dios y con el diablo al mismo tiempo.

Un rato después todos recibimos órdenes de desfilar en rebaño hasta el salón delantero escaleras abajo, es decir, todos los que habíamos asistido a la sesión de espiritismo de la pasada noche. Las puertas correderas del salón trasero seguían cerradas, pero el cadáver de Thomas Canby ya no descansaba a solas. Otro de los incómodos sofás rojos tenía un nuevo ocupante.

—La chica lo mató —dijo el *sheriff* Latham, aunque su voz había perdido parte de su beligerancia.

Realmente parecía que el hombre había menguado de tamaño, y aunque el juez Timmons había hecho algún tímido amago de reanudar la investigación, las musculosas manos del *sheriff* ya no parecías dispuestas a mover los hilos, o si acaso con notable indecisión.

—No puede tener ambas cosas —insistió Chet Keith—. No cree que Sheila Kelly esté poseída por un fantasma capaz de atravesar a voluntad puertas cerradas y sólidas paredes de ladrillo, ¿verdad?

—No —gruñó el *sheriff* Latham incapaz de disimular su abatimiento.

—Pero según la declaración de su propio ayudante, ella no salió en ningún momento de su habitación. ¿O va a cambiar de opinión y aceptar ahora que el hipnotismo es real y que ella misma hipnotizó al agente Butch para que se retirara y dejara la puerta libre sin su conocimiento o consentimiento?

—No —respondió el *sheriff* empecinado—, no pudo pasar estando Butch.

—¡Entonces ella no mató al profesor! —exclamó Chet Keith. No me miró, pero era evidente que sabía lo que yo estaba pensando—. ¡Y si no mató al profesor, tampoco mató a Canby!

Sentada entre los dos ayudantes del *sheriff*, la joven ni siquiera levantó la cabeza. No lo había hecho desde que entró en la habitación, bastante después de que apareciera el cadáver del profesor. Yo había temido volver a verla. Pensaba que sería incapaz de mirarla a los ojos sabiendo lo que sabía. No tenía ningún inconveniente en que Chet Keith presionara al *sheriff*, pero a mí no podía engañarme. La puerta entre nuestras habitaciones no estaba cerrada con llave cuando yo me fui a dormir.

—¿O acaso piensa que los dos crímenes no están relacionados? —preguntó Chet Keith en tono imperioso.

El *sheriff* irguió sus fornidos hombros.

—Lo están, de eso no hay duda —admitió a regañadientes—. Pero que me ahorquen si sé cómo.

—Está bastante claro —respondió Chet Keith al instante—. El profesor sabía algo. Por decirlo claramente, sabía quién asesinó a Thomas Canby y pagó por ello con su vida.

—Es posible —murmuró el *sheriff*.

Chet Keith estaba muy pálido.

—De hecho —dijo sin el menor indicio de alegría—, yo mismo firmé la sentencia de muerte del profesor cuando le advertí en presencia de todo el mundo y en esta misma habitación que iba a descubrir el secreto que ocultaba.

—Ha sido un entrometido en este asunto desde el principio —replicó el *sheriff* Latham enfadado.

Ese fue su último intento de evitar que el asunto se le escapara de las manos y Chet Keith lo sabía.

—Esto lo supera, *sheriff* —dijo, no sin cierta delicadeza—. Y ha sido así desde que llegó.

El *sheriff* era mejor hombre de lo que yo había pensado. Lo bastante para admitir sus limitaciones.

—Está bien —dijo con voz apagada—, esto ha podido conmigo. Si usted cree que puede hacerlo mejor, adelante.

Chet Keith no necesitó una segunda invitación. Adelantó la mandíbula de un modo que dejó en evidencia que estaba más que

decidido a hacerse cargo de la situación, y tenía un brillo en la mirada que decía que a nadie le haría ningún bien tratar de impedírselo.

—Sheila Kelly no pudo asesinar al profesor —repitió—, puesto que no pudo salir de su habitación. Cuando Butch se levantó de la silla apoyada contra su puerta, la dejó encajada bajo el pomo.

—Eso es cierto —dijo Butch en tono esquivo.

Sheila Kelly seguía con la cabeza gacha.

—¿Y qué me dice de la horquilla color ámbar que el profesor tenía en la mano? —preguntó de repente Allan Atwood con hosquedad.

Yo contuve la respiración. Hasta entonces no me había enterado de que el fallecido tenía una horquilla de ese color en la mano cuando lo encontraron.

—Sí —intervino Patrick Oliver resentido—, ¿qué tiene que decir sobre eso, Keith? Sheila Kelly es la única mujer alojada en el hotel que tiene el pelo largo y rubio.

El *sheriff* no tardó en reaccionar.

—¿Usa usted horquillas como esa, señorita Kelly? —preguntó mostrando otra de esas horquillas baratas de plástico que yo ya había visto antes.

La muchacha la miró y vi pude ver que hacía un denodado esfuerzo por hablar, pero no emitió ningún sonido.

—Claro que las usa —intervino Chet Keith sin alterarse—. Lleva dos en el pelo ahora mismo.

Todo el mundo se inclinó hacia delante para ver mejor y ahí estaban, sujetando eficientemente el pálido moño rubio recogido sobre su nuca.

—Déjeme ver una —dijo el *sheriff* bruscamente.

Ella levantó una mano, algo indecisa, y se quitó una horquilla. Era igual que la que el *sheriff* había dejado a su lado sobre la mesa.

—Parecen iguales —murmuró el agente Butch.

—¿Y qué? —pregunté con voz temblorosa—. Se pueden comprar en cualquier bazar por diez centavos.

El juez de instrucción Timmons frunció el ceño.

—Pero el muerto la estaba agarrando con una mano.

—Se equivoca —replicó Chet Keith rápidamente—. Si lo recuerda, hice hincapié en ello al mostrárselo, señor. El profesor no estaba agarrando la horquilla. La horquilla estaba en el suelo, entre sus dedos completamente relajados.

—¿Y qué diferencia hay? —preguntó el *sheriff*—. El caso es que la tenía en la mano y es la única pista que tenemos.

Chet Keith siguió hablando con el juez.

—Usted es médico —dijo mirando a Timmons—. Sabe que en el momento de una muerte violenta las extremidades sufren lo que se

denomina un espasmo cadavérico. Esto hace que los dedos se cierren fuertemente sobre cualquier cosa que haya en la mano, con tal fuerza que es casi imposible abrirlos. Es algo que no se puede simular.

El juez Timmons asintió con reticencia y el *sheriff* miró a Chet Keith frunciendo el ceño con impaciencia.

—¿Y qué? —volvió a preguntar.

—Alguien dejó la horquilla en la mano del profesor después de su muerte.

—¿Y por qué iba la chica a dejarle una de sus horquillas en la mano cuando ya estaba muerto? —se mofó el *sheriff* Latham.

—No lo hizo —dijo Chet Keith—. El asesino dejó ahí la horquilla para incriminar a Sheila Kelly.

El periodista recorrió lentamente con la mirada el círculo de rostros a su alrededor.

—Alguien de este grupo asesinó a Canby y consiguió incriminar a Sheila Kelly —dijo—, pero el profesor sabía la verdad y estaba empezando a flaquear. De haber seguido vivo, tarde o temprano lo habría contado todo, y por eso uno de ustedes lo mató.

Creo que todos contuvimos un gemido de asombro y durante un instante tuve la sensación de que todo el mundo parecía culpable y preocupado de repente, una reacción improbable en cualquier persona inocente ante semejante acusación.

—¿No cree que va demasiado deprisa? —preguntó Allan Atwood furioso—. ¡Usted y sus espasmos cadavéricos! ¿Cómo es que sabe tanto sobre esas cosas?

Chet Keith apretó los labios.

—He sido reportero, reportero policial, para ser preciso. He observado a los mejores detectives mientras trabajaban. No hay mucho sobre crímenes que yo no sepa.

—Ah, ¿sí? —murmuró Patrick Oliver.

Chet Keith se volvió hacia él tan de repente que el muchacho retrocedió involuntariamente.

—Creo que nos debe usted una pequeña explicación —dijo Keith.

—Ah, ¿sí? —volvió a murmurar el muchacho, pero vi lo pálido que se había puesto y también lo vio su hermana que se acercó aún más a él.

—Durante la vista de esta mañana usted admitió que había metido al profesor en la vida de su tía —dijo Chet Keith con seriedad —. Creo que dijo que le había hecho expresamente un encargo para su tía Dora.

Patrik Oliver estaba temblando.

—Solo fue… eso no fue más que una broma —tartamudeó.

—¡Tú y tus eternas bromas! —exclamó Jeff Wayne con acritud.

—Jamás se me habría ocurrido —dijo Patrick mirando a Sheila

Kelly, que seguía ocultando su rostro— de no haber sido porque ella se parece… Porque me recordó a Gloria.

Él se pasó una mano temblorosa por la frente.

—Al ver actuar al profesor se le ocurrió una idea para estafar a su tía —dijo Chet Keith con gran seriedad—. De modo que lo llamó y concertó una cita con él para hablar de negocios.

Patrick Oliver tenía una expresión atormentada.

—Nadie iba a salir perjudicado —masculló—. Juro que no quería hacer daño a nadie. Pensé que podría… que tía Dora de sentiría mejor al recibir un mensaje de Gloria. Esa era mi única intención: tan solo unos mensajes inofensivos diciendo que Gloria era feliz y que tía Dora no tenía de qué preocuparse.

—De modo que según usted ese fue el único objetivo —murmuró Chet Keith—. Tan solo una inocente broma para reconfortar a su tía Dora.

El chico lo miró con desesperación y luego miró a Sheila Kelly.

—Ella nos la jugó. A mí y también al profesor —dijo con voz ronca—. Lo de fingir que era Gloria no formaba parte del plan. Ella se lo sacó de la manga para echarle mano al dinero de tía Dora.

—¿Su trato con el profesor Matthews no incluía las manifestaciones de Gloria? —preguntó Chet Keith con una escéptica sonrisa.

—¡No!

—¿Fue una sorpresa para usted y también para el profesor?

—Sí.

—Pero ¿usted le proporcionó a Thaddeus Matthews la información para los mensajes de Gloria?

—Para los mensajes de Ojitos Azules sí —respondió el muchacho de mal humor—. Tenía que asegurarme de que el viejo lo hacía bien.

—Por supuesto —asintió Chet Keith, y entonces miró a Sheila Kelly—. ¿Usted no recuerda lo que ha ocurrido después de los trances?

Ella se estremeció.

—No, a menos que me digan que lo haga.

La chica estaba completamente hundida. Chet lo sabía tan bien como yo. Y estoy segura de ese era el motivo por el que había evitado interrogarla hasta entonces. Temía que en cualquier momento pudiera soltar la verdad sobre la puerta entre nuestras habitaciones.

Miré con severidad al joven Oliver.

—Supongo que se da cuenta de que usted y solo usted tuvo oportunidad de montar todo esto —dije con frialdad.

—¡Yo no lo hice! ¡No lo hice! Todo lo que le pedí a la chica que dijera era inofensivo. El profesor lo sabe. Escuchó todo lo que dije.

—Desafortunadamente, o quizá desafortunadamente para usted, lo que sabía el profesor se ha ido con él a la tumba —dijo Chet Keith

con seriedad.

—Ni siquiera puede demostrar que hiciera un trato con él.

—No —dijo Chet Keith—, no podría haberlo hecho. Eso fue un salto sin red, pero funcionó. Y admitió que usted y el profesor utilizaron a Sheila Kelly para estafar a su tía.

—Yo nunca le dije que fingiera ser Gloria —insistió el chico—. La primera vez que lo hizo me llevé un susto de muerte y he estado asustado desde entonces.

—Sin embargo, la otra noche, cuando Sheila Kelly quiso abandonar la sesión de espiritismo, usted insistió para que siguiera adelante.

El chico bajó la cabeza.

—No había más remedio —tartamudeó—. El tío Thomas estaba aquí y haberlo dejado en ese momento habría sido igual que admitir que todo era una farsa. Pensé que la única manera de salir airosos era seguir adelante. Tiene que creerme. ¡Jamás se me pasó por la cabeza que pudiera acabar con un asesinato!

Su voz había ido subiendo de tono hasta convertirse en un grito y Judy lo rodeó con un brazo.

—No tiene derecho a atormentarlo de esta manera —protestó ella dejando escapar un sollozo—. Patrick no pretendía hacer daño a nadie. Él solo… solo estaba intentando… ayudarme.

—¡Cállate, Judy! —gritó el chico—. Por el amor de Dios, mantente al margen de esto.

Creo que nunca he visto un rostro más crispado y, al mismo tiempo, más decidido que el de Judy Oliver cuando continuó hablando con voz temblorosa.

—Fue para ayudarme. Por eso Pat acabó mezclándose con el profesor y esa chica.

Vi la reacción de sorpresa de Jeff Wayne, pero ella no lo miró. Seguía con la vista clavada en Chet Keith y algo en ella hizo que se me formara un nudo en la garganta.

—Verá —dijo—, hace tiempo que estoy enamorada de Jeff Wayne, hace mucho tiempo, y pensaba que también él estaba enamorado de mí. Pero él se había comprometido con Gloria y tía Dora está obsesionada con que Gloria no sería feliz en el más allá si Jeff se casaba con otra.

—No podrías, ¿verdad, cariño? —murmuró Dora Canby mirando a Sheila Kelly.

Hubo un penoso silencio y Chet Keith volvió a hablar en tono reposado.

—De modo que su hermano decidió ayudarla, ¿no, señorita Oliver?

El rostro menudo y torturado de Judy se crispó.

—El trabajo de Jeff dependía del tío Thomas y por lo tanto también mi futuro. Estaba equivocada, pero hasta… hasta la pasada noche yo pensaba que ese era el motivo por el que Jeff no me había pedido que me casara con él. Creía que era porque… porque el tío Thomas nos habría dejado sin un centavo si nos casábamos. De modo que no había ninguna esperanza, o eso creía yo, a menos que lográsemos convencer a tía Dora de que Gloria no quería que Jeff siguiera soltero por ella.

Chet Keith volvió a hablar en un tono muy amable.

—¿Y decidieron que Sheila Kelly transmitiera un mensaje a su tía, supuestamente de su hija, diciéndole que no había inconveniente en que Jeff se casara?

—Sí —respondió la joven con los labios temblorosos.

Miró con aire abatido a Dora Canby, que negó con la cabeza y dijo resentida:

—Gloria jamás te cederá a Jeff, Judy, ¿verdad, cariño? —preguntó a Sheila Kelly, que empezó a temblar y miró con desesperación a Chet Keith.

Este, a su vez, volvió a dirigirse a Patrick Oliver.

—¿Y ese era el plan para engañar a su tía?

El chico hizo un gesto de preocupación.

—No había nada criminal en ello —respondió nervioso—. Judy es una buena chica y jamás ha tenido una alegría. Pensé que si Ojitos Azules le decía a tía Dora que Gloria quería que Jeff siguiera con su vida y se casara, todos los problemas de Judy desaparecerían.

—¿Está diciendo que hizo un trato con el profesor para timar a su tía solo para darle una alegría a su hermana?

—¡Sí!

—Pero también hizo que Ojitos Azules le sugiriera a la señora Canby que su hija descansaría más apaciblemente en su tumba si alguien pagaba sus propias deudas, ¿o me equivoco?

Patrick Oliver se puso lívido.

—No sé de qué está hablando.

—¿No es cierto, señora Canby, que durante una de las sesiones de espiritismo Ojitos Azules sugirió que sería más feliz si le hacía un pequeño favor a su sobrino Patrick?

Antes de que Dora Canby tuviera ocasión de responder el muchacho la interrumpió.

—Está bien, está bien —dijo—. También yo intenté salir bien parado, pero no hay nada delictivo en ello. Sabe Dios que a tía Dora nunca le faltará dinero.

—No —respondió Chet Keith—, pero fue usted muy imprudente al permitir que el capitán French le hiciera efectivo el cheque aquí mismo en el hotel. Me lo puso muy fácil a la hora de seguirle la pista,

y también a Thomas Canby.

—¿El tío Thomas? —titubeó Patrick—. ¿Él lo sabía?

—Usted sabe perfectamente que sí, Oliver.

—¡No, no!

—Esta misma tarde supe lo del cheque gracias al capitán French. Según el capitán, su tío lo descubrió la otra noche. Y por eso tuvo que matarlo.

—¡No, no!

—Es usted un oportunista, Oliver. Fue casualmente a un pequeño teatro de pueblo donde tuvo ocasión de asistir a una falsa sesión de espiritismo. La chica le recordó a su prima fallecida Gloria Canby. Y entonces se le ocurrió un plan para sacar dinero de dicho parecido. Puede que al principio solo pretendiera tirar de algunos hilos para favorecer a su hermana. Pero era una oportunidad demasiado buena y decidió aprovecharla también para llenarse los bolsillos. Y entonces llegó Thomas Canby y descubrió que había convencido a su mujer para que le firmara un suculento cheque gracias a esas falsas sesiones de espiritismo. No tardó mucho en averiguar quién era el responsable de todo el asunto y tenía intención de dejarlos en evidencia a usted y al profesor. De ese modo el dinero de los Canby quedaría fuera de su alcance para siempre. Por eso Thomas Canby tenía que morir. Y de ahí su empeño en que Sheila Kelly siguiera adelante con la sesión. Había elaborado un plan muy ingenioso. Sabía lo que iba a suceder porque usted mismo planificó para ella la diatriba contra su tío. Lo único que debía hacer entonces era tirar del cable y cortarle el cuello para volver a estar a salvo, o eso pensaba.

—¡No es cierto! ¡No es cierto! —gimió el muchacho.

Judy se puso delante de él con los ojos brillantes.

—No va a culpar de esto a mi hermano —dijo—. Él no pudo haber matado al tío Thomas. Yo tenía a Patrick cogido del brazo cuando las luces se apagaron. Y no lo solté ni un momento hasta que volvieron a encenderse.

—Es imposible corroborar tal afirmación —respondió Chet Keith.

Jeff Wayne respiró hondo.

—Es verdad, yo tenía a Patrick cogido del otro brazo —dijo—. Él no mató al señor Canby.

El frenético rostro de Patrick se apaciguó.

—¿Qué le parece eso como coartada perfecta, señor Sherlock Holmes? —preguntó en tono despectivo, recuperando parte de su natural vehemencia.

Chet Keith se encogió de hombros.

—Nada impide que ustedes tres hayan hecho un trato —replicó—. Después de todo han reconocido que se trataba de un plan para conseguir que Jeff Wayne pudiera casarse con Judy Oliver sin poner

en peligro sus posibilidades de optar a la fortuna de los Canby.

—¡Jeff no está metido en esto! —gritó Judy al instante—. ¡Él no sabía nada!

—¿Pero usted sí?

Ella bajó la cabeza.

—Sí.

—¿Su hermano se lo contó antes de llevar a su tía al espectáculo de Carrolton?

Ella vaciló y Patrick Oliver la interrumpió.

—Judy no lo sabía en aquel momento —explicó—. Ella no habría estado de acuerdo. No lo supo hasta… hasta después de que el profesor y la chica se instalaron aquí en el hotel.

A Judy le temblaban los labios.

—Soy más joven que Patrick —dijo ella en voz baja—, pero él nunca se para a pensar. Quiero decir que es típico de él meterse en algo así sin prever que podría terminar del peor modo posible.

—¿Entonces usted misma descubrió que Patrick y el profesor habían hecho un trato?

—Sí.

—¿Cómo sucedió?

Ella se ruborizó terriblemente incómoda.

—Durante una de las sesiones, Ojitos Azules dijo que Gloria era infeliz porque Jeff estaba malgastando su vida llorando por ella. Y en otra dijo que Gloria estaba preocupada por Pat porque tenía deudas.

—¿Y esos mensajes le parecieron excesivamente oportunos?

—Sí.

—¿Y pensó que su hermano era el responsable?

Ella volvió a vacilar y con una sonrisa irónica Patrick Oliver respondió por ella por segunda vez.

—Hizo algo mejor —dijo—. Una noche me siguió.

—¿Lo siguió?

—El profesor y yo debíamos reunirnos para mantener el espectáculo en marcha —explicó Patrick Oliver con actitud desafiante —. Después de todo, él necesitaba información para la representación, ¿verdad?

—¿De modo que solía reunirse a escondidas con él para planificar el contenido de las sesiones de espiritismo?

—Claro.

—¿Dónde?

—Oh, en cualquier parte, siempre que fuera lejos del hotel.

—¿En cualquier parte?

—Por la carretera en dirección al pueblo, donde lo alcanzara.

Judy respiró hondo.

—El profesor fingía que cada sesión lo dejaba exhausto mental y

físicamente, a él y a la muchacha —explicó ella—, y todas las noches después de acabar se iba a dar un paseo.

—¿Sí?

—Me di cuenta de que Patrick solía desaparecer a la misma hora. Fue fácil seguirlo —dijo con una triste sonrisa—. Estoy acostumbrada a vigilarlo.

—¿Lo siguió y los encontró a los tres juntos?

La joven se estremeció visiblemente.

—Fue horrible. Cuando llegué hasta ellos, Patrick se puso furioso y al profesor casi le da un ataque, pero Sheila Kelly miró a través de mí como si yo fuera transparente. Al instante me di cuenta de que no era consciente de que yo estuviera allí.

Sheila Kelly la miró completamente abatida.

—No sabía que ninguno de ustedes estaba allí.

—Yo le rogué a Pat que le contara la verdad a tía Dora y echara de aquí al profesor —continuó Judy titubeante—. Les advertí que si aquello seguía, se lo contaría yo misma.

De repente dejó de hablar y abrió exageradamente los ojos, aterrorizada.

—¿Pero no lo hizo? —preguntó Chet Keith.

—No —respondió Judy con los labios temblorosos—. No lo hice. Verá, fue esa noche, mientras estábamos allí de pie, cuando… cuando Gloria empezó a hablar de repente por boca de esa chica.

—Es cierto —dijo Patrick tragando saliva con dificultad—. Hasta ese momento todo había ido según el plan, y entonces —miró con horror a Sheila Kelly— ella empezó a reírse como solía hacerlo Gloria. —De repente se estremeció—. Dijo que había encontrado el modo de volver. Dijo que no se detendría hasta que hubiera conseguido lo que quería.

Chet Keith ignoró al joven para observar atentamente a su hermana.

—De modo que permitió que Sheila Kelly sellara sus labios.

Judy Oliver estaba temblando.

—No fue ella. Fue… fue…

De repente no pudo seguir y, con las pupilas dilatadas de terror, miró fijamente a la joven sentada con la cabeza gacha en la mesa del juez de instrucción.

—Supongo —exclamé— que no creerá que su prima Gloria posee realmente a Sheila Kelly cuando le viene en gana.

—¿Qué otra cosa puedo creer? —gimió Judy con voz ahogada—. ¿Cómo si no iba a saber ella todo lo que sabe?

Chet Keith avanzó un paso más y ella retrocedió.

—¿Qué dijo Sheila Kelly esa noche con la voz de su prima que la aterrorizó de tal manera, señorita Oliver?

—Pues… pues lo mismo que ha estado diciendo desde entonces —tartamudeó la joven—. Que me odiaba, que nos odiaba a todos.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Está segura de que solo dijo eso?

—Por supuesto que sí —interrumpió Patrick Oliver.

Chet Keith miró al hermano y luego a la hermana, y de nuevo su tono de voz se endureció.

—El profesor sabía más de lo que le convenía —dijo— y pagó por ello con su vida. Ténganlo en cuenta.

Me dio la impresión de que Patrick Oliver se estaba ablandando. Vi cómo se humedecía los labios con la lengua, aunque, tras mirar por segunda vez horrorizada a Sheila Kelly, su hermana pareció hacer un terrible esfuerzo por recuperarse.

—Le hemos contado todo lo que sabemos —dijo ella—. Patrick trajo aquí a esa joven y planeó engañar a tía Dora, pero él no tuvo nada que ver con el asesinato del tío Thomas. Ella… ¡Gloria lo hizo! Regresó de la tumba para vengarse.

—¿Para vengarse? —repetí yo frunciendo el ceño.

Ella apretó una mano temblorosa contra sus labios.

—Sí.

Hogan Brewster intervino entonces con su frívola sonrisa en los labios.

—No sé si lo sabe, pero Canby había decidido encerrar a su hija en un manicomio. Por eso ella se suicidó.

Aparentemente había intervenido para ayudar a Judy con su explicación. Sin embargo, fue a Lila Atwood a quien miró y a quien yo vi palidecer antes de apretarse aún más contra su marido, que al instante se apartó de ella.

—¿Dónde tuvo lugar esa entrevista, señorita Oliver? —preguntó Chet Keith en tono apremiante—. Quiero decir, esa primera manifestación del supuesto espíritu de Dora Canby.

—Eso ya se lo he dicho yo —murmuró Patrick Oliver—. Fue carretera abajo, en dirección al pueblo.

—¿Puede ser un poco más concreta, señorita Oliver? —insistió Chet Keith.

Sus labios temblaban.

—Fue… frente a la entrada del viejo cementerio abandonado de la carretera.

—¿Un cementerio?

—Allí hay una especie de cobertizo que solía utilizarse como capilla, según creo. El cementerio está protegido por una verja de hierro, pero yo pude… pude ver las lápidas a través de los barrotes.

—¿Sí?

—¿Es que no lo ve? —gritó histéricamente—. Ella estaba ahí

aturdida y de repente ya no estaba. ¡Era Gloria burlándose de nosotros igual que siempre! ¡Provocándonos! ¡Gloria salida de la tumba!

—Los muertos no salen de sus tumbas —dijo Chet Keith con seriedad—. Ni siquiera a las puertas de cementerios abandonados.

Pero Judy se había dado la vuelta y había clavado la mirada en Sheila Kelly.

—No podías seguir muerta. Tenías que volver para torturarnos. ¡Tendrían que haberte enterrado con una estaca clavada en el corazón para mantenerte allí eternamente, vampiro! ¿Por qué no se nos ocurriría hacerlo? ¡Oh, Dios! ¿Por qué no se nos ocurrió?

Capítulo 13

Chet Keith utilizó el ataque de histeria de Judy como principal motivo para posponer la investigación un par de horas.

—Es más, creo que a todos nos vendría bien comer algo —dijo en cuanto Patrick se llevó a Judy a su habitación llorando desconsoladamente, con Dora Canby apoyándose en el brazo de Lila Atwood como comitiva.

En mi opinión Chet Keith aprovechó la ocasión para retrasar las pesquisas porque, igual que yo, se dio cuenta al instante del efecto que el arrebato de Judy había tenido en Sheila Kelly. Solo el hecho de que actuara antes de que la chica tuviera tiempo de traicionarse le había impedido volver a admitir su culpabilidad. Yo estaba segura de ello y también él, no me cabe duda. Chet Keith la siguió con la mirada mientras salía de la habitación, caminando tras el agente Butch con pasos lentos y vacilantes y la mirada fija de pura desesperación.

—Ha llegado a creerse todas esas historias sobre Gloria Canby —me dijo poniendo buen cuidado en bajar la voz.

—Sí, y tenía usted razón acerca de Wayne —reconocí—. Él también las cree.

El joven Wayne no salió tras Judy cuando la muchacha abandonó la habitación. No se había acercado a ella ni le había ofrecido ayuda. Seguía con los brazos cruzados sobre el pecho y vi cómo se le tensaban los músculos bajo las mangas de la chaqueta, pero les permitió sacar de allí a Judy de allí sin decir una palabra mientras seguía a Sheila Kelly con una mirada de auténtico odio.

—¿Quién iba a imaginar —suspiró Chet Keith— que en estos tiempos la gente se iba a tragar estas chorradas?

—¿¡En estos tiempos!? —protesté—. El hombre ha creído en espíritus y brujerías desde el inicio de los tiempos. Si cree que todo eso está superado, se equivoca. Basta con ver esos asesinatos satánicos

de hace tan solo un año en Pensilvania.

Él me miró sorprendido.

—¡Santo cielo! No se estará ablandando, ¿verdad?

—No creo en vampiros ni en bobadas por el estilo —dije muy seria.

Él meneó la cabeza.

—Contaba con su sentido común, señorita Adams. De algún modo pensaba que sería usted el salvavidas al que me aferraría para no hundirme, si me permite tirar de metáforas.

Yo lo miré fijamente a los ojos.

—A ese gato lo destriparon en mi habitación y en ese momento la llave no estaba en la cerradura de mi lado de la puerta.

Él respiró hondo.

—No —admitió—, la llave no estaba antes de que yo llegara. No estará usted sufriendo un ataque de mala conciencia, ¿verdad, señorita Adelaide? Por Dios santo, no se sentirá obligada a estas alturas a contárselo todo al *sheriff*…

Otra vez se andaba con evasivas, y ambos lo sabíamos.

—Si hubiera contado antes lo de la puerta, quizá el profesor todavía estaría vivo —dije conteniendo un escalofrío—. Por no hablar del gato callejero.

Él frunció el ceño.

—Por supuesto imaginará por qué mataron al gato.

—Me temo que no sé nada excepto que he permitido que mis simpatías me traicionaran para actuar como una redomada idiota sensiblera.

—Mataron al gato para crear una distracción. En otras palabras, para alejar al guardia de la puerta del profesor el tiempo suficiente para que el asesino pudiera llegar hasta él.

—Por supuesto —dije suspirando—, pero eso no demuestra que no fue Sheila Kelly quien salió de mi habitación justo antes de que yo descubriera el cadáver del gato.

—La chica es inocente —respondió enfadado—. Todo es un montaje para culpabilizarla.

Ignoré su interrupción.

—El ayudante del *sheriff* admite que estaba de espaldas a mi puerta —dije— y ese pasillo del piso de arriba está muy mal iluminado. También estaba prácticamente desierto a esa hora y hay una docena de habitaciones vacías donde ella pudo entrar sin que nadie la viera y esconderse hasta que mis gritos alejaron al agente de la puerta del profesor.

Él estaba realmente pálido.

—No me cabe duda de que ha descrito usted con precisión el proceder del asesino. Se escondió en algún lugar de la segunda planta

hasta que el tumulto de su habitación le permitió ir a por el profesor. Pero aun admitiendo todo eso sigo diciendo que Sheila Kelly es inocente.

—El mero hecho de afirmar que lo sea no la hace inocente. Y usted está enamorado de ella.

Se ruborizó.

—¡No sea boba! —protestó, y después añadió torpemente—: Está bien, puede que lo esté. Puede que eso fuera lo único que me ha preocupado durante un año entero y no lo supiera. Pero esa no es la razón por la que estoy seguro de que ella no mató a Thomas Canby o al profesor.

—¿No?

—Es usted una mujer muy inteligente —dijo—. Debería ser capaz de reconocer una trampa igual que yo.

Lo miré fijamente, pero su expresión era completamente anodina.

—Hay un límite para la cantidad de halagos que puedo soportar —le advertí.

Ahora sonreía irónicamente.

—No pretendo adularla, o quizá solo un poquito. Que Sheila Kelly pueda salir de este infernal embrollo depende de usted y de mí.

—¡Paparruchas! —protesté—. Es bastante probable, como señaló ese pachá de Hogan Brewster, que un buen abogado defensor pueda salvarla con la ayuda de la fortuna Canby.

Me miró de una manera que me hizo contener la respiración.

—No temo que Sheila Kelly vaya a acabar en la silla eléctrica, ni siquiera en la cárcel. Es usted demasiado inteligente, señorita Adams, para no darse cuenta de lo que más me preocupa de Sheila Kelly en su actual estado.

Mi voz tembló ligeramente.

—Teme usted que ella se… que se…

Fui incapaz de terminar la frase, pero asentí.

—Eso es lo más diabólico de todo este asunto —gruñó él—. La chica está desesperada. Cree que le cortó el cuello a Thomas Canby y también al profesor. Cree que ha estado mutilando gatos y canarios por mera diversión. Ni Judy Oliver ni Jeff Wayne temen tanto a Sheila Kelly como se teme ella a sí misma.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Sí.

—¿No se da cuenta de que lo mejor que puede pasarle al asesino es que Sheila Kelly se suicide? —continuó en tono más sosegado.

—¡Eso es espantoso!

—Se entendería como una admisión de culpabilidad y el caso quedaría cerrado para siempre.

Me sentía algo mareada.

—¿Y usted cree que está intentando empujarla al… al suicidio?

—Y hasta ahora —me recordó lúgubremente— a él o a ella le ha salido todo a la perfección.

—¿Ella? —repetí débilmente.

—Todos los que estaban presentes durante la sesión de la noche pasada tuvieron ocasión de matar a Canby. Y hasta el último miembro de su familia, incluida su esposa, tenía motivos para hacerlo. Todos lo odiaban. Por no hablar del dinero.

—Lo sé —dije con voz ronca.

—Uno de ellos lo hizo, pero Sheila Kelly pagará el precio a menos que usted y yo intervengamos.

—¿Intervenir? ¿Cómo?

Él sonrió con tristeza.

—Lo único que le pido, señorita Adams, es que siga guardando silencio durante un tiempo en lo referente a la puerta que comunica su habitación con la de ella.

Noté que se me secaba la boca.

—¿Se da cuenta de que jamás podré volver a tener la conciencia tranquila por mi responsabilidad en la muerte del profesor? —pregunté—. ¿No ve que me sentiré culpable durante el resto de mi vida por no haber avisado a tiempo al ayudante del *sheriff* para decirle que Sheila Kelly estaba en mi habitación cuando subí esta tarde? —dije temblorosa—. Si no le cuento al *sheriff* lo de la puerta, alguien más será asesinado. ¿No ha pensado en eso, joven?

Su rostro estaba muy tranquilo.

—No he pensado en otra cosa desde esta tarde —respondió—. Pero ahora la puerta está cerrada, señorita Adams, y la llave está en su lado de la habitación. No obstante, hay un aspecto a favor de Sheila Kelly que ya le he comentado y que usted no ha tenido en cuenta. Es posible, tal como ha explicado, que el asesino se escondiera en una de las habitaciones vacías de la segunda planta después de matar al gato. Y es posible que haya aprovechado el alboroto en su habitación para asesinar al profesor. Pero el *sheriff* y yo fuimos a buscar a Sheila Kelly inmediatamente después de que apareciera el cadáver del profesor y ella estaba en su habitación con la puerta entre ambos cuartos cerrada con llave desde su lado.

Yo lo miré e hice un gesto de impaciencia.

—Ella pudo salir para matar a Matthews, pero de ser así ¿cómo volvió a entrar en una habitación cerrada con llave? Cerrada con llave por fuera, ¿comprende?

—Solo hay una forma de explicar eso —le recordé.

Él hizo una mueca de exasperación.

—Ya he engañado al *sheriff* con lo de la llave, de modo que también podría estar engañándola a usted. Pero no es así. Le doy mi

palabra de honor, si es que tiene algún valor, señorita Adams, de que la llave estaba exactamente como yo la dejé. Yo no la toqué, y tanto el *sheriff* como yo podemos dar fe de que él tuvo que abrir la puerta con llave cuando entró a comprobar si Sheila Kelly estaba en su habitación.

—¿Y estaba? —pregunté.

Su rostro se ensombreció de repente.

—Estaba allí sentada, completamente aturdida y mirando al vacío. Tuve que sacudirla para que volviera en sí.

Yo lo miré.

—¿Estaba en trance?

—Sí.

—¡Pero el profesor está muerto!

Él me miró de un modo muy extraño.

—Sí, el profesor está muerto.

Hasta ese momento no había reparado en las verdaderas implicaciones del segundo crimen. Había decidido creer en la inocencia de Sheila Kelly. Había llegado a convencerme de que ella era la víctima del profesor Matthews. Y entonces mis teorías se vinieron abajo de repente. El profesor había sido asesinado, y el *sheriff* y Chet Keith habían encontrado inmediatamente después a Sheila Kelly en su habitación, al parecer en estado de trance.

Sentí un escalofrío subiéndome por la nuca.

—¿Es posible que no fuera él el responsable de las apariciones de Gloria, tal como afirmaba? Puede que sea posible que Gloria Canby haya regresado desde la tumba para… para…

—¡Por los clavos de Cristo! —me interrumpió Chet Keith—. ¡Aférrese a su sentido común! Es nuestra única esperanza.

Inspiré profundamente.

—Está bien. No hay nada sobrenatural en este asunto —dije, y sentí que de nuevo se me secaba la garganta—. Si Gloria Canby hubiera regresado de entre los muertos, no le habría cortado el cuello al profesor para hacerlo callar. Por razones obvias, ella no tenía nada que perder, contara él lo que contara.

—Por supuesto que no —replicó él.

Tragué saliva con dificultad.

—De modo que, sea lo que sea, tiene que ser humano.

—Puede apostar por ello —dijo él con voz lúgubre—. A la chica se la han jugado, y hasta ahora ha sido el asesino quien ha ganado todas las bazas. Aunque al menos nosotros pudimos colar esa llave en la cerradura de su habitación.

Yo asentí.

—No —dije—, parece que nadie reparó en ello.

Me miró con expresión implorante.

—¿Puedo contar con que no dirá usted nada sobre la puerta? —preguntó.

Yo vacilé y al instante él me dio una palmadita en el hombro.

—¡Buena chica! —exclamó, y se marchó de repente, dejándome a solas con la certidumbre de que estaba irremediablemente comprometida con su plan, por más dudas que pudiera tener al respecto.

Siempre he pensado que lo mejor ante cualquier dilema es actuar. Y eso fue lo que me dispuse a hacer entonces. Aunque el *sheriff*, que fue la primera persona a quien abordé, se deshizo de mí a cajas destempladas.

—Escuche, señora, no estoy de humor para discutir con usted —dijo de mal humor, y acto seguido añadió con exasperación—: nunca he visto a tantas mujeres mandonas juntas metiéndose en los asuntos ajenos.

Me erguí de hombros con actitud altiva, y no soy de baja estatura.

—Si se refiere a mis amigas, la señora Trotter y la señora Parrish, permítame decirle que…

Pero el *sheriff* ya había seguido su camino, haciendo un gesto de hartazgo y murmurando: «Solo me falta tener pulgas en los pantalones», o algo por el estilo; de lo cual saqué en conclusión, para mi regocijo, que había logrado sacarlo de sus casillas.

En cualquier caso, habiendo cumplido con mi deber al ofrecerle mi cooperación al *sheriff* Latham, ya no me sentía obligada a seguir preocupándome por él, de modo que me dirigí a las escaleras. Casi todo el mundo estaba cenando y de nuevo encontré la segunda planta casi desierta, exceptuando a Butch, que me miró con resentimiento.

—Ya está de vuelta, ¿eh? —murmuró.

Yo lo miré muy seria.

—Esta tarde, cuando me acosté para dormir la siesta, no cerré mi puerta con llave —dije—. Pensaba que con un guardia en el pasillo estaría a salvo. Quiero decir que por eso no la cerré. Los dos sabemos hasta qué punto me equivocaba.

—Escuche —dijo con voz dolida—, no soy más que un hombre, un hombre corriente. ¿Acaso puedo evitar que esa chica —señaló la puerta de Sheila Kelly con el dedo pulgar— sea capaz de atravesar puertas cerradas como un… como un…?

—¿Espectro?

Él alzó la vista hacia mí de mal humor y después miró por encima de su hombro.

—Hay algo en este lugar —susurró—, algo que no es natural.

—Parece haber cambiado de idea acerca de los fantasmas y todo eso —dije resoplando.

Él se inclinó un poco más hacia mí.

—Lo vi —susurró con voz ronca—. Justo allí, al final del pasillo.

—¿Qué fue lo que vio? —pregunté girándome de repente hacia donde él señalaba, pues me pareció que algo se movía detrás de mí entre las sombras.

—Un murciélago —respondió—. Un gran murciélago negro.

—Eso es ridículo.

—Pero cuando llegué allí ya no estaba. Se había esfumado.

—¡Tonterías! —protesté—. Probablemente se quedó usted aquí mirando embobado y con miedo a moverse hasta que esa cosa se fue volando. Eso asumiendo que fuera un murciélago y realmente lo viera.

—Claro que lo vi —insistió—, y era un murciélago.

Lo dejé murmurando a solas y mirando con inquietud, primero por encima de su hombro derecho y después del izquierdo. Mi habitación estaba muy silenciosa. El gato había desaparecido y me habían puesto una colcha limpia. Sin embargo, tuve que hacer acopio de fuerzas para obligarme a cerrar la puerta a mis espaldas. Me acerqué a la ventana y miré al exterior durante varios minutos. Solo eran las siete de la tarde, pero entre la niebla y las nubes bajas era imposible ver nada treinta centímetros más allá del cristal. Consciente de que solo estaba postergando la difícil tarea que me esperaba, atravesé la habitación y giré lentamente la llave en la puerta de Sheila Kelly.

—¿Quién es? —titubeó.

—Necesito hablar con usted —dije.

Oí cómo retiraba el cerrojo del otro lado, aunque no abrió la puerta. Tuve que hacerlo yo misma. Cuando ella me miró, en sus ojos solo pude ver la más absoluta desesperación. Ni se movió ni dijo nada.

—Venga aquí donde nadie pueda oírnos —dije.

Ella se estremeció.

—No es seguro —susurró—. ¿No se da cuenta de que es tan poco prudente soltarme a mí como a… a un perro rabioso?

—Qué disparate —respondí vacilante.

No dejaba de retorcer las manos sobre su regazo.

—Dígame una cosa —dijo—. ¿Esta puerta estaba cerrada de su lado cuando el profesor fue asesinado?

Supongo que mis ojos me delataron, pues de repente dejó escapar un gritito ahogado.

—¡Entonces es verdad! ¡Maté al gato! ¡Maté al profesor! ¡Oh, Dios!

Me di cuenta de que Chet Keith estaba en lo cierto. Nadie allí tenía más miedo del que Sheila Kelly se inspiraba a sí misma. Estaba temblando de pies a cabeza.

—No puede seguir así, jovencita —dije con tanta severidad como pude.

Ella me miró como si no me viera.

—Se llevaron mi tijera de manicura y mi lima de uñas —susurró —. Se llevaron de mi habitación todo aquello con lo que pudiera… herir a alguien. ¡Qué idiotas! Como si tuviera intención de quitar de en medio a nadie que no sea a mí misma.

De modo que Chet Keith también había acertado en eso, pensé, tratando de no ponerme histérica como ella. Si Sheila Kelly se suicidaba, el caso estaría cerrado, como él había dicho. Ella quedaría como culpable y ahí acabaría todo. Recuerdo que de repente sentí que estaba a la altura de aquella situación, algo poco habitual en mí.

—No me cabe duda —dije— de que al asesino le encantaría verla desaparecer de escena.

Ella contuvo el aliento.

—¡El asesino! ¡Yo soy la asesina!

—No lo creo —declaré deseando estar en lo cierto.

Ella meneó la cabeza.

—Usted dijo que el profesor me tendió una trampa, que me hipnotizó para hablar y comportarme como Gloria Canby. También dijo que lo hizo para echarme a los lobos, pero ahora el profesor está muerto y… y…—su voz se quebró de repente.

—¿Y bien? —pregunté instándola a continuar.

—Hace un rato volví en mí en la habitación —susurró—. Estaba sentada en la silla inerte como un trapo, como siempre que despierto de un trance, y sin saber qué había estado haciendo. No sé cuánto tiempo he estado inconsciente.

—¿De veras? —dije apretando los labios.

—¿Es que no lo ve? —gritó—. ¡Estaba en trance, pero el profesor está muerto!

Recuerdo haberme agarrado con fuerza a los costados de mi silla.

—¿Quiere decir que estaba usted hipnotizada —tartamudeé— pero el profesor no pudo haberlo hecho?

—¿Y si fue la otra? —gimió.

—¡Eso es imposible!

—¡Igual que ha sido ella toda la semana! —gritó—. Les dije que no era el profesor. Se lo dije. ¡Estoy maldita! ¿No lo entiende? ¡Maldita! Ese demonio se ha apoderado de mí. ¡Me posee siempre que quiere!

—¡Imposible!

—Me obligó a robar las tijeras. Me obligó a robar su libro.

—¿Mi libro?

La muchacha se estremeció.

—Estaba escondido en mi bolsa de la lavandería. Lo encontré esta tarde. No sé cuándo lo cogí ni por qué. ¡Piénselo! Tampoco sé cuándo cogí las tijeras ni qué hice con ellas. El libro había desaparecido

cuando desperté del trance hace un rato.

—¿Desaparecido?

—Y la ventana estaba abierta.

—¡La había abierto usted! —exclamé.

—Tuve que hacerlo —respondió—. Estaba atrancada desde dentro, pero el alfeizar estaba todo mojado y había un cordel atado al pestillo. El cordel también estaba mojado.

—¿Y cree que bajó el libro desde su ventana con ese cordel?

—No lo sé —susurró—. Eso es lo que lo hace tan horrible, no saber nada. Es lo que sucede cuando ella… me posee.

Yo me encogí de hombros tratando de liberarme inútilmente de la angustia que me abrumaba.

—Si, como usted supone, hay algo sobrenatural en estos sucesos —dije muy seriamente—, ¿por qué iba el fantasma de Gloria Canby a tomarse tantas molestias para bajar un libro atado con un cordel desde la ventana, por el amor de Dios?

—No lo sé —volvió a decir.

—Y otra cosa: si el espíritu maligno de Gloria Canby, en posesión de su cuerpo, asesinó a su padre, ¿por qué tenía que estar la habitación a oscuras? Si todo lo que cuenta sobre ella es cierto, dudo que le importara lo más mínimo ser vista.

Ella contuvo la respiración.

—Entonces, usted cree… sigue creyendo…

—Que le han tendido una trampa —declaré con firmeza—. Aunque es imposible, suponiendo que sea usted poseída a voluntad por un espíritu maligno, ¿por qué iban a ser necesarios todos esos objetos físicos, como mi libro y las tijeras de Dora Canby? Me parece el colmo de la ridiculez que un fantasma vengativo tenga que preocuparse por todas esas florituras.

Por alterada que estuviera, la muchacha no era estúpida.

—O estaba en trance cuando cogí todas esas cosas o lo hice deliberadamente —dijo—. ¿Es eso lo que piensa? ¿Que he estado fingiendo desde el principio? ¿Qué no estaba en trance ni esta noche ni ninguna otra?

—No —respondí—. Desde el principio he mantenido que los trances eran auténticos.

—¡Pero el profesor está muerto! —gritó dejándose arrastrar de nuevo por la desesperación—. Y yo… los trances, los trances continúan.

Puse mi mano en su brazo.

—Usted le contó a Chet Keith que esto nunca le había sucedido antes. Perder la consciencia de esta manera en horas de oficina, según su expresión.

Ella me miró de repente.

—¿Dónde estaba la primera vez que sucedió?

—¿Dónde estaba?

—La primera vez que volvió en sí y descubrió que había estado en trance de forma inesperada.

Su rostro cambió.

—No es fácil recordarlo —dijo titubeante—. Es todo tan… confuso. Quiero decir, en mi cabeza.

La miré fijamente. ¿Se estaba burlando de mí? Debía admitir que era una posibilidad. Desde el principio yo había decidido que era imposible que la hubieran hipnotizado para asesinar a Thomas Canby porque iba contra su código ético, pero ¿qué sabía yo en realidad sobre el código ético de Sheila Kelly? Lo cierto es que no había ninguna prueba sólida que confirmara mi obstinada convicción de que era inocente, y por si fuera poco la chica era actriz. No le resultaría difícil engañarme, pensé conteniendo un escalofrío.

No me importa confesar que pasé un mal rato antes de que la muchacha continuara.

—Recuerdo haber ido a dar un paseo —dijo lentamente.

—¿Sí?

Yo la observaba atentamente y tuve la sensación de que estaba haciendo un esfuerzo por abrirse paso entre sus confusos pensamientos.

—Recuerdo haber visto lápidas… vi lápidas.

—¡Lápidas!

—Muchas lápidas cubiertas de musgo gris. Y después… no recuerdo nada.

—Piense —insistí—. Intente pensar qué sucedió.

Su rostro estaba mortalmente pálido.

—¡No puedo! ¡No puedo!

Yo la miré con impotencia.

—Suponga que se encontró con alguien durante ese paseo —dije —, alguien que tenía motivos para querer controlar su mente.

Ella me miró abriendo mucho los ojos.

—Suponga que esa persona intentó hipnotizarla y lo consiguió —continué—. Suponga que él o ella le ordenó olvidar todo lo sucedido. Suponga que le ordenaron olvidar que se había encontrado con dicha persona.

Ella seguía lívida.

—Si me ordenaron que debía olvidar algo estando en trance, lo haría —susurró.

—Pudo haber hablado docenas de veces con esa persona, pero si le ordenó no recordar, no lo haría, ¿verdad?

—No.

—Es posible que se encontrara con esa persona por la carretera en

más de una ocasión —la miré fijamente—, ¿no es cierto?

Ella se estremeció.

—Esta semana he… he salido a pasear todas las tardes.

—Es posible que la obligara a ensayar repetidas veces su papel de Gloria Canby. ¿Si le hubiera ordenado no recordarlo no lo haría?

Llegadas a ese punto mi imaginación iba cada vez más deprisa.

—El profesor logró acabar con su resistencia a la sugestión mental —deduje triunfante—. Supongo que decidió reducirla al mínimo por si la verdad llegaba a saberse y luego alguien se aprovechó de ello.

La esperanza volvió a iluminar sus ojos.

—¿Usted cree que alguien que no era el profesor ha estado hipnotizándome sin que yo lo sepa?

—Es la única explicación sensata si dejamos a un lado todas esas estupideces sobrenaturales.

La muchacha no dejaba de temblar.

—Alguien ha estado… alguien…

—Le han tendido una trampa para endosarle el asesinato —sentencié.

—¡Si fuera capaz de creerla! —exclamó dejando escapar un sollozo.

—Es un plan demoníaco —dije con vehemencia—, porque no solo la han hipnotizado para incriminarla, también la han obligado a creer que es culpable.

Sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Casi ha conseguido que recupere la esperanza.

Yo la miré con atención.

—No es usted de las que van dejando sus horquillas por ahí cada vez que comete un crimen, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No suelo extraviar cosas y menos las horquillas.

—Exacto —dije—. Y no mató a Thomas Canby ni a nadie más.

Las lágrimas humedecieron sus mejillas.

—Que Dios la bendiga —susurró.

Me aclaré la garganta.

—Y no volveremos a hablar de todo eso de acabar con su vida, ¿verdad?

—No, señorita Adams —respondió dejando escapar un largo suspiro—. Pero si, como usted dice, alguien me ha estado hipnotizando sin que yo lo supiera, ¿quién es?

Las dos nos miramos a los ojos un instante y no tardé en notar cómo disminuía mi entusiasmo.

—No tengo la menor idea —admití débilmente.

Ella dio un respingo y se puso tan blanca que me apresuré a hacerle una promesa.

—Pero lo averiguaré —dije.

Capítulo 14

Casi una hora más tarde, tras investigar ciertos detalles por mi cuenta, conseguí arrancar a Chet Keith del teléfono al que parecía haberse pegado con cola. Hasta entonces no me había percatado de que, aunque estábamos aislados del resto del mundo, él se las ingeniaba para obtener información privilegiada sobre ciertas personas del hotel. El asesinato de Thomas Canby había arrastrado hasta el escenario del crimen a un enjambre de periodistas que no habían podido pasar de Carrolton. Mientras Chet Keith estaba en el corazón de la tormenta, por así decirlo. A cambio de historias de primera mano acerca de lo ocurrido, sus colegas reporteros hacían para él decenas de consultas y recados, no sin protestar, por lo que pude sacar en claro escuchando el final de la conversación.

—Claro, al gran público no le interesan lo más mínimo los empleados de Thomas Canby, pero a mí sí, ¿entiendes? —le replicó al insubordinado al otro lado de la línea telefónica—. Y sabes que estoy en situación de imponer los términos. Si quieres información exclusiva sobre lo que pasa aquí, tienes que bailarme el agua, Soaper. De lo contrario no tendrás nada, ¿y cómo crees que se lo va a tomar tu editor jefe, amiguito?

Al parecer Soaper vio la luz, pues Chet Keith esbozó una sonrisa sin despegarse del auricular.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo—, puede que solo sea asalto y hurto mayor y alguna otra cosilla, pero como tú mismo has señalado, no puedes hacer nada al respecto. Así que manos a la obra. Necesito todo ese material inmediatamente, o incluso antes.

Colgó el auricular y me miró con expresión de cansancio.

—¿Y bien, señorita Adelaide?

Las arrugas de su cara se hicieron más profundas mientras escuchaba mi nueva teoría sobre el caso.

—¡Usted cree que alguien, sin que Sheila Kelly lo supiera, ha estado hipnotizándola y obligándola a incriminarse! —exclamó haciendo una extraña mueca—. Imagine que semejante posibilidad se le ocurriera al *sheriff* Latham.

—Sería como agitar un capote delante de un toro —admití.

—¡Incluso a mí me parece increíble! —dijo apesadumbrado—. Pero, como usted misma ha comentado, es la única explicación sensata si excluimos lo sobrenatural.

—Si es que el *sheriff* no tenía razón desde el principio —dije

titubeante— y efectivamente Sheila Kelly es la asesina y está fingiendo los trances.

—Ninguno de los dos creemos eso —protestó él enseguida.

—No —respondí—, aunque puede que eso se deba a mi tendencia a no seguirle al juego a las autoridades.

Él continuó sin prestar atención

—Patrick Oliver y el profesor idearon un plan para engañar a Dora Canby, un plan mezquino pero que no incluía el asesinato. ¿Hasta aquí estamos de acuerdo?

—Sí —respondí algo contrariada, preguntándome si estaba intentando aclarar sus ideas o las mías.

—Entonces alguien vio la oportunidad de librarse de Canby colgándole el muerto a Sheila Kelly.

—Sí —volví a decir.

—De modo que decidió probar suerte también con el hipnotismo —murmuró sin demasiada convicción.

—Posiblemente no estaba seguro de si tendría éxito, aunque me atrevería a decir que pensó que no perdía nada intentándolo. E imagino que como la muchacha estaba en esas condiciones, también consideró que sería fácil dominarla mentalmente. —De repente me estremecí—. Es posible… es posible incluso que un hipnotista aficionado lo hubiera conseguido sin demasiado esfuerzo.

Él me miró fijamente.

—¿Un aficionado?

—No necesitaba ser un experto, o la muchacha no lo requería. Tampoco podemos obviar la posibilidad de que nuestro culpable sea una mujer.

—Pudo ser cualquiera que estuviera presente durante la sesión de espiritismo de la otra noche y que estuviera en el hotel cuando comenzaron las apariciones de Gloria.

—Exacto —reconocí a regañadientes—, y eso incluye a todos los miembros de la familia Canby. Incluso a Jeff Wayne. Llegó aquí hace una semana con Lila Atwood y su marido.

Él me miró sorprendido y yo fruncí el ceño.

—¿Cree que podríamos excluir a alguno de ellos?

—Dora Canby odiaba a su marido. Lo culpaba por la muerte de su hija, a la que adoraba. El motivo está ahí, pero… —Meneó la cabeza dubitativo—. Si lo que sospechamos es cierto, el asesino cuenta con dos grandes ventajas: ingenio y una mente brillante.

—Por lo que he leído sobre el tema —dije—, más que inteligencia, hacen falta fuerza de voluntad y un don natural como hipnotizador.

—Incluso así, Dora Canby me parece la mujer con menos carácter que he conocido jamás.

—¿Porque es retraída?

—Porque es incapaz de controlar su propia vida y menos aún de dominar diabólicamente a otra persona.

Yo resoplé.

—¿No se le ha ocurrido pensar que, a pesar de la considerable presión que habrá supuesto para ella tener que soportar a su marido, un hombre despiadado y dominante, Dora Canby ha vivido precisamente la vida que prefería vivir?

—Supongo que en cierto modo es lo que ha hecho.

—¿No constituye una notable muestra de fuerza de voluntad su insistencia en negar de manera sistemática el verdadero carácter de su hija y el modo en que al parecer sigue haciéndolo? No pocas veces he tenido ocasión de comprobar que, de la manera más discreta, las personas supuestamente débiles suelen tercas como mulas.

Él frunció el ceño.

—Pensándolo bien, Dora Canby no ha dejado pasar una sola oportunidad de hacer creer a todo el mundo que Sheila es la reencarnación de su hija muerta y por lo tanto la asesina.

—Precisamente —dije, y lo miré con interés—. ¿Conoce los experimentos que se están llevando a cabo la Universidad de Duke sobre telepatía y transferencia mental?

Pude ver que le sorprendía la aparente irrelevancia de mi pregunta.

—Solo superficialmente —respondió—. Una vez escuché un programa de radio sobre el tema. Con una fue suficiente.

Se estaba refiriendo a un programa patrocinado por los fabricantes de un producto muy conocido a nivel nacional. Se trataba de una serie de pruebas para medir capacidades mentales poco conocidas. Se conocen con el nombre Test PES, creo, por «percepción extrasensorial» o algo así. En cualquier caso, el sujeto debe concentrarse mientras ciertos «emisores» en el mismo estudio llevan a cabo misteriosas actividades. La noche que yo escuché el programa lanzaban monedas al aire y la gran audiencia invisible tenía que intentar captar las vibraciones mentales por simple telepatía y anotar en una tarjeta si los emisores habían sacado cara o cruz. A pesar de la opinión de Ella Trotter yo siempre he sido una mujer de mente abierta, de modo que en aquella ocasión me concentré dispuesta a anotar mis impresiones, pero no recibí ni una.

—Según los anunciantes —seguí explicando a Chet Keith—, una asombrosa cantidad de gente obtuvo notables resultados. Aunque imagino que, igual que me ocurrió a mí, usted se quedaría en blanco.

Él sonrió.

—Tampoco se puede decir que sea usted de las crédulas.

Continué con expresión seria.

—Citando al doctor Rhine, la ciencia se está viendo obligada a reconocer *Las nuevas fronteras de la mente*. Así se titula su libro. Es decir, parece cierto que el pensamiento puede ser transferido sin palabras y a considerable distancia.

Él me miraba con mucha atención.

—Después de la invención de la radio casi cualquier cosa me parece posible —admitió.

Yo asentí.

—La teoría es la misma. Ciertos individuos parecen poseer por naturaleza habilidades receptivas. Es decir, funcionan como aparatos receptores de radio. Otros funcionan mejor como emisores. No parece haber razones concretas que justifiquen lo uno ni lo otro. Al menos por el momento, la ciencia no ha sido capaz de establecer leyes fiables para predecir qué tipos de mentes reaccionarán favorablemente a las pruebas. Se diría que es uno de esos talentos con los que se nace; talentos que, como afirman los inventores del principio, uno puede poseer en mayor o menor medida, aunque sin saberlo a menos que alguien se lo indique. —Yo lo miraba muy fijamente—. No me cabe duda de que mucha gente lo descubrió gracias al programa de radio que usted ha mencionado.

Él enrojeció ligeramente.

—Por Dios santo, ¿adónde quiere llegar?

Ya no pude seguir conteniendo mi entusiasmo.

—Había cierta información que necesitaba —dije—, de modo que puse a Fannie Parrish a trabajar en ello. Como resultado, ahora dispongo de dicha información, al menos parcialmente.

—¿Quiere ir al grano?

—Hace varias semanas, en el salón principal de la mansión Canby en Nueva York, un nutrido grupo de personas se sometió a los test PES.

Vi cómo apretaba los labios.

—Continúe.

—Según tengo entendido, la familia Canby al completo estaba presente a excepción del patriarca, que al parecer sentía el más profundo desprecio por esa clase de cosas. Por otra parte, desde la muerte de su hija la señora Canby ha estado enfermizamente interesada en todo lo relacionado con el ocultismo. Ese, por supuesto, es el motivo por el que a Patrick Oliver se le ocurrió inmediatamente que sería una presa fácil para el profesor.

—¿Ocultismo? —repitió—. Me pareció entender que los patrocinadores de esos experimentos no pretendían aludir a ninguna clase de habilidad sobrehumana. ¿No hablaban de la telepatía desde un punto de vista estrictamente científico, como una cualidad extraordinaria del cerebro pero en absoluto sobrenatural?

—Por supuesto —respondí con impaciencia—, aunque dudo que Dora Canby aceptara nunca esa explicación.

—¿Y dice que en casa de los Canby todos hicieron las pruebas PES? —repitió a media voz.

—Según el informe de Fannie Parrish, Judy Oliver obtuvo unos resultados asombrosamente precisos en la recepción de ondas mentales.

—¡Judy Oliver! —exclamó.

—Tan precisos que alguien sugirió seguir poniéndola a prueba.

—¡Ah, no creo que lo hicieran!

—Judy salió de la habitación y cerró la puerta mientras todos los demás, uno por uno, hacían alguna cosa, desde afilar un lápiz hasta correr las cortinas o enderezar un cuadro, concentrándose al mismo tiempo en transmitirle lo que hacían mientras Judy aguardaba en el pasillo.

—¿Y bien?

Aguardé unos segundos deliberadamente para aumentar el suspense.

—Igual que usted, Lila Atwood y Patrick Oliver no consiguieron nada.

—¡Continúe! —exclamó al ver que yo hacía otra provocadora pausa.

—No habían demostrado ninguna habilidad como receptores durante la sesión anterior y tampoco lo hicieron después como emisores.

—¿Intenta atormentarme con este suspense? —dijo en tono apremiante—. ¿Alguno de ellos demostró talento telepático para transferir pensamientos?

Sospecho que mi voz dejó parcialmente en evidencia la vanidad que me embargaba por mi descubrimiento.

—Le sorprenderá saber que dos personas del grupo tuvieron un éxito casi absoluto al transmitirle telepáticamente a Judy lo que estaban haciendo. Y se les daba tan bien, según tengo entendido, que la hicieron salir de la habitación una docena de veces o más para repetir el experimento y, siempre según mi informante, en el noventa por ciento de los casos ella repitió en detalle las acciones exactas que esas dos personas habían llevado a cabo en su ausencia.

Creo que al llegar a ese punto debía haberme puesto pálida, porque él me miró sorprendido.

—Está bien —dijo—, dos personas de la familia Canby tienen el don de transferir sus pensamientos a un sujeto receptivo como… como sin duda es Sheila Kelly. Y ahora ¿será tan amable de dejarse de misterios y decirme los dos nombres?

—Eran —dije con seriedad— Dora Canby y su sobrino menos

querido, Allan Atwood.

—¡Allan Atwood!

—Y Dora Canby —repetí con firmeza.

—¡Ha conseguido usted apurar la criba hasta esos dos!

—Tan solo le he mostrado, y espero que esté satisfecho, que al menos otras dos personas aquí en el hotel poseían el equipamiento mental necesario para emular al profesor Matthews a la hora de sugestionar mentalmente a Sheila Kelly.

Los dos nos miramos y su rostro había palidecido de repente. Creo que al principio no le había concedido mucha importancia a mi teoría. Estoy segura de que había decidido aferrarse a ella como un náufrago se aferra a un tablón a la deriva tras un naufragio, aunque sin convicción. Sin embargo, ahora su actitud había sufrido un drástico cambio.

—Alguien controla por completo la mente de esa muchacha —susurró—. ¡Alguien que no se detendrá ante nada!

—Es la única explicación sensata —repetí obstinadamente.

—¿Pero se da cuenta de lo que significa? —preguntó apretando los puños—. La han obligado a incriminarse a sí misma. La han arrastrado al límite de la desesperación y no quiero ni pensar qué más la obligarán a hacer.

Yo asentí segura de que mi rostro estaba tan pálido como el suyo.

—No creo que ella vaya a resistir mucho más —repliqué—. Por eso le prometí averiguar quién está detrás de este endemoniado asunto.

—¡Hasta que lo logremos —dijo con voz ahogada—, estará a merced de ese hombre!

—O mujer —me sentí obligada a señalar.

Capítulo 15

Fue Ella quien me recordó que no había cenado y que el comedor cerraría en cuestión de minutos. Yo protesté diciendo que no tenía apetito. Incluso llegué a decir que no entendía cómo alguien poder tener estómago en aquel lugar para sentarse a comer después de todo lo que había sucedido. Pero fue como hablarle a la pared.

—Claro que tienes hambre —replicó Ella empujándome a través del vestíbulo—. Necesitas recuperar fuerzas, Adelaide. Hay otra sesión con el juez dentro de media hora.

—Lo sé tan bien como tú —respondí sin más.

Ella se encogió de hombros.

—Aunque te hayas pasado la última hora conspirando con Chet

Keith, dudo que logréis nada.

—¿Lograr qué? ¿Conspirando dices? —pregunté algo crispada.

—Sabes muy bien a qué me refiero —dijo Ella arrugando la frente —. Tú y ese joven reportero estáis decididos a sacar de este embrollo a Sheila Kelly.

Traté de interpretar la expresión de su cara, pero Ella puede ser absolutamente inescrutable cuando quiere.

—El señor Keith solo está interesado en que se haga justicia, igual que yo —comenté con la mayor solemnidad.

—¿De veras? —replicó Ella con esa deplorable costumbre de echar mano de expresiones de moda.

No se me ocurrió ninguna respuesta lo bastante contundente, de modo que me conformé con apretar los labios y mirar el menú. Para mi tranquilidad, Ella pareció darse por satisfecha con eso. Ya era tarde, de modo que teníamos el comedor prácticamente para nosotras. Solo estaba Allan Atwood en la mesa de los Canby, jugueteando con la comida y absorto en sus pensamientos; unos pensamientos penosos a juzgar por su sombría expresión.

No fui consciente de estar observándolo hasta que Ella se fijó en mí.

—Es un inadaptado torpe y tímido —dijo—, gracias a Thomas Canby y a su hija Gloria. Parece que le amargaron la vida al muchacho durante años, pero ¿crees que un tipo incapaz de atravesar una habitación sin machacarse la espinilla contra una silla podría desenchufar el cable de una lámpara, cortarle el cuello a un hombre a oscuras y luego volver a sentarse en su silla, todo ello en menos de un minuto y sin cometer ningún error?

—Yo no he acusado de asesinato a Allan Atwood —protesté, aunque me temo que parecía lo contrario.

—Es completamente evidente —comentó Ella con cierta acritud— que tú y ese reportero estáis decididos a colgarle el sambenito de culpable a cualquiera con tal de salvar a Sheila Kelly.

—¡No seas absurda! —protesté—. Ya te he dicho que solo quiero que se haga justicia.

—Incluso habéis intentado dar a entender que esa pobre Judy Oliver era cómplice —continuó Ella indignada—. ¡Como si Patrick no fuera la persona más transparente del mundo!

—Fue él quien trajo al profesor aquí.

—Y mira cuánto tardó en admitirlo en cuanto lo presionaron —señaló Ella.

—No creo que el asesino sea Patrick —admití.

—¡Eso espero! —exclamó Ella—. ¡Y tampoco Judy! ¿Te haces una idea del valor que hizo falta para confesar delante de Jeff Wayne que está enamorada de él, a pesar de que ese joven aprovecha cualquier

ocasión para demostrar que ella no le importa lo más mínimo?

—Claro que ella le importa —murmuré.

—Es cierto, se preocupa por ella —replicó Ella—, pero nunca lo admitirá mientras Sheila Kelly siga libre.

Entonces perdí los estribos.

—Ya que hablamos del tema, señora Trotter —dije—, también yo podría recordarle que su actitud no está siendo estrictamente imparcial.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Ella con más acritud que elegancia.

—Estás más que dispuesta a cargarle la culpa a Sheila Kelly, ¿no es así? A cualquier cosa, de hecho, mientras no implique a tus cachorros preferidos de la familia Canby.

Conociendo a Ella como la conozco, debería haberme dado cuenta de que no conviene ponerla a la defensiva, y me asaltaron las dudas nada más hacerlo, pero entonces ya era demasiado tarde.

—Me gustan Judy Oliver y Patrick, ese joven pícaro —dijo Ella—. También me gusta Allan, aunque sea un gamberro. Incluso siento cierta admiración por Lila Atwood, aunque permita a ese Hogan Brewster revolotear a su alrededor por las buenas. ¿Y qué, Adelaide?

Me lanzó una mirada desafiante que me puso realmente nerviosa.

—Y nada —gruñí—. Pero yo tengo derecho a hacer lo mismo. Me gusta la joven Kelly. Al menos siento una lástima terrible por ella y no creo que sea una asesina.

Ella me miró de un modo muy extraño.

—¿No se te ha pasado por la cabeza que puede que esos dos te estén poniendo un velo sobre los ojos?

—¿Qué dos?

—Chet Keith y Sheila Kelly —explicó—. Los dos se conocían de antes. La primera vez que los vi juntos me pareció que había algo entre ellos. Y sigo pensando lo mismo. ¿No te parece curioso que él apareciera en escena justo ahora?

—¿Adónde pretendes ir a parar, si es que lo sabes?

—Los grandes periódicos metropolitanos no suelen enviar a sus mejores hombres a lugares recónditos como este justo antes de un asesinato.

—A mí me dio a entender —anuncié con actitud altiva— que su editor jefe en la ciudad recibió un soplo, algo relacionado con Thomas Canby. Un hombre que, si no me equivoco, siempre fue noticia sin necesidad de que lo asesinaran.

Ella se inclinó ligeramente hacia delante.

—Supongo que fue Sheila Kelly quien envió ese soplo, Adelaide, si es que realmente se envió. Supón que todo es un montaje llevado a cabo entre Chet Keith y ella para asegurarse la fortuna de los Canby.

Supón —detecté algo en su tono de voz que me hizo sentarme muy erguida de repente— que te están utilizando para llevar su plan a buen puerto, Adelaide.

Era posible, no podía negarlo. Desde luego, sin mi cooperación Chet Keith no habría podido manejar al juez y al *sheriff* del modo en que lo había hecho.

—¿Cómo sabes que no se están aprovechando de ti por ser una gallinita sensiblera? —preguntó Ella.

—¡Qué ocurrencia! —exclamé indignada—. Me han llamado vieja arpía. Y no voy a molestarme en rebatir semejante acusación. Pero me niego rotundamente a aceptar que se refieran a mí como ni como gallinita ni como sensiblera.

—¡Sandeces! —exclamó Ella—. Siempre has sido el adalid de los desvalidos, Adelaide. Esa chica no tuvo que hacer más que un par de mohines para que el corazón se te derritiera como la mantequilla.

—¡Qué ocurrencia! —volví a decir titubeando, y con la paralizante convicción de que Ella había dado en el clavo y el clavo no era otra cosa que mi cabeza.

—Sería diferente si todo el mundo estuviera de su lado —continuó Ella sarcásticamente—. Pero sabes muy bien, Adelaide, que eres profundamente incapaz de resistirte a la tentación de llevar la contraria.

—Sabes que tengo mis propias ideas. Si eso es llevar la contraria… —respondí con brusquedad.

Ella no parecía impresionada.

—Pues en esta ocasión no lo parece, Adelaide —replicó, y frunciendo el ceño añadió—: ¿Cómo sabes que esa chica no trajo a Chet Keith hasta aquí para que la ayudara a asesinar a Canby?

—¡Qué disparate!

—Naturalmente, después también tuvieron que librarse del profesor.

—¿Por qué naturalmente? —pregunté sintiéndome algo mareada.

—Él sabía bastante sobre hipnotismo para no tragarse el numerito de Gloria Canby.

—¿No lo hizo?

—Al principio se asustó muchísimo, igual que me sucedió a mí —reconoció—. Pero después de sumar dos y dos encontró una respuesta satisfactoria para lo que estaba sucediendo.

—¿Tú crees?

—Esta mañana no estaba asustado. Parecía un gato que acaba de encontrar un nido de pájaros.

—Estoy de acuerdo.

—Había resuelto el misterio —dijo Ella—. Estoy convencida.

—Y por tanto tenía que morir —comenté pretendiendo ser

irónica.

—Era eso o darle al verdadero culpable una parte de la fortuna de los Canby —explicó Ella—. De modo que Sheila Kelly o Chet Keith, elige tú misma, lo asesinó.

Respiré hondo antes de hablar.

—Acabo de recordar que Chet Keith no pudo haber matado al profesor, Ella. El asesinato solo pudo cometerse mientras el agente Butch estaba en mi habitación.

—Eso nadie lo discute.

Me sentí mucho mejor.

—Juro solemnemente que Butch y Chet Keith entraron en mi habitación al mismo tiempo y, aunque no puedo hacer lo mismo con el resto de la gente durante la confusión de los minutos siguientes, sí doy fe de que Chet Keith no se ausentó en ningún momento hasta que todos salimos en tromba al pasillo después de que Butch diera la voz de alarma por el profesor.

—Entonces lo mató la chica —dijo Ella con tanta convicción que sentí un nudo en el estómago.

—Durante la investigación de esta tarde se comentó que la chica no pudo haber salido de su habitación —repliqué algo titubeante.

Ella me miró fijamente unos instantes.

—Fue Chet Keith quien lo dijo —replicó—. Desde el principio ha hecho todo lo posible por desviar la atención de Sheila Kelly.

Mi sentimiento de culpa no era la compañía más grata en esos momentos y me di cuenta de que mi voz no sonaba tan firme como me habría gustado. No obstante, intenté llevar la batalla al terreno de Ella.

—Pensaba que eras de los que creían que la chica estaba controlada por el espíritu de la difunta Gloria Canby —tartamudeé.

Me desconcertó que Ella me dedicara una mirada compasiva.

—Estás menos segura de lo que pensaba si te ves obligada a recurrir a ese argumento, Adelaide —dijo.

—Entonces ¿ya no lo crees?

Ella resopló.

—Una idea que hasta este momento tú desdeñabas, Adelaide. Por no decir que te mofabas abiertamente de ella.

—Nunca he creído que los muertos puedan regresar —respondí con firmeza—. Y sigo sin creerlo.

Ella asintió con la cabeza.

—Me pareció demasiado exagerado, o demasiado teatral, si quieres, el modo en que aparecían esos gatos y las horquillas color ámbar como las que usaba Gloria Canby —dijo frunciendo el ceño—. Me cuesta imaginar a un fantasma preocupándose por dejar pistas tan obvias, ¿a ti no, Adelaide?

—Me cuesta imaginar fantasmas y punto —confesé compungida.

—Todo resulta demasiado rebuscado —se quejó Ella—, como si alguien con gustos literarios escabrosos se hubiera propuesto escribir su propia historia de horror. Los murciélagos, por ejemplo, o esa espantosa risa de Sheila Kelly cuando se supone que está poseída por Gloria Canby. Y cómo ha cambiado su peinado y su manera de maquillarse durante la última semana para parecerse más a la chica muerta.

Yo me moví incómoda en la silla.

—¿Ahora intentas sugerir que Sheila Kelly ha intentado parecerse

a Gloria Canby deliberadamente?

—Resulta fácil imaginar esos gustos truculentos en un reportero policial y una exbailarina de club nocturno, ¿no crees, Adelaide?

—No sé qué decirte —respondí seca.

Sin embargo, como Ella había señalado, visto en perspectiva todo parecía demasiado rebuscado. Quienquiera que fuera la persona que había inculpado a Sheilla Kelly se había tomado muchas molestias cuidando hasta el último detalle. Sin duda la joven había recibido órdenes de peinarse de otra manera y había algo teatral tanto en sus gestos como a la hora de escoger sus palabras mientras encarnaba a Gloria Canby, exactamente como si hubieran sido ensayadas por alguien con un gusto excesivo por el melodrama.

—No estaría tan preocupada —continuó Ella dejando escapar un suspiro— si no hubiera sido yo indirectamente la responsable de que estés aquí, aunque, eso sí, contra mi voluntad.

Lo que sí había conseguido era enfadarme. Con frecuencia Ella y yo teníamos ese efecto la una en la otra.

—Sé cuidar de mí misma —respondí con arrogancia—. Siempre lo he hecho.

—Eso creía el profesor —me recordó Ella—. Sin duda pensaba que había encontrado una mina de oro, pero mira dónde está ahora.

—¿Intentas asustarme, Ella?

—No, solo intento advertirte, igual que Chet Keith advirtió o amenazó al profesor Matthews esta mañana, que compartir secretos con un asesino no alarga la esperanza de vida.

De no haber tenido ningún cargo de conciencia, sin duda en ese momento le habría exigido a Ella que me dijera qué secreto creía que estaba protegiendo, y me atrevo a decir que el mero hecho de que no lo hiciera le dio mucho que pensar. Lo cierto es que no me atreví a encararme con Ella. No es propio de mí evitar cualquier desafío, pero eso hice, y dejando mi servilleta sobre la mesa con petulancia me levanté diciendo que ya le había seguido la corriente con lo de la cena y que esperaba que estuviera satisfecha.

—No —replicó Ella—. No estoy satisfecha, pero conociéndote sé que no conseguiré nada más.

Ni por un momento pensé que se refería a que apenas había tocado la comida, como Allan Atwood. Sin embargo, una vez más evadí la cuestión fingiendo que así era.

—Puedes arrastrar a un caballo hasta el río, Ella Trotter, pero no lo obligarás a beber —sentencié, aunque por su expresión me quedó claro que no había conseguido impresionarla.

Cuando volvimos al vestíbulo, encontramos a Fannie Parris asediando una vez más al capitán French para que le diera el último informe sobre el estado del puente.

—El departamento de carreteras insiste en que volverá a estar en servicio mañana por la mañana —dijo con voz cansada.

—¡Ay, Dios! Eso espero —murmuró la señorita Maurine Smith—. Hoy casi me han hecho sudar tinta a base de llamadas telefónicas. La prensa, ¿saben? —me dijo a modo de confidencia—. Creo que todos los periódicos del país han enviado corresponsales a Carrolton o han llamado. No sé qué habría hecho si el señor Keith no me hubiera dicho que él se encargaría de hablar con todos —añadió sonriendo con falsa modestia—. Naturalmente, como él es periodista, es el más indicado para informarlos, ¿no creen?

—Oh, naturalmente —respondí con aspereza, y no pude resistirme a mirar a Ella con aire triunfal—. Al parecer el señor Canby siempre ha sido material de grandes titulares.

Ella se limitó a levantar la cabeza con actitud altiva. Faltaban pocos minutos para las nueve, la hora señalada para retomar la inconclusa vista preliminar en el salón. Casi todos los implicados estaban esperando la señal para entrar en la sala, incluido el *sheriff* Latham, que se encontraba junto a la ventana conversando con Timmons, y ninguno de los dos parecía muy satisfecho en esos momentos. No había señales de Chet Keith y me pregunté dónde se habría metido. Incluso me acerqué a la puerta tratando de encontrarlo. Había dejado de llover, pero el viento seguía soplando con fuerza y el cielo estaba encapotado con nubes negras que avanzaban con rapidez.

—¿Está buscando a su *alter ego*, señorita Adams? —preguntó Hogan Brewster con su frívola sonrisa de costumbre.

Estaba justo detrás de mí, muy cerca de Lila Atwood, y cuando me di la vuelta con expresión contrariada la vi mirándome.

—A Hogan le encanta la ironía, señorita Adams —dijo la muchacha jovialmente—. Creo que solo intentaba dar a entender que está usted prendada del fascinante señor Keith.

—También tú lo encuentras fascinante, ¿verdad, Lila? —comentó Hogan Brewster haciéndole una mueca a Allan Atwood—. Pero bueno, lo cierto es que Lila siempre ha sentido debilidad por los hombres apuestos y elegantes, ¿eh, Allan?

Por un momento pensé que Allan iba a golpearlo y, aunque nunca me he considerado una persona violenta, recuerdo haber deseado que lo hiciera. A mi modo de ver, dadas las circunstancias, ningún marido que se respete a sí mismo puede ignorar esa clase de insulto. Y lo cierto es que resultaba penosamente evidente que, mientras Hogan Brewster era un hombre apuesto y elegante, Allan Atwood no era ni lo uno ni lo otro. Incluso me pareció que Lila Atwood miraba a su marido con impaciencia. Pero de ser cierto nos decepcionó a las dos.

—Nunca me ha preocupado lo más mínimo la clase de hombres

que le gustan a mi mujer, Brewster —dijo dando media vuelta, y de la que se iba se las arregló para tropezar con el paraguas que Fannie Parrish había bajado al vestíbulo, y con el que había dejado claro que pensaba ir a pie hasta el pueblo si había más asesinatos.

Hogan Brewster me sonrió.

—El bueno de Allan mete la pata cada vez que abre la boca.

Yo miré a Lila Atwood. Ella intentó sonreír, pero sus labios temblaban.

—No todo el mundo puede tener tus conocidas habilidades, querido —murmuró, y esta vez ni siquiera intentó apartar la mano de uñas perfectamente arregladas que él había apoyado en su brazo.

Por lo general no tolero ninguna clase de flirteo entre casados, sean hombres o mujeres, pero recuerdo haber pensado que si algún hombre se merecía que le sucediera aquello sin duda era Allan Atwood. Siendo Lila una mujer excepcionalmente hermosa, yo había supuesto desde el principio que el pobre y torpe Allan Atwood estaría perdidamente enamorado de ella. Ahora, sin embargo, me pregunté por primera vez si todo el mundo estaba equivocado al dar por hecho que este era el típico triángulo con el marido poco agraciado y el excesivamente atractivo tercero en discordia. Thomas Canby había organizado el matrimonio de su sobrino, eso era indiscutible, pero no por ello Allan Atwood le había entregado el corazón a su esposa. Al parecer había ocurrido justo lo contrario. Actuaba como si la odiara. Y según Fannie Parrish, incluso lo había declarado abiertamente. Embargada por una extraña sensación, me di cuenta de que, si mis ojos no me engañaban, Lila Atwood quería mucho más a su marido que este a ella.

—¿Todo listo para el próximo encuentro, señorita Adams? —murmuró alguien detrás de mí.

Me di la vuelta bruscamente.

—¿Dónde se había metido? —pregunté en tono apremiante.

Chet Keith desplegó una amplia sonrisa.

—Oh, aquí y allá, en todas partes —respondió de buen humor.

En ese momento el *sheriff* Latham miró a su alrededor frunciendo el ceño.

—Las nueve en punto —anunció señalando un enorme reloj de oro sujeto a su cinturón por una leontina de cuero trenzado.

Todo el mundo empezó moverse hacia la puerta del salón, que Mart Butler estaba abriendo en esos momentos. Me di cuenta de que contaba con muy poco tiempo, aunque estaba decidida a aprovecharlo al máximo. Ella había conseguido ponerme nerviosa y supongo que debí lanzarle una mirada severa a Chet Keith, pues me pareció que reaccionaba pegando un ligero respingo.

—Ese soplo a su editor en la ciudad —dije—, ¿fue Sheila Kelly

quien lo envió?

La pregunta le pilló completamente por sorpresa.

—¿Cómo diantre supo que…?

Dejó la frase a la mitad y me miró fijamente mordiéndose en labio superior.

—¿Así que fue ella? —pregunté sintiendo un nudo en el estómago.

Él sonrió irónicamente.

—Lo suyo es poner trampas, ¿verdad? —preguntó—. Está bien, fue ella. De no ser así dudo que hubiera dedicado mi semana de vacaciones a venir a este lugar.

—¿Su semana de vacaciones?

—Sí, señorita Adams, estoy aquí por cuenta propia, no por el periódico.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué clase de soplo era?

—Era un anónimo. Por eso el editor lo tiró directamente a la papelera.

—Ah, eso hizo, ¿verdad? —murmuré frunciendo el ceño—. ¿Y dice que era anónimo?

—Sí, pero era de Sheila. Quizá no hubiera reconocido su letra de no haber mencionado el tema del espiritismo. Pero en cuanto lo vi fue una revelación. Verá —dijo sonrojándose ligeramente—, hace tres meses intenté encontrarla y descubrí que había desaparecido de la ciudad en compañía de un falso espiritista, concretamente el profesor Thaddeus Matthews.

—Y dice usted que reconoció su letra, sin más.

Él me miró a los ojos sin parpadear.

—Sin más.

—¿Y por qué ella se puso en contacto con el editor de un periódico de Chicago para contarle lo que estaba sucediendo aquí? —pregunté abruptamente.

Él se encogió de hombros.

—Saqué en conclusión que la pobre chica estaba asustada. Me halagó pensar que a pesar de la mala opinión que tenía de mí en lo sentimental, no opinaba lo mismo como potencial amigo. Quizá soy más quijotesco de lo que creía posible antes de conocer a Sheila Kelly.

—¿Y usted creyó que ella había enviado esa nota deliberadamente a sabiendas de que caería en sus manos?

—Supongo que tenía usted razón al principio —respondió con una sonrisa burlona—. Me enamoré de esa chica hace un año y nunca lo superé, aunque preferí creer que sí. Tiene gracia en un tipo solitario como yo, ¿no cree?

A mí no me hacía ninguna gracia. Lo cierto es que, al menos en

parte, Ella tenía razón, pensé consternada. Sheila Kelly era la responsable de la presencia de Chet Keith en el hotel, y él y yo éramos los responsables de embaucar al *sheriff* y de jugar al escondite con las autoridades. De repente me asaltó una terrible visión del rostro exangüe del profesor Matthews, con aquel rictus espantoso sobre el horrible tajo carmesí abierto en su garganta.

—¿Cómo sabe usted —pregunté con voz temblorosa— que ella no nos está tomando el pelo a los dos?

Si en aquel momento él hubiera intentado quitármelo de la cabeza, creo que le habría contado toda la verdad allí mismo al *sheriff* Latham. Pero Chet Keith me hizo el enorme favor de bajar la guardia un instante, durante el cual intercambiamos una fugaz mirada.

—Santo cielo —gruñó—, ¿no cree que he estado pensando en eso la mitad del tiempo desde que llegué aquí?

—Puede que el *sheriff* tenga razón —volví a decir—. Quizá ella no es más que una excelente actriz representando una obra de teatro de varios millones de dólares.

—Claro —admitió Chet Keith con la expresión de un niño pequeño y desdichado. Después se cuadró de hombros haciendo un visible esfuerzo—. Mi fe depende de dos cosas, señorita Adams. Si ella pretendía matar a Canby ¿por qué me hizo venir hasta aquí? Y si ella mató al profesor ¿cómo volvió a entrar en su habitación estando la llave por fuera?

—Quizá ella lo necesitaba aquí —respondí despacio— para hacer exactamente lo que ha hecho. Manipular a los representantes de la ley y también a la prensa según sus propósitos.

—Ella no podía saber que una riada iba a arrastrar el puente.

—No —admití—, aunque para usted fue un alivio que sucediera eso. Y tendré que volver a recordarle que solo cuento con su palabra de que la llave estaba en el exterior de la cerradura de la puerta del profesor después del asesinato.

Él me miró; estaba pálido.

—¿Está sugiriendo que Sheila y yo estamos conchabados en este asunto? —preguntó enseñando los dientes.

—Aún me niego a creer que los trances son falsos —respondí lentamente—, pero de nuevo solo cuento con su palabra de que no obtuvo usted ningún resultado en las pruebas de percepción extrasensorial.

—¡Santo cielo, no creerá de verdad que soy el conspirador número uno! —protestó—. ¡Con Sheila en el papel de mi víctima!

—La gente ha hecho cosas peores por un millón de dólares, ¡y puede que la muchacha no sea en absoluto una víctima! —sugerí abatida—. Quizá me haya precipitado al pensar de ese modo. Después de todo, dejando a un lado sus propias protestas, no tengo ningún

motivo para creer que el asesinato vaya contra sus principios.

Él me miró realmente horrorizado.

—¡Cree que los dos planeamos todo esto y que yo la hipnoticé para que cometiera esos crímenes!

—O quizá solo la hipnotizó para que diera el espectáculo sin levantar sospechas, mientras usted cometía los crímenes.

Él se pasó una mano por la frente.

—Usted no cree eso —tartamudeó recordándome de nuevo a un niño pequeño y desesperado.

—Es posible, ¿no? —pregunté.

—Todo es posible en este maldito asunto —admitió con un gruñido—. Pero yo no soy hipnotista, señorita Adams, y apuesto mi vida a que Sheila es incapaz de matar. Alguien la ha incriminado valiéndose de la sugestión hipnótica, tal como usted sugirió, pero no me atrevo a sugerirle al *sheriff* semejante teoría, y menos aún a contarle que la puerta entre su habitación y la de Sheila no estaba cerrada con llave esta tarde. Al menos no hasta que haya conseguido exponer al verdadero asesino. —Tomó una gran bocanada de aire—. Deme una hora. Una hora nada más —me rogó.

Dudé, aunque por lo general no soy una persona indecisa, y en ese momento apareció Butch en el pasillo custodiando a Sheila Kelly. La joven tenía peor aspecto que nunca. Estaba más pálida y demacrada, si es que tal cosa era posible, pero al pasar a mi lado trató de esbozar una sonrisa. Supongo que Ella tiene razón y soy una gallinita sensiblera, aunque siempre me he preciado de lo contrario. Al menos esa fue mi única excusa para haber accedido a la petición de Chet Keith.

Capítulo 16

Ya estábamos todos sentados y Marty Butler había cerrado las puertas del salón cuando me di cuenta de éramos más que la última vez. Durante un segundo no reconocí al joven musculoso del elegante traje azul de sarga, con el pelo castaño cuidadosamente engominado y expresión cauta. Solo lo había visto antes en una ocasión y llevaba puesto el uniforme de chófer que lo hacía parecer más delgado, especialmente a la altura de los hombros. De hecho, solo estuve segura de su identidad cuando Cheit Keith lo llamó al estrado de los testigos.

—¿Era usted el chófer del difunto Thomas Canby? —preguntó el juez de instrucción siguiendo las notas que Chet Keith le había proporcionado.

—Sí.

—¿Se llama usted Jay Stuart?

—Sí.

Tenía una voz ronca y desagradable y al parecer estaba decidido a ser lo más lacónico posible. No dejaba de mirar a Chet Keith con evidente hostilidad. Más tarde supe qué había estado haciendo el periodista cuando le eché en falta en el vestíbulo. Estaba espiando al señor Jay Stuart, para disgusto de este.

—¿Durante cuánto tiempo trabajó para el señor Canby? —preguntó el juez a continuación.

—Unos tres meses.

—¿Y cuál era su ocupación antes?

El hombre frunció el ceño y vaciló, y en ese momento Chet Keith se inclinó ligeramente hacia delante.

—Será mejor que lo suelte, Stuart. ¡Puede estar seguro de que lo he comprobado!

Fue entonces cuando supe con certeza lo que Chet Keith le había encargado averiguar a su colega Soaper.

—No hay nada indigno en ser guardaespaldas —gruñó el chófer.

El juez parecía perdido y Chet Keith siguió hablando con una afable sonrisa.

—Desde luego no hay nada indigno en ser contratado para proteger a un hombre que cree que necesita protección. Me he tomado la molestia de comprobar que el señor Stuart ha desempeñado ese trabajo para varias personas, más o menos distinguidas, que se sentían más seguras con él en los alrededores.

El chófer clavó en él una mirada pétrea a indignada.

—Si ha hecho tantas comprobaciones, listillo, sabrá que nadie se ha quejado nunca de mis servicios.

—No —respondió Chet Keith—, todos sus antiguos patrones parecen estar de acuerdo en que es usted muy eficiente en lo que a sus peculiares talentos se refiere.

—Cuando me contratan para vigilar a un pájaro, lo hago —gruñó el otro.

—Sin embargo —dijo Chet Keith sin levantar la voz—, Thomas Canby fue asesinado.

El hombre se movió de repente en la silla.

—Sí —murmuró—, se lo cargaron.

—Con usted como guardaespaldas —dijo Chet Keith arrastrando las palabras.

Jay Stuart se irguió de hombros bruscamente.

—Conmigo como guardaespaldas —reconoció sin disimular su disgusto.

—En realidad —continuó Chet Keith—, Stuart, usted no estaba haciendo su trabajo cuando su patrón fue asesinado.

El hombre se ruborizó.

—No, yo no estaba durante la sesión de espiritismo, si a eso se refiere.

—A eso me refiero exactamente. ¿Por qué no estaba?

—¿Por qué no estaba dónde? —preguntó el otro irritado.

—En la sesión. Después de todo, lo habían contratado para que a Thomas Canby no le ocurriera nada. No podía hacerlo estando al otro lado de una puerta cerrada con llave.

Stuart le miró con fastidio.

—Órdenes del jefe —dijo con hosquedad.

—¿Thomas Canby le ordenó mantenerse al margen durante la sesión? —exclamé sin poder contenerme.

Él me miró como si pensara cuestionar mi derecho a intervenir, pero pareció pensárselo mejor cuando le devolví la mirada.

—Él me había ordenado hacer otra cosa en ese momento. Un hombre no puede estar en dos sitios a la vez —dijo tan a regañadientes como si le hubiera arrancado la información con un sacacorchos.

—Cierto —admitió alegremente Chet Keith—. Pero si Thomas Canby había decidido que necesitaba un guardaespaldas, ¿por qué iba a prescindir de él durante la sesión?

El chófer miró con desprecio la cabeza gacha de Sheila Kelly.

—El jefe no tenía miedo de ese fraude de profesor ni de la chica —dijo—. Y tampoco le daban miedo los fantasmas, ya que le interesa.

Chet Keith apretó los labios.

—¿De qué tenía miedo Thomas Canby, Stuart?

—¿Qué temen todos los hombres ricos? —murmuró el testigo—. Cartas amenazadoras, mangantes detrás de su dinero, secuestradores… Yo qué sé.

—¿Intenta dar a entender que Canby le contrató a causa de los vagos temores que rondan a cualquier hombre rico?

—Supongo que mientras acumulaba dinero también se buscó enemistades. Es frecuente en ese mundo.

—Y hasta hace tres meses no se le había ocurrido contratar a un guardaespaldas.

—Eso es.

Yo lo miré contrariada.

—Thomas Canby llevaba años recibiendo cartas amenazantes sin prestarles la menor atención —protesté.

—Ah, ¿sí? —replicó el chófer con una mueca burlona.

—Leí una entrevista suya una vez —expliqué— en la que mencionaba que recibía una media de dos por semana y no parecían inquietarlo lo más mínimo.

Chet Keith asintió.

—Por ese motivo lo he investigado, Stuart. Supe que era usted guardaespaldas en cuanto le puse la vista encima.

—Quizá se huele —se burló el hombre.

—No, pero el arma que llevaba la primera vez que le vi fue bastante elocuente. Y Canby no era de los que se alarman sin motivo.

—Cierto, tenía agallas —admitió el chófer dando muestra por primera vez de cierta vivacidad.

—Y aun así, de repente, hace tres meses decide contratar a un guardaespaldas sin razón aparente.

—Eso parece.

Chet Keith se acercó un poco más al otro hombre.

—¿De qué tenía miedo Thomas Canby, Stuart?

El rostro del chófer se cerró como si hubieran bajado un telón sobre él.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —preguntó de mal humor—. Él no me pagaba para hurgar en sus secretos.

—¿No?

—¡No!

—¿No sabe por qué Thomas Canby decidió súbitamente que su vida estaba en peligro? ¿Tanto como para contratar a un guardaespaldas profesional?

—Ya le he dicho que no me gano el pan hurgando en los asuntos ajenos.

Chet Keith le miró fijamente.

—Pues parece que ya no seguirá cobrando mucho tiempo de Thomas Canby.

—Me contrataron hasta el primero de mes.

—Sin duda cree que le resultará rentable mantener la boca cerrada.

—No sé a dónde quiere llegar.

—Creo que desde la muerte de Thomas Canby —murmuró Chet Keith— le ha salido un nuevo patrón.

El hombre palideció levemente.

—Ah, ¿sí? —gruñó.

—Alguien se está encargando de que le resulte lucrativo preservar los secretos de Thomas Canby.

—No te pueden arrestar por pensar —musitó el chófer, aunque me pareció que estaba nervioso.

Evidentemente Chet Keith pensó lo mismo, pues siguió adelante aprovechando su ventaja.

—Stuart, usted sabe de qué tenía miedo Canby. Sabe a quién temía y por qué. Si ha hecho un trato para mantener la boca cerrada, deje que le advierta que no se saldrá con la suya.

—¡Esa es su opinión!

—¡Exactamente! —replicó y, acercándose a él de repente, sacó una cartera del bolsillo de su chaqueta.

Era una cartera muy gruesa. Jay Stuart se levantó para quitársela, pero Chet Keith había actuado rápido. Desperdigó su contenido sobre la mesa que tenía delante. La cartera estaba llena de billetes nuevos y crujientes.

—Dadas las circunstancias —dijo Chet Keith—, ser cómplice de los hechos equivale a ser culpable. No quiere que lo cuelguen, ¿verdad, Stuart?

El hombre, ahora sí, estaba completamente lívido.

—No tiene nada contra mí.

—Nada excepto que esta misma mañana estaba sin blanca. Yo mismo lo oí decirlo. Dijo que había perdido todo su dinero en una mala partida hace dos noches. Dijo que le quedaba un solo dólar hasta el día de paga. Sin embargo, hace un rato lo observé con gran interés detrás del hotel mientras contaba billetes igual que un millonario.

—¡Maldito fisgón! —masculló el chófer—. Encontré ese dinero. Si no me cree, intente demostrar lo contrario.

—Esa es su versión, ¿verdad?

—Sí.

Chet Keith esbozó una desagradable sonrisa.

—El profesor pensó que le resultaría rentable mantener la boca cerrada y ahora está muerto. Se lo advertí a él y se lo advierto a usted: no es bueno para la salud confiar en asesinos.

El hombre se humedeció los labios como si los tuviera resecos. Miró furtivamente de un lado a otro de la habitación y de repente supe que estaba asustado. Creo que Chet Keith también se percató de ello.

—Diga la verdad, Stuart —dijo sin alzar la voz.

—He dicho la verdad —murmuró el hombre—. No me contrataron para entrometerme en los asuntos del jefe y no lo hice. Y si prefiero guardarme lo que sospechaba, es cosa mía.

—¿De modo que sospechaba algo? —preguntó Chet Keith.

El chófer le miró airado.

—No estoy sordo y tampoco ciego. Claro que sospechaba algo. Sospeché muchas cosas. De todas formas, el motivo por el que Canby me contrató no tenía nada que ver con su asesinato.

—¿Eso cree?

—¿No acabo de decírselo? La chica se cargó a Canby, pero él no me contrató por eso. Ella ni siquiera apareció en escena hasta más o menos dos meses después de que él me contratara.

—Exacto —replicó Chet Keith dedicándole una mirada triunfal al *sheriff* Latham, que se limitó a menear a cabeza con expresión desconcertada.

—El jefe sabía que alguien iba a por él, pero no pensaba que tuviera nada que temer de ese profesor de pega ni de la chica —dijo el chófer con desdén—. Por eso decidió que no me necesitaba en la sesión la noche pasada.

Yo intervine al instante.

—¿Y qué hacía usted mientras todos estábamos en la sesión de espiritismo?

Él me miró malhumorado.

—Explorar la montaña —respondió—. Pero eso no es asunto suyo, señora.

—¡Explorar la montaña! —repetí con incredulidad.

—El jefe quería asegurarse de no había nadie escondido aquí arriba.

Incluso Chet Keith pareció perplejo al oírlo.

—¿Thomas Canby sospechaba que podía haber alguien oculto en la montaña?

—Sí.

—¿Pensaba que había algún peligro para él en el exterior y no en el interior del hotel? —preguntó Chet Keith en tono apremiante y desconcertado al mismo tiempo.

—Eso es lo que parece, ¿no cree? —gruñó Jay Stuart.

—¿Y encontró indicios de que alguien que hubiera estado escondido en el Lebeau?

El chófer vaciló un instante y por segunda vez sus ojos recorrieron nerviosos la habitación.

—No —respondió.

Entonces hubo una interrupción inesperada.

—Ese hombre está mintiendo —dijo Jeff Wayne.

Todo el mundo se volvió hacia él, y había una triste expresión en su rostro cuando continuó.

—Lo oí informar al señor Canby antes del comienzo de la sesión la noche pasada. Dijo que no había terminado de explorar la montaña, pero que había encontrado un refugio carretera abajo. Dijo que parecía abandonado, aunque el suelo estaba repleto de colillas de cigarrillos y detrás había varias capas de marcas de neumáticos en distintas direcciones, además de manchas de aceite, como si hubieran aparcado un vehículo en alguna ocasión detrás de los árboles.

Chet Keith miró al chófer con seriedad.

—De modo que sí había alguien escondiéndose en la montaña.

—Primera noticia —respondió Jay Stuart con lo que solo puedo describir como una mueca burlona.

Su insolencia me hizo perder la paciencia.

—*Sheriff* Latham, ¿no es posible hacer hablar a un testigo si está obstaculizando deliberadamente la investigación de un caso de

asesinato? —pregunté exaltada—. Es evidente que este hombre ha aceptado un soborno a cambio de ocultar pruebas. Ese es un delito penado con la cárcel.

Una mueca se dibujó en el rostro del *sheriff*.

—Puedo decirle a Butch que lo saque a la calle para darle una tunda —sugirió en un tono jocoso del todo fuera de lugar, en mi opinión.

Butch se rascó una oreja, aparentemente incómodo, mientras Jay Stuart lo miraba con desdén.

—Ya me he enfrentado a auténticos expertos en la materia —dijo entre dientes—. No tienen nada contra mí. Encontré esos mil dólares. ¿Entienden? Los encontré y no hay más vuelta de hoja.

Chet Keith tenía la cara rojísima, y también yo, estaba segura.

Lo de estar rabioso siempre me había parecido una figura retórica, pero al ver la expresión tensa e indignada de Jay Stuart cambié de opinión.

—¡Usted sabe de qué tenía miedo Thomas Canby! —grité.

Y he de confesar que incluso agité el puño delante de su cara. Por un instante me pareció que vacilaba, pero apretó los labios con más fuerza aún. Recuerdo haber pensado que habíamos llegado a un callejón sin salida y me puse aún más furiosa. Entonces miré a Patrick Oliver.

—Todo es culpa suya —dije con acritud—. De no ser por usted y su hermana nada de esto habría sucedido.

Jeff Wayne se acercó más a Judy y me miró airado. Hasta el día de hoy Chet Keith insiste en decir que el joven Wayne jamás habría intervenido del modo en que lo hizo de no haberle provocado yo.

—El señor Canby contrató a este hombre —dijo dirigiendo una afligida pero desafiante mirada a Allan Atwood— y a un detective privado al mismo tiempo.

—¡Un detective privado! —exclamó Chet Keith.

El joven Wayne se sonrojó.

—Se supone que soy el quinto vicepresidente, a cargo del personal —explicó—. Me ocupo de las nóminas. Por eso lo sé.

Yo lo miré fijamente.

—¿Y para qué demonios necesitaba Thomas Canby un detective privado?

Jeff Wayne estaba lívido.

—Estaba investigando la muerte de Gloria —dijo en un tono de voz ligeramente más fuerte que un susurro.

—¿Quiere decir su suicidio? —pregunté abruptamente.

—Si fue un suicidio —susurró el joven.

Hubo un silencio electrizante durante el cual creo que todos los presentes contuvimos la respiración, y cuando miré a Chet Keith me

pareció que sus ojos iban a salirse de las órbitas.

—¿Está sugiriendo que Gloria Canby no se suicidó? —preguntó.

—Por supuesto que se suicidó —respondió Allan Atwood, aunque la expresión de su rostro contradecía sus palabras.

—De modo que supuestamente Gloria Canby se cortó las venas con una cuchilla de afeitar porque su padre pretendía encerrarla en un psiquiátrico, pero Thomas Canby fue el único que no lo creyó.

—Verá —dijo Jeff Wayne escogiendo penosamente sus palabras —, había una nota.

—¿Una nota?

—Una nota de su padre con un certificado adjunto del doctor donde decía que Gloria no estaba loca y no podía encerrarla.

—Gloria no llegó a leer esa nota —protestó Dora Canby—. La encontraron a su lado sin abrir.

Jeff Wayne se pasó una mano por la frente.

—Por eso Thomas Canby contrató a un detective. La nota fue encontrada sin abrir junto al cuerpo de Gloria. Solo que… el sobre había sido abierto, abierto y vuelto a sellar.

—¡Santo cielo! —exclamó Chet Keith.

—¡Thomas Canby creía que Gloria había leído la nota! —deduje entusiasmada—. Creía que había sido asesinada y el asesino volvió a cerrar la nota para aportar un supuesto motivo de suicidio.

—Eso no es cierto —susurró Dora Canby—. Todos oísteis a Gloria la última noche. Su padre la empujó a la muerte. Ella lo dijo, ¿no es verdad, cariño?

Allan Atwood miró fijamente al joven Wayne.

—Y además estaba la cuchilla de afeitar —dijo Jeff Wayne con expresión abatida.

—¿Qué pasa con la cuchilla? —preguntó Chet Keith en tono apremiante.

—Nadie usaba esa marca en casa. Nadie sabe cómo la consiguió. El detective fue incapaz de encontrar un solo indicio de que ella hubiera tenido nunca esa clase de cuchillas.

Yo estaba demasiado emocionada con mis piruetas mentales para guardar silencio.

—¡Por eso Thomas Canby contrató a un guardaespaldas! —anuncié triunfante—. Estaba decidido a atrapar al asesino de su hija. Sabía que estaba lidiando con un asesino, un asesino que ya había matado una vez y que no dudaría en volver a hacerlo para salvarse.

—¡Eso es absurdo! —protestó Allan Atwood clavando de nuevo su mirada en Jeff Wayne—. Gloria se suicidó. Jeff lo sabe y el tío Thomas lo sabía.

El joven Wayne respondió a su comentario con otro no menos violento.

—Te lo advertí, Allan —dijo desafiante—. Me parece bien que insistáis en no airear los trapos sucios de la familia. Pero la verdad es la verdad, y si el objetivo es culpar a Judy de todo este embrollo, yo me niego a seguir callando lo que sé. Thomas Canby pensaba que Gloria fue asesinada. Él me lo dijo y creo que te lo dijo a ti también.

—¡Thomas Canby descubrió que su hija fue asesinada! —gritó Chet Keith, y miró al *sheriff* con vehemencia—. Estaba a punto de descubrir al asesino, de modo que Canby tenía que morir y culparon del crimen a Sheila Kelly.

—No tenemos ningún motivo para creer que Canby sabía quién asesinó a su hija, si es que fue asesinada —protestó el *sheriff* Latham cínicamente.

Chet Keith parecía algo frustrado de repente.

—Canby sabía quién asesinó a su hija, ¿verdad, Wayne?

El joven Wayne negó con la cabeza.

—Lo que sospechara no se lo contó a nadie, pero yo creo que,aunque se negaba a rendirse, no fue capaz de encontrar pruebas suficientes contra nadie.

—Ahí lo tiene —murmuró el *sheriff* con irritante complacencia.

Una vez más no pude evitar tomar la iniciativa por las bravas.

—Thomas Canby era un feroz individualista —dije—. Si se proponía algo, jamás cejaba en su empeño hasta tener éxito. Sabiendo esto el asesino no tardaría en darse cuenta de que siempre iba a estar en peligro mientras Canby siguiera vivo para continuar sus pesquisas.

—Exactamente —intervino Chet Keith desafiando de nuevo al *sheriff*—. Ahí tiene el motivo. En cuanto Canby llegó al hotel, lo llamó a usted para que viniera. El asesino de Gloria Canby no sabía lo que había averiguado su padre. Probablemente pensaba que al fin había encontrado la prueba que había estado buscando o, como dice la señorita Adams, el asesino simplemente se dio cuenta de que nunca estaría a salvo mientras Canby viviera. En cualquier caso, aprovechó el exabrupto de Sheila Kelly durante la sesión de espiritismo para librarse del millonario definitivamente.

—¿Y cómo sabía él que el tío Thomas había telefoneado al *sheriff*? —objetó Allan Atwood—. Olvida usted que la persona de quien sospechaba el tío Thomas no estaba aquí en el hotel, sino escondido ahí fuera en la montaña.

Chet Keith lo miró muy serio.

—¿Dónde está el escondite que afirma haber encontrado, Stuart?

El otro vaciló, y el *sheriff*, abandonando de repente su actitud entre jocosa e indiferente, se adelantó hacia el estrado y posó con fuerza una mano en el hombro del chófer.

—Esto es serio —dijo—, mucho más serio de que lo que pensé al principio. Hable, amigo, o por Dios que acabará en la cárcel y

permanecerá allí hasta que se pudra si no lo hace.

Chet Keith asintió.

—Mil dólares son mil dólares para cualquiera, Stuart, pero no merece la pena que a uno lo cuelguen por tan poca cosa.

El rostro delgado y esquivo del chófer se crispó visiblemente. Me recordó a un hurón acorralado sin el valor suficiente para enseñar los dientes y defenderse.

—Han limpiado el refugio —murmuró mientras sus ojos recorrían frenéticamente de un lado a otro la habitación, como si estuviera buscando un lugar donde ponerse a salvo—. Solo tengo mi palabra para probar que allí había colillas de cigarrillo y marcas de neumáticos.

—Su palabra es suficiente para mí —dijo Chet Keith.

Justo en ese momento Dora Canby, que había estado sentada apática en su silla y sin mostrar el menor interés por el procedimiento, alzó la vista y exclamó asustada.

—¡Gloria!

Todo el mundo se dio la vuelta. Sheila Kelly se estaba levantando lentamente. Tenía esa expresión nublada que ya había visto antes en su cara. Había extendido las manos delante del pecho como si se abriera paso a tientas entre la niebla.

—¡Dios! —susurró Chet Keith.

Al instante avanzó un paso hacia Sheila, pero ella no lo vio. Estaba mirando hacia el otro extremo de la habitación.

—Preguntadle a Lila de dónde salió la cuchilla —dijo con esa voz burlona y perversa que siempre resultaba tan extraña al salir de sus labios—. Preguntadle por qué me quitó de en medio.

Jamás he visto nada más trágico que los ojos de Lila Atwood en ese instante. Parecía helada en el sitio.

—O preguntádselo a Allan —continuó Sheila Kelly—. Él lo sabe.

No creo que nadie que entonces hubiera visto el rostro desencajado de Allan Atwood pudiera dudar que en efecto sabía algo y se sentía culpable.

—¡Allan! —gritó su mujer alargando una mano para tocarle, pero él la apartó.

Y entonces se apagó la luz. Oí las maldiciones sofocadas del *sheriff* Latham. Oí a Butch pegar un grito, y muy cerca de mí Chet Keith seguía llamando angustiado a Sheila Kelly. Reinaba la confusión a mi alrededor, la gente trastabillaba a ciegas de un lado para otro rogando que alguien encendiera la luz. Pero sobre todo recuerdo el gemido borboteante, seguido de una tos y un jadeo ahogado que me heló la sangre.

—¡La luz! ¡Por el amor de Dios, enciendan esa luz! —gritó el *sheriff* Latham.

Y entonces Fannie Parrish me agarró del hombro violentamente.

—¡Miren! —gritó—. ¡Oh, miren!

Todos la vimos. Esa extraña emanación que flotaba en el aire sobre nuestras cabezas.

—¡Gloria! ¡Gloria, cariño! —gimió Dora Canby.

Tenía rostro, un malicioso rostro amarillo que recordaba al de Sheila Kelly y al mismo tiempo no tenía nada que ver con él. Los ojos eran indescriptiblemente malvados, la boca torcida en una perversa y estremecedora sonrisa. Parecía estar burlándose de nosotros ahí colgada, suspendida en el aire. Y entonces desapareció y Chet Keith encontró el interruptor de la luz y lo pulsó. Todos quedamos momentáneamente cegados después de la oscuridad. Recuerdo haberme frotado los ojos y tener miedo de apartar la mano, pues creo que sabía lo que iba a ver en aquella silla delante de la mesa del juez de instrucción.

—Está muerto —susurró el *sheriff* Latham con la cara tan gris como un papel secante.

El chófer estaba muerto, hundido en su silla con el mango de un largo cuchillo de carnicero sobresaliendo del bolsillo del pecho de su elegante traje azul.

Capítulo 17

Nunca he negado que perdí la cabeza durante varios minutos después del hallazgo del cadáver de Jay Stuart, y no fui la única. Dudo que nadie pudiera contar de forma coherente lo que sucedió en el salón durante el siguiente cuarto de hora. Fannie Parrish tuvo un ataque de histeria, eso lo recuerdo, y a juzgar por la expresión del *sheriff* Latham a él no le habría importado ser el siguiente.

—¡Yo lo vi! ¡Todos lo vimos! —chillaba Fannie una y otra vez.

Se refería a la aparición que había flotado sobre nuestras cabezas. Me lanzó una mirada de reproche.

—Usted decía que era imposible que los muertos regresasen —dijo—. ¡Pero ya no puede negar lo que ha visto con sus propios ojos!

Dora Canby estaba llorando.

—¡Gloria! ¡Gloria! —seguía repitiendo con voz desolada.

No le permitieron acercarse a Sheila Kelly. Y tampoco dejaron que lo hiciera Chet Keith. Siguiendo las órdenes del *sheriff* Latham, Butch había llevado a la prisionera escaleras arriba hasta su habitación en la segunda planta y allí la había encerrado bajo llave, con instrucciones de no apartar la vista de su puerta ni un momento.

—Aunque empiezo a pensar que tiene usted razón, señora —le

dijo el *sheriff* a Fannie Parrish suspirando—. Las cerraduras y los candados no sirven de nada contra lo que aquí nos amenaza.

El escepticismo del *sheriff* había sufrido un serio revés. Era un materialista de los pies a la cabeza y, como Fannie, incapaz de poner en duda lo que le mostraban sus propios sentidos. Había visto el espíritu de Gloria Canby salir del cuerpo de Sheila Kelly. Al *sheriff* ya no le importaba explicar cómo había sido capaz de asesinar al profesor mientras estaba supuestamente encerrada con llave en su habitación.

—Jamás había creído en fantasmas —dijo secándose la frente—, pero nunca es uno demasiado viejo para aprender algo nuevo.

Chet Keith, visiblemente cansado y nervioso, intentó protestar.

—Ha sido un truco. Los fantasmas y las apariciones no existen.

Podría haberse ahorrado el esfuerzo.

—Me convenció usted para que lo dejara dirigir este asunto —gruñó el *sheriff* Latham—, y ¿qué hemos conseguido? ¡Otro cadáver!

—¡Todo es un montaje para culpar a la chica! —exclamó el periodista con desesperación—. Sus hombres la registraron. Registraron su habitación y requisaron todos los objetos que pudieran resultar letales. Si ella mató a Stuart, ¿de dónde sacó el cuchillo?

El *sheriff* meneó la cabeza.

—Las puertas cerradas no sirven para detenerla. Ha hecho un pacto con el diablo y el diablo cuida de los suyos. —Se santiguó y miró la habitación a su alrededor—. Salgan todos de aquí. La investigación ha terminado. Tenemos a la asesina, aunque puede que haya que quemarla por bruja para acabar con ella.

—Le digo que la chica no es culpable —gruñó Chet Keith.

Nadie le prestó atención, y menos aún el *sheriff* Latham ni el juez Timmons. Judy Oliver estaba ayudando a su tía a levantarse de la silla. Se dirigieron lentamente hacia la puerta del salón seguidas de Patrick y Jeff Wayne. Lila Atwood se disponía a acompañarlos, pero entonces Dora Canby se volvió contra ella.

—Tú mataste a Gloria —dijo— para conseguir a Hogan Brewster. No quiero volver a verte jamás. Vamos, Allan.

Vi cómo miraba Lila a su marido. Él vaciló un instante, pero después se dio la vuelta y salió de la habitación detrás de su tía. Con una breve carcajada Hogan Brewster cogió del brazo a Lila.

—Apóyate en mí, querida —le dijo.

La vi dar un traspié y después se irguió de hombros.

—Gracias —dijo, y salieron juntos.

Ella Trotter suspiró.

—Supongo que esto es todo. Esa muchacha seguramente se divorciará de Allan y se casará con Brewster.

—¿Crees que Lila Atwood mató a Gloria Canby? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Allan Atwood lo cree. No me extraña que se aparte de ella, ¡si cree que mató a Gloria por Hogan Brewster!

Eso explicaba en gran medida lo que tanto me desconcertaba de la actitud de Allan Atwood hacia su esposa. Él pensaba que estaba enamorada de Hogan Brewster, quien, según Ella, había estado manteniendo una aventura con Gloria. No obstante, había una cosa por aclarar.

—Esa chica no está enamorada de Hogan Brewster —protesté—. Incluso juraría que está enamorada de su marido.

Ella sacudió la cabeza con vehemencia.

—Me atrevería a decir que sigue pegada a Allan por miedo a que la delate a la policía si lo abandona.

—Es posible —murmuré, pero seguía sin estar satisfecha.

Estábamos todos reunidos de nuevo en el vestíbulo, excepto los miembros de la familia Canby. Lila Atwood estaba sentada un poco aparte en uno de los incómodos sofás, hablando con Hogan Brewster. Debía de saber que todos los presentes estarían debatiendo acerca de la acusación que se había hecho contra ella, pero mantuvo la cabeza alta y la oí reírse de un comentario ingenioso del señor Brewster.

—Saldrá airosa de esto con el mayor descaro —comentó Ella—. Después de todo no creo ni que la arresten. Con Thomas Canby muerto nadie va a presentar cargos y al parecer ni siquiera él habría podido demostrar que ella asesinó a su hija.

Yo la miré con enfado.

—¿No crees que es un poco raro que incluso el fantasma de Gloria Canby parece estar confundido con esta cuestión?

—¿Qué cuestión? —preguntó Ella juntando las cejas.

—En la sesión de la otra noche culpó a su padre de su suicidio. Y esta noche acusó a Lila de haberla asesinado.

Ella resopló.

—¿Sigues concediéndole a Sheila Kelly el beneficio de la duda, Adelaide?

—Desde el principio he dicho que los muertos no vuelven —expliqué hastiada.

Ella se encogió de hombros.

—Lo mejor que se puede decir de Sheila Kelly es que está poseída por algo —comentó.

—Pero no por un fantasma —insistí mirando alrededor en busca de Chet Keith.

Parecía haberse esfumado de nuevo. Al menos no estaba en el vestíbulo. Fannie Parrish dijo que lo había visto minutos antes poniéndose un impermeable, como si tuviera intención de salir.

—Si me lo preguntas —dijo, aunque yo no lo había hecho—, lo mejor que podemos hacer es empezar a caminar hacia el pueblo antes

de que nos corten el cuello.

—Imagino que habrá ido a buscar ese cobertizo que descubrió el chófer —respondí.

—¿Y eso de qué servirá? —replicó ella—. Quienquiera que estuviera escondido en la montaña no ha tenido nada que ver con los asesinatos.

—Entonces ¿por qué apuñalaron al chófer justo cuando estaba a punto de revelar dónde se encuentra el cobertizo? —pregunté con bastante tino, en mi opinión.

—Gloria Canby nunca necesitó motivos ni justificaciones para causar dolor —dijo Fannie estremeciéndose.

—¡Tonterías! —exclamé.

Ella me miró como si tuviera ganas de zarandearme.

—Llevas con esa cantinela desde que llegaste. «¡Tonterías! ¡Tonterías!». Y no han dejado de suceder cosas extrañas y horribles ante tus propios ojos. ¿No crees que ya va siendo hora de que dejes a un lado esa arrogancia tuya, Adelaide?

De haber sido Ella menos sarcástica o yo menos obstinada, como siempre dice, en ese momento podría haber confiado en ella, ahorrándome una de las más terribles experiencias de mi vida. O si Chet Keith no hubiera desaparecido en busca del refugio abandonado que había encontrado Jay Stuart, sin duda le habría contado lo que pretendía hacer. Sin embargo, no hablé con nadie al respecto, ni siquiera con la señorita Maurine Smith, que fue quien me facilitó la información que me empujó a actuar.

—Sí, señorita Adams —admitió mirándome desconcertada—, tenemos esa clase de artículos a la venta. A la gente no le apetece ir al pueblo a por ellos, de modo que siempre tenemos muchas cosas disponibles.

Miró con expresión compungida la caja de cigarros colocada en la vitrina del lateral del mostrador que, en efecto, estaba llena a rebosar con toda clase de artículos de lo más variopinto; desde gominolas y espuma de afeitar hasta cajitas de bombones y pequeños frascos de perfume, además de varios cochecitos de juguete, un par de marionetas saltarinas y un yoyó.

Me dio un vuelco al corazón.

—¡Los tienen a la vista! La cuestión es, ¿han vendido alguno?

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero yo no estoy siempre de servicio tras el mostrador, ¿sabe? ¿Quiere que le pregunte al capitán French para asegurarme?

—Hágalo, por favor —dije, y respiré hondo—. Estaré en mi habitación.

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Oh! Pero, señorita Adams, pensaba que habíamos decidido que todos estaríamos más seguros si nos quedábamos juntos en el vestíbulo.

—Estaré en mi habitación —repetí decidida, y caminé hasta donde estaba el *sheriff* Latham, que acababa de telefonear al pueblo para informarse sobre el estado del puente.

—Dicen que podremos cruzar a las seis de la mañana —murmuró frunciendo el ceño sin mirar a nadie en particular.

—¡Quedan siete horas! —gimió Fannie Parrish—. Si es que sobrevivimos.

En un primer momento el *sheriff* parecía decidido a ignorarnos, a mí y a mis quejas indefinidamente.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza —dijo enfadado— como para preocuparme por hurtos sin importancia, señorita.

—Puede que sean hurtos sin importancia para usted —respondí tan dignamente como pude, pero hablamos de algo de mi propiedad e insisto en que se tome alguna medida.

—Pues están las cosas como para ponerse así por un simple libro —refunfuñó.

—Me robaron el libro después de llegar al hotel —expliqué—. Lo que significa que me lo robó alguien de esta casa. A las siete de la mañana todo el mundo desaparecerá, y si quiero recuperar lo que me pertenece, tiene que ser esta noche.

—Escuche, señorita —gruñó el *sheriff*—, yo mismo le compraré un libro. Le compraré el libro que quiera. Pero ahora no tengo tiempo para perseguir a un ladrón.

—No quiero que me compre ningún libro —repliqué indignada—. Quiero que tome las medidas necesarias para recuperar el que he perdido. Le advierto que tengo bastante influencia en este estado. Y también soy una importante contribuyente. No me gustaría tener que declarar que ha sido negligente en el cumplimiento de sus deberes.

No creo que fuera mi amenaza de tomar represalias lo que finalmente hizo actuar al *sheriff*. Me inclino a pensar, como mi hijo adoptivo Stephen Lansing, que el *sheriff* cedió porque estaba harto del hostigamiento al que Fannie Parrish y yo lo estábamos sometiendo desde que llegó. Pero el caso es que cedió.

—Está bien, está bien —dijo cansado—. ¿Qué es lo que quiere, señorita?

Me miró después de oír mi respuesta.

—¿Debo registrar sus habitaciones? —preguntó.

—O haga que se encargue su ayudante cuando los envíe a verme.

Se rascó la oreja pensativo.

—No es probable que hayan escondido el libro en un lugar donde pueda encontrarse fácilmente, si es que lo tienen —protestó.

—No lo sabremos hasta que lo haya buscado —recalqué sarcásticamente.

Él meneó la cabeza.

—Estaría más tranquilo si se mantuviera usted alejada de la segunda planta.

—No tengo miedo, *sheriff* Latham —le aseguré, aunque mi tono de voz no resultó tan convincente como pretendía—. Además —añadí —, su hombre está de guardia junto a mi puerta.

Él volvió a negar con la cabeza.

—Eso no salvó al profesor.

No había ninguna respuesta adecuada para eso, de modo que no intenté decir nada.

—Me gustaría que me comunicara los resultados en cuanto acabe de registrar cada habitación —dije.

—Todo esto es una estupidez —murmuró.

No obstante, se alejó lentamente para comunicarle a Mart Butler lo que tenía que hacer y yo me dirigí a las escaleras.

—¿Adónde vas, Adelaide? —me increpó Ella.

Durante un segundo estuve a punto de sincerarme. Desgraciadamente, Ella decidió insistir en su interrogatorio.

—Espero que no sea a tu habitación —dijo con tal énfasis que me indignó.

—¿Y por qué no, si puede saberse?

Supongo que ambas teníamos los nervios a flor de piel de puro agotamiento. En cualquier caso, Ella y yo nos miramos a los ojos como un par de mastines rivales.

—Decidí callar porque te aprecio, Adelaide —dijo Ella—, y después de todo no sé si has estado ayudando o encubriendo a esa chica.

—¿De qué demonios estás hablando? —grité acalorada, aunque estoy segura de que mi cara me delató.

—No puedo demostrar que ella y Chet Keith estuvieran en tu habitación la noche pasada —dijo Ella—, pero escuché voces.

—¡Qué disparate!

—Y no procedían del pasillo.

—¡Tonterías!

—No me gustaría tener que acudir al *sheriff* a tus espaldas, Adelaide.

Entonces perdí por completo la compostura.

—¡Puedes irte al infierno si quieres! —bufé, y empecé a subir las escaleras.

Siempre me he enorgullecido de ser una mujer sensata, pero no puedo negar que mi coraje fue menguando a pasos agigantados hasta que llegué a la segunda planta del hotel Mount Lebeau, donde Butch

estaba otra vez apoyado en su silla contra la puerta de Sheila Kelly. Era evidente que andaba falto de sueño y tenía los ojos enrojecidos, aunque estaba muy despierto. No dejaba de mirar a un lado y a otro mientras yo le explicaba las visitas que pronto empezarían a llegar a mi habitación.

—Será agradable ver algo de gente por aquí para variar —respondió—. He pasado por muchos sitios donde preferiría estar solo antes que aquí.

No pude estar más de acuerdo con él. La segunda planta del hotel no sería agradable ni en las mejores condiciones.

—Nunca he estado en una casa tan repleta de crujidos y ruidos raros —murmuró el ayudante del *sheriff* volviendo a mirar por encima de su hombro—. Haría falta tener ojos en la nuca.

Sabía a qué se refería. Se había levantado viento y los antiguos muros del hotel restallaban y crujían a cada momento, como si alguien o algo se estuviera arrastrando a tus espaldas.

—Tengo constantemente la sensación de que oigo abrirse una puerta —dijo el ayudante del *sheriff* mirando hacia la habitación del profesor Matthews.

Yo me estremecí de repente. No me hacía falta cerrar los ojos para imaginar el rostro lívido del profesor tal como lo había visto por última vez.

—No sea bobo —dije en tono contrariado—. La puerta está cerrada con llave, ¿o no?

—Sí —admitió Butch asintiendo con expresión lúgubre—. Está cerrada y la llave está en mi bolsillo. Como si eso supusiera algún problema para ella.

Hizo un gesto señalando la habitación de Sheila Kelly y dejé escapar un suspiro de resignación.

—Los fantasmas no existen —dije con firmeza.

—Eso pensaba yo ayer —murmuró Butch dándose la vuelta de repente para mirar el sombrío pasillo delante de nosotros.

Tardé bastante en abrir mi puerta. Tenía los dedos torpes. Una vez dentro, me costó incluso más cerrar a mis espaldas. No me apetecía nada volver a estar sola en esa habitación. No me apetecía en absoluto estar allí. Lo primero que miré fue la puerta que mediaba entre mi cuarto y el de Sheila Kelly. La llave seguía en la cerradura tal como la había dejado cuando bajé al vestíbulo. Después de bajar las persianas y encender todas las luces, incluida la del baño, me acerqué a la puerta y escuché.

No se oía ningún ruido en la habitación contigua. Esperaba escuchar el mismo llanto desolado que me había angustiado anteriormente. Aunque el silencio no me resultó menos abrumador. No podía olvidar el aspecto de la chica cuando la sacaron del salón del

piso de abajo, aturdida, muda y desesperada. Seguía recordando que Chet Keith había dicho que temía por Sheila Kelly. Yo sabía que habían vuelto a registrarla para asegurarse de que no tenía oculta ningún arma letal como el cuchillo de carnicero que le habían clavado en el pecho a Jay Stuart y que, según el *sheriff*, pertenecía a la cocina del hotel.

«¡Hay mejores maneras de quitarse de en medio!», recuerdo haber pensado sintiendo un escalofrío.

Entonces alguien llamó a mi puerta.

—El *sheriff* dice que quería usted verme, señorita Adams —murmuró Jeff Wayne.

Desde entonces me he preguntado por qué él y los demás aceptaron mi petición tan dócilmente, incluso aunque contara con el apoyo del *sheriff*. En aquel momento estaba demasiado azorada tratando de reunir el valor necesario para lo que iba a hacer como para preocuparme por cualquier otra cosa.

—Quiero hacerle algunas preguntas, señor Wayne —dije—. ¿Por qué no se sienta?

Me miró con expresión resentida, pero aceptó la silla que le ofrecía y esperó con evidente impaciencia a que yo me sentara frente a él. Ahora que lo tenía allí, no tenía la menor idea: de lo que iba a preguntarle. Estaba obsesionada con una sola idea: mantenerlo ocupado el tiempo suficiente para que el *sheriff* pudiera registrar su cuarto.

—Está usted enamorado de Judy Oliver, ¿no es cierto, señor Wayne? —pregunté.

Él se ruborizó intensamente y creo que se le pasó por la cabeza decirme que no era asunto mío, y por supuesto no lo era, pero seguí mirándolo fijamente a los ojos cansados y de repente se encogió de hombros, lo que interpreté como un asentimiento.

—¿Estaba Gloria Canby enamorada de usted? —pregunté en tono imperioso.

—Ella pensaba casarse conmigo —dijo hoscamente.

—No le he preguntado eso.

De nuevo pensé que pondría en tela de juicio mi derecho a interrogarlo y, de nuevo bajo mi pétrea mirada, se lo pensó mejor.

—Si era capaz de enamorarse de alguien, sería de Hogan Brewster —respondió frunciendo el ceño.

—Pero se comprometió con usted.

—¡Para fastidiar a Judy! —exclamó—. No podía soportar que Judy tuviera algo que ella quisiera.

Yo lo miré muy fijamente.

—¿Gloria Canby fue asesinada?

—No lo sé, es posible. Sabe Dios que todos teníamos razones más

que suficientes para matarla.

—¿También usted?

Él apretó los puños, pero no dijo nada.

—Usted pudo matarla, ¿verdad? —dije poniéndolo a prueba—. Cuando ella atacó a Judy con el abrelatas…

Su rostro reaccionó.

—Sí.

—Por eso nunca le ha dicho a Judy que la ama, ¿verdad? Tenía usted miedo de Gloria Canby. Y aún lo tiene.

—Sí —susurró.

Puse mi mano sobre la suya.

—Los muertos no pueden volver para torturar a los vivos, señor Wayne.

—¡Usted no la conocía! —exclamó de repente—. ¡No se detenía ante nada! Cuando ella murió, creí que Judy estaría a salvo, ¡pero no lo está! Ella nunca estará a salvo mientras esa chica —miró angustiado la puerta de Sheila Kelly— siga libre.

Sonó el teléfono, un modelo anticuado anclado a la pared, y mientras caminaba hacia el otro lado de la habitación observé el rostro demacrado de Jeff Wayne. Podía ver claramente su reflejo en el espejo situado sobre la cómoda. Una vena palpitaba en su sien.

—No hay nada —refunfuñó el *sheriff* Latham cuando descolgué el auricular.

—¿Lo ha revisado todo? —pregunté.

—Sí —gruñó, y colgó sin más.

De modo que no habían encontrado nada incriminatorio en la habitación de Jeff Wayne. Me pregunté cómo iba a poder librarme de él, pero él mismo solventó la cuestión por mí levantándose de la silla.

—¿Ya ha terminado de fisgonear en mis asuntos, señorita Adams? —preguntó en tono resentido.

A pesar de su obvia animosidad contra mí no pude evitar sentir lástima por él.

—¿Por qué no baja y estrecha a Judy entre sus brazos y le pide que se case con usted? —sugerí.

—¿Para que Gloria acabe con ella igual que ha hecho con los demás? —preguntó, y salió de la habitación.

Lila Atwood también me miró con curiosidad cuando la invité a entrar junto a su marido.

—El *sheriff* ha dicho que quería usted hablar con nosotros, señorita Adams —murmuró ella.

Allan Atwood no dijo absolutamente nada. Evitó mirar a los ojos a su esposa y le ofreció una silla, pero puso buen cuidado en no tocar a la joven mientras esta se sentaba. La vi estremecerse casi imperceptiblemente cuando él se apartó, aunque cuando me miró

parecía muy tranquila.

Por segunda vez dudé al empezar.

—Lo han tenido ustedes muy difícil desde el principio, ¿no es verdad? —pregunté tanteando el terreno.

Allan me miró fijamente.

—¿Y qué si es así? —preguntó enfadado—. ¿A usted qué le importa?

Yo era demasiado consciente de la debilidad de mi posición como para dejarme llevar por su tono ofensivo. No obstante, Lila decidió ser tan amable como rudo se mostraba él.

—Sí, señorita Adams —dijo con su hermosa y mesurada voz—. Allan y yo tuvimos el peor comienzo posible cuando nos casamos, si a eso se refiere.

—Es una pena que Gloria Canby lo arruinara todo para usted el mismo día de su boda —murmuré.

Allan me lanzó una mirada furiosa.

—Lila no la mató —dijo con voz crispada.

Vi a su mujer respirar aliviada.

—Gracias, Allan —dijo ella, y extendió tentativamente la mano hacia el joven, pero él miró al instante hacia otro lado y ella se sonrojó violentamente.

—¿Desde cuándo ha sospechado que su mujer asesinó a su prima? —pregunté a bocajarro.

—Le he dicho que ella no mató a Gloria —murmuró.

Cuando miré a Lila Atwood, su expresión era trágica. A pesar de sus negativas, ambas sabíamos que su marido pensaba que era culpable de asesinato.

—Es cierto, señorita Adams —dijo ella—. Yo no maté a Gloria.

—¿Sabe por qué la creo? —pregunté mirando atentamente a Allan.

Ella negó con la cabeza y yo respondí sin dejar de mirar a su marido.

—Usted no está enamorada de Hogan Brewster.

—No —dijo Lila—. No estoy enamorada de Hogan. Ni siquiera me gusta.

Allan se volvió hacia ella de repente. Vi que sus ojos se iluminaban un instante y volvían a apagarse, dejando su cara aún más lívida y demacrada que antes.

—¿Para qué molestarse en mentir? —gritó—. Gloria tenía pillado a Hogan. Lo habría matado antes de dejar que se le escapara. Él lo sabía y tú también. Por eso tú…

Entonces se detuvo, mordiéndose la lengua, con el rostro mortalmente pálido.

—Así que crees que yo la maté —susurró ella.

—Te dije que no lo creía —respondió él.

—¿Por eso me odias, Allan? —preguntó ella palideciendo—. ¿Por eso ni siquiera eres capaz de mirarme desde la muerte de Gloria?

—¿Qué más te da si te odio o no? —preguntó él con acritud—. Tienes a Brewster. Ya tienes lo que quieres.

Era una mujer orgullosa y debió resultarle extremadamente difícil decir lo que dijo, a pesar de la hostilidad con que él la estaba mirando.

—Hogan Brewster no significa nada para mí, Allan, menos que nada. Verás, yo tuve la mala suerte de… de enamorarme de mi propio marido. Es gracioso, ¿verdad?, cuando él ni siquiera me soporta.

Él apretó los puños.

—No puedes engañarme y tampoco engañaste al tío Thomas —murmuró él.

—¿Qué quiere decir? —pregunté al instante.

Él se echó hacia atrás ligeramente, mirándome con ojos cansados pero desafiantes.

—No quiero decir nada.

—¿Thomas Canby creía que Lila había asesinado a su hija? —insistí.

—No sé lo que creía —respondió, y con una fugaz sonrisa desprovista de humor añadió—: Y ahora nunca lo sabrá nadie.

Yo lo miré y sentí cómo se me aceleraba el pulso. Allan Atwood ya no era ningún misterio para mí. No odiaba a su mujer. Estaba locamente enamorado de ella.

—No —dije lentamente—, Thomas Canby no sobrevivió para acusar a nadie del asesinato de su hija.

Estaba pensado en las pruebas de percepción extrasensorial y en la habilidad que había demostrado Allan para transferir sus pensamientos a un sujeto receptivo. Según Chet Keith, Canby había sido asesinado para mantener oculta la identidad del hombre que mató a su hija. Pero entonces se me ocurrió que Chet se equivocaba. Quizá habían matado a Canby para impedir que este acusara de asesinato a la esposa de Allan Atwood.

—Puedo explicarle lo de la cuchilla de afeitar —dijo Lila de repente—. Estaba en un paquete que recibí.

Su marido se inclinó hacia ella súbitamente.

—Cállate —dijo.

No, no era en absoluto descabellado pensar que Allan haría cualquier cosa para proteger a su mujer, independientemente de lo que sospechara de ella.

—Era una cajita de muestra —explicó Lila en tono tranquilo—, aunque entonces no se me ocurrió por qué razón alguien querría enviarme muestras de cuchillas de afeitar. Llegó por correo el día antes de que muriera Gloria. Dejé el paquete en mi escritorio y me

olvidé de él. Sin embargo, cuando encontraron el cadáver de Gloria, busqué la cuchilla y había desaparecido. ¿Recuerdas que entraste en mi habitación justo cuando estaba arrojando al fuego la caja vacía y el envoltorio, Allan? Tu insististe en que te dejara verlos antes de que los quemara.

Él se sonrojó de repente.

—¡No recuerdo nada semejante!

Yo asentí.

—De modo que desde que vio usted esa caja en manos de su mujer sospechó que ella era la asesina.

—¡Ella no tenía nada! —gritó furioso—. Juraré hasta el día en que me muera que ella no la tenía.

—Gracias, Allan —volvió a decir Lila en un tono de voz que me puso la piel de gallina—. No sabía que me querías lo suficiente para mentir por mí.

Y entonces sonó el teléfono. Di un pequeño traspié al cruzar la habitación. Los dos se miraban fijamente a los ojos y estoy segura de que se habían olvidado de mí cuando cogí el auricular.

—¡Cariño! —susurró Lila—. ¡Oh, cariño!

El *sheriff* parecía cansado y contrariado.

—Bien, señorita Adams —dijo—, su corazonada era cien por cien correcta.

Sentí que me temblaban las rodillas.

—¿Lo encontró? —pregunté con voz temblorosa.

—Escondido en un compartimento de la maleta de Atwood.

—Ay, Dios —susurré.

—Se lo envío por uno de los chicos.

—Gracias —titubeé, y colgué.

Lo más difícil que he hecho en mi vida fue enfrentarme en ese instante a Lila Atwwod. Tenía la mirada radiante y se aferraba al brazo de su marido. Entonces supe que no me equivocaba. Esos dos estaban enamorados. Recuerdo haber pensado que se merecían un descanso. Pero entonces me acordé de la joven de la habitación de al lado y de los tres cuerpos mutilados que yacían abajo en el salón y me estremecí.

—Eso es todo —murmuré—. Quiero decir que son libres de irse si quieren.

Aunque no por mucho tiempo, pensé, e intenté apartar la mirada de la luminosa sonrisa de Lila mientras salía de la habitación, aún cogida del brazo de su marido. Estaban enamorados y él había matado para protegerla y no había nada en el futuro para ella salvo dolor, me dije con un nudo en la garganta. Pues ya sabía con certeza para qué habían utilizado mi libro. Lo supe incluso antes de que la señorita Maurine Smith me llamara desde la oficina.

—¿Señorita Adams? El capitán French me pidió que le dijera que no ha vendido ni un solo globo este verano —anunció, alegremente—. Sin embargo, compró dos docenas y uno ha desaparecido.

—¿Uno de color amarillo? —pregunté vacilante.

—Sí, señorita Adams, uno amarillo.

Me temblaba la mano al colgar el auricular. No había creído ni por un momento que los espíritus pudieran materializarse y sigo sin creerlo. En mi libro desaparecido se explicaba de forma muy ingeniosa cómo crear un supuesto ectoplasma. Se hacía con la ayuda de un globo de color amarillo en el que previamente habían pintado una cara.

Capítulo 18

Yo sabía por qué habían matado a Thomas Canby. Lo habían hecho para encubrir un asesinato cometido hacía casi un año. También sabía cómo habían conseguido materializar el supuesto espíritu de Gloria Canby esa noche en el salón. Y para convencerme me bastó saber que faltaba un globo amarillo de la vitrina del vestíbulo. El procedimiento estaba minuciosamente explicado en mi libro sobre fraudes espiritistas. Recordaba la página tan claramente como si la tuviera delante. Incluso había una fotografía que mostraba cómo se debía hinchar el globo bajo unas ropas amplias y voluminosas tras haber sido tratado con fósforos. En primer lugar se dibujaban los rasgos y después se repasaban con cerillas mojadas para obtener el fulgor espectral cuando se soltaba el globo. Naturalmente el oficiante siempre insistía en realizar a oscuras la sesión de espiritismo. Tan solo había que pincharlo en el momento oportuno, quedando como única prueba algunos pedazos de goma amarilla fácilmente desechables.

Recordé incluso que durante la confusión de aquella frenética escena en el salón me había parecido oír un pequeño estallido como el que haría un globo al explotar. No obstante, me di cuenta al instante de que había otra cuestión que pondría a prueba mis argumentos. Allan Atwood no había hecho algo tan obvio como comprar el globo amarillo, sino que había sido robado de la vitrina de la recepción. Yo estaba segura de que a esas alturas cualquier resto de goma amarilla que pudiera haberse encontrado en el salón habría desaparecido. Y desde luego no albergaba ninguna esperanza de que el asesino los llevase encima todavía.

—Debo hablar con Chet Keith —me dije nerviosa.

Sin embargo, cuando llamé al vestíbulo, la señorita Maurine Smith me comunicó que no había regresado al hotel.

—¿Cree que habrá huido? —me preguntó con su característica ingenuidad—. La señora Parrish está segura de que sí.

—Lo dudo mucho —repliqué, y colgué el teléfono bruscamente.

Chet Keith no era de los que huían, de eso estaba segura. Él estaba convencido de que Sheila Kelly había sido víctima de una diabólica conspiración y no se rendiría mientras existiera una remota posibilidad de salvar a la desgraciada muchacha. Miré hacia la puerta que mediaba entre su habitación y la mía. ¿Qué estaría haciendo ahí, encerrada a solas con su horror y su desesperación? Me estremecí solo de pensarlo, y cuando alguien llamó a mi puerta, pegué tal salto que me golpeé el codo con la mesa.

Sin embargo, habían llamado a la puerta del pasillo.

—¿Señorita Adams? —oí decir.

Era Hogan Brewster, nada menos, lo cual no sirvió precisamente para apaciguarme. Me había desagradado desde el principio y a sabiendas de la vergüenza que le había causado a Lila Atwood me caía peor que nunca. Sin embargo, abrí la puerta, aunque no le mostré la menor simpatía ni con mi actitud ni con mi tono de voz.

—¿Y bien? —le pregunté.

Él sonrió.

—El *sheriff* me ha pedido que le traiga esto —dijo, y con su frívola sonrisa de costumbre me entregó el libro que me había empujado a ir al Hotel Lebeau.

El *sheriff* Latham se había tomado la molestia de envolverlo en una hoja de papel de periódico atada con un cordel, y aunque Hogan Brewster miró el paquete con curiosidad no le di el gusto de desenvolverlo en su presencia.

—Gracias por traerlo —dije a regañadientes.

Él volvió a sonreír.

—No hay de qué. No me quedó más remedio porque al *sheriff* le falta uno de sus ayudantes.

—¿Qué le falta uno de sus ayudantes?

—Al parecer un miembro del reparto se ha esfumado.

—¿Le importaría hablar en cristiano? —pregunté fríamente.

Él se rio.

—Su amigo, el señor Chet Keith, lleva una hora desaparecido y el *sheriff* ha organizado una partida de búsqueda.

—¿Creen que le ha ocurrido algo?

Hasta ese momento no se me había ocurrido preocuparme por la prolongada ausencia del periodista.

Hogan Brewster se encogió de hombros.

—En mi opinión el tipo ha decidido poner pies en polvorosa por razones que él sabrá mejor que nadie. Aunque ese botones, Jake o como se llame, llegó hace un rato contando no sé qué cuento chino

que dejó al *sheriff* bastante preocupado.

—¿Qué le que contó? —pregunté, nerviosa.

—Al parecer, Jake afirma haber visto a Keith entrar en el cobertizo que hay frente al viejo cementerio abandonado de la carretera hace más de una hora y desde entonces no ha salido nada excepto un enorme murciélago negro.

—¡Un murciélago! —repetí conteniendo la respiración—. ¡En el cobertizo junto al cementerio!

Él asintió.

—El *sheriff* ha enviado a uno de sus ayudantes a investigar.

Yo estaba nerviosa y disgustada. Recuerdo haberme apoyado en una silla y después se escuchó el alboroto en el piso de abajo. Se oía a mucha gente gritando y corriendo de un lado para otro. Hogan Brewster y yo nos miramos el uno al otro y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo ambos nos volvimos hacia la puerta, que yo había dejado entreabierta. Butch estaba al otro lado mirando hacia las escaleras.

—¿Qué está ocurriendo ahí abajo? —gritó.

—Han encontrado a Chet Keith —respondió alguien, creo que era el capitán French—. Al parecer ha recibido un golpe en la cabeza.

—¡Santo cielo! —exclamó Butch, y recuerdo que Hogan Brewster dijo algo parecido.

Los dos se encaminaron hacia el rellano de la escalera, y yo iba justo detrás de ellos cuando me acordé del paquete envuelto en papel de periódico que había dejado sobre la mesita de noche cuando Hogan Brewster me lo dio. En contra de lo que Ella insiste en decir, yo sigo convencida de que no tenía más opción que volver a por él. Aunque es cierto que casi pagué por ello con mi vida. Sea como fuere, el caso es que regresé y, a pesar de los terribles diez minutos que viví a continuación, volvería a hacer lo mismo cuantas veces fuera necesario si me encontrara de nuevo en las mismas circunstancias. Supongo que a eso se refiere Ella cuando dice que soy incapaz de mantenerme al margen de lo que no me incumbe, aunque se esté cometiendo un asesinato.

El tumulto de la planta baja aún continuaba cuando volví a entrar en mi habitación, aunque no cerré la puerta. Mi intención era coger rápidamente el libro y salir de nuevo al pasillo. Apenas me había alejado unos pocos metros más de Butch y se oía perfectamente su voz ronca desde lo alto de las escaleras. Incluso pude verlo bajar hasta el primer rellano y asomarse a la barandilla hasta quedar casi colgando para mantener a voz en grito una incoherente conversación con el *sheriff* Latham.

—¿Está malherido? —gritó.

—Tiene una herida en la cabeza y lo dejaron inconsciente —fue la

respuesta.

«¡Qué calamidad!», recuerdo haber dicho entre dientes, sintiéndome algo mareada. Aunque hasta aquel momento no me había parado a pensarlo; al parecer le había tomado cariño a Chet Keith. Recuerdo haber cogido el libro en vuelto en papel de periódico de la mesita de noche y acto seguido habérmelo guardado bajo el brazo. Incluso recuerdo haberme fijado de pasada en que el cordel había sido atado con muy poco cuidado, por lo que se podía ver parte de la portada. Fue al dar media vuelta para dirigirme a la puerta cuando sucedió. Era el chirriante sonido del cerrojo del otro lado de la puerta entre mi habitación y la de Sheila Kelly. Me detuve en seco y miré la cerradura. La llave estaba puesta. Al verla me tranquilicé y recuerdo haber respirado profundamente antes de volver a ponerme en tensión.

El alboroto continuaba en la planta baja. Podía oír las voces, aunque sonaban muy lejanas. Sentí una punzada en el corazón y durante un minuto no pude moverme. Apenas podía respirar. La puerta del pasillo ya no estaba abierta. Lo sabía, aunque fui incapaz de darme la vuelta para mirar. Alguien había cerrado sigilosamente a mis espaldas. Había alguien detrás de mí respirando con fuerza. No sé cómo supe que era el asesino, pero así fue.

Presa del pánico, debí de hacer algún ruido involuntario, aunque no lo escuché a causa del frenético martilleo de mi corazón. Puede que solo me quedara paralizada advirtiéndole así al intruso que me había percatado de su presencia. Eso nunca lo sabré. Me atrevería a decir que temió que me pusiera a gritar poniendo sobre aviso a los huéspedes, lo que no formaba parte de su horrible plan. Sea como fuere, no me dio oportunidad de gritar y atacó como una cobra. Un instante yo estaba allí paralizada por el horror, y al siguiente sus manos estaban alrededor de mi cuello asfixiándome hasta hacerme perder el conocimiento.

Lo más sorprendente es que no me matara en ese momento, aunque, por supuesto, estrangularme tampoco formaba parte de su plan. Cuando desperté estaba tumbada en mi cama, amarrada como una gallina en el mercado. Me había atado las muñecas y los tobillos con toallas del baño, y sentí que los ojos se me iban a salir de las órbitas por la brutalidad con que me había apretado la tráquea. Tenía un paño para la cara enrollado entre los dientes, por lo que solo pude mover la boca sin articular palabra mientras observaba cómo Hogan Brewster giraba la llave entre mi habitación y la de Sheila Kelly.

—Ven —dijo, y abrió la puerta.

Ella caminaba a tientas con las manos extendidas hacia delante. Tenía la mirada aturdida y el rostro lívido y dio un ligero traspié al entrar en mi habitación.

—Vas a quitarte la vida —dijo él en voz baja.

Fue entonces cuando vi el cuchillo en su mano, un cuchillo de mesa de plata normal y corriente, pero incluso a esa distancia pude apreciar que había sido afilado y el filo parecía el de una navaja de afeitar.

—Cuando le hayas cortado el cuello a la señorita Adams y yo salga de la habitación, cerrarás la puerta con llave y despertarás —dijo él—. ¿Entiendes?

Su voz era absolutamente monótona e inexpresiva. No dejaba de mirar a la muchacha a los ojos, que ella tenía muy abiertos, aunque parecían nublados como los de los sonámbulos. No obstante, ella asintió con la cabeza.

—No recordarás que yo estaba aquí —dijo—. Te encontrarás solas en la habitación con una mujer asesinada. Creerás que tú la mataste y no podrás seguir viviendo. ¿Comprendes?

Ella volvió a asentir y yo intenté tirarme de la cama, pero estuve a punto de dislocarme la cadera y apenas conseguí moverme.

Hogan Brewster me miró.

—Desde que llegó no ha dejado de entrometerse en lo que no le importaba —dijo, y miró el libro envuelto en papel de periódico sobre la mesita—. Usted y Chet Keith. Él no tendrá que morir porque no le di tiempo para descubrir en el cobertizo nada que pudiera incriminarme, pero su caso es diferente. Esa mujer, Parrish, me vio esta noche tirando algunos pedazos del globo amarillo. Ella no sabe qué para qué sirvieron. Y cuando usted ya no esté, nunca lo sabrá.

Era enloquecedor estar allí escuchándole indefensa. Como una persona que se está ahogando, viví una eternidad en un solo minuto. Todos los sucesos de los dos últimos días atravesaron mi mente como un caleidoscópico y vertiginoso torbellino. Era Hogan Brewster quien había asesinado a Thomas Canby, al profesor y a Jay Stuart, y a hora se disponía a asesinar a Adelaide Adams y a Sheila Kelly.

Tendría que haber sabido que Brewster era el asesino en cuanto vi el rostro en el globo amarillo. Era una obra de arte, por espantosa que fuera, y me habían contado que le gustaba alardear de su talento artístico. Dos cosas me habían impedido relacionarlo con la trama. Puesto que no estaba en el hotel cuando comenzaron las apariciones de Gloria, supuse que él no podía ser el responsable, y tampoco pude proporcionarle un motivo. Ahora, sin embargo, sabía que tenía el motivo más poderoso: el instinto de supervivencia.

Pues Hogan Brewster era el asesino de Gloria Canby.

La asesinó para tener vía libre para perseguir a Lila Atwood, de la que se había encaprichado, e hizo pasar el crimen por un suicidio, pero no pudo engañar a su padre. Thomas Canby había decidido llevar ante la justicia al asesino de su hija y Hogan Brewster no quería morir en la silla eléctrica. Había mentido sobre el momento de su llegada a

la montaña. Era él quien había estado escondido en el cobertizo frente al cementerio.

Patrick Oliver había admitido que solía reunirse con el profesor Matthews todas las noches en la carretera con el fin de planear en secreto el siguiente paso de su montaje para engañar a Dora Canby. Sin duda, Hogan Brewster había asistido a escondidas a esos encuentros y así había llegado a elaborar su desesperado plan. Abordando por sorpresa a Sheila Kelly cerca del cobertizo había conseguido hipnotizarla. Demasiado tarde me di cuenta de que cuando la interrogué sobre su primer trance sin consentimiento, ella dijo que había visto lápidas y no recordaba nada más, la pobrecilla. No había sido rival para Hogan Brewster. El hombre era un egocéntrico furioso y un asesino. Había conseguido dominar por completo la mente de la muchacha y desde entonces la había controlado como a una marioneta al tiempo que la arrastraba hacia su destrucción.

Él debió ver el horror en mis ojos porque se rio suavemente.

—Por extraño que le parezca me va a resultar más fácil cortarle el cuello que mutilar a esos gatos. Me gustan bastante los gatos. Supongo que tengo cierta afinidad espiritual con ellos.

Y en efecto había algo felino en su manera de moverse cuando se acercó a mí con la afectada elegancia de un enorme y lascivo gato. No me había percatado hasta entonces de lo rápida y silenciosamente que podía moverse cuando quería. Seguía sonriendo y me pregunté cómo había podido pensar que aquella sonrisa era frívola.

Traté de apartarme de la mano que extendió hacia mí y Sheila Kelly se movió bruscamente y gimió.

—Silencio —le ordenó a la muchacha.

Durante un segundo pensé que Sheila Kelly sería capaz de liberarse del control que él ejercía sobre su voluntad. Vi un destello de inteligencia en sus ojos e intentó mirar hacia otro lado, pero Brewster agitó las manos delante de su cara y ahí acabó todo.

—Vas a hacer todo lo que te diga —murmuró él—. Es inútil que te resistas. Cerrarás con llave la puerta de esta habitación en cuanto yo salga y olvidarás que he estado aquí. ¿Entendido?

Recuerdo haber intentado proyectar mi mente en oposición a la suya. Recuerdo el frenético intento de sugerir a Sheila Kelly que gritara pidiendo ayuda antes de que fuera demasiado tarde para las dos, pero yo nunca había tenido poderes hipnóticos y podría haberme ahorrado el esfuerzo. La joven dejó escapar un profundo suspiro y sus hombros se relajaron. Su cara tenía una expresión apática e indiferente y yo me dejé caer de nuevo en la cama, con la frente empapada de un sudor frío.

Hogan Brewster se rio.

—Esto de la sugestión mental es una maravilla, señorita Adams —

dijo—. Lo único que siento es no haberlo descubierto antes y que Lila Atwood no parezca receptiva, al menos a mi influencia.

Lo miré fijamente. No, a pesar de todo lo que había hecho, Hogan Brewster había sido incapaz de alejar de su marido a la mujer a la que amaba. Fue entonces cuando me di cuenta de que había sido Brewster quien guardó mi libro en la maleta de Allan Atwood.

—¡Demonio! —exclamé, aunque el único sonido que salió de mi boca fue un jadeo ininteligible.

Vi cómo se tensaban los músculos de la atractiva y cruel boca de Hogan Brewster y cerré los ojos. Pasaron años antes de que pudiera volver a tomar aire, o quizá fueran tan solo segundos. Aún se oían ruidos apagados procedentes de la planta baja, exclamaciones y gente trasegando de un lado para otro. Sin duda, Hogan Brewster había aprovechado la confusión provocada por el regreso de Chet Keith para volver a mi habitación sin que nadie lo viera. Y por supuesto contaba con poder salir de allí de la misma forma. Había usado el mismo sistema para asesinar al profesor Matthews. Yo había sido una imprudente al regresar a mi habitación después de que Butch abandonara su puesto de vigilancia.

—De poco te va a servir darte cuenta ahora —me dije lúgubremente.

Recuerdo haber pensado en si las autoridades sabrían cómo ponerse en contacto con mi hija adoptiva Kathleen para notificarle mi muerte. A ella y a Stephen. Recuerdo haber sentido una pena infinita por Sheila Kelly. Ella era muy joven para morir con varios asesinatos sobre su conciencia, pues eso era lo que le habían hecho creer. Entonces sentí el filo del cuchillo en mi garganta. En ningún momento se me había pasado por la cabeza dejarme asesinar en mi propia cama sin pelear. Yo estaba prácticamente indefensa, pero había estado haciendo acopio de fuerzas y, cuando Hogan Brewster se inclinó sobre mí, levanté las rodillas y lo golpeé en el estómago con toda la energía que me quedaba, al tiempo que trataba inútilmente de alcanzarlo con los puños inmovilizados. Dudo que le hiciera verdadero daño, pero al menos tuve la satisfacción de oír jadear a mi atacante cuando lo dejé sin aliento, y en plena confusión dejó caer el cuchillo. Tenía la cara contorsionada de furia cuando se agachó a recogerlo y gruñó un insulto, refiriéndose a mí como a la hembra de la especie canina.

El cuchillo estaba otra vez en su mano. Lo vi levantar el brazo y la hoja destelló fugazmente en la oscuridad. Esto es el fin, recuerdo haber pensado dejando escapar un sollozo, y entonces algo inmenso y negro atravesó el aire a gran velocidad y golpeó al asesino en la sien. El impacto lo dejó aturdido y por segunda vez dejó caer el cuchillo. En ese mismo instante Ella entró en la habitación a toda prisa siguiendo la misma trayectoria que el paraguas de Fannie Parrish.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —chilló y empezó a zurrar a Hogan Brewster con las macizas asas de madera de su bolso de costura.

—¡El asesino está aquí! ¡Socorro! ¡Ayuda! —siguió gritando a pleno pulmón mientras yo, para mi eterna vergüenza, me desmayaba.

Capítulo 19

Le debía la vida a Ella Trotter y ella nunca me permitiría olvidarlo. Eso lo supe al instante. Según sus propias palabras, había llegado justo a tiempo.

—Simplemente porque sabía que con tu temperamento nada podría mantenerte alejada del revuelo causado por la aparición de Chet Keith, Adelaide —explicó mirándome con petulancia—. Es decir, nada que tú pudieras controlar.

—¿Estás insinuando que cuando abriste la puerta de mi habitación esperabas ver a un asesino a punto de cortarme el cuello? —pregunté sarcásticamente.

—No, bueno —admitió—, yo no diría tanto.

—Espero que no —respondí.

—De todas formas —murmuró Fannie Parrish dirigiéndome una mirada de reproche—, de no ser porque la señora Trotter tuvo la corazonada de que tramaba usted algo y decidió ir a buscarla, la habrían asesinado, señorita Adams.

Estábamos todos reunidos de nuevo abajo, en el vestíbulo, y yo había contado mi historia una docena de veces: primero al *sheriff* Latham y al juez Timmons y finalmente a Chet Keith, que estaba tumbado en un sofá incorporado sobre varios cojines y con un elegante vendaje en la cabeza mientras Sheila Kelly, sentada a su lado, le sostenía una mano apretándola con fuerza.

—Así que ese es el verdadero motivo por el que subiste a buscarme —repliqué—. No soportabas la idea de que pudiera estar metida en algo de lo que tú no estabas enterada.

Ella levantó la cabeza.

—Bueno, es verdad, ¿no? —me espetó sin más.

Fannie Parrish nos miró a las dos desconcertada. Estoy segura de que esperaba que Ella y yo nos diéramos un abrazo después de lo sucedido. Pero lo que la señora Parrish no sabía era que tanto Ella como yo estábamos demasiado alteradas por lo que había estado a punto de suceder, tanto que ninguna de las dos quería admitirlo.

Para que conste en acta, cuando al fin recuperé la consciencia tras la intrépida aparición de Ella en mi habitación, mi amiga del alma me estaba haciendo friegas con colonia en la frente con una mano

mientras con la otra le imploraba al *sheriff* Latham que hiciera algo inmediatamente para despertarme; como si él no estuviera ya bastante ocupado sujetando a Hogan Brewster, que forcejeaba y lanzaba maldiciones furiosamente porque con la otra mano Ella seguía golpeándolo en diversos puntos vulnerables con la punta del paraguas de Fannie Parrish.

—¡Derrotado por dos viejas arpías! —seguía diciendo sin el menor indicio de su anterior civismo.

Fue Ella quien finalmente recordó quitarme la mordaza de entre los dientes cuando logré atraer su atención con una serie de violentos gruñidos. Y también fue Ella quien desató las toallas que me inmovilizaban las muñecas y los tobillos y me ayudó a ponerme de pie. Pues, independientemente de lo que pueda pensar Fannie Parrish, y aunque nos avergüence demostrarlo, Ella y yo nos tenemos mucho cariño.

De ahí que el primer comentario de Ella fuera, por decirlo suavemente, poco compasivo.

—Adelaide Adams, es muy propio de ti intentar que te maten para que pese sobre mi conciencia durante el resto de mi vida.

No obstante, su cáustico tono de voz no tenía nada que ver con la sincera preocupación con que me estaba dando palmaditas en el hombro, y sé que comprendía perfectamente que la única razón por la que también le grité fue porque de lo contrario me habría sentido como una idiota.

—*Fofavó, abadta de mí efe bote de coloña* —dije altivamente—. *Fabef que abodezco oled a badbedía*.

Hasta ahora no he considerado necesario explicar que llevo un puente postizo en la parte delantera de la boca, y cuando no lo tengo puesto, ceceo de la forma más desconcertante. Quizá me equivoque al insinuar que Ella me había quitado de forma deliberada la dentadura junto con el paño que me retiró de la boca. Por otra parte, habría sido muy propio de ella, pues, como bien sabe, nada me deja tan en desventaja como no poder expresarme debidamente. En cualquier caso, lo que más me molestó fue el tiempo que tardaba en recordar dónde había tirado el paño, aunque para cuando lo recuperé junto con mi dentadura perdida, las dos nos sentimos mejor.

No puedo decir lo mismo de Hogan Brewster. Había asesinado a tres personas y había estado a punto de cometer otros dos asesinatos a sangre fría sin atraer ninguna clase de sospecha sobre sí mismo, pero se vino abajo por completo en cuanto fue descubierto. Por lo general la cobardía es un elemento común en las personalidades crueles y complejas como la suya. Como Chet Keith dijo más tarde, los de su ralea pueden hacer todas clase de barbaridades, pero son incapaces de soportarlas. Por otra parte, Brewster pareció escogernos a Ella y a mí

como único blanco de su ira.

—No satisfechas con haberme dejado sin aliento —dijo airado—, tuvieron que apalearme con un bolso de costura y golpearme de la cabeza a los pies con la contera de un paraguas.

Parecía considerablemente maltrecho, incluso antes de que el *sheriff* lo derribara de un puñetazo en la mandíbula. Y apenas le quedaban fuerzas para hablar cuando Butch lo levantó por las solapas y lo obligó a ponerse de pie.

—Está bien —dijo con esa desagradable sonrisa suya convertida ahora en una mueca de dolor—. Me rindo. Sujete a sus perros, *sheriff*. La horca no puede ser peor que morir a golpes. Y por el amor de Dios, dígale a esa vieja bruja que suelte ya el paraguas.

Con expresión ligeramente culpable Ella dejó su arma a los pies de la cama, y juraría que Hogan Brewster suspiró aliviado. Miró sarcásticamente a Sheila Kelly cuando se disponían a sacarlo de la habitación. La joven había permanecido inmóvil como una estatua durante toda la refriega, aunque dudo que ni el *sheriff* Latham ni Ella hubieran sido capaces de creer lo que le había pasado en realidad a la chica, de no ser por la pequeña demostración que Hogan Brewster llevó a cabo inesperadamente. Es el único punto a su favor después de todas las atrocidades que había cometido, aunque nunca llegué saber si lo hizo como un favor o si fue puro exhibicionismo por su parte. Como Ella había predicho, el hombre tenía un temperamento teatral con una evidente debilidad por lo escabroso.

—Levántate. Siéntate. Ríe —dijo rápidamente dirigiéndose a Sheila Kelly—. Ríete como Gloria Canby, como si no te importara lo más mínimo el hombre, Dios ni el diablo.

Al verla obedecer sin oponer la menor resistencia se me erizó el vello de la nuca. Se levantó, se sentó, se rio. Era espantoso.

Hogan Brewster sonrió.

—¿Qué le parece mi robot, *sheriff* Latham? —preguntó burlón.

Estoy segura de que el *sheriff* no sabía nada sobre robots, pero observando la actuación de Sheila Kelly nadie habría podido poner en duda que su mente estaba bajo el absoluto control de aquel demonio que estaba en el otro extremo de la habitación.

—Es una verdadera lástima que haya cosas para las que no se puede hipnotizar a una persona—murmuró Hogan Brewster—, por ejemplo… el asesinato.

Ya he comentado antes su agilidad y nunca he culpado al *sheriff* Latham por lo que ocurrió. Fue demasiado inesperado. Nadie se dio cuenta de lo que pretendía hacer hasta que Hogan Brewster se apartó bruscamente de Butch y cogió el cuchillo, y entonces ya fue demasiado tarde. Cayó a los pies de Sheila Kelly, y para mí lo más macabro de todo el espeluznante asunto fue que no fue él, sino ella

quien gritó y se agarró frenéticamente la garganta como si la vida se le estuviera escapando, como si fuera ella y no Hogan Brewster quien agonizaba entre jadeos y estertores.

—Es mejor así —dijo Chet Keith cuando hablé con él más tarde.

Supe que estaba pensando en Sheila Kelly. La muchacha se había desmayado tras la muerte de Hogan Brewster y Ella y yo estuvimos ocupadas atendiéndola durante una hora; un momento de respiro que sin duda el *sheriff* agradeció. No obstante, el primer pensamiento consciente de la muchacha fue para Chet Keith. Ella no recordaba nada de la horripilante escena de mi habitación. Lo último que recordaba era haber escuchado el alboroto escaleras abajo y abrir el cerrojo de su lado de la puerta con la intención de averiguar si el periodista estaba seriamente malherido, de modo que esto seguía siendo lo más importante para ella al volver en sí. Cuando su ataque de histeria terminó, insistió en bajar al vestíbulo para ver personalmente la gravedad de sus heridas.

Chet Keith estaba decidido a restarles importancia.

—¿Qué es un golpecito en la cabeza para un hombretón como yo? —dijo, aunque me pareció que aún estaba muy pálido.

Yo lo miré a los ojos.

—Deje que se preocupe por usted cuanto quiera —susurré—. Así no pensará en sus problemas.

Él asintió.

—Espero que tenga usted razón.

Yo sabía que la tenía razón. Sheila Kelly había vivido una espantosa experiencia. Tenía los nervios destrozados y supe que aún tardaría mucho tiempo en recuperarse por completo de la degenerada influencia que había soportado su mente. Pero yo estaba dispuesta a depositar toda mi fe en el antiguo principio de que el amor y el tiempo pueden obrar milagros, y bastaba verla pendiente en todo momento de Chet Keith, que seguía tumbado en el sofá, para darse cuenta de que estaba enamorada de él. Supongo que lo había estado desde el principio, aunque era demasiado orgullosa para admitirlo.

—Vamos a casarnos en cuanto logremos bajar de esta maldita montaña —anunció él, y aunque ella contuvo la respiración un instante no lo contradijo.

—Sí —admitió Fannie Parrish cuando se lo pregunté—. Vi a Hogan Brewster tirar algo a la papelera tras el asesinato del chófer. Puede que fuera un trozo de goma amarilla. De hecho, estoy segura de que lo era.

Yo me encogí de hombros. Sabía que hasta que le refresqué la memoria, ella no tenía la menor idea de lo que había visto, y menos aún de su significado.

Había otro detalle que me moría por aclarar.

—¿Brewster estaba presente cuando ustedes hicieron las pruebas de percepción extrasensorial en la mansión Canby? —le pregunté a Lila Atwood.

Ella negó con la cabeza pensativa.

—Pero sin duda oiría hablar de ellas —insistí.

Ella hizo una mueca enseñando los dientes.

—Oh, sí. Tía Dora se lo contó todo en detalle, aunque él lo ridiculizó. Sin embargo —añadió palideciendo—, lo pillé en varias ocasiones tratando de abrirse paso en mis pensamientos.

—¿Sin éxito? —pregunté al instante.

—Sí —dijo ella alzando la cabeza vivazmente.

Sin embargo, pensé, cuando Hogan Brewster trató de poner en práctica sus rudimentarias habilidades hipnóticas con Lila Atwood, los resultados fueron muy distintos a los obtenidos más tarde con Sheila Kelly, cuya resistencia a la sugestión hipnótica había desaparecido por completo.

—Fue algo nauseabundo —continuó Lila estremeciéndose— sentir cómo se retorcía tratando de entrar en mi mente. Como si no me hubiera hecho ya daño suficiente enviándome la cuchilla.

—¿Tiene usted alguna prueba de que fue Hogan Brewster quien se la envió? —pregunté.

La joven miró a su marido y él se puso muy rojo.

—Reconocí la letra de Brewster en el envoltorio —confesó—, pero cuando lo interrogué al respecto, él me convenció de que Lila lo había ayudado a matar a Gloria. Dijo que si yo le delataba a la policía, diría que Lila había sido su cómplice.

—¿Por eso le permitía usted seguir rondándola de esa manera? —me aventuré a sugerir—. No se atrevía a echarlo sin más.

—¿¡Y dejarlo arrastrar a Lila con él a la silla eléctrica!? —gritó Allan Atwood—. No podía hacerlo, independientemente de lo que pensara sobre ellos dos, porque… porque la amo.

Su mujer tenía la mirada radiante.

—¡Cariño! —susurró, y esta vez ella le cogió la mano y él se la estrechó con fuerza.

Incluso a mí se me humedecieron los ojos. Me alegraba que aquellos dos pudieran tener, al fin, un poco de felicidad. Ya no me parecía extraño que Lila Atwood se hubiera enamorado de su inepto y joven marido. Hay un fuerte instinto maternal en toda mujer, incluso en las solteronas, y ella era una auténtica purasangre.

Luego fue Dora Canby quien me dio la mayor sorpresa de la noche.

—La he hecho venir para hacerle una pregunta —anunció cuando su sobrina Judy me invitó a entrar en su habitación.

—¿Sí? —dije algo incómoda.

Aún no estoy segura de si la madre de Gloria Canby me daba lástima o solo me resultaba irritante.

—¿Es cierto que cuando mi hija murió estaba enamorada de Hogan Brewster? —preguntó.

—Eso es lo que dice todo el mundo —respondí apretando los labios.

La mujer dejó escapar un suspiro.

—Nunca confié en ese hombre. Le dije a Allan que Brewster era un bellaco y también se lo dije a Gloria, pero ella no me hizo caso. —Entonces ella me miró fijamente—. Si Gloria estaba enamorada de Brewster, no podía estar enamorada de Jeff, ¿verdad?

No sé qué le hizo pensar que yo podía estar al corriente de esa clase de detalles, a menos que se debiera a que me había visto implicada en todo lo sucedido, y siempre he tenido claro que la única justificación de mi respuesta fueron mis propias impresiones. No obstante, tampoco siento ningún remordimiento por haber actuado de esa manera.

—Nunca estuvo enamorada de él —respondí.

La luz en la mirada de Judy fue mi recompensa.

Dora Canby frunció el ceño.

—Entonces supongo que es una estupidez que el muchacho siga soltero por Gloria.

—Es una terrible estupidez —dije con firmeza.

Ella miró a Judy con afectación.

—Tú quieres casarte con él, ¿verdad?

La chica se ruborizó penosamente.

—A él no le importo.

—¡Qué disparate! —grité—. Está desesperadamente enamorado de ti, chiquilla.

—¿De veras lo cree? —titubeó con los labios temblorosos.

—No lo creo, lo sé —repliqué, y esta vez no tuve que retocar la verdad.

—Entonces —dijo Dora Canby con su habitual petulancia—, será mejor que se casen inmediatamente, ¿no le parece?

—Cuanto antes mejor —respondí con vehemencia, emocionada por la mirada de gratitud de Judy.

—Incluso Patrick me va a abandonar —murmuró Dora Canby apenada—. Quiere ser aviador y he prometido comprarle un avión. —De nuevo frunció el ceño y después siguió hablando más animada—. Por lo menos sé que mi Gloria descansa en paz ahora que Thomas está muerto.

Me limité a mirarla fijamente.

—Pero supongo que se habrá dado cuenta, señora Canby —dije sin mucha convicción—, de que todos esos… mensajes de su hija eran

falsos.

—¡Qué cosa tan absurda, señorita Adams! —respondió fríamente —. Por supuesto que no pienso nada semejante.

Yo abrí la boca para protestar, pero al instante la cerré. No me sentí capaz de hacer cambiar de opinión a Dora Canby, por absurda que me pudiera parecer. Como he dicho, a pesar de su extrema timidez, era más terca que un burro y absolutamente exasperante.

—Por supuesto —continuó con sorprendente convicción—, me aseguraré de que a la muchacha no le pase nada malo.

—¿Se refiere a Sheila Kelly? —pregunté vacilante.

Ella me miró con cierta impaciencia.

—Me refiero al envoltorio que mi hija se dignó a ocupar durante un tiempo —respondió con tal rotundidad que no supe qué decir.

Judy me acompañó hasta la puerta y me apretó la mano.

—Gracias —susurró la muchacha, y añadió en tono en tono culpable—: Fue por Lila, por eso no denuncié al profesor después de descubrirlo conspirando con Pat.

Debí de parecer desconcertada, pues se apresuró a seguir.

—Esa chica… me amenazó con hacer que arrestaran a Lila por asesinato si yo se lo contaba a tía Dora.

—¿Usted también creía que Lila había asesinado a su prima?

—Gloria dijo que… Es decir, la chica lo dijo y… Lila siempre se ha portado bien conmigo en lo de Jeff, ¿sabe? Incluso le suplicó al tío Thomas que no fuera tan duro con Pat.

—De modo que por eso decidió usted guardar usted silencio.

Le temblaban los labios.

—No podía traicionar a Lila. ¿Y qué si ella había matado a Gloria? A todos se nos había pasado por la cabeza alguna vez —tragó saliva penosamente—. Tenía usted razón —dijo—, de no haber sido por Pat y por mí, nada de esto habría ocurrido, y no sé si podré perdonármelo alguna vez.

Yo ni siquiera había visto a Jeff Wayne hasta que él me miró por encima del hombro de Judy.

—¡No seas boba! —protestó—. ¡Nadie importante te culpará jamás por ser la persona más leal del mundo!

Mirándome una vez más con expresión desafiante, estrechó a Judy entre sus brazos. Mientras me alejaba, ella lo abrazó, sonriendo de felicidad mientras él la besaba con fuerza y le susurraba al oído toda clase de ternuras. Huelga decir que la escena contaba con mi total aprobación, a pesar de que Jeff Wayne aún parecía resentido conmigo. Me temo que para él yo sería siempre una vieja solterona entrometida con un endiablado talento para obligarlo a revelar incómodos secretos familiares.

Cuando regresé al vestíbulo eran casi las dos de la madrugada y

todo el mundo se había instalado con mantas, abrigos y almohadas para pasar el resto de la noche en los sofás de cuero y en los sillones desperdigados por la gran estancia. La muerte de Hogan Brewster no había hecho desaparecer la aversión que a todos nos inspiraba la segunda planta del hotel. Al menos nadie parecía dispuesto a subir, ni siquiera el *sheriff* Latham, que roncaba estruendosamente con los pies apoyados en el alfeizar de una ventana, y menos aún Butch, que dormía en una silla junto al mostrador de recepción, con la cabeza de la señorita Maurine Smith cómodamente apoyada en su robusto hombro.

Sheila Kelly también dormía acurrucada en el sofá junto a Chet Keith, pero él me miró esbozando una sonrisa.

—El bus estará aquí a las cinco en punto —dijo—. El departamento de carreteras telefoneó al capitán French.

Miré al otro lado del vestíbulo, donde el gerente del hotel Mount Lebeau se había instalado en uno de los incómodos sofás. El peluquín se le había resbalado ligeramente y reposaba sobre su oreja derecha. Cogida de su brazo incluso dormida estaba Fannie Parrish, en silencio casi por primera vez desde que yo la conocí.

Supongo que debí de parecer algo escandalizada, pues Chet Keith se rio.

—No hay mal que por bien no venga —comentó—. Se van a casar.

—¡Fannie y el capitán French! —exclamé.

—Me temo que esto ha sido el golpe de gracia para el hotel —explicó—, pero según tengo entendido, la señora Parrish tiene unos ingresos más que decentes.

—¿Y qué pasa con su pobre y querido Theo? —pregunté resoplando.

Chet Keith volvió a reírse.

—Como ella misma nos recordó hace un rato, todos pudimos oír el mensaje que su pobre y querido Theo le envió. Quería que su mariposita fuera feliz.

—¡Fannie Parrish sabe tan bien como yo que todos esos mensajes del más allá eran una farsa!

Chet Keith hizo una mueca.

—La gente se engaña a sí misma con mucha facilidad cuando le conviene.

Yo tomé prestada una de las muletillas de Ella.

—¡Vaya que sí! —exclamé, y le conté la asombrosa conversación que acababa de tener con Dora Canby.

El suspiró aliviado.

—Será todo mucho más sencillo si esa es la actitud la señora Canby —dijo con una irónica sonrisa—. ¿Y quién soy yo para

contradecir lo que los dioses disponen?

Me atrevería a decir que en esa ocasión pequé de inexpresiva, pues él siguió explicándose.

—El *sheriff* está convencido, usted está convencida, todo el mundo aquí está convencido de que Sheila fue víctima de las maquinaciones de ese demonio, pero será mucho más fácil sacarla de este embrollo si la viuda de Thomas Canby no piensa presentar cargos.

—Hogan Brewster insistió desde el principio en que, con el respaldo de la fortuna de los Canby, Sheila Kelly nunca sería condenada —le recordé.

Su rostro se ensombreció.

—Debí saber que él era el hombre que buscábamos. La pista estuvo todo el tiempo delante de nuestras narices. No me cabe duda de que fue eso lo que provocó que el profesor lo averiguara.

—¿Qué pista? —pregunté sorprendida.

—El mismo Brewster dijo que solo él sabía cómo solía llamarlo Gloria Canby, y Sheila usó ese apodo la noche que supuestamente él había llegado al hotel por primera vez. Ella no podía saberlo por nadie más.

Recordé con claridad la escena que había tenido lugar en el comedor.

—Incluso se me pasó por la cabeza —continuó Chet Keith—, pero estaba obsesionado con la idea de que el motivo de los crímenes eran los millones de Thomas Canby, y sabe Dios que a Brewster no le faltaba dinero.

Suspiré.

—Lo que me hizo echarme atrás fue que todo me hacía pensar que él no había llegado al hotel a tiempo para ser el responsable de las apariciones de Gloria, que fueron la base de todo el complot.

Él asintió.

—Creo que debió de permanecer escondido toda la semana en algún lugar de las inmediaciones del hotel. No creo que nadie le enviara el telegrama que dijo haber recibido. En mi opinión, siguió a los Atwood hasta aquí… Les siguió el rastro, literalmente.

Yo estaba dispuesta a ir un paso más allá.

—Como la mayoría de los asesinos, Brewster era un bruto egocéntrico —dije—. Cuando los demás abandonaron Long Island, se dio cuenta de que sucedía algo y sin duda pensó que el viaje le concernía. No me parece improbable que, con un asesinato sobre su conciencia y un gran respeto por la tenacidad de Thomas Canby, Brewster incluso llegara a creer que Canby había encontrado al fin la prueba que había estado buscando.

—Probablemente —admitió Chet Keith—. En cualquier caso, sabemos por el informe de Jay Stuart que Jeff Wayne escuchó

casualmente que Brewster había pasado mucho tiempo en el cobertizo situado frente al cementerio antes de dejarse ver en la montaña. Sospecho que al principio se escondió para espiar con el fin de averiguar lo que estaba sucediendo. Después conoció a Sheila y urdió su demoníaco plan, y seguir ocultando su presencia hasta la llegada de Thomas Canby fue una parte esencial de dicho plan.

—Por supuesto Brewster fue el responsable de la roca en la carretera —comenté frunciendo el ceño.

—Aunque nunca sabremos si fue él quien la empujó o si obligó a Sheila a hacerlo.

Yo sacudí la cabeza.

—No pudo obligarla a asesinar, pero pudo haberla convencido para excavar la roca del mismo modo que la persuadió para apropiarse de las tijeras de Dora Canby, puesto que ella desconocía el propósito criminal de dichas acciones.

Él hizo una mueca.

—Lo sé.

—Ella misma nos dijo que cuando volvió en sí esa tarde, tenía las manos manchadas de tierra, como si hubiera estado escarbando en el suelo —dije titubeante, y después respiré hondo antes de seguir—. Aunque prefiero creer, como hasta ahora he mantenido categóricamente, que él la obligó a arrancar una flor o a remover la tierra para que se ensuciara las manos y se creyera culpable del atentado contra la vida de Canby.

—Oh, seguro —murmuró Chet Keith estrechando con más fuerza a la muchacha tendida a su lado, cuyo rostro también me recordó a una flor arrancada, una flor alicaída y marchita con el tallo roto.

—Seguramente asesinó al chófer para impedirle contar lo del refugio —seguí diciendo con seriedad—, pero si las colillas de cigarrillos y las marcas de neumáticos ya habían sido eliminadas, como afirmaba Stuart, no entiendo por qué Brewster pensó que el cobertizo podía incriminarlo.

Chet Keith se tocó con delicadeza la cabeza herida.

—Jay Stuart era un tipo de palabra, al menos según su siniestro código ético. Trató de ganarse hasta el final esos mil dólares que le habían pagado. En otras palabras, mintió al decir que habían limpiado el cobertizo. Al menos no lo habían hecho cuando yo llegué esta noche, aunque Brewster fue hasta allí con la intención de dejarlo impecable después de noquearme. Sin embargo, a pesar de sus elaboradas y drásticas precauciones, pasó por alto una cosa.

Sacó un fragmento de tela negra.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Un girón de una capa de ópera que el *sheriff* encontró hace un rato bajo el colchón de la habitación de Brewster. Debió de rasgarse

sin que él se diera cuenta. En cualquier caso, lo encontré enganchado en la puerta del cobertizo.

—¿Para qué quería una capa de ópera en este lugar dejado de la mano de Dios y en pleno verano? —exclamé.

—Había una llave maestra en el bolsillo —comentó Chet Keith significativamente—. Aunque nunca sabremos toda la verdad, no me cabe duda de que Brewster utilizó la llave sin que nadie lo advirtiera. Probablemente merodeó a su antojo por todas las habitaciones del hotel gracias a ella, y la capa debió de resultarle extremadamente útil para pasar inadvertido. Es negra y con ella podía cubrirse por completo. Estoy seguro de que la llevaba puesta cuando me atacó esta noche en el cobertizo —dijo mirándome apesadumbrado—. De esa manera me habría visto obligado a declarar que lo que me atacó había salido del viejo cementerio abandonado y que parecía un enorme murciélago.

—¡Un murciélago! —exclamé—. Brewster era el fantasma que veía el botones cada dos por tres en la segunda planta.

—El tipo era un atleta —me recordó Chet Keith—, por lo que no le resultaría difícil trepar y entrar y salir por las ventanas de este viejo granero. No me cabe duda de que lo hizo libremente cuantas veces le convino. Acuérdese de los gatos.

No pude contener un respingo. Jake aseguraba haber visto un gran murciélago negro flotando sobre el cadáver del primer gato destripado, pero había ido demasiado lejos al afirmar que era un vampiro que había poseído el cuerpo de Sheila Kelly, por lo que nadie tuvo en cuenta su historia.

—No es de extrañar —dije débilmente— que cada poco creyéramos haber oído algo acercándose sigilosamente a nuestras espaldas en la segunda planta. Incluso Butch vio el murciélago y creyó que era el fantasma del que hablaba Jake.

Él asintió.

—Brewster estuvo muy ocupado —dijo con expresión sombría—, y lo que no pudo hacer personalmente obligó a Sheila a hacerlo por él. Como dejar esas horquillas en los lugares más comprometedores y el libro que desapareció de entre sus pertenencias.

Yo fruncí el ceño.

—¿Cómo sabía él lo de mi libro? Desapareció prácticamente al llegar aquí.

—No nos queda más remedio que especular. Gracias a Dios, Sheila no recuerda nada de lo ocurrido. No obstante, estoy seguro de que la obligaba a reunirse con él todas las tardes en el cobertizo. Tenía que ensayar con ella su papel de Gloria Canby. Puede que incluso se colara en su habitación en cuanto tenía oportunidad, ¡maldito sea! Pero de algo puede estar segura. La utilizó desde el principio para

recabar información sobre lo que sucedía en el hotel. Sheila sabía lo de su libro, ¿verdad?

—Creo que todo el hotel lo sabía —respondí ariscamente—, gracias a Ella y a Fannie Parrish.

Él sonrió.

—Y, según tengo entendido, la señora Trotter se encargó vehementemente de que todos supieran que gracias al libro sería fácil demostrar que el profesor era un fraude. Sin la menor duda, Sheila se lo contó a Brewster.

—Y no podía permitir que las sesiones de espiritismo terminaran antes de que él tuviera oportunidad de asesinar a Thomas Canby —deduje entusiasmada.

—Exactamente, de modo que se hizo con el libro o Sheila tuvo que cogerlo. Aunque solo Dios sabe por qué esperó hasta esta noche para colárselo a Atwood.

De repente se me ocurrió algo.

—El plan original de Brewster se apoyaba esencialmente en un fraude espiritista, por lo que no tendría intención de implicar a nadie más que a Sheila y al profesor. Pero al final las cosas se le estaban complicando. ¿No está de acuerdo en que debió de sentirse muy hostigado para intentar el truco del globo aun a sabiendas de que yo lo conocía? Él nunca tuvo intención de permitir que supiéramos que Gloria Canby había sido asesinada. Cuando eso salió a la luz, perdió la cabeza y solo podía pensar en incriminar a otro sospechoso para que se interpusiera entre él y sus crímenes.

—Y por razones obvias, escogió al marido de Lila Atwood —murmuró Chet Keith—. Estoy seguro de que tiene razón.

Dejé escapar un suspiro.

—Nadie prestó atención a las historias de Jake, por ser un hombre supersticioso, pero era cierto que había murciélagos en el hotel.

—Creo que eso también debemos agradecérselo a Brewster —dijo Chet Keith con una irónica sonrisa—. Encontré restos de murciélagos en el cobertizo. Apostaría a que soltó uno o dos en el edificio, quizá para añadir una nota más de horror al ambiente que necesitaba crear para las apariciones de Gloria, quizá para desviar la atención de su disfraz después de que Jake lo viera.

—¡Y pensar que Ella prácticamente lo pilló con las manos en la masa saliendo de la habitación del profesor la noche antes de que fuera asesinado! —exclamé.

Chet Keith me miró sorprendido.

—Eso olvidó contármelo usted.

—Pensé que se estaba dejando llevar por la imaginación —admití avergonzada—. Tiene que admitir que su historia sonaba de lo más

absurda.

Y en efecto lo admitió en cuanto dejé de hablar. Sin embargo, estaba convencido de que Ella realmente había visto salir a Hogan Brewster después de reunirse con el profesor Matthews, mientras el ayudante del *sheriff* dormía en su puesto de vigilancia.

—El profesor había adivinado la identidad del asesino y estaba decidido a sacar algún beneficio de dicha información —teorizó Chet Keith—. Brewster era un hombre rico. No creo que le importara pagar. Al menos hasta que se dio cuenta de que el viejo era incapaz de guardar un secreto.

—Sheila lo oyó rezar esta tarde pidiendo consejo —dije vacilante.

—Sin duda estaba a punto de confesar, y por eso Hogan Brewster lo asesinó, no sin antes entrar sigilosamente en su habitación para destripar al gato callejero.

Sentí un escalofrío.

—¡Mientras yo dormía! Santo cielo, no sé cómo podré volver a cerrar los ojos en la oscuridad.

—¡Una vieja arpía como usted! —protestó con una sonrisa burlona—. Lo dudo. Ninguna mujer capaz de sacarle a la gente sus secretos más inconfesables puede tener miedo de la oscuridad, ni siquiera del más allá. —Su voz se suavizó y se puso muy rojo de repente—. Por supuesto, sabrá usted cuánto le agradecemos Sheila y yo lo que ha hecho, señorita Adelaide.

—¿A mí? —tartamudeé avergonzada—. Pues no sé por qué, la verdad, exceptuando que mi corazón estuvo del lado correcto desde el principio.

Él sonrió afectuosamente.

—Como quiera —exclamó, y a punto estuvo de darme una palmadita en la barbilla—, pero es usted increíble. ¡Especialmente con las causas perdidas!

Él bajó la vista hacia la muchacha, que seguía durmiendo apoyada en su hombro, y volvió a ponerse serio.

—No quiero ni imaginar qué habría pasado de no ser por usted —dijo con voz ronca.

—La mayoría del tiempo estuve dando palos de ciego —me vi obligada a confesar.

—Igual que todos —replicó muy serio—. Pero usted al menos iba bien encaminada.

En ese momento Ella, a la que creía dormida, levantó la cabeza y me miró enfadada.

—¿Es que piensas pasarte el resto de la noche intercambiando cumplidos con ese joven, Adelaide? —preguntó en tono autoritario—. De ser así, por favor, no esperes que me apene por ti cuando la bronquitis te impida pronunciar una sola palabra por la mañana.

—Nunca te he pedido que sientas lástima por mí, Ella Trotter, ni a ti ni a nadie —respondí con fría dignidad—. Soy perfectamente capaz de lidiar con mis problemas.

—Ah, ¿sí? —dijo Ella arrastrando las palabras en tono burlón. E inclinándose hacia delante miró significativamente los restos del paraguas de Fannie Parrish, que sin duda había dejado previamente en el suelo con el expreso propósito de incordiarme.

—Solo porque en una ocasión me hayas salvado la vida por casualidad no voy a renunciar eternamente a mi independencia —respondí con vehemencia.

—Eso es lo que tú crees —murmuró Ella con una exasperante dulzura.

Afortunadamente para su salud mental, Ella no habría podido imaginar ni en sus sueños más descabellados la atroz situación en la que, pocos meses después, al intentar detener a quien Olive Lambert describió como el diablo con doble personalidad, terminé encaramada a horcajadas en la cúspide de la pagoda de jardín de un millonario especulador y patizambo, mientras un demonio hecho carne hacía el pino sobre un espantoso árbol enano (donde encontramos sanguijuelas chupasangre) y me arrancaba los rizos postizos de la frente, lo crean o no, con un arma generalmente utilizada para una coreografía del Suzy-Q.

1 De *Como gustéis* de William Shakespeare. *(Todas las notas son del traductor)*.

2 Literalmente, «machote».

3 Edgar Bergen, actor, ventrílocuo y titiritero famoso en los años treinta y cuarenta en Estados Unidos, y su muñeco Charlie McCarthy.

Título original: *The Riddle of the Dead Cats*

Edición en formato digital: mayo de 2024
c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.
Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
ISBN: 9788410183704
Conversión a formato digital: www.acatia.es